El carácter neurótico es una obra fundamental de la psicología adleriana, escuela que tanto ha influido en la ciencia y en la asistencia contemporánea del hombre. Se trata de un libro sistemático, de pensamiento claro y al mismo tiempo profundo, lleno de sagaces observaciones sobre la vida y el hombre, realizadas por uno de los mayores conocedores del ser humano y sus conflictos.

El estudio de la neurosis sirve a Adler de trampolín para enseñarle al hombre cómo se hace a sí mismo, cómo se construye el destino. Cuando el lector reflexivo haya cerrado esta obra tendrá una visión y una comprensión más vasta, clara y profunda de sí mismo, de los demás y de las cosas de la vida.



PAIDOS

A. ADLER EL CARÁCTER NEURÓTICO

616.
852
ADL.

A. Adler

EL CARACTER NEUROTICO



PAIDOS STUDIO



PAIDOS STUDIO

Títulos publicados:

1. W. Reich - *Análisis del carácter*
2. E. Fromm - *Humanismo socialista*
3. R. D. Laing - *El cuestionamiento de la familia*
4. E. Fromm - *¿Podrá sobrevivir el hombre?*
5. E. Chinoy - *Introducción a la sociología*
6. V. Klein - *El carácter femenino*
7. E. Fromm - *El arte de amar*
8. E. Fromm - *El miedo a la libertad*
9. M. Schur - *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra, I*
10. M. Schur - *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra, II*
11. E. Willems - *El valor humano de la educación musical*
12. C. G. Jung y R. Wilhelm - *El secreto de la flor de oro*
13. O. Rank - *El mito del nacimiento del héroe*
14. E. Fromm - *La condición humana actual*
15. K. Horney - *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*
16. E. Fromm - *Y seréis como dioses*
17. C. G. Jung - *Psicología y religión*
18. K. Friedlander - *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*
19. E. Fromm - *El dogma de Cristo*
20. D. Riesman y otros - *La muchedumbre solitaria*
21. O. Rank - *El trauma del nacimiento*
22. J. L. Austin - *Cómo hacer cosas con palabras*
23. E. Bentley - *La vida del drama*
24. M. Reuchlin - *Historia de la psicología*
25. F. Künkel y R. E. Dickerson - *La formación del carácter*
26. J. B. Rhine - *El nuevo mundo de la mente*
27. E. Fromm - *La crisis del psicoanálisis*
28. A. Montagu y F. Matson - *El contacto humano*
29. P. L. Assoun - *Freud. La filosofía y los filósofos*
30. O. Masotta - *La historieta en el mundo moderno*
31. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, I (La filosofía en la antigüedad)*
32. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, II (La filosofía en la Edad Media y los orígenes del pensamiento moderno)*
33. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, III (Racionalismo, iluminismo y materialismo en los siglos XVII y XVIII)*
34. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, IV (El empirismo inglés)*
35. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, V (Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche)*
36. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, VI (Empirismo, idealismo, pragmatismo y filosofía de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX)*
37. D. J. O'Connor - *Historia crítica de la filosofía occidental, VII (La filosofía contemporánea)*
38. A. M. Guillemin - *Virgilio. Poeta, artista y pensador*
39. M. R. Lida de Malkiel - *Introducción al teatro de Sófocles*
40. C. Dyke - *Filosofía de la economía*
41. M. Foucault - *Enfermedad mental y personalidad*
42. D. A. Norman - *El procesamiento de la información en el hombre*
43. Rollo May - *El dilema existencial del hombre moderno*
44. Ch. R. Wright - *Comunicación de masas*
45. E. Fromm - *Sobre la desobediencia y otros ensayos*
46. A. Adler - *El carácter neurótico*
48. S. Freud - *Esquema del psicoanálisis*

Alfred Adler

EL CARACTER NEUROTICO

Supervisión, Notas, Introducción
y *Apéndice* de Jaime Bernstein


BIBLIOTECA


ediciones
PAIDOS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Über den Nervosen Charakter*
Publicado en alemán por Bergman, Munich 1912

Traducción del Dr. A. von Ritter-Zahóny y P. F. Valdés

Cubierta de Julio Vivas

1.ª reimpresión en España, 1984

616.852
ADL
16676

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Paidós, SAICF;
Defensa, 599; Buenos Aires.
© de esta edición,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.;
Mariano Cubí, 92; 08021 Barcelona.

ISBN: 84-7509-307-8
Depósito Legal: B-25.525/1984

Impreso en Romanyà/Valls;
Verdaguer, 1; Capellades (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

INDICE

Pág.

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA, por *Los Editores* 7

CONTEXTO Y TEXTO DE "EL CARÁCTER NEURÓTICO", por *Jaime Bernstein* 9

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICION ALEMANA 37

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICION ALEMANA 38

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICION ALEMANA 39

PARTE TEÓRICA

INTRODUCCIÓN 43

CAPÍTULO I

Origen y Desarrollo del Sentimiento de Inferioridad y sus Consecuencias 53

CAPÍTULO II

La Compensación Psíquica y su Preparación 76

CAPÍTULO III

La Ficción Reforzada como Idea Directriz en la Neurosis 87

PARTE PRACTICA

CAPÍTULO IV

Avaricia. Desconfianza. Envidia. Crueldad. Crítica Depreciadora ejercida por el Neurótico. Apercepción Neurótica. Neurosis de la Edad Provecta. Cambio de la Forma y de la Intensidad de la Ficción. El Lenguaje de los Órganos 135

CAPÍTULO V

El Ascetismo, el Amor, la Manía de Viajes, el Crimen como Amplificación Neurótica de los Límites. Simulación y Neurosis. Sentimiento de Inferioridad del Sexo Femenino. El Objetivo Ideal. La duda como Expresión del Hermafroditismo Psíquico. Masturbación y Neurosis. El "Complejo Incestuoso" como símbolo del Afán de Dominio. Naturaleza de la Manía ... 183

CAPÍTULO VI

Principios neuróticos. Compasión, Coquetería, Narcisismo. Hermafroditismo Psíquico. Aseguramiento

Alucinatorio. Virtud, Conciencia, Pedantería, Fanatismo de la Verdad 208
Capítulo VII
Tendencia a la Depreciación. Obstinación y Salvajismo. Relaciones Sexuales del Neurótico como Símbolo. Castración Simbólica. Sentimiento de Disminución. Equiparación con el Hombre como Plan de Vida. Simulación y Neurosis. Sustitutivo de la Masculinidad. Impaciencia, Descontento y Reserva 228
Capítulo VIII
Crueldad. Conciencia. Perversión y Neurosis 255
Capítulo IX
Arriba-Abajo. Elección de la Profesión. Sonambulismo. Carácter Antagónico del Pensamiento. Elevación de la Personalidad por la Depreciación del Prójimo. Prestación neurótica de Auxilio. Autoridad. Pensamiento en Contrastes y Protesta Viril. Actitud Vacilante y Matrimonio. La Tendencia hacia Arriba como Símbolo de la Vida. Masturbación Obsesiva. Afán Neurótico de Instruirse 262
Capítulo X
Puntualidad. Afán de ser el Primero. Homosexualidad y Perversión como Símbolos. Pudor y Exhibicionismo. Fidelidad e Infidelidad. Celos, Neurosis de Conflictos 278
Capítulo XI
Temor a la Pareja. El Ideal en la Neurosis. Insomnio y Somnolencia Irreprimible. Comparación Neurótica Hombre-Mujer. Formas del Temor a la Mujer 292
Capítulo XII
Autorrecriminaciones, Escrúpulos, Penitencia y Ascetismo. Flagelación. Neurosis en Niños y Niñas. Suicidio e Ideas Suicidas 309
Capítulo XIII
Sentimiento de Familia del Neurótico. Terquedad y Obediencia. Mutismo y Locuacidad. Tendencia a la Conversión. Sustitución de Rasgos de Carácter por Aseguramientos, por Medidas de Precaución, por la Profesión y por el Ideal 324
Conclusión 330

APÉNDICE

Tipologías Adlerianas, por *Jaime Bernstein* 333

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN CASTELLANA

Las firmes razones que el editor necesita para publicar un libro, han abundado para la edición en castellano de El Carácter Neurótico. *Se trata de una obra revolucionaria del genuino espíritu de nuestro tiempo, que ha alcanzado ya el rango de clásica de la psicología contemporánea, se ha conquistado universal celebridad y a la que los lectores de nuestra lengua vienen esperando desde tiempo atrás. Además, señalémoslo muy especialmente,* El Carácter Neurótico *fue estimada por Adler y por la crítica como obra magna de la Psicología del Individuo. Un comentarista autorizado escribió a su respecto:* "El Carácter Neurótico *rebosa pensamiento creador desde el principio al fin. Lo que Adler no sabía del 'carácter neurótico' está aún por conocer." Y agregaba: "Quizás es el mejor libro que se ha escrito nunca sobre la lucha entre los seres que se aman..." Y en fin, otro estudioso decía de él: "Es una mina de conceptos."*

En nuestro plan, en ejecución, de editar todos los libros de Adler aún ausentes del castellano, El Carácter Neurótico *ocupa un lugar prominente por su claridad, fineza de observación y profundidad.*

Los Editores.



TEXTO Y CONTEXTO DE "EL CARÁCTER NEURÓTICO"

Todo libro tiene un contexto sobre el cual debe interpretárselo: la vida del autor, la historia del libro y su circunstancia.

EL CONTEXTO DE "EL CARÁCTER NEURÓTICO"

Adler atravesó en su vida tres fuertes borrascas: la primera es la infancia —de la que ya nos hemos ocupado—[1] y las otras dos en su adultez. A la primera de éstas, vivida hacia los 43 años, precisamente cuando escribía *El carácter neurótico,* nos referiremos ahora. La última debe quedar para mejor ocasión.

El carácter neurótico, al que según el adleriano Furtmüller muy poca gente ha comprendido por no tener forma de novela, fue escrito y se vio rodeado, en cambio, de circunstancias y derivaciones un tanto dramáticas. Adler lo redactó en medio de punzantes conflictos ideológicos y amorosos y apremiado por urgentes problemas económicos.

En 1912, cuando publicó *El carácter neurótico,* acababa Adler de poner punto final a su laxa e intrincada vinculación con el psicoanálisis y a su tormentosa relación personal con el grupo psicoanalítico de Viena. Hasta entonces había sobrellevado el difícil conflicto de integrar un grupo científico con cuyas ideas no comulgaba; de ser un aislado disidente contra una compacta falange capitaneada por un jefe recio y aguerrido. Su pensamiento le exigía la liberación, pero la

[1] Véase nuestro trabajo "Alfred Adler, el hombre y la escuela", en: Adler y otros, *Guiando al niño,* 2ª ed., Buenos Aires, Paidós, 1952.

esperanza de convencer al adversario y las reclamaciones de su carrera profesional acaso le aconsejaban, en secreto, espera y prudencia. Así pasaron diez años, aproximadamente, de relación con el movimiento psicoanalítico. De una relación tal vez más profesional que personal, pues ya en 1900, cuando se unió al grupo, Adler lo había hecho con grandes resistencias internas, y desde entonces, a cada momento hacía oír su discrepancia —en las reuniones locales, en 1908 en el Congreso Psicoanalítico de Salzburgo y, en fin, en sus publicaciones. Pero fue pasando el tiempo, y las instancias de Freud y los cargos con que se lo fue distinguiendo lo iban comprometiendo al grupo psicoanalítico donde, después de Freud, llegó a ocupar el sitio de máximo privilegio: en 1903, se lo nombra vicepresidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y en 1910 el Congreso Psicoanalítico Privado de Nuremberg lo nombra presidente de ese grupo. Pero en 1911, se colmó la espera: ya no podía sino expresar abiertamente su antagonismo y defender su posición resueltamente, con toda su fuerza y sin cortapisas. Las divergencias, que se venían reiterando y creciendo desde un comienzo, llevan en *Tres disertaciones sobre la teoría sexual,* Adler formaliza su ese año a una última definición de posiciones. En sus célebres disconformidad y abandona el grupo freudiano: era el momento de testimoniar públicamente esa separación, y *El carácter neurótico* —obra de personal afirmación y de polémica contra Freud— ofició, en rigor, de Manifiesto del adlerismo, de Carta de independencia de la Psicología del Individuo, por así decirlo.

A este conflicto ideológico, agregábasele a Adler, por entonces, la aflicción de otro doloroso problema personal: el infortunado proceso amoroso con su esposa, Raissa Timofeyewna. Casados por amor, poco a poco el matrimonio Adler se vio cada vez más distanciado por una diferente concepción del mundo, y sobre todo, de la vida y de la política. En el año de *El carácter neurótico* la incomprensión amenazaba convertirse en alejamiento insalvable.

Finalmente, el acto solitario de escribir —ya de por sí poco grato a Adler, hombre de diálogo y de sociedad— en esos años resultábale particularmente penoso, pues debía someterse a esa rutina agobiado por serios problemas económicos que le urgían producir su rendimiento máximo. Atravesaba su larga jornada a todo vapor: el trabajo clínico le demandaba todo su

día, y luego, al llegar la noche, tocábale el turno al trabajo de redactar el libro. El trance se veía agravado, además, por la necesidad de cumplir esa tarea especialmente bien. Este libro tenía la responsabilidad de exponer y defender con eficacia su pensamiento nuevo y revolucionario; de él dependían, pues, muchas de las esperanzas de Adler, y entre ellas, la de proveerle de un arma de importancia para su carrera profesional y para el respaldo de su doctrina: Adler aspiraba a la docencia universitaria, y para ingresar en ella debía obtener su doctorado (*Dozentur*) presentando una tesis en la Universidad de Viena. *El carácter neurótico* debía, precisamente, satisfacer también ese requisito.

Cuando, por último, acabó su libro, Adler lo sometió al examen de la Universidad. Sus expectativas se vieron decepcionadas, pues *El carácter neurótico* fue sorpresivamente rechazado. En rigor, en la mesa de examen no se había juzgado meramente una tesis doctoral, más bien habíase librado una de las tantas escaramuzas que en el campo de batalla de la psicología, psiquiatría y neurología de Viena se libraban entre las facciones en que se hallaba radicalmente dividido: entre el bando neurológico de Wagner v. Jauregg y Kauders, atrincherado en la Facultad de Medicina, el bando psicológico experimental de Karl Bühler y Charlotte Bühler en la Facultad de Filosofía, el grupo psicoanalítico de Freud y, en fin, el grupo del propio Adler. En este caso, la neurología tradicional habíale asestado un revés al adlerismo a través de los jueces de tesis, del Prof. Pötzl, y —sobre todo— del Prof. Wagner v. Jauregg, quien desempeñó el papel decisivo con "un detallado dictamen negativo", según lo hizo saber públicamente la propia víctima al editar el libro por tercera vez.

Desde la perspectiva nuestra, hoy semejante dictamen no puede menos que dejarnos apabullados. Nos parece enorme e injusto hasta el ridículo que esta obra genial haya sido juzgada insuficientemente meritoria para llenar un requisito que en tantos otros casos se habrá dado por bien cumplido con trabajos segundones e intrascendentes [2]. Lo vemos como un caso más, entre tantos que llegaron a interesar a la historia, de esa miopía del docente que desahucia a un alumno que

[2] Más tarde en Austria misma, y en otros países, muchos universitarios obtuvieron su título (como le ocurrió precisamente al autor de esta introducción) presentando como tesis una mera exposición sobre la psicología de Adler. Y fue suficiente.

luego habría de deslumbrar a la ciencia o al arte de su época, cuando no iluminar a la humanidad. Empero, en honor de la objetividad y ecuanimidad de los ilustres académicos que lo reprobaron, ha de reconocerse que *El carácter neurótico* mostraba, desde esta otra perspectiva, un chocante desconocimiento del formalismo tradicional: se trataba de un trabajo heterodoxo en más de un sentido. Original, exento del habitual aparato bibliográfico —garantía de erudición, de trabajo y de respaldo responsable—, con pocas citas de autoridades (a v. Jauregg lo cita, y muy de paso, sólo una vez), y en su mayoría críticas, parecía amenazar con pulverizar los conceptos y lenguaje aceptados. Alguien dijo alguna vez que si el mismo Descartes hubiese sometido su *Discurso* al trámite de la tesis universitaria, seguramente habría sido desaprobado. Pötzl mismo se explicaba algún tiempo después del incidente: "Si el propio Freud hubiese presentado su *Interpretación de los sueños* como tesis, estoy completamente convencido de que le habríamos negado la docencia." Además de irreverente con la autoridad, Pötzl le hallaba a *El carácter neurótico* otras dos interdicciones: ser "una obra de psicología" y, encima, con "orientación filosófica". "Si Adler hubiese escogido —agregaba— un tema neurológico o fisiológico (en lo que es, sin duda, un entendido) habría obtenido su *Dozentur*, tal como la obtuvo Freud con su trabajo sobre la afasia. Finalmente, no es difícil que sobre ese rechazo también haya influido —sospechaba Adler— el hecho de que por aquel entonces se le considerase simpatizante del socialismo.

Adler quedó resentido. Después de ese rechazo alguien le propuso, en efecto, que presentase una tesis con tema neurológico o fisiológico, pero Adler se negó, y fue su negativa —explicó Pötzl— lo que "nos impidió concederle este honor". Ese rechazo perjudicó inmediatamente la difusión del adlerismo en los centros universitarios europeos y luego repercutió desfavorablemente sobre la carrera universitaria de Adler en el extranjero. La falta de antecedentes en la docencia universitaria en su país natal entorpeció más tarde, en un comienzo su ingreso en las universidades norteamericanas. Ello debió azuzar su resentimiento. Aun cuando la Universidad de Berlín le dio a Adler el doctorado honorario y el *Long Island Medical College of Medicine* creó especialmente para él la cátedra de Psicología Médica, mucho después de aquel incidente Adler se rehusaba a hablar sobre el asunto, y re-

chazó las sugerencias que le hizo Viena para que presentase "cualquier trabajo", que se le aprobaría. No obstante, el autor de la tesis desafortunada tuvo una verdadera reivindicación, cuando, a partir de cierto momento, su Universidad empezó a exigir a los alumnos el conocimiento de la psicología adleriana.

ψ

Otro episodio rodea a *El carácter neurótico.* Adler lo había escrito sin copia, y ese único ejemplar lo envió —por el "Titanic"— a los Estados Unidos para su edición. Desde el momento en que lo despachó, su autor se sintió inquieto por la suerte de ese original único, que le había insumido tantos desvelos y de cuya publicación esperaba tanto. En ese ínterin, una noche soñó que el "Titanic" se hundía. A la mañana siguiente, con gran zozobra leyó en un matutino la noticia del hundimiento del "Titanic" [3]. Unos días después, en medio de su aflicción, recibió Adler de EE. UU. una carta que acusaba el recibo del manuscrito: *El carácter neurótico* había viajado en otro barco. Finalmente, se editó en los EE. UU., pero esa edición fue para Adler motivo de una nueva decepción: *El carácter neurótico* salió de la imprenta con serios errores que lo afeaban y desmerecían.

ψ

Con anterioridad a *El carácter neurótico,* Adler había escrito ya su trabajo *Die Agressionstriebe im Leben und der Neurose* (1906), y su libro clásico *Studien über Minderwertikkeit von Organen und ihre Seelische Kompensation* (1907), en los que ya se implican las bases de su nueva psicología. Pero sólo en *El carácter neurótico* esas bases reciben amplio desarrollo. Aquí ya da vasto desenvolvimiento a su personal posición antiatomista, antifisiologista. antiinstintivista, anticonstitucionalista, antigeneticista, antipansexualista, totalista, unicista, finalista, personalística, ambientalista. En efecto, al criterio tradicional elementalista, Adler le opone la "totalidad

[3] Sobre esta curiosa coincidencia volvió Adler reiteradas veces en sus publicaciones, para —consecuente con su general resistencia a aceptar ningún fenómeno parapsicológico— despojar a su pesadilla de toda significación profética. No hay nada llamativo en eso, protestaba, pues "yo estaba muy ansioso con mi manuscrito camino de Norteamérica".

psíquica"; a las explicaciones fisiológicas, Adler opone explicaciones genuinamente psicológicas; donde se hablaba de instinto, Adler habla de "individuo" (persona); donde se habla de constitución o de temperamento Adler dice "actitud", "carácter", "estilo de vida"; donde se hablaba de herencia e innatismo, Adler dice "entrenamiento", experiencia, ambiente, educación; donde se hablaba de sexo, Adler dice personalidad; donde se hablaba de determinación causal, Adler dice "determinación final" y, en fin, donde se hablaba de determinismo, Adler dice libertad. En suma: en *El carácter neurótico* Adler no sólo traza el camino de una nueva escuela psicológica, sino que también da los mismos principios y caminos por donde habrá de marchar la psicología del siglo xx (Psicología de la forma, Psicología personalística, Psicología existencialista, Psicología dialéctica, Psicología teleológica... [4]).

El carácter neurótico fue un éxito de librería: llegó a la segunda edición en 1919, a la tercera en 1922 y a la cuarta en 1928; fue vertido primero al inglés y después al francés. En cambio, si se considera la comprensión lograda, su éxito fue harto menor. Su contenido revolucionario, su nueva línea de pensamiento fue, sin duda, un impedimento. Esa índole revolucionaria se advierte ya en su título, así como en sus peripecias en el extranjero se advierte la incomprensión. Hablar hoy de "carácter neurótico" es corriente y nada chocante —precisamente gracias al movimiento de ideas que inició esta obra—. Mas hacia 1912, el concepto psicológico de carácter neurótico era un tanto inusitado. Adler había dedicado su libro al *Charakter* —no al *Temperament* ni a la *Konstitution*—. Sin embargo, aún en 1912 los editores ingleses, y todavía en 1948 el editor francés, hallaron extraño e inasimilable eso de "carácter neurótico", y lo "traicionaron", adaptándolo al lenguaje científico usual en esa época en la respectiva área idiomática. Así sustituyeron *Charakter*, que en ese contexto era la palabra nueva, por los equivalentes tradicionales y familiares en esos países. De esta manera "carácter" se vio convertido en los países sajones en *constitu-*

[4] Véase en Heidbreder, *Psicologías del Siglo* xx, nuestro trabajo *La Psicología del Individuo.*

tion, en Francia en *tempérament*. Los títulos resultantes (*The Neurotic Constitution* — *Le tempérament nerveux*) distorsionan el espíritu adleriano tan radicalmente que, en rigor, entran en grosera contradicción con el libro. *El carácter neurótico* niega, precisamente, que existan neurosis temperamentales, e incluso la existencia del temperamento mismo; niega, asimismo, que existan neurosis constitucionales, y despoja además de todo valor al concepto de constitución psíquica en su sentido tradicional de predisposición anímica natural, congénita, dada. Afirma exactamente lo contrario: la neurosis como carácter, como una especial manera de situarse frente a la vida.

La incomprensión del título testimoniaba la asibilidad difícil propia del libro revolucionario. Incomprensión que desde su aparición ha venido acompañando a los libros de Adler a lo largo de su deambular por todos los idiomas y países. Una de las causas que han gravitado —preciso es reconocerlo— es que no todos sus libros son tales en el sentido más estricto del vocablo, sino recopilación de artículos o conferencias, insuficientes para introducir acabadamente al lector en su pensamiento. *El carácter neurótico* tiene el mérito de ser un verdadero libro; con el plan y el desarrollo coherente y continuado de un trabajo sistemático. Su rigor y consecuencia tal vez contribuya eficazmente a que en tiempo no lejano se lo comprenda a Adler de veras. En frase ya citada, Furtmüller ha dicho, desalentado: "*El carácter neurótico* es posiblemente la obra psiquiátrica más original que existe, pero hasta que no sea reescrita, quizá en forma de novela, muy poca gente la comprenderá". Esta afirmación no es del todo caprichosa: más de un psicólogo literario ha expuesto a Adler en sus novelas mejor que muchos psicólogos científicos en sus tratados[5]. Pero en cierta forma ello acaso también sea señal de que el pensamiento adleriano, avanzado para los años de su aparición, cuenta ahora con un nivel de madurez más propicio para su comprensión.

[5] Vaya a título de ejemplo: Koestler, *Flecha en el azul;* P. Bottome, *La hora fatal*; Madelon Lulofs, *Delirio tropical*... No obstante, debemos señalar las exposiciones y desarrollos admirables de la caracterología adleriana de Karen Horney, Erich Fromm y Fritz Künkel, entre otros.

EL TEXTO DE "EL CARÁCTER NEURÓTICO"

La caracterología adleriana brinda un sistema conceptual completo: 1) Una teoría del carácter; 2) Una psicogénesis del carácter; 3) Una psicopatología del carácter; 4) Una técnica de exploración caracterológica; 5) Una tipología; 6) Una pedagogía del carácter, y 7) Una psicoterapia del carácter (caracteroterapia) [1].

Teoría del carácter

Adler utiliza el término carácter en su rigurosa significación etimológica: del verbo griego "charasso", marcar, sellar, grabar, acuñar. Carácter es para él "estilo", el "estilo de vida" que es peculiar a cada hombre, que hace de él un ser único, reconocible, inconfundible e indisgregable, en suma, un individuo, un ser indivisible, indesmembrable. Cada individuo tiene una manera de vivir, privativa de él, que cubre la totalidad de su vida, a lo largo y a lo ancho de su existencia; cada hombre tiene, en suma, un "estilo de vida", un carácter. He aquí los principios que lo configuran y que sirven de base a la caracterología adleriana: El carácter: 1) se forma precozmente; 2) es finalista; 3) es unitario; 4) es continuo (idéntico); 5) es social; 6) es peculiar; 7) es creador (no está determinado por lo orgánico, ni por la herencia psíquica ni por un fatal determinismo psíquico o social). Examinemos esos principios, señalando luego muy someramente sus correlaciones con la técnica de exploración psicológica y la práctica educacional. Todo ello a la luz de la ulterior posición definitiva de la Psicología del individuo.

1) Principio de la Precocidad del Carácter. — El proceso de formación del carácter se realiza durante los 4 ó 5 primeros años de la vida. En ese temprano período el individuo se construye un estilo de vida que casi siempre se man-

[1] Dada la índole específica del libro y la índole introductoria de este trabajo, aquí sólo desarrollaremos con cierto detalle el punto 1). El punto 5) se trata en el Apéndice. Los demás sólo se enuncian en forma sucinta y se expondrán con la extensión debida en una más adecuada oportunidad.

tiene idéntico, incambiado, durante su vida ulterior. Bien captado, el carácter que el niño muestra y forma en su hogar y en el jardín de infantes, en sus actitudes y relaciones frente a sus compañeros, frente a los mayores, frente a las obligaciones, frente a las cosas, y, en fin, frente a sí mismo, anticipa el que mostrará más tarde, en sus diferentes etapas evolutivas, frente a los hombres y las mujeres de su contorno, frente al trabajo, el amor y la sociabilidad. Los mismos patrones del pensamiento y de la conducta infantiles se van aplicando de modo semejante a las situaciones equivalentes de la adultez, y si dan resultados diferentes sólo lo serán en su nivel de complejidad aparente, pero el esquema esencial, básico, se conserva siempre idéntico. La precocidad de los rasgos de carácter ha hecho pensar equivocadamente que ellos son de naturaleza hereditaria o innata, y su mantenimiento a lo largo de la vida del individuo ha inducido al error de considerarlos constitucionales.

2) Principio Teleológico. — El carácter se organiza en torno de un objetivo de vida futuro, más o menos claramente conocido por el individuo. Este objetivo orienta y conduce la totalidad del pensamiento y de la conducta, en su conjunto y en cada uno de sus momentos, en la vigilia y en el sueño; el pensar y el sentir; la memoria y la imaginación; el trabajo, el amor y la sociabilidad. (En este punto evidénciase una fuerte coincidencia con la caracterología holística y teleológica de Spranger, que busca "comprender" el carácter como una organización psíquica en torno de un valor central.) El carácter es una técnica de vivir en relación con lo porvenir. Está impregnado de futuro; se organiza con vistas al futuro, a todo futuro. Visto este proceso en su contenido material, el objetivo se instala, en primer término, a consecuencia de la necesidad de darse una orientación, un punto de referencia, en medio del caos de la vida. En este proceso pueden distinguirse, no sin cierto artificio, tres momentos íntimamente vinculados entre sí:

a) El niño en busca de un primer punto de referencia, lo halla en sí mismo, en su sentimiento normal de pequeñez, insignificancia e inermidad, en ciertos casos exacerbado por condiciones angustiosas (inferioridad orgánica, económica, social o desfavorable posición en la familia): esta situación es

vivida como una falta o carencia, como una nada, como un *menos.*

b) El niño encuentra en el mundo exterior a los adultos —en especial a los padres o sus sustitutos— a los que ve, por oposición, como un todo, como una completud, como un *más.* Entonces vivencia su propia situación como un *abajo* y la situación adulta como un *arriba.* Percibe, además, que frente a la mujer el hombre ocupa en nuestra sociedad la situación de arriba por excelentecia, e identifica el abajo con lo *femenino* y el arriba con lo *masculino.* En consecuencia, se da a sí mismo como segundo punto de referencia, como *objetivo de vida,* la masculinidad, la virilidad. Desde entonces vive como reclamando masculinidad, adopta una actitud de *protesta viril* ("Yo también quiero ser todo un hombre") y condiciona toda su existencia a las exigencias de su objetivo de virilidad, en el cual ve la meta que habrá de guiarle para subir desde su estado femenino e inferior de abajo hacia el arriba masculino y superior *(objetivo de superioridad).*

c) En su afán de alcanzar la meta propuesta *(afán de superioridad),* el niño traza en su pensamiento líneas de conducta que deben servirle de guías para alcanzarla *(líneas de movimiento, líneas directrices),* esto es, métodos, programas, proyectos *(plan de vida),* y para realizarlos frente a la realidad debe buscar la cooperación de ciertas *líneas auxiliares o secundarias:* las principales son los rasgos de carácter.

El carácter tiene así, en su conjunto, y en cada uno de sus rasgos, una dirección, una finalidad. Así, v. gr., la actitud de fuga (miedo, timidez) tiene la finalidad de eludir el enfrentamiento con una situación temida; la tristeza tiene la finalidad de lograr atención, protección, compasión, tolerancia; la terquedad tiene la finalidad de satisfacer una necesidad de hacerse valer, salirse con la suya; la cólera en general tiene en vista la finalidad de lograr el dominio de una situación, como la obediencia y todos los demás rasgos de carácter expresan —en las palabras de Adler— el salto compensatorio desde un ansioso abajo hacia un anhelado arriba.

3) Principio de la Unidad del Carácter. — La esencial unidad del objetivo vital imprime una fuerte unicidad al carácter. En todos los aspectos de la existencia se persigue

siempre un mismo objetivo; todas las manifestaciones del psiquismo son expresiones de un mismo centro personal. Los rasgos de carácter contradictorios o una duplicidad de carácter sólo son apariencia: traducen una diversidad de técnicas, tanteos o hesitaciones en el logro de un mismo y solo objetivo subyacente. Las contradicciones de carácter son reductibles a un rasgo subyacente que encierra el sentido de los opuestos. Por ej.: la ambición y la pereza pueden obedecer en un individuo a un mismo objetivo final de superioridad, que en circunstancias favorables sigue el mismo camino del ataque frontal directo ("quiero valer"), pero que, en circunstancias desfavorables, prefiere el segundo camino, de rodeo, escapista ("¡si no lo logro es simplemente por pereza!"). El carácter es unitario: es siempre el mismo, busca siempre lo mismo en todas sus manifestaciones. En cada rasgo está todo el carácter.

4) Principio de la Identidad del Carácter. — El carácter se mantiene fiel a sí mismo desde los primeros años hasta el fin de la vida del individuo. Los rasgos de carácter esenciales se conservan; sólo se alteran sus expresiones fenoménicas de acuerdo con los cambios de maduración y con los cambios de escenario que la vida va deparando. El estilo de vida, la técnica de vivir, es el mismo en el individuo a los 4 y a los 40 años. A los 4 años un niño mimado se aparta de la temida competencia en el grupo de juego; a los 40 elude las reuniones sociales donde no cree poder hacer un buen papel; a los 4 y a los 40 se trata de lo mismo: fuga de toda amenaza de humillación. A los 3 años una niña rechazada busca conquistar el cariño de su padre y a los 30 vive a lo Carmen buscando con la coquetería la admiración y sumisión de todos los hombres a los que circunstancialmente encuentre en su camino; a los 3 y a los 30 se trata de lo mismo: adquirir seguridad y sentimiento de valor reuniendo pruebas de su poder de seducción y fascinación. El carácter es esencialmente el mismo a lo largo de la vida individual. Los rasgos del carácter son la expresión externa de la línea de movimiento del alma, que sigue siempre la misma orientación impuesta por el objetivo. El carácter sigue una línea de movimiento continuo.

5) Principio Social del Carácter. — El carácter resulta de un objetivo de vida configurado socialmente. Todo cuanto

se busca y elude, prefiere y rechaza, se da en un marco social. El carácter resultante es la técnica aprendida en el contexto social para el logro de un objetivo configurado en el seno de la sociedad. Como ser vivo el hombre tiende a la conservación, y como tal, persigue, al igual que todo ser biológico, un objetivo de adaptación y seguridad; pero el hombre es un ser que se configura en la vida social, su medio propio. En nuestra cultura competitiva, el individuo sólo en el valimento personal (poder, fama, dinero) halla seguridad. El hombre de nuestra cultura persigue, pues, un objetivo de superioridad personal del que resulta una técnica de vida, un carácter general propio del estilo de nuestra cultura social: competencia, ambición, vanidad, orgullo, agresión, envidia, resentimiento, avidez, insaciabilidad, etc., etc. El carácter está relacionado con la realidad exterior. Es la manera como una persona se sitúa en su contorno, "el modo de actuar" sobre su mundo circundante y de relacionarse con él. Cada rasgo de carácter debe verse como una manifestación de "una cierta forma expresiva del alma en un ser humano que trata de adaptarse a las necesidades y obligaciones que la vida le impone". El carácter es la técnica que el individuo se ha elaborado para resolver los problemas de la vida social —trabajo, amor, sociabilidad— con arreglo a sus fines personales. El carácter es, en suma, un producto y una técnica de la vida en sociedad. Un niño, v. gr., ha aprendido (elaborado) por las experiencias recogidas en su ambiente que con el llanto puede lograr la aquiescencia materna a sus caprichos, y transformando esta experiencia en línea de vida, el carácter coopera haciendo que en adelante busque salir siempre con la suya explotando la preocupación ajena a costa de su propia persona (jaqueca, depresión, escenas, enojos). En suma, el carácter es social: a) Porque se forma y entrena en el seno de la sociedad, b) Porque toma sus objetivos y sus recursos de la sociedad, c) Porque una de sus fuentes principales y uno de sus mecanismos básicos lo constituye el sentimiento de pertenencia y cooperación con la sociedad: el *sentimiento de comunidad,* y d) Porque el carácter constituye, en definitiva, la manera con que el individuo resuelve sus problemas de la vida en sociedad y frente a la sociedad.

6) Principio de la Peculiaridad del Carácter. — El objetivo de vida siempre es individual, único; de ahí la singularidad de cada carácter. El objetivo individual busca la superioridad por los cauces impuestos por nuestra sociedad y por nuestra cultura, a través de un proceso de elaboración biográfico, personal, exclusivo, dependiente de la especial constelación de factores orgánicos, ambientales, educacionales, familiares y subjetivos (sentimientos de inferioridad, afán de superioridad, sentimiento de comunidad) dada en cada caso concreto. De ahí que el objetivo general de superioridad acuse en cada individuo una forma y un contenido específicos, originales, y que, consecuentemente, determine un carácter igualmente original. Por eso un mismo rasgo de carácter significa algo diverso en cada individuo, y dos rasgos diversos pueden significar una misma cosa en diferentes individuos. No hay, pues, dos caracteres iguales.

7) Principio Creador del Carácter. — El carácter es una elaboración personal, original, del individuo. El hombre se construye su carácter, se lo hace, se autocaracteriza, de acuerdo con los fines peculiares autoimpuestos. El proceso de creación no está determinado por leyes. Sólo como probabilidad estadística cabe esperar que el individuo inmerso en una cierta situación de vida tienda a construirse este carácter y no tal otro. El individuo construye su carácter sobre la base de los materiales somático, ambiental y social dados, que ejercen cierta "seducción" en el sentido de producir un cierto tipo de rasgos, pero no tienen un poder de determinación fatal. El individuo elabora los materiales dados en forma libre y creadora a fin de crearse su carácter. Por lo demás, los materiales no son dados en un sentido riguroso, pues su significación, su poder, depende de la valoración individual. Esto entraña las negaciones siguientes: el carácter a) no es heredado; b) no es innato; c) no es un producto fisiológico; d) no es un producto instintivo; e) no es un producto de automatismos; f) no es inmutable. Y sus afirmaciones implícitas: el carácter es adquirido, es un producto psíquico, es mutable, es libre, es creador.

a) *El Carácter no es heredado; es adquirido.* — De la certeza de que ya en la lactancia asoman los rasgos característicos que acompañarán al hombre en todo su desenvolvimiento ulterior, no ha de concluirse que el niño herede el

carácter de sus padres. El parecido de caracteres de los hijos con sus padres se debe a la imitación. Los rasgos de las personas poseedoras de la preeminencia que el niño desea para sí, atraen y orientan como modelos su aspiración. Así como el niño busca imitar a su padre en la mímica, preferencia y ademanes, en el hábito de cruzar las piernas o los brazos, en la predilección de ciertos alimentos, copia también su carácter. Y frente al argumento de que la presencia de caracteres criminales comunes a toda una familia no puede ser dada sino por naturaleza, debe recordarse el hecho de que cuando el modo de concebir la vida y el mal ejemplo se dirigen en sentido delictivo, el niño puede llegar a ver en la delincuencia el modo más natural de vivir y de esta manera copiar y desenvolver los suyos. En aquellos casos en que no obstante haber crecido lejos de sus progenitores, el niño ha desarrollado rasgos semejantes a los de ellos —que probarían palmariamente la acción determinante de la herencia— debe tenerse en cuenta que un niño que nace corporalmente débil, se desarrolla bajo una tensión con su mundo que puede suscitar estos rasgos idénticos a los de un padre que haya sufrido una deficiencia orgánica similar.

La doctrina de la herencia de los rasgos de carácter está, pues, muy poco fundada y no suministra datos básicos que puedan servir de fundamento a la caracterología. Por consiguiente, debe desechársela. Ciertamente, el carácter se estructura sobre la base del empleo de las aptitudes o inaptitudes y energías congénitas ofrecidas por el material hereditario, que suele ejercer inmensa seducción, pero que de ningún modo tiene significado causal. La herencia corporal o anímica sólo se expresa en posibilidades. El niño *adquiere* su carácter en base a las vivencias suscitadas por su constitución física y, particularmente, por el ambiente: constelación familiar, nivel económico, régimen de educación, estructura de nuestra cultura.

b) *El carácter no es innato, es un producto del entrenamiento.* — El carácter es resultado del trabajo del individuo frente al mundo y frente a sí mismo. No es una cosa dada, que el hombre encuentre ya hecha en sí mismo, sino algo que él va haciendo. El carácter es ese conjunto de aptitudes y de inaptitudes, de actitudes y de rasgos que el individuo desarrolla en relación con su objetivo final y con las condiciones dadas a fin de garantizarlo. Ningún individuo es

terco, tímido o sumiso "por naturaleza". El negativismo, la timidez y la sumisión son rasgos que el individuo va ejercitando, va entrenando, más o menos conscientemente, como recursos auxiliares destinados a asegurar la realización del personal objetivo de vida. Un niño es negativista porque ha comprobado —o cree— que de esa manera se impone sobre la familia, se ubica en el centro de la atención familiar y así obtiene ventajas o consideraciones especiales; un adulto es negativista porque de esa manera cree, por ejemplo, dejar en alto el valor de sus opiniones y decisiones, en suma, de su personalidad. Un niño es tímido porque "su" experiencia le dicta este camino de rodeo para lograr sus propósitos, etc., etc. El carácter es el estilo de vida resultante de la manera en que, según las impresiones vividas y el modo en que fueron elaboradas (experiencias), el individuo entrena su actitud frente a la vida con vistas a lograr su personal superioridad (poder, dominio, omnipotencia).

c) *El carácter no es un producto mecánico del organismo.* — El estado corporal ejerce enorme predicamento en el proceso de la configuración del carácter. Probablemente, la secreción de las glándulas internas coopere en ese trabajo anímico, pero no puede identificárselos afirmando, como la psicología endocrinológica que, v. gr., el flematismo se produce por una anomalía de la tiroides. Si se compara un caso de este temperamento con otro de hipofunción tiroidea, se advertirá una notable falta de analogía entre ambos. Por otra parte, ocurre que en el mismo individuo se suceden temperamentos diferentes: un niño colérico en un principio, tórnase luego melancólico, para acabar en flemático; y el mismo flemático tampoco permanece constante toda su vida: a menudo ofrece reacciones de una profundidad y violencia sorprendentes. Aunque se demostrase que sólo los hipotiroideos pueden acusar temperamento flemático, ello en modo alguno implicaría probar su origen en la secreción de la tiroides. Se explicaría en el hecho de que todo fenómeno patológico despierta una sensación de inferioridad orgánica que obliga al individuo a realizar ciertas tentativas, una de las cuales puede ser escudarse en este temperamento de los hechos que hieren su sentimiento personal. El niño afectado por una inferioridad física —defectos orgánicos, debilidad, torpeza, deformidad externa— suele, en efecto, desarrollar ciertos rasgos de carácter hostiles contra los demás, como irritabili-

dad, insociabilidad, egocentrismo, orgullo, vanidad, sensibilidad y cautela exageradas. Mas no implica esto afirmar que la condición de un órgano, "en cualquier estado que se encuentre", fuerce el moldeo caracterológico en un sentido determinado.

d) *El carácter no es un producto instintivo.* — El carácter no es pasivo resultado de tiránicas tendencias irracionales e inconscientes que lo dirigen desde abajo y desde atrás. Su materia prima está constituida, por una parte, por (1) el originario *sentimiento de inferioridad*, (2) el consecuente *afán de superación* —que en nuestra cultura se constituye en voluntad de poder— generador de las líneas egocéntricas, egoístas, ambiciosas, agresivas; y (3) por el *sentimiento de comunidad* humana, generador de las líneas hacia la cooperación, la ayuda, la tolerancia, la pacífica convivencia. En cada caso, el resultado caracterológico final depende de lo que el psiquismo hace con los datos exteriores y sus materiales subjetivos. Por ese camino personal escogido corren todas las tendencias (los llamados instintos), orientadas, reforzadas o creadas, según el caso, por el objetivo de vida que el individuo se ha propuesto. Los "instintos" tienden a satisfacer fundamentales necesidades, pero ellos no deciden la manera y la intensidad en que lo hacen: una y otra son determinadas por la finalidad personal. La expresión de los instintos es más un producto del carácter, que el carácter un producto de los instintos.

e) *El carácter no es un producto de reflejos ni de hábitos.* — No hay ningún mecanismo rígido, prefijado, que desde afuera imponga al carácter una cierta línea de fatal desenvolvimiento. Los estímulos y la presión de la cultura y del ambiente inmediato, de la educación y de la familia condicionan al individuo a un cierto sistema de respuestas intelectuales y conductales; brindan al individuo un material de enorme influencia, cuya presión da lugar a innúmeros modos de reacción condicionados; se imponen al individuo con gran probabilidad estadística, pero siempre a través de una elaboración individual capaz de producir resultados muy diferentes y de liberarse en un momento dado de ellos. Por otra parte, la heterogeneidad y variabilidad de los estímulos reclaman del individuo en cada caso una reacción distinta y creadora. La adaptación a la realidad cambiante y multiforme

no podría lograrse si el individuo no estuviese equipado de otras armas que los reflejos y los hábitos; ella demanda un continuado y plástico reajuste. No obstante, las actitudes y los rasgos son ciertamente maneras habituales de reaccionar ante los estímulos. Pero tales maneras habituales no derivan mecánicamente de los estímulos exteriores a manera de respuestas obligadas e ineludibles. Ocurre, sí, que a partir del momento en que el individuo ha elaborado su objetivo de vida, todo su comportamiento se ordena y se encamina en relación con él, y esas líneas de conducta producen siempre un cierto tipo de comportamiento necesario para su funcionamiento. De este modo, a partir de la libre creación del objetivo de vida inicial, se derivan señaladas maneras de conducta que se van haciendo cada vez más rígidas, más automáticas, más estereotipadas. Es así como la inicial libertad creadora se va perdiendo, reemplazada por un proceso de continuada automatización: el estilo de vida, el carácter, producto de una inicial faena artística y de una ulterior mecanización.

f) *El carácter no es inmutable.* — Una vez que el carácter se ha automatizado, se ha rigidizado, funciona de una manera mecánica, tanto más cuanto más rígido sea el objetivo de vida. No obstante, a cualquier altura del proceso de mecanización, un carácter puede cambiarse por otro, sus expresiones pueden ser sustituidas por otras, siempre que previamente cambie el objetivo final de la personalidad. Los rasgos de carácter no son más que los auxiliares del objetivo de vida; mientras el objetivo permanezca idéntico —como ocurre por lo general— los rasgos de carácter consecuentes se mantendrán iguales; pero un cambio de objetivo trae aparejado el cambio correspondiente de los rasgos de carácter. Cuando un individuo se propone pintar un cuadro, este objetivo le impone ya ciertos patrones de conducta previstos: habrá de proveerse de los materiales e instrumentos necesarios, hacer el aprendizaje requerido, etc.; en suma, cumplirá un cierto número de actos fijos y previsibles. Estos actos fijos y previsibles se irán repitiendo toda vez que se mantenga idéntico propósito, pero en el momento en que se lo abandone, toda esa conducta será consecuentemente abandonada por inútil, y aparecerá, en su lugar, la adecuada al nuevo objetivo. El carácter no *es*, pues, inmutable, se *hace* rígido, pero *puede* cambiar por otro que, a su vez, se rigidi-

zará. El hombre es un ser libre que pierde su libertad y permanece liberable.

g) *Autocreación del carácter.* — El individuo, pues, construye su carácter sobre la base de una constelación de materiales dados: material somático (constitución orgánica, figura corporal), material ambiental (cultura, familia, nivel económico social, educación, etc.), material psíquico (sentimiento de inferioridad, afán de superación, sentimiento de comunidad). Pero ninguno de estos materiales obra fatalmente sobre el individuo. Son factores que no operan directamente sobre el individuo, sino a través de las impresiones que suscitan. Y ocurre que esas impresiones no penetran pasivamente, sino a través de una elaboración formal: la experiencia. La experiencia es el proceso por el cual los materiales se modifican cuantitativa y cualitativamente, dándoles a unos eficacia y haciendo a otros innocuos; dándoles a unos gran poder y debilitando a otros. Dichos materiales tienen poder de seducción, pero el grado de fascinación que realmente ejerzan depende de la actitud, libre, que el individuo asuma frente a ellos.

Así, existen probabilidades estadísticas de que las vivencias provocadas por una deficiencia somática, económica o familiar dirijan el desenvolvimiento de la conducta y el carácter infantiles en un sentido neurótico. Sin embargo, no porque un niño deba soportar el peso de una deficiencia cualquiera, llegará a ser forzosamente neurótico. Una misma insuficiencia, orgánica, por ejemplo, produce consecuencias completamente diferentes según los individuos: todo depende de la importancia y el papel que el individuo le atribuya. En tanto un hombre con defectos de audición puede convertirse en un holgazán y excusarse ante la sociedad y ante sí mismo diciendo que con un oído normal habría sido un gran músico; en las mismas condiciones, otro puede concentrar todas sus energías sobre la música y tras largo entrenamiento tal vez consiga producir obras notables. Lo mismo ocurre en cuanto a la influencia que en la formación del carácter tiene el puesto en la constelación fraterna: no todo hijo único ha de sufrir necesariamente, por el simple hecho de serlo, un desarrollo defectuoso: muchos hijos únicos forman un carácter sano y equilibrado. Más aún, cualquiera sea el lugar que el niño ocupe en la serie, puede significarle

una ventaja o una desventaja: una u otra consecuencia dependerá, en definitiva, de su propia reacción, siempre diferente de un niño a otro [2]. Puede afirmarse, pues, que "el primer anillo de la cadena etiológica no lo constituye el hecho objetivamente dado de las vivencias infantiles, sino su *elaboración subjetiva* por el alma del niño" (Wexberg).

ψ

La caracterología de Adler se define claramente como *dinámica* y *dialéctica.* Rompe con todos los conceptos rígidos y sobresimplificadores de la caracterología tradicional, para brindar una concepción abierta y comprensiva, en la que encuentran su lugar natural criterios otrora considerados antinómicos e incompatibles, pero que deben considerarse a un tiempo, no eclécticamente, sino como momentos de un proceso dinámico que los integra dialécticamente a todos ellos. Así, la caracterología adleriana es susceptible de describirse como antimaterialista, antiinnatista, anticonstitucionalista, antifisiologista, antiatomista, anticausalista, antiambientalista, antifatalista, animista, social, dinámica, culturalista, librearbitrista.

La caracterología adleriana puede asimismo definirse como *existencialista,* en razón de sus premisas, así como de su preocupación por comprender al hombre concreto y singular dentro del marco de su propia vida.

[2] Buen ejemplo de las grandes diferencias entre las respuestas infantiles ante un mismo hecho (en esta oportunidad el fracaso) lo da Leslie R. Marston, en *The emotion of Young Children.* Observando las reacciones de los niños sometidos a las situaciones experimentales de la "caza del pato", en la cual cada niño debía elegir entre dos cajas, una vacía y otra con un pato de juguete, comprobó que algunos respondieron rápidamente a cada presentación del par de cajas, no mostrando hesitación o perplejidad aun después de repetidos fracasos"; otros buscaban "escapar al malestar de la indecisión y la decepción del fracaso dirigiéndose a otras actividades". Una niña luego de tres fracasos seguidos dijo: "creo que ahora debo irme a jugar", y al fracaso siguiente: "creo que es hora de irme a la escuela" (*Studie in Child Welfare,* vol. 3, págs. 62-65, Universidad de Iowa, 1925).

Psicogénesis y dinámica del carácter

Ya en la infancia más temprana el individuo construye su "estilo de vida", su carácter, sobre la base del patrimonio heredado y bajo el impulso de las vivencias de los influjos externos del ambiente, que inciden sobre el desarrollo de su sentimiento de comunidad (fuente de los rasgos de generosidad, benevolencia, interés en el prójimo, compasión...) y sobre el afán de poderío (fuente de vanidad, celos, envidia, terquedad, espíritu crítico...). El carácter individual se construye entre los polos de esos dos sentimientos opuestos: el *sentimiento de comunidad*, que impulsa al sujeto a unirse a los demás y a vincularse con las tareas e ideales del grupo social en que vive, y el *sentimiento de inferioridad*, que lo impulsa a rebelarse y a afirmar su personalidad y su dominio ante los demás en virtud de un proceso de sobrecompensación. En suma, el carácter es expresión de tres elementos: sentimiento de comunidad, sentimiento de inferioridad y tendencia a la preeminencia [3]; la composición cuantitativa y el juego cualitativo entre ellos produce en cada caso una dinámica particular y le da a cada carácter su sello individual.

Psicopatología del carácter

El carácter neurótico tiene el mismo origen que todo carácter: es el resultado de la acción de los factores exteriores sobre el psiquismo y de la elaboración que el psiquismo realiza sobre los factores exteriores. La psicogénesis del carácter normal o la etiología del neurótico se verifican, en esencia, a través de un mismo proceso de autoformación. Se dan sólo diferencias de grado en los procesos: el proceso de compensación que corrientemente lleva a la normalidad e inclusive a grandes prestaciones, bajo el apremio de factores negativos o negativamente elaborados, se amplifica en un proceso de sobrecompensación; entonces todo se exacerba: el sentimiento de inferioridad y el afán de superioridad (agu-

[3] En *El carácter neurótico* ya se insinúa el papel que el *sentimiento de comunidad* desempeñará más tarde en la Psicología del Individuo, pero debe advertirse que en esta época Adler todavía hacía recaer el acento en el mecanismo "sentimiento de inferioridad compensación - afán de poder".

zados por el fracaso), en tanto el sentimiento de comunidad humana decrece sensiblemente.

En efecto, cuando a causa de algún factor negativo (inferioridad orgánica, privaciones económicas, falta o exceso de cariño de los padres, posición desfavorable frente a los hermanos) [4], o visto como negativo, sufre un intenso sentimiento de inferioridad, su afán de poder se exalta y su sentimiento de comunidad se estrangula hasta el punto de que el individuo, lleno de opiniones equivocadas acerca de sí y de la vida, se impone un objetivo vital erróneo, desde el punto de vista de la lógica de la existencia. La realización de ese objetivo equivocado (asocial, irrealizable, ficticio, rígido) impone al individuo líneas directrices erróneas, cuya obediencia impone rasgos y síntomas igualmente erróneos: neuróticos. Los rasgos y síntomas neuróticos tienen, pues, la oculta finalidad de asegurarle al individuo, mediante caminos de rodeo, la preservación de sus sentimientos autoestimativos, resguardándole, no obstante, y para ese fin, de todo enfrentamiento franco y directo con los problemas de la existencia: el individuo debe eludir todo riesgo de fracaso en el amor, en el trabajo y en la sociabilidad, pero siempre de una manera disimulada, enmascarada, que no revele su secreto ni lo humille, sino mediante enmascaramientos justificadores. Así surgen los subterfugios y los "arreglitos", que se concretan en nuevos rasgos y síntomas neuróticos: la cólera o la depresión que inculpa a los demás, la fuga en la enfermedad que brinda un refugio protector para sustraerse a las obligaciones, así como un puesto de privilegio para dominar a los demás; la impotencia, la frigidez, la homosexualidad, el sadismo, etc., para eludir el sometimiento a la temida pareja sexual y mantener artificiosamente una distancia de seguridad y superioridad frente a ella, etc. El carácter neurótico se encuentra, pues, en individuos que abrumados por angustiosos sentimientos de inferioridad y faltos de sentimiento de comunidad, se han impuesto, por sobrecompensación, un objetivo de vida exageradamente ambicioso destinado a vindicarlos poniéndolos por encima de todos, ya mediante la lucha

[4] También aquí convendrá recordarle al lector que en *El carácter neurótico* Adler todavía consideraba muy preferentemente el factor orgánico en la determinación de los sentimientos de inferioridad, descuidando los restantes, a los que ulteriormente daría tanta o más importancia que a aquél. [E.]

abierta, ya, una vez desalentados, mediante el prudente apartamiento y la fuga del frente de la vida.

El carácter neurótico no viene de afuera hacia adentro, no le es impuesto al individuo. Es un recurso que él ha adquirido mediante entrenamiento y que utiliza para sobrepujar a los demás. Por ejemplo, el niño que viciado por el sentimiento de incapacidad y el deseo de dominar a los demás siempre quiere que los demás lo vistan, lo aseen, le armen sus juegos, lo acompañen en todo momento, le hagan sus deberes, entrena la dependencia neurótica que de adulto le servirá para sustraerse a toda obligación, a todo examen, y obligará, con su torpeza, sus rasgos de carácter apropiados, sus síntomas y sus enfermedades, a que los demás lo reemplacen en la lucha por la existencia. El niño que quiere ser el primero en todo, en el servicio de la comida, en el reparto de juguetes, en las competencias deportivas, en el rendimiento escolar, en el afecto de sus padres, entrena su futura actitud de hombre que sólo servirá para enseñorearse sobre los demás, que acaso podrá resignarse a "ser cabeza de ratón pero nunca cola de león", y que toda vez que en la realidad no logre ocupar ese puesto ideal recurrirá a toda clase de artilugios neuróticos para soslayar la disminución de su sentimiento de valer personal. El drama del neurótico es el drama del hombre que no puede porque no cree poder; que se ha hecho neurótico porque no creía poder ser otra cosa. Ello porque como decía Séneca (Epíst. 18, 13): "Todo depende de la opinión. Cada cual es tan miserable como cree serlo".

ψ

A continuación haremos una sucinta enunciación de los principios de la técnica de exploración y de la técnica de educación y reeducación del carácter según la Psicología del Individuo. En beneficio de una mayor brevedad y claridad, los formularemos en orden correlativo con los ya expuestos principios fundamentales de la teoría del carácter.

Bases de la técnica de exploración del carácter.

1) *Exploración retrospectiva.* — Ya en la infancia puede explorarse el carácter del niño y del futuro adulto. Para

comprender un carácter siempre debemos retrotraernos en nuestra pesquisa hasta los primeros años, los realmente formativos, e indagar las primeras impresiones a través de la reconstrucción anamnésica y de la exploración de los recuerdos de hechos más antiguos.

2) *Exploración teleológica.* — Desde el punto de vista formal, para comprender un carácter dado debemos descubrir el objetivo de vida subyacente que ha operado como agente motriz en el trabajo de moldeo caracterológico. Cada carácter tiene un sentido que sólo puede comprenderse cuando se ha comprendido su finalidad. Cada rasgo de carácter sirve para algo. ¿Para qué sirve ese rasgo concreto de este individuo concreto? ¿Qué busca, qué quiere lograr con ello? He aquí la postura adecuada para interpretar el sentido de un carácter y de un rasgo, y a través de él conocer el objetivo subyacente. Desde el punto de vista material, la exploración buscará averiguar y comprender los factores externos (experiencias, modelos), la fuente anímica (sentimientos de inferioridad y sentimiento de comunidad) y el consecuente objetivo del afán de superioridad que condiciona la teleología del individuo.

3) *Exploración total.* — Cada rasgo de carácter sólo puede interpretarse sobre el contexto del cuadro caracterológico de conjunto (tal como la exacta significación de una palabra sólo puede decidirse en su contexto). Así, para comprender un carácter, también deben comprenderse los recuerdos, sueños, fantasías, etc. del individuo. Pero, asimismo, todo el carácter puede comprenderse a través de uno de sus rasgos. No debe aceptarse la existencia de rasgos contradictorios más que como una apariencia fenoménica. En toda duplicidad debe verse un motivo para buscar un tercer rasgo de enlace que le dé sentido orgánico y la explique.

4) *Exploración longitudinal.* — Para comprender acabadamente un carácter debemos captar su sentido a lo largo de su desarrollo: de ahí la necesidad de conocer la historia del individuo. Sólo cuando el sentido general hallado ilumine el sentido de cada uno de sus momentos a lo largo de la línea longitudinal, podremos confiar en nuestra interpretación. Los rasgos de carácter nos revelan la línea de movimiento subyacente, y ésta, a su vez, permite comprender los rasgos de carácter, que son su expresión fenoménica.

Biblioteca I.T.E.S.O.

5) *Exploración social.* — Sólo puede comprenderse un carácter en el escenario social donde se ha formado y sobre el cual debe actuar. El desarrollo de un individuo, su afán de dominio o de valimiento, su fecundidad o inutilidad para la colectividad, su egocentrismo o su objetividad frente a la vida, todo ello sólo puede comprenderse, en gran parte por lo menos, a la luz de las influencias exteriores, de sus vivencias infantiles, de sus experiencias con los adultos que lo han rodeado de niño y en relación con su actual situación en la vida. Por otra parte, la comprensión de los rasgos del carácter del individuo da a conocer la opinión y actitud que él tiene frente al mundo, frente a las personas que lo rodean y frente a la sociedad en general. En toda exploración se deben investigar los sentimientos de comunidad y el comportamiento del individuo ante los problemas de la realidad (Véase en nuestro Apéndice: "Tipología actitudinal".)

6) *Exploración individual.* — No hay otra técnica para conocer a un individuo que el estudio del individuo mismo, y no se lo ha llegado a conocer hasta tanto no se ha descubierto en él algo único, inédito, original, exclusivo de él. Las tipologías y todos los esquemas teóricos sólo sirven de auxiliares provisorios para acercarse al individuo.

7) *Exploración del estilo creador.* — Una exploración acabada del carácter debe descubrir la forma creadora, original, con que el individuo elabora sus experiencias. Se ha comprendido un carácter cuando se ha comprendido cómo se ha autocreado.

a) Es preciso conocer y contar con los antecedentes biológicos del caso, pero no se pretenderá explicar y menos comprender por ellos el cuadro caracterológico.

b) ¿Cómo se entrena el individuo para la vida y para el futuro? La respuesta es indispensable para el diagnóstico y pronóstico.

c) Debe conocerse el estado físico del individuo explorado, pero no para *explicar fisiológicamente* el caso, sino como un dato de mayor o menor importancia para *comprenderlo psicológicamente.*

d) El uso del concepto "instinto" no ayuda al conocimiento del caso concreto; importa, en cambio, conocer cómo la personalidad utiliza (intensifica, debilita, suprime) y

orienta las tendencias naturales: para qué las usa, con qué finalidad.

e) El carácter no se explica por el mecanismo pasivo de los hábitos sino el hábito por la actividad del carácter. Las cosas no *ocurren* por el mero hábito, sino que *se tiene* el hábito de *hacer* que las cosas ocurran así.

f) El mantenimiento de un carácter implica el mantenimiento de un mismo objetivo.

g) Debe averiguarse el estilo de vida creador a través de todas las expresiones caracterológicas del individuo.

En síntesis: La exploración caracterológica debe buscar la comprensión del estilo de vida peculiar, examinando a lo largo y a lo ancho de la vida del individuo, y a través de los factores determinantes y de todas las expresiones de la personalidad (sueños, recuerdos, fantasías, rasgos de carácter, síntomas, etc.), su sentimiento de inferioridad, su afán de superioridad, su sentimiento de comunidad y el objetivo de vida resultante.

Bases de la pedagogía (educación y reeducación) del carácter

1) *Precocidad de la educación.* — El ambiente (hogar, jardín de infantes) y las personas (padres, hermanos, familiares, maestros) que rodean al niño en sus primeros años constituyen las influencias más importantes en la formación o deformación del carácter.

2) *Educación finalista.* — Puede y debe ayudarse al niño a formarse un carácter adecuado, haciendo lo necesario para que se proponga fines adecuados (normales: útiles, sociales, reales), y eluda los inadecuados (neuróticos: inútiles, asociales, ficticios). Con vistas a ello debe brindarse una educación que, dándole al niño un objetivo y un camino adecuados para valer en la realidad presente y futura, pero evitando estimular una ambición desmedida y ficticia, le brinde un objetivo y un cauce apropiados al afán de superioridad.

3) *Educación total.* — Para formar un carácter sano es menester formar una personalidad sana, y para ello, suministrar adecuadas influencias para la instalación del objetivo de vida. No es posible lograr la verdadera modificación de un

rasgo si no se modifica el carácter en su totalidad, o más propiamente, el objetivo rector subyacente.

4) *Continuidad de la educación.* — En todo momento se puede formar bien o mal el carácter. Cada experiencia actual influye en la ulterior. El carácter está en proceso de permanente entrenamiento.

5) *Educación social.* — Una buena educación del carácter conduce a la adaptación social. Sólo una educación para la adaptación social puede producir un carácter deseable. La reeducación y la psicoterapia del carácter no son ni pueden ser sino resocialización.

6) *Educación individual.* — La educación y la reeducación deben contar con las inevitables peculiaridades individuales; deben saber que una misma acción influye diferentemente sobre dos niños, aun cuando sean de la misma edad y del mismo sexo; aun cuando sean hermanos y pertenezcan al mismo "tipo".

7) *Educación para la autoeducación.* — La educación debe contar con la actividad creadora del individuo: ninguna experiencia es resultado de una asimilación pasiva del individuo. Debe procurarse enriquecer y encauzar correctamente los poderes creadores del niño. La educación tiene una gran responsabilidad y posibilidad, porque:

a) Debe desecharse el pesimismo geneticista y trabajar sobre la hipótesis de que una sana actitud del individuo y las influencias exteriores convenientes propenden a una adecuada formación del carácter, aun en los casos donde los otros factores incidan desfavorablemente.

b) Puede y debe entrenarse y reentrenarse el carácter, en todos los aspectos, y con vistas al destino ulterior del individuo.

c) Cualquiera sea el estado físico del individuo, la educación siempre puede desempeñar un papel beneficioso, mostrando el camino para una actitud positiva frente al factor negativo.

d) En educación no caben fatalismos instintivistas. Los llamados "instintos" son educables a través de la educación de la personalidad, a cuya expresión están subordinados en intensidad y en dirección.

e) La educación puede contribuir a formar hábitos caracterológicos deseables o indeseables, sobre todo en los primeros años.

f) Los primeros años son los más adecuados para formar o reformar un carácter. Más tarde, la rigidización del carácter dificulta las modificaciones. No obstante, toda modificación es siempre, en algún grado, posible.

g) La clave de una buena educación, consiste en descubrir el camino para una correcta autoeducación.

En síntesis: El normal desarrollo del carácter individual exige una educación que durante los cuatro o cinco primeros años de vida evite exacerbar todo sentimiento de inferioridad y afán de superioridad, y que desarrolle en cambio al máximo el sentimiento de comunidad humana. La caracteroterapia debe proponerse obtener estos mismos resultados.

JAIME BERNSTEIN.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

En mi trabajo Studie über Minderwertigkeit von Organen (1907) *intenté describir la construcción y la técnica genética de los órganos; en este libro procuro aplicar ese mismo método a la patopsicología, apoyándome tanto en las teorías anteriores como en mi propia experiencia. En la presente obra se encontrarán los principales resultados obtenidos sobre la neurosis según el criterio de la* Psicología del Individuo comparada.

Al igual que en el Estudio sobre las inferioridades de los órganos, *también aquí nos hemos basado en la experiencia, a fin de establecer una norma para la apreciación y comparación de los grados de desviación. En todos los casos nuestra investigación comparada tiene en cuenta el origen del fenómeno en cuestión, lo mide en el presente y procura prever su línea de desarrollo futuro. Según este punto de vista, tanto la evolución normal como la patológica resultan de una lucha que se libra en el campo orgánico, a fin de mantener el equilibrio mediante una mayor eficiencia y una mayor economía de energías. En el campo psíquico se da esa misma pugna, esta vez orientada por una idea ficticia de personalidad, y a ella se deben inclusive la construcción del carácter y de los síntomas neuróticos. Si desde el punto de vista orgánico, "el individuo constituye una comunidad homogénea, en la cual cada una de las partes obra conjuntamente con vistas a una misma finalidad" (Virchow), y si las múltiples capacidades y tendencias del organismo culminan en el hombre en una personalidad unitaria, creemos estar autorizados para ver en toda manifestación vital el punto de convergencia del pasado, del presente y del futuro, regidos por una idea directriz.*

Siguiendo este método, he llegado a la convicción de que todo rasgo psíquico, inclusive el más nimio, está penetrado de un dinamismo finalista. En todo suceso psíquico la Psicología del Individuo ve la muestra, el símbolo de un plan de vida de orientación única —plan que se destaca con particular claridad en la psicología de las neurosis y psicosis.

Confiamos en que este estudio sobre el carácter neurótico dará adecuado testimonio del valor y utilidad de nuestro método en relación con los problemas de la vida anímica.

Viena, febrero de 1912.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

El concepto de la psique humana que ha servido de base para este examen del carácter neurótico ha llegado a constituir para mí y para gran número de adeptos una psicología y una concepción del mundo, desde cuyo enfoque hallamos erróneas o incompletas las demás teorías sobre la vida psíquica.

En el lapso que medió entre la primera y la segunda edición de este libro, tuvo lugar la guerra mundial y todas sus secuelas. En ese ínterin, nuestra cultura neurótica, corroída por el afán de poder y la política de prestigio, ha presenciado el más horrendo cuadro de neurosis de masas jamás visto. Las espantosas derivaciones que están mostrando los acontecimientos confirman, desgraciadamente, las ideas simples y fundamentales de este libro. Revelan, en efecto, la obra demoníaca de un desenfrenado afán de dominio, estrangulando o abusando astutamente por doquier del sentimiento imperecedero de comunidad.

Nuestra Psicología del Individuo sobrepasa ampliamente el marco de toda psicología meramente descriptiva, como tal finalmente condenada a desembocar en un punto muerto. En nuestro concepto, contemplar y comprender a un individuo implica liberarlo de las aberraciones a las que le obliga su estéril y exaltado afán de autodivinización y, además, capacitarlo para la convivencia humana y el sentimiento de comunidad.

El ulterior desarrollo de mi tesis original impuso ciertas aclaraciones y agregados en esta segunda edición. Por esa misma razón, en breve publicaré un nuevo libro [1]*, que contendrá además de importantes ensayos, nuevos complementos y nuevas investigaciones.*

[1] Mientras tanto ya publicado: *Praxis und Theorie der Individualpsychologie,* Editorial J. F. Bergmann, 1920. [Hay edición castellana: *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.* Buenos Aires, ed. Paidós, 1953.] [S.]

Si se echa una mirada retrospectiva sobre el desarrollo que ha seguido mi Psicología del Individuo, se comprobará que se ha producido una ininterrumpida ampliación en tres planos estrechamente vinculados entre sí: el sentimiento infantil de inferioridad *excita al afán* de poder, *que se exacerba y extravía al chocar contra los límites impuestos por los requerimientos sociales y las reclamaciones del* sentimiento de comunidad.

Confío en que este libro conduzca al lector a contemplar el alma humana en su unitario avance hacia el objetivo de superioridad, y a captar así el sentido de cada uno de sus movimientos, de sus rasgos de carácter y de sus síntomas. Tal conocimiento entraña una exigencia para el lector: enrolarse en el esfuerzo orientado contra el imperio del afán de poder y en favor de una educación para la vida en comunidad.

Viena, mayo de 1919.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Quizá no resulte ocioso advertir al lector que nuestra Psicología del Individuo, tal como se expone por vez primera en este libro, niega que el psiquismo dependa necesariamente de un sustrato orgánico.

Por el contrario, procuramos demostrar que el desenvolvimiento psíquico del hombre, el normal y el desviado —las neurosis y psicosis— está determinado por su actitud frente a la lógica absoluta de la convivencia humana. Del grado de inadaptación a las exigencias cósmicas y sociales dependen los trastornos psíquicos y su intensidad. Así, podemos describir al neurótico como un ser que vive y se afana por un mundo que no es el nuestro; que vive en grave contradicción con la verdad absoluta de la convivencia humana.

Esa contradicción neurótica no depende en manera alguna de tal o cual estructura celular de su cerebro, ni tampoco de tales o cuales influencias humorales: está determinada por un sentimiento de inferioridad, cuyos orígenes se remontan a una situación infantil difícil y penosa. Este sentimiento le abre al hombre el camino a toda clase de errores que influyen decisivamente sobre su desenvolvimiento psíquico. Pero, si bien ne-

gamos la disposición orgánica a la neurosis, creemos no obstante haber demostrado, con una claridad no lograda hasta la fecha, de qué manera la inferioridad orgánica contribuye a la creación de ciertas actitudes psíquicas, y el mecanismo por el cual un déficit somático genera un sentimiento de inferioridad.

Nuestra psicología nos ha enseñado a comprender la vida anímica del hombre desde el punto de vista de su postura frente a las exigencias de la vida en comunidad —postura que en la neurosis y en la psicosis acusa una fuerte desviación. En cambio, de ningún modo hemos podido comprobar que existiese una forma especial de libido sexual congénita, ni hemos hallado caso alguno en que para comprender el desarrollo psíquico se debiese contar con ese factor de una manera necesaria, y mucho menos, exclusiva.

Nuestra tesitura de crítica a las teorías de Freud y de Kretschmer, que ahora, en esta tercera edición, se destaca con mayor claridad que en las anteriores, se justifica en razón del importante papel que estos autores desempeñan en el desarrollo de la psicología de la neurosis. Pero en la medida en que me fue dable, me he complacido en hacer justicia a los autores que han logrado hacer contribuciones de valor.

Con motivo de lanzarse esta tercera edición, me siento obligado a hacer una confesión, que espero no me prive para siempre de la adhesión de mis lectores: Los profesores de la Universidad de Viena han rechazado la presentación de esta obra para solicitar mi "Dozentur". Este rechazo se debe a un minucioso dictamen negativo del profesor Wagner-Jauregg. Tal resolución me ha impedido hasta la fecha dictar conferencias públicas para estudiantes y médicos. Se comprenderá, pues, con cuántas dificultades tropieza la divulgación de mi psicología. Acaso haya contribuido a aquella desfavorable resolución el hecho de que la Psicología del Individuo demanda bregar contra el afán de dominio y en favor del sentimiento de comunidad, buscar la camaradería en el cumplimiento de las exigencias inmanentes a la sociedad humana.

Puede que existan viejas teorías más dignas de la tradición académica, y teorías nuevas de más osada imaginación, pero estoy persuadido de que ninguna ofrece un mayor bien para la humanidad que la nuestra.

ALFRED ADLER.

Viena, marzo de 1922.

PARTE TEORICA

INTRODUCCIÓN

"Omnia ex opinione suspensa sunt. Tam miser est quisque, quam credit!"

SÉNECA

La investigación del carácter neurótico constituye una parte esencial de la psicología de la neurosis. Como ocurre con todo fenómeno psíquico, el carácter neurótico sólo puede comprenderse en el contexto de la totalidad anímica. Basta un conocimiento superficial de las neurosis para descubrir que encierran particulares rasgos de carácter. Y en efecto, los estudiosos de la neurosis no han podido menos que observarlos con preferente interés, coincidiendo todos en que el neurótico los exhibe en una intensidad que sobrepasa la normal. Hipersensibilidad, irritabilidad, excitabilidad, sugestibilidad, egoísmo, propensión a lo fantástico, distanciamiento de la realidad. En la mayoría de las historias clínicas también figuran rasgos más especiales, como el afán de dominio, malignidad, abnegación, coquetería, cobardía, timidez, distracción... Este hecho ha podido comprobarlo, en efecto, toda una pléyade de concienzudos estudiosos. Entre ellos he de hacer una mención destacada de Janet, continuador de la célebre escuela francesa tradicional y autor de análisis tan sagaces como valiosos, y referirme, en especial, a su insistente apelación al concepto del "sentiment d'incomplétude" del neurótico. La extraordinaria coincidencia entre este concepto y mi teoría acerca de los sentimientos de inferioridad, autoriza a considerar mis trabajos como un desarrollo y ampliación de los suyos sobre ese importantísimo aspecto del psiquismo neurótico.

Señalaré aquí, además, que mis comprobaciones acerca de la unidad de la personalidad significan para la psicología una solución definitiva de los enigmas de la "double vie", de la

polaridad y de la ambivalencia (Bleuler). En efecto, sea cual fuere el punto de partida en el análisis de los estados mórbidos psicógenos, no tarda en imponerse siempre un mismo hecho: que todo el cuadro neurótico, al igual que la totalidad de sus síntomas, por muy variados que sean, están no sólo influidos sino inclusive construidos en relación con un objetivo final ficticio. De ahí que a este objetivo final le hayamos atribuido el valor de un factor causal, de poder constructivo, moldeador, orientador, coordinador. Ensayemos comprender el sentido y direccion de los fenómenos mórbidos sin tener en cuenta ese objetivo de instintos, de componentes, de debilidades y de anomalías; en suma, perdidos entre tinieblas, cuya densidad explica que unos se aparten repugnados de ella y otros, que no pueden vencer la temeraria tentación de atravesarlas en veloz viaje de exploración, arriesguen volver con las manos vacías y un botín ilusorio. No obstante, muy otro es el resultado si se admite que detrás de los fenómenos visibles obra ese objetivo final a la manera de una causalidad finalista (W. Stern). En tal caso, a partir de ese momento, las tinieblas se disipan y podemos leer en el alma del enfermo como en un libro abierto.

Pierre Janet no estaba ciertamente lejos de este concepto, según se desprende de sus páginas clásicas sobre *L'État mentale des hysteriques*. Pero no juzgó necesario entrar en descripciones detalladas. Por lo demás subrayó expresamente: "Hasta ahora no he descrito más que rasgos de carácter generales y simples que, por sus relaciones y bajo la influencia de ciertas condiciones exteriores, pueden originar toda suerte de actitudes y acciones singulares. No creo oportuno hacer una descripción de detalle, pues de ello resultaría más una novela de costumbres que un estudio clínico." Con este criterio, del cual ya no se apartó más, Janet, a pesar de su perfecta comprensión de las relaciones implicadas en la neurosis, se cerró definitivamente el camino de la síntesis.

José Breuer, profundo conocedor de la filosofía alemana, "encontró la piedra centellante tirada en medio del camino". Condujo la atención sobre el *significado* del síntoma, y trató de averiguar su origen y finalidad, interrogando para ello a la única persona en condiciones de responder: al propio paciente. De esta manera Breuer creó un método de explicación histórica y genética para el examen de los fenómenos psicológicos individuales, haciéndolo reposar sobre la hipótesis

de la *determinación* de los fenómenos psíquicos. No me detendré sobre este método ni sobre los desarrollos y perfeccionamientos que introdujo Freud, ni tampoco sobre los innúmeros problemas a que dio lugar, ni, en fin, sobre las tentativas encaminadas a resolverlos, aceptadas, rechazadas y retomadas tantas veces: todo ello es historia reciente y por consiguiente materia tanto de aprobación como de oposición. No por afán de crítica ni de contradicción, sino llevado por el propósito de aclarar y destacar mejor mi propio punto de vista, sólo me permitiré separar de las valiosas y fecundas aportaciones de Freud, tres de sus concepciones fundamentales, a las que considero erróneas y susceptibles de bloquear el camino hacia una progresiva comprensión de la neurosis.

1) La primera de esas concepciones objetables es la que considera *la libido como fuente y causa de las manifestaciones neuróticas.* La neurosis nos muestra, en efecto, con una claridad enormemente mayor que el psiquismo normal, la existencia de una *finalidad neurótica* que dirige y orienta el sentimiento de placer, su tonalidad y su fuerza; nos revela que el neurótico sólo persigue la búsqueda de placer con la parte sana de su aparato psíquico, en tanto la parte enferma persigue fines "superiores". Pero si traducimos el concepto de *libido* por el vasto y vago de *amor*, y manejamos los dos términos con habilidad, ampliándolos o achicándolos, según el caso, se podrá, si no explicar, al menos encerrar el devenir cósmico entero en los límites de la libido. De esta manera se logra suscitar la impresión de que todas las tendencias y todos los impulsos humanos están plenos de *libido*, siendo que, en verdad, no se hace más que encontrar en ellos lo que previamente se había introducido. Las últimas interpretaciones psicoanalíticas (*ideal del yo*) permiten suponer que la teoría freudiana de la libido se acerca a pasos agigantados a nuestra teoría del sentimiento de comunidad, de la dependencia de la sociedad y de la aspiración a un ideal de personalidad. Si tal suposición es exacta, debemos saludar ese avance como una evolución beneficiosa para una mejor comprensión de los problemas en cuestión.

Hemos hallado que el objetivo final de toda neurosis consiste en la exaltación del sentimiento de personalidad, cuya fórmula más simple se manifiesta como una *exagerada afirmación de la virilidad* ("protesta viril"). El imperativo "Quiero ser todo un hombre", constituye la ficción directriz —lo que

Avenarius llamaba la "apercepción fundamental"— de toda neurosis, para la cual esa ficción reviste un valor real en una medida harto mayor que para la psique normal. La libido, la pulsión sexual y las tendencias perversas, sea cual fuere su origen, están subordinadas a la misma idea directriz. La "voluntad de poder" y el "afán de parecer" de Nietzsche dicen en el fondo lo mismo que nuestra concepción, la cual, por otra parte, se aproxima en muchos puntos a Féré y a otros autores más antiguos, según los cuales el sentimiento de placer sería expresión de un sentimiento de potencia, en tanto el de displacer sería expresión de un sentimiento de impotencia.

2) La segunda concepción freudiana, a la que también considero errónea, es la de la *etiología sexual* de las neurosis, concepción a la cual Pierre Janet (obr. cit.) ya se había acercado notablemente cuando se formuló a sí mismo la cuestión siguiente: "¿No será la sensación sexual el centro alrededor del cual se construyen todas las síntesis psicológicas restantes?" Media aquí el empleo equívoco de la *imagen sexual*, del *simbolismo sexual*, que dando la ilusión de identidad con la sexualidad misma, engaña a muchos, sobre todo al neurótico. En los místicos como Bader, por ejemplo, esas imágenes engañosas se encuentran con frecuencia, y el propio lenguaje, con su propensión a la expresión simbólica, tiende peligrosas trampas al investigador incauto. Pero el psicólogo no debe dejarse engañar por apariencias. El contenido sexual de los fenómenos neuróticos tiene su fuente principal en la oposición conceptual "masculino-femenino", en la protesta viril. Tanto en la fantasía como en la vida del neurótico el impulso sexual tiene como objetivo final la masculinidad. Todo el cuadro de la neurosis sexual no es, en el fondo, sino una metáfora: refleja la distancia que separa al paciente de su objetivo final ficticio, es decir, de la virilidad, y los medios con los que intenta superar o perpetuar esa distancia [1]. Es extraño que un conocedor tan sutil del simbolismo como Freud no haya advertido todo lo que en la apercepción sexual hay de simbólico; que en las imágenes sexuales no haya entrevisto un simple dialecto, una "manera de decir".

3) Esta inadvertencia de Freud se explica, no obstante,

[1] Véase: Adler, *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*, cap. "El problema de la distancia". [Edición castellana, Buenos Aires, ed. Paidós, 1953. (E.)]

si se tiene en cuenta lo que nosotros consideramos su tercer error fundamental: su teoría según la cual el neurótico se encuentra bajo *la compulsión de deseos infantiles, particularmente incestuosos*, que reviven por la noche (teoría de los sueños), y a menudo, también en la vida de vigilia. En realidad, ya lo deseos infantiles mismos se hallan bajo el imperio del objetivo final ficticio; ellos mismos ya llevan el sello de una definida idea directriz, que, por motivos de economía de pensamiento, se prestan muy bien para el uso simbólico. Una muchacha enferma que, dominada por un sentimiento de inseguridad particularmente fuerte, durante toda su infancia buscó apoyo en su padre, en tanto, al mismo tiempo, deseaba superar a la madre, podrá elaborar toda su constelación psíquica bajo la forma de una "metáfora incestuosa", y expresar esa situación *como si* ella hubiese deseado ser la esposa del padre. El objetivo de su estado queda con ello establecido y surte su efecto: su inseguridad sólo desaparece hallándose cerca del padre. Su inteligencia psicomotora en desarrollo, su memoria inconsciente, le dictan, cada vez que experimenta un sentimiento de inseguridad, la misma actitud: refugiarse en el padre *como* si ella fuera su esposa. Junto al padre ella experimenta esa exaltación del sentimiento de personalidad que ha erigido en su finalidad, derivada de su ideal masculino infantil. En suma, es junto al padre donde ella logra una compensación suficiente de su sentimiento de inferioridad. Y se comporta de un modo meramente simbólico cuando, ante la eventualidad del galanteo amoroso o del matrimonio, ella opta por retroceder, en vista de que tal eventualidad amenaza su sentimiento de personalidad con nuevas humillaciones y con mayores dificultades que estando junto a su padre. Por tanto, concentra todas sus tendencias contra el destino femenino y las aplica a buscar su seguridad donde siempre la encontró: en la compañía del padre. Echa mano de un artificio, apela a una ficción, en apariencia absurda, pero gracias a la cual puede asegurarse eludiendo el destino de mujer casada.

Cuanto mayor sea su inseguridad, con tanta mayor intensidad se aferrará esta joven a su ficción, hasta tomarla literalmente como una realidad. Y en virtud de la propensión del pensamiento humano a la abstracción simbólica, la paciente (y también el analista, aunque no sin esfuerzo) logra traducir su deseo neurótico de garantizarse un clima de seguridad, de

superioridad (del género que ella obtiene junto al padre) en la imagen simbólica de un impulso incestuoso.

En este proceso finalista Freud vio la reviviscencia de deseos infantiles; y no podía ser de otra manera, desde el momento en que atribuyó a esos deseos infantiles el papel de fuerza motriz. Nosotros, en el método infantil de trabajo, en el sobreabundante uso de construcciones auxiliares aseguradoras (la ficción neurótica), en la fuerte tendencia a la abstracción y a la simbolización, creemos ver simples medios por los cuales el neurótico busca seguridad, fortalecer su sentimiento de personalidad, afirmar su virilidad. La neurosis es la ejecución de proyectos erróneos. Pero dada la posibilidad de remontar hacia atrás todo pensamiento y toda acción hasta dar con las experiencias infantiles, resultaría que, según la "regresión" freudiana, el psicópata no diferiría en nada del hombre sano. Señalemos que el neurótico lo es sólo porque ha cometido errores excesivamente grandes, sólo porque les ha dado a esos errores un papel demasiado importante que lo ha llevado a asumir frente a la vida y las cosas unas postura falsa y perniciosa: la "regresión", como tal, constituye un hecho normal que se encuentra en la base de todo pensamiento y de toda actividad.

Las observaciones críticas anteriores dejan ya entrever la respuesta a los interrogantes que pueden plantearse acerca de los fenómenos neuróticos: ¿Cómo se producen los fenómenos neuróticos? ¿Por qué quiere el paciente ser hombre y constantemente procura dar pruebas de superioridad? ¿A qué obedece su desmesurada necesidad de exaltar su sentimiento de personalidad? ¿Por qué emplea tales o cuales recursos y hace tantos esfuerzos para obtener seguridad? Todos estos hechos se explican, a nuestra manera de ver, de un modo muy claro y terminante: lo que constituye el punto de partida de todo proceso neurótico encuéntrase en el amenazante sentimiento de inseguridad e inferioridad, que engendra un deseo irresistible de darse un objetivo capaz de hacer llevadera la vida y de brindarle una dirección, fuente de seguridad y de calma. Lo que para nosotros constituye la esencia de la neurosis es la utilización incesante y exagerada de los recursos psíquicos de que dispone el individuo; y entre los principales se halla el empleo de construcciones auxiliares, de ficciones para el pensamiento, la voluntad y la acción.

Es evidente que un individuo que busca afanosamente elevar

el sentimiento de valor de su personalidad, cuyo aparato psíquico se halla en semejante estado de tensión, se singularizará no sólo por netos y característicos síntomas neuróticos, sino, también, por una especial dificultad para adaptarse a las exigencias de la vida social. El neurótico se halla tan obsedido por el sentimiento de tener un punto flaco que, sin advertirlo él mismo siquiera, utiliza todas sus fuerzas para construir la superestructura ideal e imaginaria de la que espera ayuda y protección. Y en el proceso de este trabajo su sensibilidad se va aguzando y afinando, aprende a ver cosas allí donde nadie ve nada, a oír lo que escapa al oído de los otros; se hace exageradamente precavido y adquiere el hábito de prever todas las consecuencias de un acto ya antes de emprenderlo, o de un infortunio antes de sufrirlo; se vuelve mezquino, ávido, avaricioso, procurando ensanchar en el tiempo y en el espacio los límites de su influencia y de su poder. Como resultado último de este trabajo, pierde la objetividad, la serenidad y la calma de espíritu, que sólo la salud psíquica y la actividad normal pueden procurar. Cada vez se hace más desconfiado de sí mismo y de los demás, y la envidia, la malignidad y las tendencias agresivas y crueles, con las cuales cree asegurarse la superioridad sobre el ambiente, van tomando un incremento cada vez mayor. O bien procura atraerse y conquistar a los demás afectando una obediencia exagerada, una sumisión y humildad extremas, que suelen degenerar en verdadero masoquismo. Pero estos dos tipos de actitudes, la acometedora y la acometida, la agresiva y la submisiva, la terca y la obediente, así como la exaltada actividad o la pasividad afectada, constituyen simples variantes artificiosas que le son impuestas al neurótico por su finalidad ficticia: por su afán de poder, por su deseo de "estar arriba" de los demás, de afirmar su virilidad.

Kretschmer ha descrito y denominado "formas esquizotímicas" a ciertos cuadros anímicos semejantes en todo a los observados por mí; y él mismo se sintió obligado a señalar que estos mismos tipos habían sido descritos ya por otros autores como variantes del carácter "neurótico". Y, en efecto, quienes conocen mis trabajos sobre la inferioridad orgánica, en aquéllos reconocerán los estudiados por mí. Por lo que hace a sus otras verificaciones, sobre todo las relativas a la fisiognómica, no podemos sino congratularnos. Si esas observaciones se confirman, estaremos en posesión de un medio que nos permitirá diagnosticar la inferioridad orgánica congénita de un

paciente con sólo inspeccionar su rostro. Sin embargo, el pesimismo kraepeliniano, al cual ha sucumbido Kretschmer, como toda la psiquiatría contemporánea, le ha impedido comprender la educabilidad de los individuos afectados por una inferioridad orgánica.



Y así arribamos a los fenómenos psíquicos, cuyo examen es el tema de esta obra: aquellos cuyo conjunto denominamos carácter neurótico. Sería erróneo buscar en el neurótico rasgos de carácter exclusivos de él, ausentes en el hombre normal. El neurótico no exhibe ni un solo rasgo de carácter totalmente original; ni uno solo que no exista también en el hombre normal. Pero el carácter neurótico nos choca e impresiona en seguida, aun cuando, a menudo, sólo tras un largo análisis se torna comprensible tanto para el médico como para el paciente mismo. El neurótico está siempre "sensibilizado", siempre en guardia, como un centinela de avanzada, vigilando su situación presente y futura, alerta a su ambiente y alerta a lo porvenir. Es necesario tener un exacto conocimiento de sus dispositivos psíquicos, de sus sensibles "antenas", si se quiere comprender el significado de la lucha en que el neurótico se ve envuelto, lucha por la realización de su objetivo con todas sus desorbitadas tendencias agresivas. Todo ello con gran intranquilidad e impaciencia, pues esas sensibles antenas tantean todos los hechos que se producen en su ambiente y los examinan y sopesan sin cesar a fin de anoticiar al individuo, en cada caso, de sus ventajas e inconvenientes para el objetivo personal que persigue. Esas antenas siempre atentas para evaluar y comparar los acontecimientos, provocan, según el caso, toda clase de sentimientos: miedo, esperanza, duda, asco, odio, amor y toda suerte de ilusiones. Con ellos la psique quiere asegurarse contra toda sorpresa y contra toda disminución del sentimiento de personalidad. Cumplen su misión constituyendo, por así decirlo, el reservorio de todas las experiencias externas e internas; conservando las huellas y señales de todos los acontecimientos asustadores y consoladores del pasado. De esta manera, el enfermo puede transformar sus recuerdos en aptitudes, en expedientes psíquicos, en imperativos categóricos auxiliares que, en último análisis, sirven para elevar la personalidad, para introducir en la intranquilidad y en la inseguridad de la vida ciertas líneas de orientación y dirección:

la distinción y separación entre "derecha e izquierda", entre "arriba y abajo", entre "justo e injusto".

Esos modos de orientación secundaria, que constituyen los rasgos de carácter, encuéntranse ya, inclusive los neuróticos, con toda su exageración, en las disposiciones de la psique infantil, engendrando disgusto, extrañeza y toda clase de excentricidades. Pero estos rasgos se destacan con mayor nitidez aún, cuando tras de haber sufrido el individuo una fuerte humillación o un fuerte contraste en su afán de virilidad, la tendencia aseguradora se activa y crea síntomas destinados a funcionar como renovados y reforzados artificios particularmente eficaces. Los síntomas se forman de acuerdo con ciertos modelos y ejemplos, y tienen por cometido adaptar la lucha por la personalidad a cada nueva situación y asegurarle la victoria. A estos rasgos de carácter debe el neurótico el aguzamiento de su afectividad y la ampliación de su umbral de excitación por debajo del normal.

Es indudable que el hombre neurótico, como el normal, se forma sobre la base de materiales impulsivos y experienciales preexistentes, suministrados por el funcionamiento de los órganos. Pero todas estas disposiciones psíquicas no revisten carácter neurótico mientras el individuo no se ve obligado a tomar una decisión: bajo la influencia de una necesidad interna, la tendencia a la seguridad se exacerba, y los respectivos rasgos de carácter se movilizan y aumentan su eficacia. Al mismo tiempo, el objetivo final propuesto se hace más rígido y refuerza las líneas directrices secundarias, los rasgos de carácter. Entonces comienza una suerte de *sustancialización del carácter*: transformándose de medio en fin, adquiere un alto grado de autonomía y sufre una suerte de *santificación* que le confiere un valor inalterable, eterno. El carácter neurótico es, en efecto, incapaz de adaptarse a la realidad, pues trabaja en vista de un ideal irrealizable. Es, a la vez, producto e instrumento al servicio de un alma viciada de desconfianza y de prevención, que sólo busca reforzar las líneas directrices a fin de desembarazarse del sentimiento de inferioridad que la obsede y atormenta.

Tales tentativas están de antemano condenadas a fracasar, pues a causa de su flagrante contradicción con la verdad, llevan inevitablemente al individuo a chocar contra las barreras de nuestra cultura y de los derechos de los demás. Los rasgos de carácter, sobre todo los rasgos de carácter neuróticos, se pueden comparar con la actitud que adopta el hombre frente a una agresión o con la mímica como medio de significación y de co-

municación: son recursos psíquicos y formas de expresión de que se sirve el individuo para orientarse en la existencia, para hacer su toma de posiciones, para encontrar en medio del fárrago de la vida un punto fijo que le sirva para su orientación y para alcanzar una meta final: asegurar el sentimiento del propio valor o, al menos, no degradar aún más.

De esta manera el carácter neurótico se nos revela al servicio de una *finalidad ficticia.* El carácter neurótico no surge como un producto, independiente, mecánico, de fuerzas naturales, biológicas o constitucionales. Obedece a una dirección y a una tendencia impuestas por una superestructura psíquica compensadora y por una línea de orientación. Surge hostigado por la inseguridad, y su tendencia a *personificarse* débese a la búsqueda de seguridad. Pero dado su objetivo final, en algún momento el carácter neurótico se ve obligado a dejarse conducir por la línea principal de la masculinidad: de ahí que la dirección de todo rasgo de carácter neurótico revela que está saturado de protesta viril, que busca eliminar de la vida todo movimiento y toda causa de humillación.

En la "Parte Práctica" de este libro, analizando una serie de ejemplos, describiremos ciertas constelaciones psicopatológicas especiales que resultan del esquema neurótico, del modo de apercepción vivencial neurótico, de una *técnica neurótica de vivir.*

Capítulo I

Origen y Desarrollo del Sentimiento de Inferioridad y sus Consecuencias.

Los datos establecidos por la "Teoría de la inferioridad orgánica" [1] abarcan las causas, manera de comportarse, manifestación exterior y cambios en el modo de funcionar de los órganos llamados inferiores. Tales datos me condujeron a la teoría de la *compensación por el sistema nervioso central*, así como a ciertas consideraciones sobre psicogénesis. Había yo comprobado una notable correlación entre la inferioridad de los órganos y la sobrecompensación psíquica, hecho que me permitió formular la siguiente tesis fundamental: *el sentimiento de padecer una inferioridad orgánica obra sobre el individuo como un estímulo continuo en su desarrollo psíquico.* Desde el punto de vista fisiológico, ese desarrollo entraña un reforzamiento, en cantidad y en calidad, de los trayectos nerviosos, y si esos trayectos presentan a su vez una inferioridad originaria, sus particularidades tectónicas y funcionales se acusan en el cuadro de conjunto. En cuanto al aspecto psíquico de esta compensación y sobrecompensación, sólo podrá iluminarse mediante análisis y consideraciones psicológicos.

En otros trabajos míos, en especial en mi *Estudio,* en *Curar y educar* [2] y en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo* [3] (cap. VII, "Tratamiento psíquico de la neuralgia del trigémino"), ya me he ocupado ampliamente del importante papel que desempeña la inferioridad orgánica en la etiología de la neurosis. Aquí puedo, pues, constreñirme a aquellos

[1] Adler, *Estudio sobre las inferioridades de los órganos.* Buenos Aires, ed. Paidós, en preparación.
[2] Adler y Furtmüller, *Curar y educar.* Buenos Aires, ed. Paidós, en preparación.
[3] Buenos Aires, ed. Paidós, 1953.

puntos que tornan más evidentes aún las relaciones entre la inferioridad orgánica y la compensación psíquica, susceptibles de suministrarnos precioso auxilio para la compensación del carácter neurótico. Entiendo yo que, en resumen, la inferioridad orgánica descrita por mí incluye los casos siguientes: incompletud del órgano; detención del desarrollo, a menudo fácilmente verificable; insuficiencia histológica y funcional, déficit funcional en el período postfetal. Esta enumeración incluye también: tendencia al sobrecrecimiento bajo la influencia de procesos de compensación y correlación; el frecuente sobrerrendimiento funcional y, por último, el carácter fetal de órganos y sistemas de órganos. En cada caso es fácil demostrar, sea por la observación en los niños o por las anamnesis en los adultos, que la posesión de órganos inferiores *afecta la vida psíquica* disminuyendo al individuo ante sí mismo y aumentando su sentimiento de inseguridad. Pero precisamente de estos sentimientos de inferioridad y de inseguridad surge una recia lucha para afirmar la propia personalidad, de una intensidad harto mayor que la normal. A medida que la fuerza de acción del órgano inferior compensado aumenta cualitativa y cuantitativamente, el niño con predisposición neurótica, preso en su sentimiento de inferioridad, halla en sí mismo los medios, a menudo sorprendentes, para elevar el sentimiento de su propio valer: entre esos medios las manifestaciones neuróticas y psicóticas ocupan el primer lugar.

Las ideas relativas a la inferioridad congénita y a la debilidad constitucional se encuentran ya expuestas en los más viejos tratados de medicina científica. Si aquí dejamos sin mencionar numerosos trabajos notables, viejos y nuevos, se debe a que, aun cuando a menudo se ocupan de aspectos capitales del problema, no hacen más que reafirmar la relación entre los estados orgánicos mórbidos y la enfermedad psíquica, pero sin explicar esa relación, a menos que se considere una explicación la noción vaga, o al menos excesivamente genérica, del concepto de "degeneración". Debe señalarse que la teoría de Stiller sobre el hábito asténico va mucho más lejos, pues ya procura establecer relaciones etiológicas. Anton, en su teoria de compensación, se atiene excesivamente a los sistemas de correlación del sistema nervioso central; pero debe reconocerse que, sobre esa base, tanto él como su brillante discípulo Otto Gross, realizaron loables intentos por tornar más comprensibles ciertos estados psíquicos a la luz de la teoría. La braditrofia

de Bouchard; la diátesis exudativa descrita e interpretada como predisposición patológica de Ponfick, Escherich, Czerny, Moro y Strümpel; el artritismo de Comby; la diátesis angioneurótica de Kreibich; el linfantismo de Heubner; el estado timolinfático de Paltauf; la espasmofilia de Escherich y la vagotonía de Hess-Eppinger, constituyen otros tantos notables ensayos realizados en las últimas décadas a fin de establecer relaciones entre ciertos estados mórbidos y las inferioridades constitucionales [4]. Lo que todos estos ensayos tienen en común es la acentuación que ponen sobre la herencia y los caracteres infantiles. Aun cuando los partidarios de esas diferentes teorías reconocen que las predisposiciones descritas por ellos están deficientemente delimitadas, no podemos ocultar la impresión de que se trata de tipos característicos, que un día serán clasificados en un solo gran grupo: en el de *variantes del "minus"*. Por otra parte, tenemos los preciosos datos relativos a la inferioridad y a la predisposición mórbida congénitas que suministraron las investigaciones realizadas sobre las glándulas de secreción interna y sus desviaciones morfológicas o funcionales: verbigracia, las referentes a la glándula tiroides, a las glándulas paratiroideas, genitales, sistema cromafine e hipófisis. Estas investigaciones aportaron nuevos puntos de vista que facilitaron una visión de conjunto del cuadro total y que hicieron destacar más claramente el papel que desempeñan las compensaciones y las correlaciones en la economía del organismo.

Entre los autores restantes que, sin atribuir a la inferioridad orgánica la función de "primum movens", tomaron como fundamento de sus tesis la cooperación entre diversas inferioridades y sus efectos recíprocos, debemos citar, en primer término, a Martius. También en mi *Estudio sobre la inferioridad de los órganos* hemos insistido sobre la coordinación que se da entre varias inferioridades simultáneas. Es un hecho cuya importancia no se puede menospreciar que "cuando en un individuo existen diversos órganos en estado de inferioridad, entre ellos se establece una especie de 'secreta alianza' ". Bartel, por su parte, en su teoría sobre el estado tímico-linfático, a la que estimo una contribución científica de verdadera importancia, ha avanzado tanto que mucho le deben los sistemas de otros autores. Kyrle, por caminos com-

Igualmente los de Bauer, Kretschmer y otros más.

pletamente independientes, y sirviéndose de exploraciones totalmente originales, llegó a resultados idénticos a los que me condujeron a mí a sustentar que la coordinación entre las inferioridades del aparato sexual y las de otros órganos, aun cuando sea poco pronunciada, es tan frecuente "que no existe ninguna inferioridad del aparato sexual".

En vista de las consideraciones que seguirán, debo mencionar aún el punto de vista de Freud, que adjudica a la "constitución sexual" un importante papel en la neurosis y la psicosis, entendiendo por "constitución sexual" la peculiar estructura que la especial relación cuantitativa y cualitativa entre los diversos impulsos sexuales parciales presenta. Esta manera de ver no es más que uno entre los tantos postulados de la doctrina freudiana. Según Freud, en efecto, la neurosis resultaría del desarrollo de instintos perversos y de su "fracasada represión" al inconsciente; y en esos dos factores reside, en su opinión, el "primum movens" del psiquismo neurótico. De nuestra exposición se desprenderá, en cambio, que la perversión [5], en tanto se manifiesta en la neurosis y en la psicosis, es el producto no de un instinto sino de un objetivo final ficticio, y que la represión no es sino un resultado secundario, determinado por la presión del sentimiento de comunidad. Pero el aspecto biológico de una actitud sexual anormal, el mayor o menor grado de sensibilidad, el aumento o disminución de la actividad refleja, el valor funcional, la superestructura psíquica compensadora, todo ello tiene su origen, según lo he demostrado en mi *Estudio*, en una inferioridad congénita del aparato sexual.

Existe unanimidad de criterio entre los autores con respecto a la predisposición patológica que se deriva de la inferioridad orgánica. La única diferencia que existe entre mi manera de ver y la de otros consiste en que yo considero asegurado el equilibrio mediante la compensación. A partir del momento en que el individuo se separa del cuerpo materno, los órganos y aparatos inferiores se ven obligados a entrar en lucha con el mundo exterior; lucha inevitable y harto más violenta que la que deben sostener los órganos normales. El índice de víctimas que sucumben en esta lucha es mayor que el que arrojan todos los demás accidentes e

[5] Véase Adler, *El problema de la homosexualidad*, Barcelona, ed. Apolo, 1936. [S.]

infortunios de la vida. No obstante, los órganos inferiores están dotados de una gran potencia de compensación y sobrecompensación, que aumenta la capacidad de adaptación del individuo a los obstáculos comunes y extraordinarios, y que favorece la creación de formas y de funciones nuevas y superiores. Los órganos en inferioridad de condiciones brindan, pues, una mina inagotable de materiales de experimentación, sobre cuyas características originarias el organismo trabaja, elabora, corrige a fin de acomodarlos a las nuevas condiciones de vida. El eventual logro de una plusvalía por parte de estos órganos minusvalentes deriva de su necesidad de constante entrenamiento, de la variabilidad que a menudo presentan y del acuciamiento de su tendencia al crecimiento, así como del mayor desarrollo que la atención y la concentración internas imponen al complejo neuropsíquico correspondiente a esos órganos.

La perjudicial influencia que ejerce la inferioridad constitucional se acusa en las más variadas enfermedades y predisposiciones mórbidas: obsérvanse tanto estados de debilidad corporal o psíquica como hiperexcitabilidad de las vías nerviosas; tanto lentitud o torpeza como precocidad. Y según dije más arriba, gran número de defectos infantiles vienen a cooperar con la predisposición patológica aliándose estrechamente con la inferioridad orgánica o funcional. Estrabismo, anomalías de la acomodación del órgano visual o fotofobia con sus consecuencias[6]; mutismo simple, tartamudez y otros defectos de la palabra; dureza de oído, trastornos orgánicos y psíquicos provocados por vegetaciones adenoideas; aprosexia pronunciada, afecciones frecuentes de los órganos sensoriales, de las vías respiratorias y digestivas; acentuada fealdad física y malformaciones, signos de degeneración periférica y lunares que pudieran denunciar inferioridades más profundas (Adler, Schmidt); zurdería, hidrocefalia, raquitismo, anomalías esqueléticas como la escoliosis, dorso redondo, "genu valgum" o "varum", pie "varus" o "valgus"; incontinencia persistente de las materias fecales y de la orina; malformaciones de los órganos genitales; consecuencias de estrechez de las arterias (Virchow), y, en fin, las innumerables consecuencias de las inferioridades de las glándulas de secreción interna, como las descritas por Wagner-Jauregg, Pineles,

[6] Véase Mutschmann, *Der andere Milton.*

Frankl-Hochwart, Chvostek, Bartel y Escherich y otros: tales son algunas de las numerosísimas anomalías, con diversas asociaciones y combinaciones tan múltiples como variadas, que permiten advertir al médico la trascendente importancia y fecundidad del concepto de inferioridad orgánica, así como los inapreciables servicios que su comprensión puede prestarle para la explicación de buena parte de los fenómenos mórbidos. Naturalmente, fueron los pediatras y patólogos quienes primero advirtieron esas relaciones. Pero también para la neurología y la psiquiatría la noción de "degeneración" va adquiriendo cada vez mayor importancia. A partir de la tesis de Morel acerca de los "estigmas degenerativos", se va en continuo progreso, hasta llegar al concepto de que en las inferioridades constitucionales se ve la base de las afecciones nerviosas.

Limitémonos a echar una ojeada sobre los trabajos estadísticos de Thiemich-Birk y sobre las comunicaciones de Potpeschnigg (citadas por Gött), referentes a casos clínicos de niños que a la edad de uno y dos años han sido tratados de convulsiones tetanoides. Sólo unos pocos lograron una curación completa. En la mayoría de los casos se observaron ulteriormente inequívocos signos de inferioridad física y mental, rasgos psicopáticos y neuropáticos; infantilismo, estrabismo, disminución auditiva, trastornos de lenguaje, imbecilidad, terror nocturno, sonambulismo, enuresis, exageración de los reflejos, tics, ataques de furia, ausencias, miedos, ira, mendacidad patológica y fugas impulsivas. Gött y otros autores han llegado también a la conclusión de que los niños espasmofílicos acusan una marcada predisposición a caer en graves estados neuro y psicopáticos. Czerny y otros destacan la misma predisposición en niños afectados de enfermedades gastrointestinales. Bartel observó en un alto porcentaje de suicidas un estado tímico-linfático muy pronunciado, en especial una hipoplasia de los órganos sexuales. Netolitzky, otros autores más y yo hemos señalado la presencia de inferioridades somáticas en suicidas juveniles. Frankl-Hochwart ha descrito estados de exaltación, de excitación, de obnubilación alucinatoria en el curso de la tetania. Algunos autores franceses (citados por Pfaundler) relacionan el hábito pastoso, tórpido, de los niños con los siguientes síntomas: desgano, pereza, somnolencia, distracción, letargia, flema; al paso que, según estos mismos autores, el hábito erético se caracteriza por inquietud, vivacidad, excitabilidad, precocidad, variacio-

nes del humor y de la afectividad, asociabilidad, actitudes extravagantes y dotación unilateral (*dégénérés superieurs*). Pfaundler destaca en especial los estados de excitación y de tortura psíquica en niños con erupciones cutáneas, cólicos, perturbaciones del sueño y anomalías funcionales. Czerny, que señaló la relación entre las afecciones gastrointestinales y las neurosis en los niños, insiste especialmente sobre la importancia de una psicoterapia en niños neurotizados en el curso de enfermedades constitucionales. Homburger ha mostrado recientemente el papel de la ambición en los niños nerviosos, y Stransky ha llamado la atención sobre la relación entre la miopatía y ciertas manifestaciones psíquicas.

Estas pocas indicaciones bastan para reflejar la orientación actual de las investigaciones científicas, que buscan destacar las relaciones entre anomalías psíquicas e inferioridad constitucional en los niños. En mi *Estudio* se da por vez primera una concepción sintética de estas relaciones, y allí se muestra la atención siempre vigilante, el interés especial y la protección, que suscita el órgano inferior. En ese y en otros trabajos muestro la influencia que la inferioridad orgánica ejerce de continuo sobre la vida psíquica del individuo, afectando la actividad y el pensamiento, traduciéndose en los sueños, en la elección de profesión, en las vocaciones y aptitudes artísticas. La existencia de un órgano en inferioridad de condiciones impone tal esfuerzo a las vías nerviosas correspondientes a la superestructura psíquica, que la psique se beneficia con una compensación, siempre que ello sea posible, esto es, siempre que los lazos que unen el órgano inferior con el mundo exterior hallen un refuerzo en la superestructura anímica. A un órgano visual originariamente imperfecto ha de corresponder una visión psíquica reforzada; a un aparato digestivo en estado de inferioridad seguirá un aumento de la actividad psíquica en todo cuanto, de una u otra manera, se relacione con la alimentación: sibaritismo, afán de adquirir y —en razón del significado equivalente del dinero— acentuación del espíritu de economía y de la avaricia. La capacidad funcional del sistema nervioso central, cumpliendo el oficio de agente compensador, se manifestará por *reflejos calificados* (Adler) y reflejos condicionados (Bickel), por *reacciones sensibles* y *sensaciones intensificadas*. La superestructura psíquica compensadora desarrollará, muy en especial, los fenómenos psíquicos de previsión y anticipación

por el pensamiento, así como sus elementos activos: memoria, intuición, introspección, comprensión, atención, hipersensibilidad, interés, etc.; en suma, *todas las fuerzas psíquicas susceptibles de brindar seguridad.* A dichos aseguramientos pertenecen también el establecimiento y robustecimiento de aquellos rasgos de carácter que, sirviendo al individuo de útiles líneas de orientación en medio del caos de la vida, aminoran su sentimiento de inseguridad.

El neurótico es un ser que viene de un clima de inseguridad, y que en su infancia ha sufrido bajo la penosa impresión de una inferioridad constitucional —hecho fácilmente demostrable en la mayoría de los casos. En otros, el paciente se comporta *como si* tuviera una inferioridad. Pero *siempre y en todos los casos su pensamiento y su voluntad se apoyan sobre la base de un sentimiento de inferioridad* —sentimiento que resulta ya de un desajuste con el ambiente, ya de hallarse muy por debajo del objetivo ambicionado. Este sentimiento es siempre relativo, producido por una comparación que el individuo establece entre él y los demás: con el padre, el miembro más fuerte de la familia, a veces con la madre, con los hermanos, y más tarde con toda persona que la vida haya puesto en su camino.

Si observamos al niño con detenimiento, en particular al menos dotado por la naturaleza, hallaremos que ya tiene una opinión acerca de su valer, que ya ha hecho su autovaloración. El niño que padece una inferioridad constitucional (y, dado su desarrollo psíquico igualmente dificultado y predispuesto a la neurosis, junto a él también podemos mencionar al niño feo, al educado con rigor y al niño mimado) busca evadirse de las numerosas miserias de su vida cotidiana con mayor vehemencia que el sano. Y ya con vistas a su futuro lejano, no tarda en anhelar sustraerse a la amenaza de derrota que pende sobre su existencia. Para estabilizar su situación insegura, para guiarse dentro de su desorientación, necesita la ayuda de una construcción auxiliar, de un punto fijo de referencia. Se autovalora, y al hacer el balance de todas sus miserias, se ve a sí mismo ubicado en el débito, como un ser inferior, incapaz, humillado e inseguro. Y precisamente en ello encuentra su primer punto fijo de referencia. Empero, para trazarse una línea de orientación, una línea directriz, necesita un segundo punto fijo: el niño lo halla en su padre y en su madre, a quienes, desde su enfoque, ve adornados de

todos los poderes del mundo. Ya tiene trazada una línea directriz, una norma para su pensamiento y para su acción: desde su estado de inseguridad trata de alcanzar, o inclusive sobrepasar, el rango del padre omnipotente. Pero en el mismo momento en que el niño adopta esta línea directriz, *ya se ha alejado un buen trecho del terreno de la sólida realidad y queda apresado entre las mallas de su ficción.*

Aunque en forma no tan acentuada, este mismo proceso compensatorio se observa también en el niño sano. También éste quiere ser grande, fuerte, dominar, "como el padre", y subordina su vida a ese objetivo final. A partir de entonces, el niño perseguirá ese objetivo incesantemente en su comportamiento, en su actitud corporal y mental, persecución que se traduce en su mímica imitativa, en la copia de rasgos psíquicos idénticos a los que ofrece el modelo paterno. El modelo se constituye en guía hacia la meta "masculina", en objetivo de una línea directriz hacia la virilidad. En las niñas, dada la inaccesibilidad, la imposibilidad del ideal masculino, se produce una modificación de forma en la línea de orientación hacia la hombredad: las niñas aspiran meramente a alcanzar poder, dominio, sabiduría. Pero, en última instancia, en la niña como en el varón todo querer es un querer compensar un sentimiento de inferioridad.

Debemos mencionar aún otra capacidad psíquica especial del niño, que se manifiesta antes y durante la formación de la línea de orientación masculina. Para comprender bien este fenómeno es preciso admitir que, a causa de la insuperable imposibilidad de satisfacer inmediatamente o con suficiente rapidez sus impulsos orgánicos, desde los primeros momentos de su vida extrauterina el niño se siente instalado en un mundo hostil y en postura combativa contra su ambiente. De ello resulta —según ya he señalado en *Curar y educar*— un empleo exacerbado de sus aptitudes orgánicas: "c'est la guerre!" Es en estas privaciones temporarias y en las sensaciones de malestar que acompañan los primeros años de la infancia donde reside la fuente y el punto de partida de ciertos rasgos de carácter, muy generales, adecuados para la acometividad, y que hacen del niño un agresor. Pero el niño no tarda en darse cuenta de que su misma debilidad y desvalidez, su angustia y sus numerosas ineptitudes le suministran también medios para asegurarle el auxilio, el apoyo y el interés de quienes lo rodean. Así como con su conducta negativista, con la

terquedad y resistencia a toda medida educadora puede satisfacer su necesidad de poder y aliviar su torturante sentimiento de inferioridad, exhibiendo su debilidad, mostrándose sumiso, provoca la preocupación de las demás personas. He ahí dados los caminos para las dos principales variantes del comportamiento infantil: terquedad u obediencia [7]. Una y otra le garantizan al niño por igual la elevación de su sentimiento de personalidad; le ayudan a ensayar la línea que ha de conducirle hacia la meta final masculina o —anticipémoslo ya— hacia un sustituto de ella. En los niños constitucionalmente inferiores, el naciente sentimiento de la propia personalidad se ve continuamente oprimido y su autoestima disminuida, pues sus posibilidades de satisfacción son harto más reducidas que en los niños sanos. Pensemos por un momento en las innumerables restricciones, en los tratamientos y dolores a que se ven sometidos los niños agobiados por enfermedades gastrointestinales; en la vida blanda y mimada de los niños pálidos y débiles afectados por una inferioridad en el aparato respiratorio; o en las picazones, tormentos y humillaciones que deben soportar los niños que padecen prurigo u otros exantemas; pensemos, en fin, en tantos defectos infantiles que a menudo asumen un carácter degradante; en el terror al contagio que atormenta a los padres de estos niños; en las interferencias en la educación y en la instrucción que atrasan a estos niños; en la obstinación en que muchas veces caen, y no resultará nada extraño verles crecer en el aislamiento y en el desafecto de sus camaradas e inclusive de sus familiares en que con frecuencia vienen a parar. La pesadez y torpeza que acompañan al raquitismo, a la adiposidad congénita y a los grados menores de la debilidad mental son igualmente perjudiciales para el desarrollo del sentimiento de la personalidad.

Por lo general estos niños se consuelan con la idea de que se ven postergados en el afecto de los padres a causa de su desventajosa posición en la serie de sus hermanos y hermanas: porque él es el primogénito o segundogénito, porque ella es la única niña entre hermanos varones, el único varón entre mujeres, etc.; con mayor frecuencia son los niños tardíos o el menor de los hermanos, y a veces también el

[7] Véase: Adler, *Guiando al niño según los principios de la Psicología del Individuo.* Buenos Aires, ed. Paidós, 2ª ed., 1952, y *La Psicología individual y la escuela*, Buenos Aires, ed. Losada, 1941. [S.]

mayor de los hermanos, quienes inculpan a la mala suerte responsable de haber nacido a destiempo —demasiado pronto o demasiado tarde— o con un sexo desventajoso.

A la hostil agresividad, estimulada y reforzada en niños de constitución inferior, se liga estrechamente la ambición; de suerte que la agresividad pasa a traducirse en tendencias ambiciosas: el niño quiere llegar a ser tan grande y tan fuerte como el que más. Esta misma estructura de las fantasías infantiles se halla ulteriormente en todas las ideas y acciones del neurótico [8]. Y tiene clara explicación: su sentimiento de inferioridad frente a las personas y a las cosas, su general inseguridad frente al mundo, impelen al neurótico a reforzar la línea directriz primitiva, y a ella se aferrará durante toda su vida a fin de garantizarse la seguridad de orientarse en el mundo mediante las creencias y ficciones que ella le suministra, de desembarazarse de su sentimiento de inferioridad, de preservar su sentimiento de personalidad, de hallar, en fin, un pretexto que le permita soslayar una temida humillación —propósitos que jamás logró tan plenamente como en la infancia. De ahí que su ficción directriz ("Obra como si debieras estar por encima de todos") adopte la forma del siguiente imperativo: "Obra como si todavía fueras un niño". Ello se ve a menudo con toda nitidez en los individuos enuréticos, en los que padecen agorafobia, en las neurosis de angustia, etc. En todos esos casos, las satisfacciones infantiles del afán de poder se han constituido en modelos que conforman la neurosis adulta y refuerzan sus líneas directrices.

Sería un error creer que tales líneas directrices existen sólo en el neurótico. El individuo sano tendría que renunciar a orientarse en la vida si no introdujera ficciones en la imagen que se hace del mundo y de sí mismo, y ya hemos visto que estas ficciones se alimentan de antiguas experiencias (*regresiones*). *Sólo que es en los momentos de inseguridad cuando estas ficciones manifiestan su acción con una intensidad especial*, erigiéndose en imperativos de la fe, del ideal, pero, además, actuando embozadamente en el inconsciente, con todo mecanismo psíquico, del cual esos imperativos son meramente sus imágenes verbales. Desde el punto de vista de la lógica, cabe considerar estas ficciones como abstracciones,

[8] De ahí que el retorno a sí mismo, el destino propio, se perciba y comprenda en el neurótico con nitidez mayor que en ningún otro.

como simplificaciones destinadas a resolver los conflictos de la vida por analogía con los hechos más simples [9]. Y ya hemos visto que las tentativas del niño de enfrentar las dificultades constituyen precisamente esos hechos más simples, que en lo que tienen de más primitivos son tendenciosamente apercibidos en los recuerdos. No nos debe sorprender, pues, que también encontremos estas ficciones en el hombre primitivo, dado que todo problema humano exige una solución que satisfaga el afán de poder. Considero que las fantásticas hipótesis de Freud y de Jung al respecto son no sólo superfluas sino, además, susceptibles de inducir a error. Todo gesto humano, en el sentido lato del término, se produce en cada individuo como una creación nueva. En el sueño, dicha apercepción se manifiesta con mayor nitidez. Pero dejemos este tema por ahora, pues luego lo retomaremos.

El neurótico vive obsedido por su sentimiento de inseguridad; de ahí que el "pensamiento analógico" (su tentativa de solucionar todos sus problemas por analogía con las experiencias más antiguas) se dé en él harto más pronunciado que en el individuo normal. Su misoneísmo (Lombroso), su temor a todo lo nuevo, a adoptar decisiones o sufrir pruebas —que la vida impone constantemente— provienen de su escasa autoconfianza. Hállase tan encadenado a sus líneas directrices, las toma tan al pie de la letra, y procura llevarlas a la práctica con tanta rigidez que, sin darse cuenta, con ello renuncia a toda solución objetiva y desprejuiciada de los problemas de la realidad. Y las limitaciones que la realidad impone, las incompatibilidades con las que forzosamente ha de chocar en la vida real, lejos de obligarlos a liberarse de su ficción preconcebida, lo llevan a hundirse en un creciente pesimismo. Por su parte, el psicótico intenta trasladar sus ficciones a la realidad con mayor consecuencia aún. El neurótico es víctima en la realidad de la línea directriz que él mismo se ha trazado, y de lo que resulta un aparente desdoblamiento de su personalidad: quiere satisfacer, simultáneamente, las exigencias del mundo real y las de su propio mundo imaginario, para finalmente quedar cautivo en esa ambivalencia (Bleuler), en una encrucijada que paraliza todos sus movimientos, que lo inmoviliza.

[9] La conclusión de Freud de que estas "ficciones" son idénticas a las "fantasías infantiles", es insostenible: las ficciones son, en rigor, las que originan las fantasías.

La forma y contenido de las líneas de orientación neuróticas tienen su fuente en las impresiones infantiles del niño que se siente relegado. Estas impresiones, que enraízan siempre en un sentimiento originario de inferioridad, explican y determinan a su vez una tendencia hostil orientada a vencer la inseguridad. Esta posición agresiva explica todas las tentativas del niño para elevar su sentimiento de personalidad. Algunas obtienen éxito y animan a la repetición; otras, desafortunadas, le servirán de advertencia. Sobre aquella tendencia al aseguramiento viene a converger un conjunto de disposiciones psíquicas y de rasgos copiados de otros individuos. Todas las manifestaciones neuróticas tienen su fuente en este entrenamiento orientado hacia el objetivo de superioridad masculina. Trátase de dispositivos mentales siempre listos a la lucha por la conquista del sentimiento de personalidad; siempre consecuentes a la ficción directriz que busca imponerse mediante las formas de reacción disponibles desde la infancia. Cuando la neurosis ha llegado a un alto grado de desarrollo, la ficción exalta todas estas disposiciones, hasta que terminan por comportarse como si ellas constituyesen en sí mismas el objetivo final. La *angustia*, que originariamente debía servir al individuo para preservarlo de la soledad, de la humillación, de la sensación de pequeñez, se sustancializa; la *obsesión*, que —conforme al sentido de la ficción— originariamente representaba una tentativa de asegurar la superioridad mediante una acumulación de dificultades sin sentido, se transforma en una manifestación autónoma; los desmayos, las parálisis, los dolores histéricos y trastornos funcionales, representan en forma simbólica y seudomasoquista el afán de paciente de hacerse valer o de sustraerse a una decisión temida. La extrema importancia de la inseguridad en el neurótico reside —según he observado y descrito— en que lo obliga a tal esfuerzo de sus disposiciones y de sus consecuencias, que los trastornos funcionales del paciente, en un comienzo insignificantes, terminan por adquirir las formas más pertinaces, como si le fuesen impuestas al paciente por una necesidad interna.

Debido a su sentimiento de inseguridad, el neurótico orienta constantemente sus pensamientos hacia lo porvenir. Toda la vida del presente se le antoja como una preparación para el futuro, y ello contribuye a estimular su fantasía y a distanciarlo cada vez más de la vida real e inmediata. De

manera parecida a lo que observamos en las personas religiosas, el reino del neurótico no pertenece a este mundo; como el religioso, es incapaz de abandonar su divinidad: la elevación de su sentimiento de personalidad. Semejante forma de vivir fuera de la realidad crea en este paciente todo un cúmulo de rasgos de carácter de orden general. En primer término, siente una especie de veneración hacia todos aquellos medios que sirven a su ficción. Por lo común observa rigurosamente un férreo código de conducta; se muestra puntual, exacto, minucioso, de manera de no aumentar innecesariamente "las grandes dificultades de la vida"; y además, y sobre todo, con miras a destacarse en el trabajo, en la vestimenta, en la conducta y de procurarse, con esa distinción, un sentimiento de superioridad. Estos rasgos de carácter producen en él la sensación de un pesado lastre, y ello, junto a su sensación de enfermedad, le permite desempeñar el papel de héroe mártir. Queriendo y logrando superar estos obstáculos creados por él mismo, nuevamente busca y logra elevar una vez más su sentimiento de personalidad. O al menos, para que cuando se pregunte: "¿dónde estuviste cuando se repartieron los dones del mundo?", él pueda responder, en su descargo, señalando ese pesado lastre de síntomas sobre sus espaldas. Este reforzamiento de sus rasgos de carácter también le sirve para enfrentarse con el "enemigo": fomenta las situaciones susceptibles de ponerle en conflicto con su ambiente y que le sirven para equiparse de "justificados" reproches. Estos eternos reproches le son útiles, asimismo, para mantener alerta su atención y demostrarse a sí mismo que los demás lo relegan a un segundo plano, que no cuentan con él para nada. Tales rasgos suelen observarse ya en la infancia de ciertos neuróticos, que los utilizan para lograr el dominio de alguna de las personas que los rodean, de la madre por ejemplo. Todas las noches, la madre deberá dedicarle amplia atención; le acomodará su ropa exactamente de la manera por él prescripta, estará siempre a sus órdenes, no festejará a otro hijo, etc., etc. También la angustia y la timidez surgen de forma parecida. En contra de otras opiniones, debo insistir en que el fenómeno psíquico de la angustia nace de una excitación alucinatoria, de una predisposición somática, inadvertidamente formada durante la infancia ante la amenaza de una lesión corporal; y que esta misma predisposición se condiciona más tarde,

sobre todo en la neurosis, por el objetivo final de sustraerse a una disminución del sentimiento de personalidad, atraerse otras personas al propio servicio y dejarse invadir por la angustia con vistas a soslayar las exigencias de la vida.

Es fácil comprender que todas las representaciones de deseos pueden alcanzar altísima intensidad, y también que los logros rara vez llegan a dar completa satisfacción. Puede decirse que el neurótico "lo quiere todo". Este deseo insaciable corre parejo con la ficción directriz del neurótico: con su aspiración a ser el más fuerte. Cada vez que el neurótico se retrae ante iniciativas promisorias y, por lo general, también ante la comisión de actos criminales o inmorales, en seguida se apodera de él el temor de sufrir un menoscabo en su sentimiento de personalidad. Por el mismo motivo huye también de la mentira, lo cual no impide —a fin de proceder con mayor seguridad y de preservarse de sendas equivocadas— que en su fuero interno alimente la ilusión de que sería capaz de los crímenes más brutales y de los peores vicios [10]. En la neurosis, el sentimiento de culpabilidad, así como una exagerada religiosidad, tienen siempre el mismo objetivo final: lograr superioridad. "¡Yo también soy un hombre de conciencia!" O bien, el sentimiento de culpa y de religiosidad puede servir de pretexto para sustraerse al cumplimiento de una cierta acción, de una cierta responsabilidad. "¡Los remordimientos de conciencia son indecentes!", decía Nietzsche, que no debía ignorar esa experiencia. Es indudable que esta rígida persecución de la ficción es perjudicial a la sociedad. Mediante tendenciosas exageraciones y argucias sofísticas el enfermo paraliza su acción y se hace incapaz de toda iniciativa.

El egoísmo del neurótico, su envidia, su avaricia —en muchos casos consciente—, su tendencia a despreciar los méritos de personas y cosas, tienen su base en un sentimiento de inseguridad, y constituyen medios defensivos para librarse de él. Tampoco debe extrañar su distracción, pues el neurótico vive cautivo en sus fantasías y en lo porvenir. Sus cambios de humor obedecen al juego veleidoso de la fantasía —que tan pronto agita imágenes sombrías como luminosos vuelos hacia el triunfo—; ello explica sus indecisiones y sus

[10] Ello se ve facilitado por su carencia de sentimiento de comunidad, por su indiferencia o su odio al prójimo.

dudas: eficaz expediente para rehuir las decisiones del presente.

Otros rasgos de carácter de naturaleza peculiar, que asimismo se encuentran en el hombre normal, se muestran en el neurótico tendenciosamente reforzados, a causa, también, de la fascinación que sobre él ejerce el objetivo final. La precocidad sexual y el exagerado enamoramiento son expresiones del exacerbado deseo de conquista que caracteriza al neurótico. La masturbación, la impotencia y los impulsos perversos son manifestaciones del temor a la pareja, del miedo a tomar una decisión; en tanto el sadismo representa un ensayo de remedar al "hombre impetuoso" y de sofocar un sentimiento de disminuida virilidad: como toda perversión, el sadismo no constituye sino la tentativa de un hombre tímido e indeciso que, retrocediendo ante lo normal, acaba por caer en lo grosero e inconveniente. También la homosexualidad, cuyo número de adeptos crece día a día, explícase siempre como una evasión inconsciente ante un peligro que amenaza la vanidad del neurótico. Tal teoría, debe reconocerse, no corresponde a la manera de ver generalmente admitida por la psicología actual [11].

Hasta ahora venimos considerando el aumento del sentimiento de personalidad, siempre en procura de lograrse con especial vigor, como la fuerza fundamental y el objetivo de la neurosis. Pero no ignoramos que este deseo se halla profundamente enclavado en la naturaleza humana. Si se examina más de cerca este deseo —al que Nietzsche denominó "Voluntad de poder"— y se observan sus formas de expresión, se comprueba que, en el fondo, no es más que una fuerza compensadora especial, destinada a poner término a la inseguridad interna común a todo hombre. Con la ayuda de una fórmula rígida, que de ordinario alcanza a la superficie de la conciencia, el neurótico procura darse un punto fijo y firme para mover el universo. Poco importa que esta fuerza compensatoria le sea más o menos consciente al neurótico. De todos modos, jamás llega a conocer el mecanismo subyacente, del mismo modo como tampoco llega a advertir y a liberarse de su tipo de apercepción y de conducta elaborados por analogía con el estilo infantil. Tal resultado sólo puede obtenerse me-

[11] Véase: Adler, *El problema de la homosexualidad*, y *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*, cap. XIV, "La homosexualidad".

diante el análisis psicológico individual, el cual, por medio de la abstracción, la reducción y la simplificación, permite reconocer y comprender estas analogías infantiles subyacentes. La utilización de ese método de investigación por lo regular comprueba que el neurótico apercibe siempre a través de un esquema analógico y antagónico. Esa forma primitiva de orientarse en el mundo, que corresponde a las categorías antitéticas de Aristóteles y a las tablas de opuestos de Pitágoras, proviene igualmente del sentimiento de inseguridad, y representa un simple artificio lógico. Lo que yo he denominado y descrito como antagonismos bipolares o hermafroditas [12], Lombroso como "oposiciones polares" y Bleuler como "ambivalencia", puede atribuirse a este modo de apercepción que opera según el principio del antagonismo. No se trata aquí, según se cree por lo común, de una característica inherente a la esencia de las cosas, sino de un método de trabajo, de una forma de la intuición que mide el valor de las cosas, de las fuerzas, de las vivencias, mediante su confrontamiento con su propio contrario.

A medida que se avanza en el análisis, se va destacando, cada vez con mayor nitidez, uno de los pares antagónicos, según la fórmula ya conocida: la oposición entre el sentimiento de inferioridad y la exaltación del sentimiento de personalidad. Ello corresponde a las tentativas del niño de orientarse en el mundo mediante un cuadro que le permita ordenar todas las cosas en pares antagónicos claramente definidos. Entre otros pares antagónicos he encontrado, invariablemente, dos: 1º) arriba-abajo; 2º) masculino-femenino. Siempre se hallan en el neurótico constelaciones de recuerdos, impulsos y acciones, ordenados, según el criterio del paciente, de la siguiente forma: inferior=abajo=femenino; superior=arriba =masculino. Estas agrupaciones tienen gran importancia, pues facilitándole al neurótico la imagen distorsionada, falsificada del mundo (llena de correcciones, subrayados y arbitrariedades) le permite aferrarse siempre a su idea y considerarse un ser humillado y postergado. Es natural que en la elaboración de esta imagen contribuyen tanto las vivencias de su inferioridad constitucional como la creciente agresividad de quienes rodean al neurótico, enervados por la conducta del paciente.

[12] Véase: Adler, "El hermafroditismo psíquico", en *Curar y educar*.

Algunas veces el neurótico no tiene conciencia de su derrota, supuesta o real. Su orgullo, su sentimiento de personalidad, rehusan registrarla, aun cuando él se conduzca como si la reconociera. Ello explica tantos incomprensibles accesos nerviosos que se resuelven provocando la mera conciencialización de este hecho por el paciente. Desde el punto de vista de la curación, poco se logra con concencializar ciertas sensaciones o impresiones reprimidas, a menos que se consiga hacer comprender al enfermo lo que la dinámica de sus accesos tiene de infantil. En muchos casos, ello provoca una aparente agravación, debido a que el paciente dirige sus ataques contra el médico que, en su manera de ver, ha lesionado su sentimiento de personalidad y trata de obligarlo a tomar un camino distinto.

Queda todavía por contestar una pregunta importante: ¿A qué atribuye el neurótico mismo su sentimiento de inferioridad? Dado que el paciente sólo puede reconocer una relación cuando se trata de inferioridades orgánicas que producen manifestaciones mórbidas, puede decirse que el paciente siempre se limita a conjeturas. Atribuirá la culpa de su inferioridad a su debilidad, a su baja estatura, a sus malformaciones, a la pequeñez o anomalías de sus genitales, a su flujo, a su escasa virilidad, a su sexo femenino, a sus rasgos físicos o psíquicos femeninos; o también, a la herencia, a la falta o exceso de cariño de sus padres, a la mala educación recibida, a privaciones en la infancia, etc. Y su neurosis, lo que nosotros entendemos por neurosis (la agravación de sus predisposiciones sobre una base analógica infantil, la transformación simbólica de sus ideas, impresiones y sensaciones, y las finalidades y medios de realizarlas) entrarán en acción tan pronto el paciente se vea en una situación en la que experimente o prevea una humillación y busque eludirla. Vacunado, por así decirlo, con sentimientos de inferioridad, muéstrase anafiláctico frente a cualquier disminución de su sentimiento de personalidad, y en la irresolución, en la vacilación, en la duda y en la depreciación de otros —de las mujeres, de la humanidad en general— inclusive en una neurosis o psicosis, halla el refugio y la seguridad contra lo peor que pudiera sucederle: la conciencialización de su inferioridad, por otra parte claramente sentida. He aquí las causas ocasionales típicas capaces de provocar la explosión de las neurosis y las psicosis:

1) Búsqueda de las diferencias existentes entre los sexos; idea confusa acerca del propio papel sexual; dudas sobre la propia virilidad; sensación de poseer rasgos considerados como inferiores, apercepciones teñidas de irresolución, dudas y hermafrotidismo.

2) Comienzo de la menstruación.

3) Fin de la menstruación.

4) Iniciación de las relaciones sexuales y de la masturbación.

5) Nubilidad y matrimonio.

6) Embarazo.

7) Puerperio y lactancia.

8) Menopausia, disminución de la potencia sexual, envejecimiento.

9) Exámenes y elección profesional.

10) Peligro de muerte [13] y pérdida de un allegado.

Todas estas fases y vivencias modifican o exaltan las actitudes preparatorias frente a la vida. Todas ellas tienen algo en común; la expectativa de nuevos acontecimientos, lo cual, para el neurótico, siempre supone nueva lucha y nuevo riesgo de verse derrotado. E inmediatamente echa mano de sus líneas aseguradoras, la última de las cuales es el suicidio. El desencadenamiento de una neurosis o psicosis supone la exacerbación de su predisposición neurótica, en la cual se hallan siempre rasgos de carácter defensivos, semejantes a puestos de avanzada: acrecentamiento de la hipersensibilidad, mayor precaución, ira, minuciosidad, obstinación, espíritu avaricioso, descontento, impaciencia, etc. Dada la facilidad de comprobar la presencia de tales rasgos de carácter, ellos sirven muy bien para establecer la índole psicogénica de una enfermedad. La evasión de las exigencias inmediatas de la vida, el diferir la solución de algún problema vital, la obtención de condiciones atenuantes, pasa a constituirse en objetivo ideal secundario.

[13] La comprensión de la neurosis y psicosis de guerra debería tomar como punto de partida el miedo latente del neurótico a decisiones con respecto a él y contra él y su vida. El criterio de la neurología de guerra tradicional no podía llevar sino al triste resultado a que llegó: la tortura eléctrica.

De lo dicho despréndese que es el sentimiento de inseguridad el que lleva al neurótico a refugiarse en ficciones, líneas de orientación, ideales y principios. También en el individuo sano encontramos líneas de orientación, ideales y principios, pero éste los utiliza como un *modo de decir*, como un recurso auxiliar para distinguir lo alto de lo bajo, la izquierda de la derecha, lo justo de lo injusto; además, el hombre normal no pierde su objetividad y puede liberarse de estas ficciones abstractas toda vez que deba adoptar una decisión ajustada a la realidad. El sano tampoco clasifica los hechos del mundo en rígidos contrastes, sino que, por el contrario, en todo momento procura liberar su pensamiento y su conducta de su ficticia línea directriz a fin de armonizarlos con la realidad, con sus leyes y exigencias. Emplea las ficciones sólo en razón de su utilidad práctica, como medio de abordar la vida. En cambio, el neurótico —a semejanza del niño, aún extraño en el mundo, o del hombre primitivo—, se aferra a la débil caña de la ficción, la sustancializa, le atribuye arbitrariamente un valor real y procura realizarla. Y no sirve para eso. Menos aún si, como en el caso de la psicosis, la ficción se erige en dogma, si sufre una transformación antropomórfica: "obra como si estuvieras perdido", "como si fueras el hombre más grande", "como si fueras el hombre más odiado". El símbolo, como *modo de decir*, domina nuestro idioma y pensamiento. Pero el neurótico toma el símbolo al pie de la letra y el psicótico trata de realizarlo. Tal el punto de vista que yo sostengo en todos mis trabajos sobre las neurosis. Una feliz casualidad puso en mis manos la genial obra de Vaihinger, *Philosophie des Als Ob*, donde el autor muestra el valor que para el pensamiento científico tienen esos procesos intelectuales que mi frecuentación con las neurosis me han hecho familiares.

Ya he explicado cómo el objetivo conductor ficticio del neurótico consiste en lograr una desmesurada elevación del sentimiento de personalidad, hasta degenerar en lo que Nietzsche llamó "voluntad de parecer"; ahora podemos definir este problema vital. En edad temprana se reconocen las diferencias existentes entre los sexos y se elabora la contraposición "hombre-mujer". Luego de estos hechos no se tarda en preferir decididamente el papel masculino, lo cual le impone al neurótico el imperativo: "Debo obrar como si fuera (o quisiera ser) todo un hombre". Entonces el sentimiento de

inferioridad y sus consecuencias se identifican con la sensación de la femineidad, en tanto la energía compensatoria busca seguridades en la superestructura psíquica con el fin de retener el papel masculino. A esta altura podemos expresar el sentido de la neurosis con la siguiente fórmula antagónica: "Soy (como) una mujer y quiero ser un hombre". Traduciéndose en actitudes y en conducta, esta finalidad directriz crea los gestos y dispositivos psíquicos necesarios, y se manifiesta también en la expresión corporal y en la mímica. La avanzada de este repertorio de gestos preparatorios está constituida por los rasgos de carácter neurótico (ambición, susceptibilidad, desconfianza, hostilidad, egoísmo, pugnacidad, etc.), con los cuales el individuo enfrenta la vida y a sus semejantes, siempre alerta, en ansiosa vigilia, calculando si logrará portarse como "todo un hombre" o meramente "como una mujer". Los simulacros de combate —por así llamarlos— desempeñan un papel importante: son provocados por el neurótico a fin de entrenarse y deducir advertencias útiles para situaciones análogas; es decir, para proceder con mayor cautela y, llegado el caso, disponer de "razones" para no arriesgar la batalla decisiva, para desplazar el frente de combate.

En la "Parte Práctica" de este libro y en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo* muestro los arreglitos, exageraciones y arbitrarias inversiones de valores que se efectúan para realizar la ficción. Pero digamos desde ya que tras la protesta viril del neurótico subyace la más antigua voluntad de dominio, que en su función compensadora es capaz inclusive de invertir las sensaciones, transformando, por ejemplo, una sensación de placer en displacer. Es lo que ocurre en los casos, numerosos por cierto, en los cuales un ensayo de conducirse en forma abiertamente masculina ha chocado contra grandes dificultades, por cuyo motivo ha debido luego perseguir su objetivo a través de un camino de rodeo: entonces se sobrevalora el papel femenino, se refuerzan los rasgos pasivos hasta exhibir rasgos masoquistas y de pasividad homosexual, con los cuales el paciente busca ejercer dominio sobre hombres o mujeres. En suma: la protesta viril apela a recursos femeninos. Que también esta línea directriz es conducida por la voluntad de poder se advierte en la presencia de los rasgos neuróticos restantes: en el afán de dominio y de superioridad, que también en estos casos se expresan en forma inequívoca

y, a menudo, con mayor intensidad aún. Pero la apercepción a través del esquema "masculino-femenino" introduce en la neurosis la jerga sexual, a la que, por tanto, debe interpretarse en su significado simbólico y someterla al análisis ulterior: su sentido es orientar la vida y las actividades eróticas del enfermo en una dirección ajustada al nódulo de su personalidad.

Al mismo tiempo, o en forma predominante, obsérvase en el neurótico el modo de apercepción según la oposición espacial "arriba-abajo". Este ensayo de orientación, sobremanera acentuado y reforzado en el neurótico, guarda también ciertas analogías con la mente de los pueblos primitivos. Pero en tanto es fácil comprender el proceso de la identificación entre lo masculino y la superioridad, nos vemos, en cambio, librados a meras conjeturas cuando hemos de explicar la identificación de aquellos términos con el término "arriba". Podemos suponer que ha entrado en consideración la referencia al valor e importancia de la cabeza, situada "arriba", en contraste con los pies. En esa valoración del "arriba" y en su equiparación con la superioridad, acaso haya desempeñado un papel más decisivo aún el anhelo humano de elevarse, de volar, de alcanzar imposibles. Los sueños y aspiraciones de toda la humanidad a volar hablan en favor de esta hipótesis. Por último, es evidente que el hecho de que en el acto sexual el "arriba" se corresponda con el papel masculino, ha desempeñado un papel significativo en la ecuación: "masculino = superior = arriba" [14].

El reforzamiento de la ficción en la neurosis provoca una concentración de la atención del enfermo sobre los puntos más importantes para él. De ello deriva una disposición psicomotora a reducir su campo visual. Al mismo tiempo se observa una acentuación del carácter neurótico que, en busca de aseguramiento, establece contacto con las fuerzas enemigas

[14] A esta modesta observación, que todo psicólogo puede comprender con facilidad, la critica Freud con algunas palabras, tan escasas como inocuas, aludiendo a ella como si se tratase de una mera acotación verbal mía. El señor Freud no tiene suerte con mis acotaciones verbales. Por ejemplo, mi delicada negativa: "No es para mí ningún placer estar bajo su sombra" (esto es, que a causa de mi colaboración neuropsicológica se me considere cómplice de todas las incoherencias freudianas) la calificó Freud, sin más, como una confesión de mi "manía de prioridad", sirviendo así un plato fuerte a lectores desprevenidos.

y, expandiéndose en el tiempo y en el espacio más allá de los límites de la personalidad, facilita su cometido a la voluntad de poder, suministrándole la precaución y la prudencia como línea directriz secundaria. Finalmente, la crisis neurótica, a la que puede compararse con la lucha por el poder, tiene la misión de preservar el sentimiento de personalidad de una amenaza de humillación y depreciación.

Ya se ubique en la posición de agresor, ya en la de agredido, el neurótico siempre se hace la impresión de que la vida le es hostil. Su adaptación a la comunidad queda entorpecida: la profesión, el amor, la sociedad, se concilian mal con su actitud combativa y, por consiguiente, termina por evitarlos tímidamente o, en el mejor de los casos, por convertirlos en campo de batalla de sus desorbitadas ambiciones de dominio. Poseído por la obsesión de "tomar siempre", de "recibir siempre", que le obliga a pensar incesantemente en sí mismo, jamás en los otros, desconociendo el goce de dar, el neurótico atraviesa la vida sufriendo profundo descontento e insatisfacción íntimos, envenenado de pesimismo y de misantropía.

En resumen: la inferioridad constitucional y otras situaciones infantiles de efectos equivalentes, originan un sentimiento de inferioridad que reclama una compensación, una elevación del sentimiento de personalidad. El individuo se da un objetivo final, ficticio, caracterizado por el afán de poder. Este objetivo de superioridad adquiere una enorme influencia y pone a su servicio todas las energías psíquicas. Nacido él mismo de la tendencia aseguradora, organiza dispositivos psíquicos con vistas a garantizar esa seguridad; entre ellos, en especial, el carácter neurótico y la neurosis funcional. La ficción directriz se construye según un esquema simple e infantil que afecta de un modo particular la apercepción y el mecanismo de la memoria.

Capítulo II

La Compensación Psíquica y su Preparación.

En el capítulo anterior hemos explicado cómo la autovaloración del niño afectado de una inferioridad, sobre todo si ésta es constitucional, da origen al sentimiento de inferioridad. De forma análoga al δὸς ποῦ δτω, el niño procura adquirir un punto de vista a fin de poder apreciar y medir las distancias que lo separan de la solución de los principales problemas de la vida. El niño ha hallado ese punto fijo precisamente en su baja autoestima, y a partir de él tira líneas de pensamiento en dirección al objetivo que ha de compensarlo. En virtud de su poder de abstracción e intuición, el entendimiento humano sensualiza esos pensamientos y les da una interpretación sensible. El objetivo final de ser "grande", fuerte, poderoso, "un hombre", en suma, de "estar arriba", encuentra sus símbolos en la figura del padre, de la madre, del maestro, del cochero, del conductor de locomotora, etc. Y la conducta, la actitud y los gestos mediante los cuales el niño se identifica con este o aquel papel, sus juegos y deseos, sus fantasías, sus cuentos predilectos, sus pensamientos sobre su futura profesión [1], nos muestran que la tendencia compensatoria está funcionando y entrenando la personalidad con vistas al futuro desempeño de uno de esos papeles. En otras palabras: el sentimiento de inferioridad y de inutilidad, la sensación de debilidad, de insignificancia, de inseguridad que experimenta el niño, le sirven, ellos mismos, de base de operaciones: las sensaciones de displacer y de descontento que engendran provocan una impulsión interna que lanza al niño hacia el objetivo final ficticio. Para poder obrar y orientarse en la vida, el niño utiliza un esquema general; ello se corresponde con la tendencia del espíritu humano a utilizar ficcio-

[1] Véase: Adler, *Curar y educar.*

nes e hipótesis útiles para apresar en cuadros circunscritos y bien delimitados todo lo que en el mundo hay de inaprehensible, de caótico, de fluido. No de otra manera opera el científico cuando divide el globo terráqueo con meridianos y paralelos. Gracias a este artificio se dispone de los puntos fijos indispensables para toda referencia.

Son innúmeros los casos en que el hombre procura introducir un esquema abstracto e irreal en la vida real y concreta. Trátase de un hecho de gran importancia científica que, según ha demostrado Vaihinger, se encuentra en toda concepción científica, y cuyas bases psicológicas me propongo mostrar en esta obra, tal como resultan del estudio de las neurosis y las psicosis. Sano o enfermo, el hombre se muestra en su desarrollo psíquico, cualquiera sea la fase de su evolución, aprisionado en la malla de su esquema (ficción): la diferencia entre uno y otro estriba en que, como ya hemos señalado, el neurótico no acierta a volver a la realidad y cree en su ficción, en tanto el sano la emplea como un auxiliar útil para el logro de un objetivo real. El contenido de la ficción puede variar de un niño a otro, y a menudo tal variación se relaciona con el puesto que el niño ocupa en la serie fraterna. Por ejemplo, he podido observar que, a menudo, el primogénito adopta como ficción obtener de los demás el reconocimiento de su grandeza y su poder; que el segundo hijo acusa más particularmente un afán de derribar el poder de los otros; que el único muchas veces encuentra irresoluble el problema de ocupar siempre una posición central. Pero lo que siempre obliga a utilizar un esquema, sea el que fuere, es la inseguridad del niño, la gran distancia que media entre él y el adulto detentador del poder y de los privilegios, unos conocidos y otros presumidos por el niño. Lo que nos mueve a todos —en especial al niño y al neurótico— a abandonar los más lógicos caminos de la inducción y de la deducción para apelar a los artificios de esos esquemas ficticios, es el sentimiento de inseguridad y la consecuente tendencia a asegurarse que, en último término, aspira a desembarazarse del sentimiento de inferioridad y a elevarse hasta la plenitud del sentimiento de personalidad, a la cabal masculinidad, al ideal de "estar arriba". Cuanto mayor sea esta distancia entre la situación real y la situación de superioridad ideal, con tanta mayor fuerza e intensidad se percibirá y se perseguirá la ficción rectora, de suerte que el sentimiento de

estar "abajo" puede asumir en algunos casos la misma importancia decisiva que, verbigracia, las desorbitadas imágenes infantiles de un padre o de una madre fuertes.

Es así como hallamos estados de tensión que sobrepasan con mucho lo que cabría esperar del más intenso esfuerzo corporal de motivación instintiva o del más vehemente anhelo de satisfacer necesidades. Fue, entre otros, Goethe quien observó que aun cuando con la percepción el hombre busca satisfacer las necesidades de la vida práctica, con no menor energía busca sobrepasar esa vida práctica con su sentimiento y su imaginación. Captó así, en forma admirable, la tendencia que nos impele a exaltar nuestro sentimiento de personalidad, según se advierte también en una de sus cartas a Lavater: "El ansia que siento de alzar lo más alto posible el vértice de la pirámide de mi existencia, cuya base me ha sido prescripta y trazada desde un comienzo, sobrepasa y domina a todos los demás deseos y no me concede ni un instante de reposo".

Es comprensible que un psiquismo tan tenso (y todo artista, todo hombre de genio, ha de librar esa misma batalla contra su sentimiento de inseguridad, si bien con las armas más refinadas, más inteligentes) sea el más adecuado para desarrollar y engendrar una serie de rasgos de carácter que contribuyen a la formación de la neurosis. La ambición es el rasgo principal. Constituye la más fuerte de todas las líneas directrices secundarias que conducen a la meta final ficticia. Y da lugar, a su vez, a un cúmulo de nuevos dispositivos psíquicos dirigidos a asegurarle al neurótico una posición de preeminencia en todas las situaciones de la vida, pero que exacerban su agresividad y su afectividad. De ahí que el neurótico se nos presente, por lo regular, como un individuo orgulloso, egotista, envidioso y avaro, que en todo momento pretende deslumbrar, ser él el primero, y que, no obstante, tiembla ante la posibilidad de un fracaso y retrocede atemorizado ante la necesidad de tomar una decisión. De aquí la conducta vacilante y cautelosa del neurótico; su desconfianza, sus indecisiones y dudas. Como si buscara entrenarse, prepararse, comienza por producir esas disposiciones psíquicas en pequeño, a fin de establecer nuevos puntos de apoyo y nuevas líneas directrices que garanticen el logro ulterior del objetivo que le fascina. La tendencia a asegurarse obliga al enfermo en semejante estado a acumular, a título de pruebas,

"in corpore vili", argumentos que justifiquen su actitud general dubitativa e indecisa. La consigna del enfermo suele ser: "¡Debes obrar con cautela si quieres lograr tu meta!" Así el paciente a menudo comete flagrantes imprudencias con la mira de destacar sus peligros y quedar justificado y asegurado con respecto a lo esencial para él: su ideal de masculinidad. Es como si él quisiera advertirse: "¡Sé cauteloso! Ya sabes que eres muy imprudente, y si no andas con más cuidado no llegarás a lo que te propones". En el neurótico grave o en el psicótico son a menudo las alucinaciones y los sueños los encargados de hacerle al paciente este llamado a la cordura, recordándole lo que ya le sucedió una vez, o lo que le sucedió a otro, o lo que podría sucederle: todo para mantener al enfermo dentro de su línea directriz.

Las cosas ocurren de otra manera cuando el neurótico se siente atacado de súbita depresión en medio de una situación innocua; cuando todo parece marchar bien, sin motivo alguno de preocupación; por ejemplo, cuando está escuchando un concierto, viendo una representación en el teatro, etc. Este súbito acceso de depresión puede asimilarse al que lleva a ciertas personas, por lo general de buena posición económica, a sacrificar, a la manera de Polícrates, parte de lo que penosamente adquirieron, en la creencia supersticiosa de poder así conservar el resto. Un análisis superficial explicaría estos subitáneos ataques depresivos, como productos de una "tendencia al sacrificio" o de un "sentimiento de culpa". Pero desde nuestro punto de vista es evidente que tales "sacrificios", tales "sentimientos de culpa", entrañan un voluptuoso paladeo del sentimiento de triunfo, de sentirse vencedor y envidiado por tantos otros que sucumbieron en la lucha por la vida y por el bienestar.

Otros rasgos, más pronunciados, sirven también para "alzar lo más alto posible el vértice de la pirámide de la existencia": tales el deseo de lucha, la tenacidad y la actividad —con frecuencia reforzados y asegurados por la minuciosidad a fin de hacerse notar y preservarse del menor desvío—. Huelga señalar el importante papel que tiene la curiosidad, el afán de saber y conocer como medios de alcanzar objetivos elevados. También opera la impaciencia, el temor de llegar tarde, de no lograr nada: su misión es introducir un estímulo de extraordinaria fuerza, que con la mira de lograr la ficticia meta final obliga al neurótico a no perder de vista nada que pueda

significar una ventaja, a preferir hacer más que menos. Tales rasgos pertenecen, claro está, al nivel de una neurosis plenamente desarrollada, en la cual la tendencia aseguradora domina ya el primer plano y se sirve de peligrosos ardides: el individuo ahonda su sentimiento de inferioridad, se comporta como alguien que está disminuido, excluido del éxito, desesperanzado; o bien, se hunde en mayor o menor grado en la pasividad, hace resaltar rasgos femeninos, se conduce en forma masoquista, perversa; y finalmente, restringe sobremanera su campo de acción para así dominarlo mejor con sus síntomas. De manera similar, la indolencia, la pereza, el cansancio, todo tipo de impotencia, sirven al neurótico de pretexto para sustraerse al estudio, al ejercicio de la profesión, al matrimonio, en fin, a toda clase de decisiones y posiciones susceptibles de lastimar su orgullo. En algunos casos, esta fase del desarrollo de la neurosis culmina en el suicidio, entrevisto por el paciente como un medio de venganza contra su destino, contra sus familiares, contra el mundo entero.

Los sentimientos de culpa aumentan en intensidad, y este hecho plantea uno de los problemas más difíciles para la comprensión de la neurosis y la psicosis. Tanto el sentimiento de culpa como los escrúpulos de conciencia constituyen, al igual que la religiosidad, medios de defensa ficticia contra la imprudencia, líneas de precaución al servicio de la tendencia a la seguridad [2]. Su misión es evitar una disminución del sentimiento de personalidad cuando la agresión impele al neurótico a cometer las acciones más egoístas que atentan contra el sentimiento de comunidad, cuyas protestas se hacen oír entonces amenazadoras, como un iracundo coro de Euménides. Mientras el individuo experimenta un sentimiento de culpa, su vista mira hacia atrás, en tanto los escrúpulos hacen que la conciencia observe recelosa y precavida hacia adelante. Pero tanto los sentimientos de culpa como los escrúpulos de conciencia neuróticos esterilizan y paralizan por igual la acción del individuo. También la veracidad queda envuelta en la tendencia del aseguramiento, pasa a formar parte del ideal que nos formamos de la personalidad, en tanto la mentira neurótica no pasa de ser una débil tentativa de salvar las apariencias y se constituye en un recurso compensatorio. La

[2] Véase: Furtmüller, *Psychoanalyse und Ethik*, Munich, Ed. Reinhardt, 1912.

veracidad neurótica es fuente de abundantes y vanos conflictos que le sirven al neurótico para matar el tiempo, o elevarse a sí mismo con el simple expediente de rebajar a los demás.

Todos estos ensayos de elevación, todas estas manifestaciones de la voluntad de dominio, deben ser comprendidos como expresiones de la protesta viril. En nuestra tendencia a valer es, en efecto, la virilidad lo que se nos aparece como el ideal inmediato y el que obra como impulso primario que impele al individuo a imponerse, y con arreglo al cual se elaboran todas sus experiencias, todas sus percepciones y todas las direcciones de su voluntad. La meta final es, particularmente en el neurótico, fortalecer la protesta viril contra toda clase de autosubestimación. Es por este cauce que se orientan la atención, la precaución, la duda, así como todos los rasgos de carácter restantes y todas las disposiciones psíquicas y corporales; en especial toda valoración de las experiencias personales se cumple según el patrón masculino. La totalidad de los fenómenos psíquicos obedecen, pues, a la dinámica que impele de abajo hacia arriba, de lo inferior hacia lo superior, de lo femenino hacia lo masculino. La irrupción de todas estas líneas de fuerza, la instalación del lejano objetivo final, la eventual exhibición o protección de rasgos inferiores, femeninos, en frentes secundarios, con miras a combatirlos más violentamente en el frente principal mediante la protesta viril, todo ello se cumple en virtud del mismo mecanismo que determina las compensaciones orgánicas: en virtud de la *tendencia al equilibrio* [3] mediante incesantes esfuerzos dirigidos a compensar un déficit funcional con un plus de trabajo —tendencia que, en lo psíquico, con vistas a evadir la sensación de inseguridad, se manifiesta por la tendencia al aseguramiento que toma al poder, a la virilidad, como objetivos directores de la vida—.

Una de las mayores dificultades que interfieren la comprensión de la neurosis es el hecho de que el mismo paciente acepta y protege en él rasgos inferiores, femeninos. En efecto, el neurótico suele acentuar todo tipo de enfermedad en

[3] Freud habla a este propósito del "deseo de muerte" que, ciertamente, no representa sino una de las múltiples posibilidades de restablecer el equilibrio. A esta "tendencia tanática" la hemos tenido muy en cuenta en la psicología del suicidio que constituye, inequívocamente, un acto de venganza contra la vida.

general, no se defiende contra la manifestación de rasgos pasivos masoquistas, no disimula su inclinación a la homosexualidad, no se resiste a la impotencia, a la sugestibilidad, a la susceptibilidad, a la hipnosis y, en fin, no disfraza sus actitudes y gestos afeminados. No obstante, en todos estos casos, el objetivo final es, como siempre, el deseo de dominio sobre los demás, que el individuo experimenta como un triunfo masculino, o como una pausa en la acción. En la caracterología de estos pacientes jamás faltan los rasgos compensadores que hemos descrito más arriba: en el afán de lograr compensación a su sentimiento de disminución, buscan el sentimiento de completud mediante sustitutos de aquello de que carecen, y utilizan esos rasgos como base de operación. En tal situación psíquica el simbolismo sexual adquiere un papel muy importante. Al percibirse el enfermo a sí mismo como si estuviese lesionada su sexualidad, se ve impelido a buscar un sustituto, y lo encuentra, por ejemplo, en la disminución del otro, en la reducción del otro a la femineidad. Esta tendencia a la depreciación del otro da lugar a la acentuación de muchos rasgos de carácter destinados a perjudicar a los demás: sadismo, odio, intolerancia, envidia, etc. También la homosexualidad activa y las perversiones que sirven para humillar a la pareja, así como el homicidio con estupro, son otras tantas expresiones de la tendencia neurótica a la depreciación, y cuya importancia nunca podremos destacar bastante. Todas estas manifestaciones son meros productos de una transposición a la realidad de la simbólica del dominio sobre los otros, según el esquema de la superioridad sexual del hombre. En síntesis: el neurótico también puede elevar su sentimiento de personalidad rebajando a sus semejantes, hasta llegar inclusive, en los casos más graves, a erigirse en señor de la vida y de la muerte, propias y ajenas.

Hemos aludido más arriba a la protección de ciertos rasgos femeninos del carácter, que el neurótico realiza —merced al conocimiento de sus debilidades— con el objeto de controlar más eficazmente su vida emocional, y de poder luchar mejor contra sus a veces indómitos impulsos a la entrega. Esta complacencia en subrayar las propias debilidades, que se da en forma simultánea con una bien definida tendencia a exaltar el afán de masculinidad, crea en la psique del neurótico la apariencia de una contradicción. Esta contradicción es bien conocida por otros autores, que la han explicado como inesta-

bilidad del humor, alternancia de estados depresivos y maníacos, de ideas persecutorias y de grandeza, características de la psicosis y, en fin, como "doble vida" o disociación. Por mi parte, siempre he hallado un lazo de unión entre esos estados psíquicos contradictorios en la tendencia a elevar el sentimiento de personalidad, cuando la situación de "inferioridad" se halla en relación con una humillación claramente cincunscrita y delimitada como base de operación. La situación de inferioridad moviliza la "protesta viril", hasta llevarla a menudo inclusive a una verdadera aspiración a la autodivinización o, al menos, a entrar en íntima comunicación con la divinidad. Este proceso obsérvase con especial claridad en la manía, que siempre irrumpe tras un fuerte sentimiento de humillación. La manía cíclica muy probablemente resulta de una regular repetición de este mecanismo, que entra en función cada vez que el paciente se ve dominado por un deprimente sentimiento de disminución. Este aparente "desdoblamiento de la conciencia" se ve favorecido por el modo de apercepción rígidamente esquemático y abstractivo del individuo predispuesto a la neurosis: como en un libro contable, el neurótico agrupa sus experiencias internas y los sucesos del mundo exterior con arreglo a un esquema de férreos contrastes, distribuyéndolas, según el caso, en la columna del "debe" o del "haber", sin lugar para ningún término medio ni transacción. Este pensamiento erróneo del neurótico, vinculado a su tendencia a la abstracción exagerada es, asimismo, producto de su tendencia al aseguramiento que, para elegir, prever y obrar, necesita líneas directrices netamente delimitadas, ídolos, fetiches, fantasmas, en los cuales cree con toda firmeza. De esta manera el neurótico se va alejando del sólido terreno de la realidad, que exige flexibilidad y no rigidez mental; que exige utilizar la abstracción, pero no adorarla y divinizarla hasta convertirla en un fin en sí misma.

De ahí que en la vida psíquica del neurótico y del psicótico —al igual que en el pensamiento primitivo, en los mitos y leyendas, en el arte primitivo, en la cosmogonía, en la teogonía, y en los comienzos del pensamiento filosófico—, observemos una tendencia extremadamente pronunciada a estilizar tanto las vivencias del mundo interior como las personas del contorno. Esta tendencia a la estilización exige, claro está, que la ficción, con su capacidad abstractiva, erija una tajante separación entre los diversos fenómenos. Tal tarea le es im-

puesta a la ficción por la necesidad de orientación y por la tendencia neurótica al aseguramiento, a veces tan agudas que le imponen al enfermo una artificial escisión de la unidad del yo en dos o más partes contrapuestas.

Desde el momento en que el niño hace su autoestimación —que, a causa de la inferioridad orgánica y de sus consecuencias o de otros déficit, le impele a buscarse especiales aseguramientos—, hasta el completo desarrollo del carácter neurótico, con su técnica de pensar y sus líneas auxiliares, se da toda una serie de fenómenos psíquicos a los que Karl Gross[4] interpreta como *entrenamiento,* y a los que yo considero semejantemente como *preparación* para un objetivo final ficticio. En efecto, estos fenómenos se manifiestan desde edad muy temprana (en la lactancia ya se observan indicios) y sufren la incesante influencia de la educación, deliberada o no. El desarrollo del niño muestra que, por lo regular, éste se orienta según una idea por cierto muy primitiva y que casi siempre se sustancializa en la figura de una cierta persona concreta. Bajo esta presión —cuyo mecanismo psíquico es en su mayor parte inconsciente— se trazan las líneas más o menos claras de la psique en formación, y la vida corporal y anímica del individuo, en cualquier punto de su evolución, debe considerarse como una manifestación parcial de su respuesta a la gran cuestión de la vida en general.

Esta respuesta, esta manera de enfrentar la vida, no representa, según nuestra experiencia, sino un intento de poner término a la inseguridad de la vida, de ordenar el caos de las impresiones y de las sensaciones, y de hallar los puntos de apoyo necesarios para sobreponerse a las dificultades. La reflexión, la observación, el pensamiento mismo, la previsión, la atención y la valoración están determinados por la tendencia al aseguramiento. Y como la sensación de la propia inferioridad ofrece una medida abstracta de la desigualdad entre los hombres, lo grande, lo fuerte, se erige en meta ficticia final, con vistas a la ulterior adquisición del sentimiento de hallarse a cubierto de inseguridades y temores. Con miras a evadirse de la inseguridad fórmase así, en la psique del niño, una línea directriz en correspondencia con su necesidad de exaltar su sentimiento de personalidad —necesidad mayor aún en el

[4] Véase: Karl Gross, *Die Spiele der Menschen; Die Spiele der Tiere.*

neurótico, cuya percepción de la inferioridad es más aguda—. La mitología, el folklore, la poesía, la filosofía y las religiones toman de su época los materiales para trazar esas líneas directrices, que luego ofrecen a sus contemporáneos. Así el individuo encuentra que en su medio, a su disposición, se le ofrecen como objetivo final una innúmera variedad de valores: la fuerza corporal o espiritual, la inmortalidad, la virtud, la piedad, la riqueza, la sabiduría, la "moral de los amos", el sentimiento social o la autocracia... —objetivos entre los cuales cada individuo, en su peculiar afán de perfección, elige aquellos que, según su particular receptividad, mejor le cuadran. (La muerte misma puede representar un refugio contra la inseguridad y constituirse, por tanto, en objetivo.)

En un momento dado, todas las fuerzas vivas, toda la energía del niño se ponen al servicio de su mundo subjetivo que, con arreglo a la ficción directriz, distorsiona en su beneficio todas las impresiones e impulsos, los placeres y displaceres, inclusive el instinto de conservación, con vistas a lograr su objetivo. Se trata del mismo proceso que lleva al neurótico a utilizar de un modo peculiar sus experiencias, vivencias y disposiciones psíquicas que han de conducirle a su triunfo. Pero, a diferencia del neurótico, a través de sus percepciones y experiencias personales, el niño adquiere conocimiento de las condiciones de la vida en la comunidad humana, y en cierta medida las tiene en cuenta en el proceso de la formación de sus ideales y líneas directrices.

Estos actos preparatorios obsérvanse con mayor claridad en el niño neurótico, en sus juegos, en sus fantasías sobre su profesión futura, así como en su actitud general, corporal y psíquica. (Más adelante nos ocuparemos de estos últimos fenómenos, en conexión con la tendencia al aseguramiento que los gobierna.) Debe notarse que el hábito neurótico por lo común se manifiesta pronto como una pantomima de un rasgo de carácter, y se expresa tanto en una actitud temerosa, recelosa, desconfiada, insegura, precavida y tímida, como, por el contrario, en una actitud agresiva, obstinada, suficiente, presumida, petulante. Muestra fácil rubor y mirada inquisitiva o, por el contrario, esquivez y hostilidad. Sea una u otra la actitud que se adopte, siempre será dable descubrir tras él el modelo (un rasgo mímico, por ejemplo) subyacente, que se ha utilizado para la reproducción de uno de estos gestos. Así es frecuente descubrir ya en los niños neuróticos la imitación

del principio masculino a través de la figura paterna [5]. Por lo regular, esos nimios gestos imitativos del niño pasan inadvertidos al médico, porque trascienden de lo que habitualmente es asunto de su observación: se traducen en un cruce de las piernas o de los brazos, en cierta peculiaridad en el caminar, en cierta predilección por señalados platos, en la copia de particulares rasgos de carácter, etc.; o, en casos de pronunciado oposicionismo, la imitación da lugar a las formas de expresión precisamente contrarias a la del modelo. Pertinaces faltas infantiles como la enuresis, la onicofagia, el chuparse los dedos, la tartamudez, el parpadeo, la masturbación, etc., por lo regular derivan de tal actitud de resistencia y constituyen un medio de que se sirve el débil para acortar la distancia que lo separa del fuerte. Con esta conducta el niño se rebela contra la autoridad, y, a la par, busca proporcionarse un pretexto para rehuir y postergar toda decisión. Estos fenómenos representan una suerte de lenguaje que el niño emplea *como si*, a todo consejo y a todo reproche, él quisiera excusarse protestando invariablemente: "¡Pero si yo todavía soy muy chiquito!"

Todos estos fenómenos, cuando adquieren una cierta intensidad pueden ser considerados como síntomas de un carácter neurótico, es decir como forma de expresión de una tendencia reforzada al aseguramiento, como manifestación de la energía compensadora de un exacerbado sentimiento de inferioridad.

[5] El modelo materno aparece más tarde, por la modificación de la forma de ficción directriz, o también desde el comienzo, si la preeminencia de la madre se ha impuesto desde temprano de una manera incontestable.

Capítulo III

La Ficción Reforzada como Idea Directriz en la Neurosis.

La tarea primordial del pensamiento es concebir los fines a seguir, anticipándose previsoramente a los actos y a los acontecimientos, con la mira de ejercer sobre unos y otros la mayor influencia posible, asegurándole así al individuo, en cierta medida, su influencia por encima del tiempo y del espacio. Gracias a esta función anticipatoria, nuestra psique constituye, antes que nada, un aparato de ataque y defensa, que se forma bajo la presión de los límites y obstáculos que bloquean la satisfacción de las necesidades del individuo. La satisfacción psicológica de las necesidades sólo se alcanza cuando se da con el camino adecuado para lograr estabilidad y seguridad, al menos en relación con las más graves amenazas de la vida. Ya hacia el final del período de lactancia el niño adquiere ciertas actitudes, gestos y predisposiciones psíquicas, y realiza ciertos actos dotados de finalidad. Ya entonces busca no sólo satisfacer sus necesidades naturales, sino, además, ocupar un lugar en el círculo familiar e instalarse en su ambiente. Sus acciones se hacen unitarias y se lo ve en camino de conquistar para sí un sitio en el mundo. Esta unidad de conducta obliga a suponer que ya por entonces el niño ha dado con algún punto fijo, fuera de sí mismo, hacia el cual tender con la totalidad de sus energías y de sus tendencias de crecimiento anímico. En otras palabras: el niño debe haberse trazado una línea de orientación, ha de haberse dado una imagen directriz, con la esperanza de guiarse así de la mejor manera en su ambiente, gratificar sus necesidades, soslayar el displacer y garantizarse el placer [1]. En esta imagen directriz se destaca antes que nada, y muy en especial, la necesidad de ternura como un integrante de la innata

[1] Véase: Adler, "Terquedad y obediencia", en: *Curar y Educar.*

aspiración hacia la comunidad que, según Paulsen, desde un comienzo favorece la "educabilidad" del niño. A ello no tardan en agregarse tentativas de conquistar la aprobación, la asistencia y el amor de los padres, así como el afán de independencia, la terquedad y la rebeldía.

El niño ha hallado un "sentido de la vida"[2], al cual tiende a ajustarse y cuyos vagos contornos ya está moldeando. Este sentido de la vida orienta sus pensamientos anticipatorios y guía y calibra sus acciones y sus tendencias. Su impotencia, su desamparo e inseguridad le obligan a tantear posibilidades, a acumular experiencias y a edificar y perfeccionar su memoria a fin de tender un puente hacia el futuro, visto por él como residencia plena de grandeza, de poder y de toda clase de satisfacciones. Tender este puente es la tarea más importante del niño, pues, de no cumplirse, quedaría indefenso, sin dirección. sin ayuda, abandonado a sí mismo en medio del caos de impresiones que lo asedian. Resulta difícil, si no imposible, traducir en palabras esta primera fase del despertar del mundo subjetivo, de la formación del yo. Todo cuanto puede decirse es que el niño debe formarse una imagen directriz tal que pueda suministrarle una orientación y mayor seguridad imprimiendo una más firme dirección a su voluntad. Empero, el niño sólo podrá lograr esa mayor seguridad polarizando todas sus energías hacia un punto fijo, cuya consecución prometa hacerlo más grande y más fuerte, y liberarlo de las incapacidades e impotencias de su temprana infancia. En virtud de la forma plástica y simbólica en que trabaja el pensar humano, el niño concibe esta imagen futura de sí mismo bajo la figura del padre, de la madre, del maestro, de un hermano mayor, de un héroe legendario, de un animal o de una divinidad. Todos estos multiformes modelos tienen, en común, vistos desde la perspectiva infantil, un rasgo de grandeza, de poder, de sabiduría o de eficiencia. A semejanza del ídolo de barro, estas abstracciones ficticias reciben de la fantasía que las engendró cualidades de vida y de fuerza que luego recobran sobre el creador.

Este artificio del pensamiento humano recuerda al de la paranoia y al de la demencia precoz, que, a fin de preservar el sentimiento de personalidad, erige las dificultades de la vida en "poderes hostiles". Pero media una significativa dife-

[2] Véase Adler, *El sentido de la vida*. Barcelona, Miracle, 1935.

rencia: en un momento dado el niño puede sustraerse al hechizo de su ficción y hacer caso omiso de sus proyecciones (Kant), utilizando sólo el impulso derivado de esa línea auxiliar. Su inseguridad es suficientemente intensa como para construirse objetivos fantásticos que le orienten en el mundo, pero no tan aguda como para ignorar del todo la realidad y rigidizar la imagen directriz, según ocurre en la psicosis. No obstante, es menester señalar las analogías entre el hombre sano, el neurótico y el psicótico, que resultan del importante papel que en ellos desempeña la inseguridad y el artificio de la ficción.

Lo que este proceso presenta de universalmente humano es que la memoria aperceptiva sucumbe al poder de la ficción directriz. Este hecho determina una concepción del mundo que, dentro de ciertos límites, se impone a todos. La pequeñez y el desamparo del niño lo impulsarán a ampliar constantemente los límites del mundo, y los trazará tomando por modelo los límites del más fuerte. Y en el transcurso de la evolución psíquica se evidencia que, lo que en un principio no pasaba de mero artificio de la imaginación, de simple medio para situarse y orientarse, se transforma en un fin, debido sin duda a que sólo por este camino, y no por el de la directa satisfacción de sus instintos [3], puede el niño garantizar sus actos con la seguridad y certidumbre que él necesita.

Es así como el aparato psíquico halla, fuera de la esfera corporal, el punto eficaz para orientar la psique: el punto de gravedad del pensamiento, de los sentimientos y la voluntad humanos. Y es también así como el mecanismo de la memoria aperceptiva, con su caudal de experiencias, se transforma, y de sistema de actuación objetiva pasa a ser un sistema de actuación subjetiva que opera bajo la influencia de la ficción de la personalidad futura. El cometido de ese sistema subjetivo es suscitar aquellas relaciones con el mundo exterior que sirvan para acrecentar el sentimiento de personalidad, suministrar directivas y advertencias a la conducta, elaborar las ideas destinadas a preparar el futuro y ponerlas en conexión con los férreos dispositivos ya construidos. Recuérdese la acertada observación de Charcot, quien, refiriéndose a la investigación científica, decía que no se descubre sino aquello que ya se

[3] Como dice Karl Gross en *Spiele der Tiere*, también para comprender la psique del animal debe considerarse su conducta como si obedeciese a una directriz ficticia.

sabe; observación que, aplicada a la vida práctica, significa, como ha señalado Kant [4] a propósito de las formas a priori de nuestra sensibilidad, que el campo de nuestras percepciones se halla radicalmente limitado por un repertorio de mecanismos y dispositivos psíquicos de naturaleza rígida e inmutable. Nuestras acciones, a su vez, están determinadas por el contenido de nuestras experiencias, juzgadas y valoradas a la luz de la ficción directriz. Tampoco nuestras estimaciones dependen de nuestras sensaciones y sentimientos de placer "reales", sino del patrón de valoración dado por el objetivo final ficticio. Y, como ha dicho James, todos nuestros juicios se cumplen bajo una especie de aprobación, están subordinados a un consentimiento o a un mandato.

La ficción directriz es, pues, originariamente, el medio, el artificio por el cual el niño busca sustraerse a su sentimiento de inferioridad. Inicia la compensación y está ella misma al servicio de la tendencia aseguradora [5]. Cuanto más intenso sea el sentimiento de inferioridad, tanto más intensa y perentoria será la necesidad de trazar una línea de orientación aseguradora y tanto más acentuadamente se trazará. Por otra parte, al igual que en la compensación orgánica, la eficacia de la compensación psíquica depende de la realización de un *plus* de trabajo por encima de lo necesario, capaz de provocar en la vida psíquica fenómenos sorprendentes, originales y a menudo plusvalentes. La neurosis y la psicosis son formas de expresión de este *plus* de trabajo dirigido a afianzar el sentimiento de personalidad.

El niño afectado de una inferioridad constitucional, con su secuela de dolencias e inseguridades, acentuará y encumbrará más su punto fijo, trazará sus líneas directrices con mayor nitidez y se ajustará a ellas con mayor escrupulosidad. En efecto, al observar a un niño con predisposición neurótica, se recoge la impresión de que actúa con suma cautela, que observa toda clase de precauciones, que carece de serena despreocupación frente a la realidad, que su exacerbada agresi-

[4] En este respecto debo mencionar asimismo la concepción de Bergson.

[5] W. Stern ha llegado por un camino independiente a idénticas conclusiones que yo. En cambio, no me es posible reconocer igual independencia a otros neurólogos p. e., a B. Lewandofski cuando en sus trabajos sobre la etiología de la neurosis de guerra, describió la finalidad de asegurarse, de alcanzar superioridad, como factor determinante.

vidad es un mero expediente, pues, según la situación, adoptará una actitud ya hostil, ya sumisa. Por lo general, en esta elección de sus armas de combate se deja guiar por sus inferioridades orgánicas, sacando de ellas ventaja contra sus familiares. Con frecuencia intenta consolidar su posición simulando para ello un mal que ha copiado de su ambiente o utilizando tendenciosamente un mal que realmente padece. Cuando sus procedimientos no surten el efecto deseado sobre las personas que lo rodean, procura sobreponerse a su mal mediante un *plus* de esfuerzo, lo cual, en casos de sobrecompensación de ciertas anomalías funcionales del ojo, del oído, de la palabra o de la musculatura, entre otras, a menudo promueve un desarrollo de esfuerzos calificados y artísticos. También se acusan fuertes tendencias a la independencia, o bien el niño busca su salvación en un mayor apoyo, utilizando la angustia, el sentimiento de pequeñez, de debilidad, de torpeza e incapacidad, o el sentimiento de culpa, el remordimiento y el pesimismo, como aseguradores de dicho apoyo. A la misma finalidad obedece la fijación de defectos infantiles y del infantilismo psíquico, que en ocasiones asumen la apariencia de disociación o de debilidad mentales —siempre que una y otra no provengan exclusiva o subsidiariamente de una actitud de provocación, de una actitud negativista infantil.

Gran número de los males que aquejan al niño neuropático son de índole subjetiva, y provienen de su concepción de la vida parcial o totalmente errónea, tal como de sus intentos, cuya finalidad es justificar o comprender su sentimiento de inferioridad. En estas interpretaciones lógicas suelen intervenir la ambición compensadora o los sentimientos agresivos contra los padres: "Mis padres tienen la culpa", "Es por culpa de mi destino", "Todo por ser el menor y llegar tarde a la vida", "Porque soy una cenicienta", "Porque a lo mejor no soy el hijo (de este padre, de esta madre) de estos padres", "Porque soy débil" o "demasiado chico", "Porque tengo una cabeza demasiado pequeña", "Porque soy fea", "Porque tengo trastornos del lenguaje", o "una falla del oído", "Porque soy bizco", o "miope", "Por la deformación de mis genitales", "Por no ser varón", "Por ser una muchacha", "Por ser malo" o "tonto", o "torpe de nacimiento", "Por haberme masturbado, ser sensual, lujurioso", "Por ser perverso por naturaleza", "Por someterme fácilmente, no ser independiente y obedecer", "Por llorar fácilmente; todo me conmueve", "Porque soy un cri-

minal", o "un ladrón", "Mi educación", "la circuncisión tiene la culpa", "Por tener una nariz demasiado larga", o "tener poco vello" (o mucho), "Porque soy un lisiado"... Tales son las tentativas del niño para inculpar al destino —como en las tragedias griegas, donde todo lo rige la fatalidad— y salir él eximido de responsabilidad y su sentimiento de personalidad a salvo. Estos intentos tienen su origen en la relación entre el sentimiento de inferioridad y el ideal de personalidad y los hallamos en todo tratamiento psicoterapéutico. Toda vez que se los descubre —incrustados como una espina en la psique del neurótico—, hállase que su valor y significación residen en su utilidad: 1) como medio para exacerbar el afán neurótico en dirección a su ideal (tipo: ideas de grandeza), y 2) como refugio o pretexto para sustraerse a una decisión susceptible de afectar el sentimiento de personalidad (tipo: ideas de disminución). Este último empleo de la inculpación es el más frecuentemente utilizado en la neurosis, pues el neurótico no tarda en advertir cada vez más claramente que su objetivo es cada vez menos accesible para perseguirlo por vía directa. Así, como protección de su impotencia, apela a la agresión, a las acusaciones contra el destino, contra la herencia, contra todo cuanto pueda servirle de disculpa. Con ello el neurótico establece una base de operaciones sobre la cual desarrolla, justifica y estabiliza, con la misma intención agresiva, ciertos rasgos de carácter, tales como la obstinación, el afán de dominar, la crítica incesante, la minuciosidad, con lo cual logra dominar, ya que no el mundo entero, su pequeño círculo familiar, de ordinario alegando sus muchos sufrimientos. Todos estos dispositivos —a los que se agregan defectos infantiles conservados o amplificados, así como síntomas patológicos, imitados o inventados— están íntima e indisolublemente ligados entre sí y en dependencia de un factor que les es exterior: de la ficción directriz de la ambición y del afán de elevar el sentimiento de personalidad.

Es en esta base ficticia de los sentimientos de inferioridad —que el enfermo para asegurarse siempre piensa o siente en forma reforzada, aunque nunca con tanta intensidad como para que resulten insuperables—, donde veo yo la mayor probabilidad de curación. El hecho de que el sentimiento de inferioridad sea o no consciente, es de importancia secundaria. A menudo el orgullo es tan grande que hasta "la memoria se inclina" (Nietzsche). Las conexiones de la situación descrita

quedan, claro está, ocultas al paciente hasta que no se las deje en descubierto y no se reajuste su mecanismo; por tanto, hasta que no se hayan desbaratado sus dispositivos y su plan neurótico de vida, el individuo continuará siendo juguete de sus sensaciones y afectos —situación que se complica aún más, pues aquellos dispositivos y rasgos de carácter, al negar el sentimiento de inferioridad estimulan su neurosis: orgullo, envidia, avaricia, crueldad, valor, sed de venganza, ira, etc., y en último término la ambición con su acción paralizante.

El hecho de subrayar la inferioridad y de ostentarla manifiestamente, desempeña un importante papel en la psicología del neurótico. Se ve compelido a atraer la atención sobre su aparente debilidad, sobre su sufrimiento, su incapacidad e inutilidad, y en virtud de este mecanismo compulsivo, irremisiblemente debe el neurótico comportarse y sentirse como si realmente estuviese enfermo, careciese de masculinidad, fuese inferior, estuviese postergado, disminuido, sobreexcitado sexualmente, impotente o pervertido. La actitud precavida del neurótico frente a la vida, su imperioso deseo de estar arriba, sus esfuerzos para representar de una u otra manera el papel masculino, ser superior a los demás y encubrir el sentimiento de inferioridad como imposiciones de la fatalidad; la seguridad del neurótico de que mediante tales "arreglitos" evita en su línea principal el riesgo de decisiones y humillaciones que menoscaben su sentimiento de personalidad; todo ello, nos permite compenetrarnos de la verdadera situación: la baja autoestima del neurótico se convierte, ulteriormente, en un nuevo artificio para seguir, con mayores fuerzas, la línea directriz que lo conducirá hacia la elevación de su sentimiento de personalidad. Aun cuando opere bajo el lema "mitad y mitad", al abandonar ciertas posiciones de lucha y abrir un segundo frente auxiliar de batalla —precisamente el de la neurosis—, el enfermo se escuda contra el hundimiento en un definitivo sentimiento de inferioridad y se proporciona un medio casi infalible de someter a los demás a su servicio.

Esta es la razón de que siempre hallemos al neurótico (y con él, por lo general, también a su médico y a sus allegados) pasando por alto el único punto de importancia: su sentimiento originario de inferioridad, sin advertir que opera con sus síntomas como si sufriera un padecimiento puramente personal. Pero es preciso no olvidar que en esta situación

todo el sistema de referencias de su vida entra en acción, impidiendo la leal colaboración del paciente.

A causa de su hostil actitud frente a la vida, el neurótico por lo general vive a la expectativa, estado que ha sido bien captado por Kraepelin. Su mirada está dirigida casi exclusivamente hacia su propia persona, con completo olvido de todo lo demás. Exige harto trabajo hacerle comprender el mayor goce del dar sobre el tomar [6].

La trama sexual en la psicología de la neurosis —según Freud, la clave de la cuestión— explícase como simple resultante de una ficción. No existe una medida objetiva para la "libido". Sus altibajos están siempre en relación directa con la meta final ficticia. Mediante procedimientos más o menos apropiados, todo neurótico logra fácilmente persuadirse de que posee una fuerte tensión sexual. Concentra una exagerada atención sobre su sexo, se lanza a buscar pruebas convincentes de los peligros que su sexualidad significa para su seguridad. El debilitamiento de sus excitaciones libidinales, que puede llegar hasta la impotencia psíquica, debe interpretarse como un expediente destinado a interferir las disposiciones normales, como una suerte de "como si", destinado a asegurarle contra el matrimonio, contra desviaciones sexuales, contra una degradación frente a la pareja o contra el peligro de la miseria moral o del crimen. Del mismo modo, las inclinaciones perversas, reprimidas o conscientes, deben interpretarse siempre como derivaciones o como tentativas de derivaciones, así como la polución y la masturbación deben interpretarse como símbolos de un plan de ficticio aseguramiento orientado a garantizar al enfermo un tranquilo refugio. Estos recursos son impuestos por la ficción directriz, tan pronto el sentimiento de inferioridad se manifiesta como un temor a la pareja —tal como invariablemente ocurre con toda perversión sexual [7]—.

A menudo el sujeto se hace la ficción de que su conducta es heroica, con lo cual inclusive puede relegar la inclinación

[6] Su alegría vital hállase socavada por su insaciable "afán de recibir". Nunca logra zafarse de la sentencia de insatisfacción, del sentimiento de disminución. Bien diferente es la disposición anímica del donante, cuyo pensamiento se orienta más hacia los otros y que por ello disfruta de serenidad de ánimo y equilibrio.

[7] Véase: Adler, *El problema del homosexualismo y otros ensayos*. Barcelona, Apolo, 1936 · *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*, Buenos Aires, Paidós, cap. XIV. [S.]

perversa al inconsciente, o disfrazar su temor a la pareja sexual con una actitud arrogante, de suerte que sólo puede desenmascarársela a la luz de la situación total. La ficción de heroicidad la logra sirviéndose del mecanismo del orgullo, y la de arrogancia por el mecanismo de transformar la necesidad (de depreciar la pareja) en virtud. También los ocasionales impulsos incestuosos —a los que Freud atribuye tan preponderante importancia en la génesis de las neurosis y psicosis—, preséntanse a la luz de la psicología del individuo como útiles construcciones secundarias y como símbolos elaborados por el paciente o el psicoanalista, y cuyo material, por lo general innocuo, es suministrado por el pasado infantil y por los dispositivos infantiles del enfermo. Por ejemplo, el análisis del complejo de Edipo lo muestra como una representación simbólica —casi siempre desprovista de contenido sexual—, de la idea que el enfermo se hace de la fuerza masculina, de la superioridad sobre el padre y la madre. Sería, pues, incurrir en profundo error inferir de esta idea y de esta representación que el niño ve a su madre como si ella fuese la única mujer a la cual podría dominar, la única persona con la cual podría contar incondicionalmente, o como si —ya en la infancia— el deseo sexual fuese tan impetuoso y avasallador que debe imponerse inclusive al precio de una lucha contra los más fuertes y con riesgo de su vida. De esta interpretación se desprende que la investigación de la neurosis sexual conduce siempre a una ficción directriz que tiene, o recibe del terapeuta, una representación de índole sexual. Ello a su vez conduce al descubrimiento de un tipo de apercepción regida por un esquema sexual, según el cual tanto el neurótico como el "normal" a menudo procuran comprender al mundo y sus fenómenos a través de imágenes sexuales.

Nuestras ulteriores investigaciones nos mostraron que ese esquema sexual —que frecuentemente también rige el idioma, los usos y las costumbres—, no es sino una modificación del más vasto y antiguo esquema de la formación de apercepción antinómica "masculino-femenino", "abajo-arriba" [8]. Asimismo,

[8] Véase el sueño de Hipias, Herodoto VI, 107: "Creía acostarse arriba de su madre". Este sueño lo tuvo al tratar de conquistar la ciudad donde había nacido su madre —experiencia que ya había vivido anteriormente como acompañante de su padre—. Esto nos muestra el complejo de Edipo como símbolo de la voluntad de reinar. También entre los romanos hallamos que "acostarse arriba de alquien" era igualmente una expresión simbólica de deseo de con-

inclusive el impulso perverso, más tarde psíquicamente fijado, toma su material y dirección de ciertas sensaciones corporales anodinas y de errores de juicio del niño, quien a causa de las incidentales sensaciones de placer que le producen, les confiere un especial valor y las percibe bajo forma sexual. Pero al psicólogo no le es permitido incurrir en este mismo punto de vista y, al igual que el paciente, aceptar como última y significativa en sí misma esa forma de apercepción que introduce contenidos sexuales reales allí donde no hay más que una mera ficción simbólica. Por el contrario, el cometido del psicólogo consistirá en hacerle ver al paciente todo lo que de inconsistente tiene su intento de orientación, y en desbaratarlo, en razón de su inadecuación a la realidad de los hechos. Asimismo, debe morigerar el sentimiento de inferioridad que obliga al enfermo a buscar ansiosamente líneas directrices tortuosas que le permitan afirmar su virilidad. La perversión es siempre seguro indicio de que el individuo se fuga de la línea normal por miedo a ser lesionado en su vanidad. Situaciones similares son las que se encuentran en los casos de masturbación obsesiva, exagerado afecto hacia consanguíneos, cercanos o lejanos, pedofilia y gerontofilia, impotencia, falta de eyaculación y frigidez.

La memoria aperceptiva, que tan preponderante influencia ejerce sobre nuestra imagen del mundo, trabaja, pues, si no con un esquema propiamente dicho, con una ficción esquemática, que determina la selección y elaboración de nuestras impresiones, percepciones y representaciones; de nuestras experiencias y recuerdos, y que, en fin, dirige el entrenamiento de nuestras tendencias y aptitudes hasta transformarlas en las destrezas y dispositivos psíquicos y técnicos adecuados al objetivo ficticio. La forma de trabajar de nuestra memoria consciente e inconsciente, así como su peculiar estructura individual, obedecen al ideal de la personalidad y a sus patrones. Hemos visto ya que dicho ideal está destinado a servir como ficción directriz, a la que incumbe la organización del plan de vida compensatorio, tan pronto como los sentimientos de inferioridad e inseguridad lo exijan. Este punto directriz fijo, solicitado por nuestras aspiraciones, pero ajeno a toda realidad, ejerce decisiva influencia sobre el desarrollo psíqui-

---

quista, de triunfo. Compárese en este respecto el doble sentido de la locución "subigere".

co, pues nos permite orientar nuestra marcha entre el caos del mundo, tal como el niño que está haciendo sus pininos, durante sus tanteos no separa la vista del punto que le sirve de meta. Con intensidad mayor aún, el neurótico no aparta la vista de su dios, de su ídolo, de su ideal de personalidad, se aferra a su línea directriz y voluntaria e intencionalmente pierde de vista la realidad —a diferencia del individuo sano, siempre pronto a abandonar ese medio auxiliar, esa muleta, y siempre listo para entrar en desprejuiciado trato con la realidad—. En este respecto, el neurótico se asemeja a un hombre que alza su mirada a Dios, le encomienda sus aflicciones y luego aguarda pacientemente las soluciones que el Altísimo le depare: está, por así decirlo, clavado a la cruz de su ficción. También el sano puede crearse su divinidad; también él se siente atraído hacia lo alto, pero ello no le impide ver la realidad y contar con ella cada vez que se trata de proceder y de hacer. Podemos decir, pues, que *el neurótico se halla bajo la influencia hipnótica de un plan de vida ficticio.*

Pero, en todos los casos, el *ideal de personalidad* (por muchas razones evitamos la expresión "ideal del yo"), situado fuera de la realidad, conserva su eficacia, según lo muestra el examen de la atención, del interés, de las tendencias de todo hombre, siempre orientados en forma tendenciosa, siempre operando con arreglo a puntos de vista previamente establecidos. La finalidad que caracteriza nuestro comportamiento psíquico y las predisposiciones creadas por ella, consiguen iniciar y mantener todos nuestros actos e interrumpirlos en un cierto punto; que, como subraya Ziehen, los impulsos voluntarios e involuntarios apunten al logro de un cierto objetivo, y que fuera de él pierdan su eficacia. Esta comprobación nos lleva a admitir, con Pavlov, el funcionamiento inteligente de nuestros órganos. Estos fenómenos parecen tan evidentemente conclusivos que, desde tiempos inmemoriales, tanto los filósofos como los psicólogos se han sentido inclinados a considerar como principio teleológico lo que sólo es una calculada tentativa de orientarse según un punto visto como fijo e inmutable.

La noción auxiliar de la *selección natural* es impotente para dar satisfactoria explicación a todos estos hechos tan variados y siempre nuevos. Según nuestra experiencia, debemos relacionar la totalidad de estos fenómenos con una ficción que opera en forma inconsciente. y cuyas conscientes y débiles

radicaciones funcionan como objetivos finales que son los que, en último término, determinan nuestras vivencias y nuestras acciones.

Es más fácil describir los detalles de esta ficción directriz que definir la ficción misma, el objetivo final ficticio. Hasta la fecha, la investigación psicológica ha logrado enumerar diferentes objetivos finales. Para nuestro estudio será suficiente el estudio crítico de dos. La mayor parte de los autores opina que toda acción y todo impulso del hombre están dominados por sentimientos de placer o de displacer; y una observación superficial parecería confirmar este punto de vista, pues, en efecto, la psique humana tiende a buscar el placer y a evitar el displacer. Pero esta teoría se apoya sobre una base asaz frágil. No existe medida alguna para mensurar la intensidad de la sensación de agrado y, en rigor, ni siquiera se dispone de metro alguno para mensurar la sensación misma. Además, no existe percepción o acción alguna que no varíe con el lugar y el momento, suscitando, según el caso, sensaciones ya agradables, ya desagradables. Inclusive las mismas sensaciones primarias, resultantes de las satisfacciones orgánicas, muestran cierta graduación según el nivel de saciedad y las normas culturales, de suerte que solamente las grandes privaciones pueden dejar entrever la satisfacción como objetivo final. ¿Una vez alcanzada la satisfacción, la psique humana perdería su línea de orientación? Nosotros creemos que, por el contrario, la necesidad de la psique de lograr orientación y seguridad requiere para su desarrollo y rendimiento una base más estable que la que le brinda el vacilante *principio del placer*, y un objetivo más firme que la sensación placentera. La imposibilidad de orientarse y de condicionar la conducta con arreglo a este principio, obliga inclusive al niño a renunciar a tales tentativas. Finalmente, sería abusar de una abstracción, e incurrir en "petitio principii" si se escogiera la búsqueda del placer como móvil fundamental, después de haber declarado previamente que todas nuestras tendencias o impulsos son libidinales, es decir, que tienden a la consecución del placer. Schiller, que pasó por la escuela de Kant, supo ver mucho más lejos, y asignó a la filosofía del futuro la dirección de los acontecimientos terrestres, pero consideró que, por el momento, tal dirección se halla aún a merced del "hambre y del amor". No obstante, atribuir esta dirección, como hace Freud, exclusivamente a la sexualidad o —lo

que para él es, o era, igual— a la libido, al amor vulgarmente dicho, es violentar el pensamiento lógico; es, de por sí, una ficción de mala calidad que, discrepando tanto de la realidad, y erigida en dogma, necesariamente ha de originar múltiples contradicciones y enorme confusión en las ideas. Es que el concepto "amor" todavía hoy se encuentra muy poco diferenciado. Aplícaselo para designar muchas —y muy diferentes— manifestaciones del sentimiento de comunidad. Empero, utilizado irreflexivamente, suele agregársele matices que lo presentan como exclusivamente relacionado con la sexualidad. Esta imprecisión del lenguaje (amor maternal, amor filial, amor conyugal, amor propio, amor a la patria, etc.), es la que dio origen a la errónea tesis de Freud. En todos estos conceptos halló los tintes y matices eróticos, que ya de antemano y sin advertirlo había introducido —los matices eróticos del concepto "amor" (la *libido*)—.

Más difícil parace despojar de la primacía que se le ha asignado al *instinto de conservación*, pues, por un lado, este principio hállase revestido con las construcciones auxiliares que le brinda la teología y, por el otro, va apuntalado por todo el peso de la teoría darwiniana de la selección. Pero nuestra experiencia nos prueba, a cada instante, que realizamos actos que contradicen tanto al instinto de la propia conservación como al de la conservación de la especie; que, al igual de lo que ocurre con respecto al placer, una cierta arbitrariedad nos permite modificar —sobreestimar o subestimar— el valor de la conservación personal, y que a menudo hasta renunciamos a ella, parcial o totalmente, buscando inclusive la muerte, cuando está en juego la obtención de un placer o la elusión de un displacer. Por otra parte, la experiencia nos muestra asimismo que renunciamos al placer cuando éste apareja un peligro para nuestra vida o para nuestro sentimiento de personalidad. ¿En qué medida estos impulsos —ambos indudablemente eficaces— se subordinan a la línea directriz principal que incita a elevar el sentido de personalidad? Trátase de dos maneras de concebir el mundo y la vida, y ambas concepciones se corresponden (entre otros) con dos tipos humanos distintos: para uno, el sentimiento de personalidad es inseparable del sentimiento de placer; en tanto a otro lo impulsa, antes que nada, la idea de vivir, la idea de la inmortalidad. De ello derivan dos formas diferentes de apercepción, y dos modos de pensar diferentes: uno percibe y piensa a través del

esquema antitético "placer-displacer"; el otro percibe y piensa según el esquema antinómico "vida-muerte". El primero es incapaz de renunciar al placer, el otro a la vida.

En la idea de la reproducción, repensada según el esquema "masculino-femenino", ambos tipos se aproximan y se ubican en dirección de la "protesta viril". Si se trata de neuróticos, el primer tipo ha buscado compensar los sentimientos del displacer originados por su inferioridad orgánica; en tanto el segundo tipo ha crecido bajo el temor a una muerte prematura. Desde el punto de vista de sus concepciones del mundo, ni a uno ni a otro les es dable percibir sino fragmentos de la realidad; sus almas son parcialmente ciegas, si bien, al mismo tiempo, poseen una mayor acuidad —según les ocurre a los daltónicos con los colores— para lo que cae en su campo de visión.

Cerramos esta exposición crítica afirmando la *absoluta primacía de la voluntad de poder* —ficción rectora que aparece y se desarrolla tanto más precoz y violentamente cuanto más en primer plano esté instalado el sentimiento de inferioridad infantil—. El ideal de personalidad ha sido creado por la tendencia aseguradora como punto de referencia, y en su ficción encierra en sí todos los dones y posibilidades de los cuales el niño deficitario se siente desposeído. Esta ficción exacerbada en la neurosis, regula la memoria, las disposiciones y rasgos caracterológicos de conformidad con sus conveniencias. La apercepción del neurótico se efectúa de acuerdo con un esquema simbólico y esencialmente antinómico, y la organización de sus impresiones y sensaciones se cumple sobre valores falsos e imaginarios. Todas las aspiraciones y esfuerzos del individuo van siempre encaminados a alcanzar una paridad ilusoria, a transformar su ilusorio ideal en realidad.

Lo que caracteriza esencialmente la ficción neurótica, el exaltado ideal de personalidad, es que una y otro se presentan por igual tanto bajo la forma de un "mecanismo abstracto", como bajo la forma de una "imagen concreta", de una fantasía, de una idea. En el primer caso, no debe pasarse por alto la simbólica de la representación ni su relación con los sentimientos de inferioridad compensados; en el segundo, debe tenerse presente el papel preponderante que desempeña la dinámica psíquica, con su tendencia "hacia arriba". En tanto el análisis de una afección psicógena no acuse esta tendencia "hacia arriba" —que es la que domina la situación—, no

podremos formarnos una exacta y justa idea de la índole de la enfermedad. Pues, por muy finas que sean las exploraciones del psicoterapeuta, su concepción será incompleta y carecerá de conexión psíquica, hasta tanto no tenga también en cuenta la influencia de las líneas directrices secundarias: la búsqueda de placer, el instinto de conservación personal, la afectividad (Bleuler), y las restantes motivaciones derivadas de la inferioridad orgánica (Adler), que influyen sobre la formación y la naturaleza del ideal de personalidad.

Tampoco es de extrañar que en muchos casos el ideal de personalidad directriz presente a un mismo tiempo varios de estos matices diferentes, pues ellos derivan del hecho de que por lo común el neurótico padece simultáneamente varias inferioridades orgánicas. En la página siguiente damos un esquema provisorio, ciertamente incompleto, pues carece de las modificaciones que introduciría la consideración del sentimiento de comunidad. Este esquema corresponde más a la psique abstracta del individuo neurótico que a la estructura real y concreta de la psique sana.

Al consultar este esquema —útil sólo para una orientación superficial—, hemos de recordar las múltiples asociaciones posibles entre los elementos que lo componen. Sin entrar a considerar esas asociaciones e innúmeras aplicaciones, nos ocuparemos ahora de ciertos fenómenos curiosos y su enmascaramiento por el sentimiento de comunidad. Estimamos que ellos tienen importancia para comprender la neurosis y el carácter neurótico.

ψ

Cada una de las líneas directrices de la neurosis, así como el mecanismo psíquico sobre el cual descansan, puede hacerse —o hacércelo— consciente mediante una "imagen-recuerdo". Esta imagen puede provenir de un residuo vivencial infantil, o presentarse como un producto de la fantasía, una forma de manifestación de la tendencia aseguradora. Puede ser un símbolo, una suerte de etiqueta para una cierta forma de reacción, y su formación o transformación efectuarse ulteriormente, a menudo hacia la época en que la neurosis se encuentra ya en pleno desarrollo. Esta imagen —evidente resultado de una especie de economía del pensamiento, según el principio del mínimo esfuerzo (Avenarius)— no importa por su contenido sino sólo como esquema abstracto, como vestigio de un

Ideal de personalidad como objetivo.
Sentimiento de estar arriba
Sentimiento de masculinidad
Placer
Triunfo
Sabiduría
Riqueza
Arte
Limpieza
Vitalidad
Estimación
Tendencia compensadora a la seguridad
Sentimientos de inferioridad infantiles
Sentimiento de "estar abajo"
Sentimiento de feminidad
Sentimiento de inseguridad
Sentimiento de displacer
Sentimiento de insignificancia e impotencia
Sentimiento de ignorancia, de desorientación
Sentimiento de privación
Sentimientos de debilidad sensorial y del lenguaje
Sentimiento de suciedad de toda clase
Sentimiento de ser enfermizo, de peligro de muerte
Sentimiento de humillación

hecho psíquico, a través del cual alguna vez se realizó la voluntad de poder. Esta ficción esquemática, por muy concreta que sea, no debe interpretarse, pues, sino de un modo alegórico. En ella se refleja, junto a una parte real de acontecimientos interiores, una "moral", ambas conservadas como recuerdo, ya para guiar la acción, ya como memento para conservar mejor la línea directriz, ya como prejuicio para no apartarse de ella.

Tales imágenes-recuerdos, tales fantasías infantiles, no han influido en absoluto en forma patógena, no han desempeñado ningún papel de trauma psíquico, sino que, hallándose la neurosis ya instalada —cuando sobre el sentimiento de una grave humillación del sentimiento de personalidad se ha levantado la protesta masculina sobre las líneas compensatorias preexistentes (y que se expresan en ese mismo recuerdo)— esas imágenes-recuerdos se extraen de un material muy antiguo. Su valor reside en la utilidad que le prestan al paciente para justificar su neurosis, y al psicoterapeuta para interpretarla. Estas imágenes-recuerdos aluden principalmente a pasados dolores, angustias, y a ciertas disposiciones afectivas que, implicados en tales recuerdos, pueden realizarse en forma alucinatoria y equipararse a las alucinaciones acústicas u ópticas. Como es natural, trátase por lo común de recuerdos típicos, de aquellos que mejor expresan la línea directriz compensatoria que sigue el neurótico. En virtud de que la neurosis se caracteriza, precisamente, por un mayor sometimiento a la línea directriz y una cada vez mayor perseverancia en ella, la sintomatología surge de las contradicciones que provoca su choque con la realidad objetiva, de los conflictos que de ahí derivan y del prurito de adquirir importancia y poder sociales. Este fenómeno se observará con harta mayor nitidez todavía en el psicótico, cuya línea directriz se acusa con cruda claridad, y en el cual sólo se producen arbitrarias interpretaciones de la realidad y otras pruebas de ineptitud para la vida. Tanto el neurótico como el psicótico se comportan como si siempre tuvieran su mirada fija en el objetivo final: el neurótico, ya exagera y lucha contra los obstáculos reales que se oponen a la elevación del sentimiento de personalidad, ya trata de soslayarlos mediante diversos subterfugios; el psicótico, anclado en su idea (fija), trata —en beneficio de su punto de vista irreal— de distorsionar la realidad o, simplemente, de ignorarla. Freud, a quien le debemos

el muy importante descubrimiento del simbolismo en la neurosis y en la psicosis, llamó la atención sobre la vastedad de la simbólica. Lamentablemente no fue más allá del descubrimiento del material real o presuntivamente sexual contenido en estos símbolos. No alcanzó a ver ni a entrever lo fundamental: la relación entre el erotismo de la simbólica y la dinámica de la protesta viril, entre la sexualización de los símbolos y la tendencia "hacia arriba". Es así como, para Freud, todo el sentido de la neurosis se agota en la transformación de los impulsos libidinales, mientras que en realidad, tras el simbolismo siempre se oculta la apariencia o la obsesión de la protesta viril.

Describiendo el ideal directriz de la personalidad como una ficción, le hemos negado toda consistencia real. No obstante, pese a su irrealidad, debemos señalar su gran importancia, tanto para el proceso de la vida en general como para el desarrollo psíquico en particular. En su filosofía del "como si", Vaihinger examina magistralmente esta aparente incongruencia: si bien la ficción se halla en contraposición con la realidad, es indispensable para el desarrollo y evolución de las ciencias. Por mi parte, he sido el primero en llamar la atención acerca de esta doble posición de la ficción en relación con la psicología de la neurosis. La obra de Vaihinger me ha reafirmado considerablemente en mi punto de vista. En el presente me es ya posible señalar ciertos aspectos de la ficción del sentimiento de personalidad que permitirán aclarar su naturaleza, significado y modos de manifestación en el alma humana. La ficción es, ante todo, una abstracción, y debe considerársela en sí misma como una suerte de anticipación. Es como si dijéramos el "bastón de mariscal" oculto en la mochila del soldado raso [9]; un pago a cuenta exigido por el primitivo sentimiento de inseguridad. La ficción se forma mediante un trabajo imaginario de eliminación de inferioridades molestas y de realidades obstaculizadoras —a semejanza de lo que hace la psique toda vez que necesita una salida o una promesa de seguridad—. La inseguridad, frente a penosos sentimientos, es imaginariamente reducida a sus

[9] Deseo advertir que mis comparaciones tomadas de la vida militar no carecen de intención. Sólo cabe una reserva: que en la educación militar el punto de partida y meta ficticia están más juntos aún, saltan más a la vista. Cada movimiento del soldado en el campo de ejercicios tiende a vencer en él el primitivo sentimiento de debilidad y a trocarlo por un sentimiento de superioridad.

mínimas dimensiones, hasta transformarse en su polo opuesto, en su antítesis que, erigida en meta ficticia, se constituye en el punto director de todos los deseos, fantasías y aspiraciones del individuo. Luego, a fin de hacerlo más comprensible, en un cierto momento dicho objetivo final puede concretizarse. Una real privación (v. gr., una falta de alimentos padecida en la infancia), es sentida como una "nada" abstracta, como una carencia, situación que engendra en el niño un deseo de poseerlo "todo", de abundancia; y se va acercando hacia este objetivo hasta terminar por representárselo en la figura del padre, de un multimillonario o de un omnipotente emperador. Cuanto más intensa y largamente se haya experimentado la privación, con tanto mayor vigor se instalará el ideal abstracto y ficticio, y más profundamente influirá en el trabajo de formación y elaboración de las fuerzas psíquicas dadas para producir actitudes, predisposiciones y rasgos de carácter convenientes. Finalmente, el individuo ostenta los rasgos de carácter apropiados a su objetivo final, como en el teatro clásico la máscara de carácter —la "persona"— del actor debía ser apropiada para representar la escena final de la tragedia.

Si en el niño se suscitan dudas acerca de su masculinidad (y todo niño con inferioridad constitucional se siente afeminado) elige un objetivo que le asegure el dominio sobre todas las mujeres —y casi siempre también sobre todos los hombres—. De este modo, a temprana edad queda determinado su comportamiento y actitud frente a las mujeres. En todo momento procurará demostrar su superioridad sobre la mujer, aprovechando toda coyuntura para despreciar y humillar al sexo femenino. Dicho plásticamente: pretenderá adueñarse de su madre, hecho que en los niños con predisposición neurótica frecuentemente se manifiesta en un gesto o en una actitud psíquica, que toma la imagen de la madre como modelo para asumir frente a ella el papel masculino. La neurosis hállase ya instalada a partir del momento en que esta actitud del niño se hace permanente, de una rigidez pedantesca, por la cual el afán de dominio, cada vez más exacerbado, exige de todo el mundo —para seguridad de su sentimiento de personalidad— la misma complacencia, la misma atención a su persona que la que le ha dispensado su madre. Es a este tipo de neurótico, obsedido por la idea de la inseguridad, a quien le cuadra la observación de Nietzsche: "Cada uno se forja una imagen de la mujer según su propia madre; y según

sea esta imagen estimará, exaltará, despreciará o sentirá indiferencia por las mujeres en general". Los individuos de este tipo constituyen, por cierto, la mayoría. Pero son muchos los que, rechazados por su madre, temen ser tratados de la misma manera por todas las mujeres o exigen de ellas absoluta entrega. Lo que Freud reúne bajo el nombre de "complejo incestuoso", es un producto secundario: la auténtica tendencia incestuosa se relaciona con una fobia neurótica contra la sociedad; constituye una desesperada tentativa de desbaratar la sociedad humana que repudia el incesto y la masturbación en su propio beneficio.

No hay manifestación de la vida humana que se efectúe tan en secreto como la construcción del ideal de personalidad. A nuestro entender, el principal motivo para que así se oculte reside en el carácter combativo, por no decir hostil, de esa ficción. Nace después que se han examinado y sopesado minuciosamente las ventajas y posibilidades de los otros, y en razón de basarse sobre el principio del contraste, ha de buscar el perjuicio de los demás. El análisis psicológico del neurótico revela siempre la existencia de una tendencia depreciadora, sumariamente dirigida contra todo el mundo.

Las tendencias agresivas [10] se manifiestan regularmente como codicia, envidia y afán de superioridad. Pero la ficción de dominio sobre los demás sólo podrá ser útil si no destruye las relaciones subyacentes. De ahí que ella deba disimularse, disfrazarse; en caso contrario se autoeliminaría. Semejante disimulo se logra con ayuda de una contraficción que guía principalmente los actos manifiestos, abiertos, del individuo, y bajo cuya presión se lleva a cabo la conducta de aproximación a la realidad. Esta contraficción, formada por los mecanismos correctores del sentimiento de comunidad —jamás ausente— modifica las formas de expresión de la ficción rectora, imponiendo al pensamiento y a la conducta del individuo ciertos miramientos, ciertas restricciones morales y sociales que le dan un carácter racional, es decir, universalmente aceptable. Esta contraficción actúa como un aparato de seguridad de la línea directriz hacia el poder, y la armonía entre ambas ficciones, su recíproco ajuste, es testimonio de salud psíquica. La contraficción traduce las experiencias y enseñanzas, las

[10] Véase: Adler, "Las tendencias agresivas en la vida y en la neurosis", en *Curar y educar*, obr. cit.

normas y tradiciones de la sociedad y la cultura. En tiempos de euforia, de seguridad, de normalidad, de paz interior, ella constituye la fuerza que elabora y encauza las tendencias conativas y afectivas exageradas, y a su mediación se debe la adaptación de los rasgos de carácter al ambiente. Pero cuando la inseguridad se aguza y el sentimiento de inferioridad se exacerba, la contraficción se va dejando de lado, al paso que, simultáneamente, el individuo se abstrae de la realidad, moviliza sus disposiciones neuróticas originarias y con ellas un desmesurado afán de superioridad. No puede sino causar admiración la sutileza artística que el aparato psíquico despliega para afirmar la idea directriz del poder mediante una total adaptación a la contraficción del sentimiento de comunidad; para brillar con la modestia, vencer con la humildad y la sumisión, abrumar a los demás con el peso de las propias virtudes, atacar al prójimo con la pasividad, hacer sufrir a otros con los padecimientos propios, alcanzar un objetivo masculino con recursos femeninos y, en fin, para engrandecerse empequeñeciéndose. Tal la índole de los arreglitos que emplea el neurótico.

No considero necesario insistir más en el papel y naturaleza abstracta de las percepciones e impresiones primitivas. Igualmente abstractos son el punto de orientación ficticio y el plan de vida que el individuo intercala entre el punto de partida y el de llegada. Con respecto a la psique neurótica, repetidas veces hemos hecho resaltar que cuanto más intenso es el sentimiento de inseguridad, más lejos de la realidad, más alto, instala el neurótico su objetivo final. A ello se agrega, además, otro hecho. Los órganos sensoriales constitucionalmente inferiores producen sensaciones alteradas en lo cuantitativo y en lo cualitativo, en tanto los órganos efectores, también ellos constitucionalmente inferiores, muestran asimismo una técnica alterada. De ello resulta que la autovaloración, el ideal de orientación, el concepto del mundo y el plan de vida que el individuo se forma, adopta por fuerza un carácter cada vez más abstracto y distante de la realidad. Empero, puede ocurrir que gracias a un proceso de compensación, y aun de sobrecompensación, la imagen que el individuo se hace del mundo se aproxime a la realidad, tal como sucede en las grandes creaciones del artista. Pero el ideal de personalidad exaltado a grandes alturas, casi hasta la divinización, y sólidamente establecido, a menudo imprime en el

neurótico y en el psicótico un rasgo hipomaníaco más o menos acentuado que le provee de una especie de certidumbre (indispensable para el objetivo), un sentimiento de predestinación. En los momentos de mayor inseguridad este sentimiento se intensifica considerablemente: ello revela con claridad el papel anticipatorio de la ficción directriz, y su significado de pago a cuenta.

Gustav Freytag describe así el valioso papel de este factor de compensación y aseguramiento, en las *Erinnerungen aus meinem Leben*: "Tampoco el tiro al blanco me resultaba fácil. Ya durante los cursos en Oels me había dado cuenta de lo miope que era. Cuando en las vacaciones hablé de ello a mi padre, éste me aconsejó que tratase de arreglármelas sin anteojos. Me refirió los apuros de un teólogo amigo suyo, que una mañana suplicaba le diesen las gafas para poder buscar sus pantalones. Seguí fielmente el consejo: desde entonces sólo en el teatro o para observar cuadros usaba mis lentes. Traté de sobreponerme a los inconvenientes que mi defecto me acarreaba en la vida social y me privé de la visión de tantas cosas atractivas para un observador más apto. Fueron muchas las veces que me vi excluido del goce del color de las flores y de los atavíos elegantes, de admirar rostros expresivos y bellezas femeninas; en fin, debí renunciar al cordial saludo desde lejos y a todas esas cosas normales para los demás. Pero *como la psique se acomoda fácilmente a las deficiencias de los sentidos,* pronto se desarrolló en mí una mayor comprensión de las expresiones vitales que caían dentro de mi campo visual y una rápida adivinación de las cosas que sólo confusamente veía. Si bien se había reducido el número de las cosas que captaba mi vista, ello hacía factible, en cambio, que las percibidas fueran elaboradas con mayor tranquilidad y que las asimilara acaso con mayor penetración. Desde luego, hubo más pérdidas que ganancias. Pero mi padre tuvo razón: mi vista conservó a lo largo de la vida una inalterada agudeza para la visión de cerca."

Nos hallamos aquí ante un caso de abstracción visual, asaz divorciado de la realidad. Imaginémonos ahora un individuo en el mismo caso, pero aguijoneado por la presión de una tendencia aseguradora: como en el ejemplo anterior, resultará, en beneficio de la seguridad, la formación de una aptitud de alucinación visual, que se manifestaría inclusive fuera de los sueños, toda vez que el individuo sienta la nece-

sidad de un memento o de darse ánimos, aun fuera del estado onírico. La abstracción, y con ella la anticipación, así más desarrolladas todavía, pueden inclusive dar lugar a sorprendentes fenómenos patológicos, como los que se observan en los telépatas, espiritistas y clarividentes. Lo que opera como tremendo estímulo para exceder los límites asignados al hombre es, como siempre, el atormentador sentimiento de inferioridad, en virtud del cual, consciente de su propia debilidad, el individuo atribuye a los demás una penetración que les permite inclusive conocer las ideas más íntimas y los más secretos sentimientos del alma. En el niño, la tendencia aseguradora puede pronto aferrarse a este punto y hacer surgir en él la convicción de que los demás pueden penetrar hasta el fondo de su alma y adivinar sus más recónditos pensamientos. Tal convicción se presenta también con frecuencia en los neuróticos y en los psicóticos, con una función similar a la de los acentuados sentimientos de culpa y la escrupulosidad neuróticos, destinados a precaverse contra una amenazadora disminución del sentimiento de personalidad, la vergüenza, el castigo, la mofa [11], la humillación o el peligro de tener que asumir un papel femenino, y que puede llegar al punto de paralizar toda capacidad de acción del individuo.

La mayor capacidad del neurótico para la abstracción y anticipación forma la base no sólo de sus alucinaciones, de sus síntomas, de sus fantasías y sueños, sino también de la aparente exacerbación de sus funciones orgánicas, a las que, gracias a una tendenciosa sobrevaloración, transforma en dispositivos de combate. Además la neurosis se vale de la previsión y de la anticipación abstractas, que se transforman en esa precaución neurótica, siempre presente, por la cual el paciente no percibe, no juzga, no aprecia nada sino a través de la rígida clasificación antagónica que todo lo estima según el esquema "victoria-derrota". Mediante la acentuación de la sensibilidad de sus órganos —fase preliminar de las alucinaciones—, mediante una aguda susceptibilidad a los olores, ruidos, contactos, temperaturas, dolores, y la sensibilización del paladar (gustos y repugnancias), el neurótico obliga a todos los que lo rodean a vivir pendientes a su respecto —todo ello de acuerdo con su pretensión de ser juzgado con

[11] Véase: "Über neurotische Disposition" y "Die Lehre von der Organminderwertigkeit in der Philosophie und Psychologie", en Adler, *Curar y educar.*

arreglo al criterio por él establecido según su ficticia línea rectora de masculinidad—. A la misma tendencia aseguradora sirven toda clase de absurdidades y supersticiones: una arraigada creencia en una funesta fatalidad, en ser perseguido por la mala suerte, todo para persuadirse y persuadir a los demás con pruebas de que necesita ser precavido. En igual sentido opera el despertar de la angustia alucinatoria, de la cual defensivamente echa mano el neurótico toda vez que cree ver amenazada su seguridad.

En este libro procuramos demostrar, con las más amplias pruebas, que los rasgos de carácter y las disposiciones afectivas están al servicio de la ficción directriz. La línea de orientación, que en ascensión casi vertical sigue el neurótico, exige todos esos recursos y formas de vida especiales comprendidos en el concepto nada homogéneo de "síntoma neurótico". Así, todo el sistema neurótico de aseguramientos puede ponerse en movimiento, inclusive en relación con puntos alejados de la realidad inmediata, y se establecen dispositivos aseguradores, barricadas y camuflajes de protección, a menudo incomprensibles, pero que siempre buscan la victoria del impulso central: de la voluntad de poder. Otras veces, cuando el camino recto al triunfo masculino parece obstaculizado, surgen rodeos muchas veces difíciles de comprender, pero que pueden compararse con sendas secretas destinadas a desembocar en la vía principal. A menudo el neurótico exhibe mutaciones en sus diferentes fenómenos neuróticos, pero ello ocurre a manera de tanteo, hasta que da con el síntoma adecuado para garantizar la idea directriz. En el presente trabajo creo mostrar suficientemente estos fenómenos y su psicogénesis. Todos derivan de aptitudes ampliamente preparadas y entrenadas, y a las cuales la apercepción neurótica sobrevalora y justifica como particularmente adecuadas a los fines de la lucha para la conquista del sentimiento de la personalidad ideal. Tales aptitudes empiezan a formarse al comienzo de la neurosis, se desarrollan con el crecimiento de la idea de la personalidad y acaban por adaptarse a ella. Se las reconoce con especial claridad en los recuerdos que se conservan de la infancia, en los sueños que se repiten, en la mímica y en el hábito, en el juego de los niños y en sus fantasías sobre su profesión futura y su porvenir en general.

Cuanto más altamente instalada se halle la idea directriz, más alejado estará su portador, el neurótico, de la realidad.

Tal estado psíquico se manifiesta a menudo en un sentimiento de "extrañeza" que, de nuevo, el neurótico utiliza en forma tendenciosa y exagerada para justificar una "prudente" retirada ante una situación incierta. En aparente contradicción con esta retirada, con esta voz que ordena "¡atrás!", en ocasiones hallamos una injustificada sensación de familiaridad con una situación, que valiéndose de la imagen de una disimulada analogía provee la sensación del "déjà vu", destinada a servir unas veces de advertencia y otras de estímulo[12]. Me ha sido dable observar cómo alumnos neuróticos pretendían contestar a cuestiones que les eran totalmente desconocidas, llevados por el sentimiento de que les eran familiares. Naturalmente, sobra decir que siempre fracasaban. Tales experiencias hacen que el enfermo, a causa de las decepciones que le acarrean, sienta como muy sospechoso ese sentimiento de "déjà vu", de ya entendido, de familiaridad. Exagerando la idea que se hace de su personalidad, y aferrándose con todas sus fuerzas a la certidumbre que ella le procura, el neurótico frecuentemente acaba por sentirse (y en ocasiones por estar realmente) apartado del mundo —sentimiento y hecho, a su vez, muy a menudo tendenciosamente exagerado por él—.

El temor ante todo lo nuevo, la lentitud de movimientos, la torpeza, la timidez y reserva, son todos rasgos que caracterizan al neurótico en lucha con la realidad, a la que interpreta y distorsiona de modo de sentirla hostil y fútil. En los casos menos graves también esta deficiencia busca su compensación, y la encuentra en la contraficción que la acerca

[12] El sentimiento de extrañeza, así como el de familiaridad, que se observa en las neurosis, tiene su analogía en las advertencias y exhortaciones de una voz interior que se dan en el sueño, en la alucinación y en la psicosis. Ese sentimiento revela con toda claridad que el paciente no se ha adaptado a la vida de este mundo, que se siente casi como un ser superior al que la vida nada tiene para ofrecerle. A la misma clase pertenecen ciertos sentimientos generales, igualmente inspirados por la soberbia: el enfermo se siente vivir como en un sueño, como atontado, diferente de todos, etc. Fácilmente se advierte la analogía entre estos estados de una parte, y el "aislamiento", el estado crepuscular, los delirios y el éxtasis, de otra. Esta capacidad de sustraerse de la adaptación, de "despersonalizarse" (Janet), se vincula con la casi total estrangulación del sentimiento de comunidad. La vanidad, el orgullo, se erigen en líneas directrices únicas o casi únicas, en tanto la capacidad creadora, la lógica de la convivencia humana y la participación en el alma colectiva desaparecen.

a la realidad. Pero, aun entonces, mediante una nueva abstracción, por lo común irresistible, trata de exagerar el papel e importancia de esa realidad, al ver en ella un mundo erizado de peligros, errores y fracasos, de los cuales él no puede sino considerar necesario resguardarse. La oscilación entre ficción y realidad se manifiesta en la psique neurótica de una manera exagerada, y la manía de la duda, operando a título de freno, entrena la búsqueda de la "sola y única verdad", del objetivo final representado por lo masculino. O bien, el neurótico conserva minuciosamente las formas exteriores, como si se tratase de un fetiche al que se le ha atribuido un exagerado valor, como si representase para él una garantía de seguridad. Creo haber encontrado una alusión a esta actitud en una de las cartas de Hebbel [13]: "Es menester apreciar en su justo valor las formas externas, objeto de tanta burla por parte de la juventud frívola: en nuestro mundo desordenado y agitado constituyen las únicas líneas auxiliares que nos ayudan a realizar las distinciones necesarias." Tanto en las pequeñas como en las grandes ocasiones, siempre está presente en el individuo el afán de seguridad, y la busca con ayuda de analogías, con medios abstractos, ajustándose a ciertos principios.

En cuanto a la frecuencia y predominio de los factores sexuales en la neurosis, ellos se explican, en el análisis imparcial, por las siguientes razones:

1. Porque los factores sexuales ofrecen el medio de expresión más adecuado de la protesta viril.

2. Porque depende del paciente transformar sus sentimientos en sensaciones reales.

3. Porque mediante ellas el neurótico puede evitar la "esclavitud" del amor, buscando así, secretamente, destruir la comunidad, y desembarazarse de las obligaciones sociales que implica. A fin de "escapar por la tangente" se atiborra de materiales sexuales perturbadores.

La utilidad que le significa al neurótico la línea directriz sexual ficticia deriva, pues, del apoyo que le presta con vistas al aseguramiento del sentimiento de personalidad, sea por la cualidad de abstracción que presenta, sea por su poder aluci-

[13] R. M. Werner, *Aus Hebbels Frühzeit*, "Österreichische Rundschau", 1911.

natorio, que el paciente puede concretar fácilmente y transformar en anticipaciones.

La tendencia alucinatoria de los neuróticos es, por tanto, una manifestación especial del mecanismo mediante el cual busca garantizar su seguridad. Como el pensamiento y el lenguaje, las alucinaciones utilizan los recuerdos primitivos, reducidos a su mínima medida dinámica, y sirviendo de punto de orientación hacia el cual la abstracción dirige la tendencia a la seguridad, siempre en su búsqueda de un apoyo más o menos sólido. La función y misión de este mecanismo consiste en calcular por analogía el camino que separa al sujeto de la cima a la que aspira, tomando para ello fútiles experiencias de su infancia, de las cuales subraya una humillación sufrida o extrae el consolador recuerdo de algún mal superado. La facultad de alucinación representa un dispositivo, listo a funcionar, de la tendencia aseguradora, y extrae su material, tal como lo hace el pensamiento y la anticipación intelectual, del sólido contenido de la memoria. Lo que los autores llaman "regresión" en la neurosis, en el sueño y en las alucinaciones, no es sino el proceso cotidiano del pensamiento, alimentado por experiencias pasadas, y cualquier diferencia entre ellos puede referirse tan sólo al material, pero no explicar la dinámica del sueño o de la alucinación. La dinámica psíquica de la alucinación [14] consiste más bien en lo siguiente: atormentado por un sentimiento de inseguridad, el individuo busca denodadamente una línea de orientación y recurre a la abstracción, a la analogía con los tesoros de la experiencia, a la anticipación y a la representación ficticia, lo más parecida posible a una percepción sensible, a fin de hipostasiar la dirección hallada. Esta representación ficticia constituye el medio más eficaz de expresión, y mediante una contraficción puede ser sentida más próxima a la realidad y, al igual que el sueño y la fantasía, en un momento dado aparecer a la conciencia del individuo como hallándose en oposición a la realidad. En ciertos casos, la tendencia aseguradora absorbe la contraficción y la sitúa sobre el mismo plan de realidad que la alucinación.

Jodl ve en la civilización la "manifestación, en ciertas circunstancias y con una intensidad particular, de la aspiración

[14] Véase "Contribución a la teoría de la alucinación", en: *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo,* Cap. V, obr. cit.

del hombre a sustraer su personalidad y su vida de las fuerzas hostiles de la naturaleza y del antagonismo de sus semejantes; de su anhelo de satisfacer cada vez más sus necesidades reales e ideales y desarrollar su ser con la mayor plenitud y libertad posibles". El neurótico se ajusta a esta línea directriz más ceñidamente que el individuo normal, pero en caso de necesidad puede dar a su línea directriz hacia lo trascendental, o bien, a la contraficción adecuada a la cultura particular, una expresión más esquemática y abstracta. Para ello se vale de un rodeo neurótico; por ejemplo, finge asumir el papel de mártir, de benévola víctima del "antagonismo de los demás", creyendo así poder triunfar más fácilmente sobre ellos. A esa actitud Tolstoy la convirtió en sistema.

A medida que el neurótico aspira al más pleno desarrollo posible de su ser, a medida que persigue la cúspide de lo que él pudiera llamar su cultura, vemos nuevamente operar esos interesantes y, desde el punto psicológico, importantes preparativos de que ya hablamos antes: los titubeantes ensayos destinados a introducir una compensación del sentimiento de inferioridad originario. Todos los órganos infantiles todavía inconclusos tienden a apelar a todas sus funciones innatas y a todas sus posibilidades de desarrollo para elaborar, por así decirlo, dispositivos racionales e inteligentes. Los numerosos fracasos que a menudo siguen a los ensayos de órganos constitucionalmente inferiores hacen nacer —en virtud de su mayor tensión frente a las exigencias del mundo exterior— un duradero sentimiento de decepción, de descontento de sí mismo. Así vemos aparecer, desde la más tierna infancia, el deseo de dominar la situación según un modelo indiscutible, ubicado lo más alto posible, concebido como dotado de todas las perfecciones deseables, y el individuo se impone un esfuerzo constante para seguir, a ojos cerrados, con ciega obediencia, esa idea directriz de la voluntad de poder. Tal es también la meta que se propone la psique neurótica, susceptible de formularse, en forma consciente o no, así: "Debo obrar de tal manera que, al final, sea yo el dueño de la situación". A medida que el sentimiento de inferioridad se prolonga en el niño, el imperativo categórico que acabamos de enunciar gana en fuerza e intensidad, de suerte que siempre que en una fase cualquiera del desarrollo del paciente observemos tendencias, actos preparatorios, dispositivos y rasgos de carácter de una particular intensidad, estamos autorizados para interpre-

tarlo como una consecuencia de un original sentimiento de inferioridad, asimismo sobremanera intenso. También en los órganos normales hallamos esos tanteos, por ejemplo, en la manera como aprendemos a caminar, a ver, a comer, a entender. Exner subraya cómo en el desarrollo del lenguaje, el niño no llega a la combinación de sonidos exactos sino tras múltiples ensayos de tanteo. Estos tanteos preparatorios exhiben un carácter harto más patológico en el desarrollo de los órganos afectados por alguna inferioridad; en caso de sobrecompensación favorable, sus posibilidades y modo de trabajo pueden crear aptitudes y realizaciones artísticas, pero en otros casos, según ocurre en las neurosis, el individuo no atina sino a rodearse de precauciones, sin desarrollo positivo ulterior alguno.

Es por el camino de la tendencia aseguradora que el niño trata de reconocer sus faltas y de corregirlas, o bien de sacar partido de ellas mediante algún artificio. Ignorando la verdadera razón de su inferioridad, y a menudo queriendo ignorarla a causa de un exceso de orgullo, fácilmente cae en la tentación de atribuir la culpa de sus desventuras a causas externas, a la "perfidia de las cosas", especialmente a sus parientes, y consecuentemente adopta una actitud agresiva y hostil frente al mundo exterior real. El sentimiento de inferioridad casi siempre deja tras sí un residuo abstracto, representado por presentimientos, angustiosa expectativa de desgracias que acechan y cuya gravedad se exagera al máximo, e incluso elaborando —toda vez que las circunstancias lo permitan— sentimientos de culpa destinados a justificar con abundantes razones su espíritu previsor y sus medidas de prudencia y precaución. La tendencia neurótica busca, en último término, ensanchar y asegurar los límites de la personalidad, y este resultado lo obtiene el sujeto probando y sopesando continuamente sus propias fuerzas frente a las dificultades que le opone el mundo exterior. Estos duros esfuerzos explican ciertas particularidades del neurótico: su tendencia a jugar con fuego, a buscar y crear situaciones peligrosas, su pasión por todo lo cruel y diabólico. Al igual que los impulsos sádicos, también los dispositivos criminales constituyen una manifestación de la línea directriz masculina, pero dada su flagrante contradicción con el sentimiento de comunidad, tales dispositivos raramente se traducen en actos: se mantienen en estado de recuerdos tendenciosamente exagerados por el individuo, a fin de imposibilitar su concreción.

El funcionamiento insuficiente de los órganos, los defectos infantiles, la sensación de enfermedad en general, son utilizados por el neurótico con una doble finalidad: por una parte, se vale de ellos para poner su sentimiento de personalidad, por lo general mediante una obstinada rebelión, al abrigo de las exigencias de la autoridad paterna primero y más tarde de las que la vida impone; y por otra, para eliminar, por medio de una artificiosa obstrucción, las decisiones y conflictos susceptibles de poner en peligro la ficción viril; para abandonar ciertas posiciones de combate que no son muy importantes en favor de otras que lo son más. A menudo, el neurótico inclusive se procurará artificialmente pequeñas derrotas, se creará peligrosas perspectivas, con el solo fin de poder así justificar su precaución y comportamiento neuróticos. Toda vez que un paciente conserve en forma neurótica anomalías infantiles u ostente una vigorosa obstinación, puede verse en ello la expresión de fuertes sentimientos agresivos contra su padre o su madre.

Debe también considerarse como rasgo neurótico la búsqueda obsesiva del individuo por comprender las dificultades externas, superarlas, dominarlas y combatirlas, ya por el menosprecio a la vida y sus alegrías, ya, también, por la fuga. En tales casos, es frecuente observar que el paciente hace gala de un ardiente entusiasmo por la vida, el trabajo, el amor y el matrimonio, pero sin salirse jamás del terreno platónico, al paso que, en secreto, valido de su neurosis se bloquea el acceso a toda alegría, con la mira de asegurar su sentimiento de dominio, en un terreno más limitado, en su familia, frente al padre o la madre.

Esta mirada ansiosamente escrutadora que el neurótico dirige al exterior, destinada a escudar su ficción directriz contra todo peligro, suele ir acompañada de intensa autoobservación. En una situación de inseguridad psíquica, la idea directriz personificada, divinizada, puede aparecer como un segundo yo, como una voz interior, que a la manera del demonio socrático advierte, anima, acusa, fustiga. Y todo lo que los neurasténicos y los hipocondríacos nos relatan sobre la escrupulosidad con que escrutan su alma, sobre el celo con que controlan y vigilan sus actos, es de aplicación general para todo neurótico. Sirviéndose de las manifestaciones de la nosofobia, la autoobservación puede proceder a una delimitación del campo de batalla, quedando siempre el neurótico en situación de echar mano a una retirada salvadora. Esta

salida será considerada eficaz por el neurótico cuando el miedo y el presentimiento de una derrota van acompañados de los aseguramientos primitivos como la angustia, la vergüenza, la timidez, y de los medios de defensa más completos, como la repugnancia, los escrúpulos de conciencia, los accesos nerviosos, pues todos ellos impiden que el sentimiento de personalidad caiga por debajo del nivel exigido. La autoobservación y la autovaloración, incesantemente estimuladas y reforzadas por la ficción directriz a fin de crear una base de operaciones y de iniciar la agresión, llevan al primer plano de la actividad los principales rasgos de carácter neuróticos: la envidia, la avaricia, el afán de dominio, etc. En su permanente lucha para afirmar y comparar su valer frente a los demás, el neurótico es fuertemente auxiliado por su exacerbada autoobservación, que hace indicaciones a la anticipación del pensamiento y a la fantasía, y anuncia su presencia toda vez que el paciente debe aplacar o rehuir una decisión, o entregarse, con ese mismo objeto, a la duda. Es claro que esta autoobservación es originada e impuesta por el sentimiento de insuficiencia del enfermo; como también se comprende que, finalmente, alcance el objetivo perseguido: hacer evidente la necesidad de una actitud plena de prudencia y precauciones. Es así, pues, cómo la autoobservación constituye para el neurótico una fuente de morosidad y de vacilaciones, de egoísmo, de delirio de grandeza, de dudas, de manía de insignificancia, en fin, de todos los fenómenos engendrados por el sentimiento de inferioridad. Sirve, particularmente, para reforzar y controlar los rasgos de carácter por los cuales se expresa la "protesta viril": coraje, orgullo, ambición, etc., así como para profundizar e intensificar todas las tendencias aseguradoras que, tales como el espíritu de economía, la puntualidad, el celo, la pulcritud, constituyen medios por los cuales el individuo procura garantizar su seguridad. Ella ejerce también gran influencia sobre la atención, a la que guía de forma de ocupar un lugar preeminente dentro del sistema de recursos de defensa y protección. Por ello ha de tenerse en cuenta que los datos que suministra son tendenciosamente falseados. Se comete un craso error cuando se la considera como libidinal o agradable. La función de la autoobservación es, más bien, la de agrupar tendenciosamente todas las impresiones provenientes del mundo exterior, reducirlas, por así decirlo, a un texto único, de modo de proveer al individuo de un medio, digamos, matemático o estadístico, es decir, de una eficacia tan probable como

posible, adecuada para salvar su originaria inseguridad primaria. Ello equivale a la evasión de una derrota.

Así, pues, aun cuando a la autoobservación, despierta e intensa, se deban espléndidos frutos en el terreno de la filosofía, de la psicología y del conocimiento del hombre y del mundo, es una de las etapas en el camino que conduce a la neurosis; constituye la filosofía personal del neurótico que, por una conclusión errónea, se aleja de la realidad del mundo, aberración (corregible por el análisis) que halla su valiosa analogía en el Γνῶϑι que decía el excelso filósofo.

La aberración, aparentemente incorregible en las elucubraciones y en las autoobservaciones fantásticas del psicótico, a la que puede considerarse como destinada a preservar y salvaguardar el valor de la personalidad del individuo, nos ayuda a comprender la aberración que se manifiesta en la autoobservación del neurótico.

Resulta, pues, imposible apreciar el afán de seguridad del neurótico y sus medios de defensa sin examinar, al mismo tiempo, el factor opuesto, es decir, la inseguridad. Seguridad e inseguridad son, ambas, productos de un juicio por antítesis, fundado sobre el ficticio ideal de personalidad, con sus consecuentes apreciaciones tendenciosas, subjetivas. El sentimiento de seguridad y el de inseguridad se corresponden, respectivamente, con el par antagónico de sentimiento de inferioridad e ideal de personalidad; al igual que esta última, constituye una cupla ficticia de valores, una formación psíquica, a cuyo respecto hace resaltar Vaihinger "que en ellos lo real está artificialmente disociado, que sólo conjuntamente tienen sentido y valor, pero, por separado, considerados aisladamente, nos conducen al absurdo, a contradicciones y a falsos problemas". El análisis de la psiconeurosis deja ver regularmente que dichos pares antitéticos se dejan descomponer en forma análoga a como se descompone la "oposición", concebida como real, de "hombre-mujer", de suerte que el sentimiento de inferioridad, de incertidumbre, de estar abajo, lo femenino, figuran de un lado, y la seguridad, el estar arriba, el ideal de personalidad, lo masculino, figuran al otro lado de esa tabla de valores antagónicos. La dinámica de la neurosis puede por tanto interpretarse (y en sus irradiaciones sobre la psique del neurótico frecuentemente es aceptada así por el paciente) como un esfuerzo por el cual se quisiera transformar de mujer en hombre. Es de

esta aspiración que surge ese cuadro exuberante al que he denominado "protesta viril".

Basta examinar las manifestaciones voluntarias del neurótico, su manera de actuar, de pensar y de sentir, su enfoque del mundo exterior, sus preparativos para la vida, sus dispositivos de ataque y defensa, cada uno de los rasgos de su carácter, cada uno de sus gestos físicos y psíquicos, que traducen el ímpetu que los orienta y que entrena su vida hacia los niveles superiores de vida, para comprobar el significativo papel que lo masculino desempeña en su plan de orientación ficticia. Ello nos autoriza a suponer que en el comienzo del desarrollo psíquico estos individuos se han sentido mal dotados de ese componente masculino; que han valorado su original sentimiento de inferioridad como femenino. Sea cual fuere la causa del sentimiento de inferioridad, a partir del momento en que surge la ficción masculina, la supuesta causa de la inseguridad infantil cede su sitio, y en virtud de la peculiar agrupación antagónica operada por la neurosis, esta inseguridad pasa a ser considerada como un fenómeno de rango femenino. Las sensaciones de pequeñez, de debilidad, de ansiedad, de impotencia, de enfermedad, de privación, de sufrimiento, de blandura, dan lugar a reacciones que provocan en el neurótico la impresión de luchar contra una femineidad latente para afirmar con toda energía su fuerza y virilidad. De la misma manera, esto es, como una "protesta viril", el neurótico reacciona contra toda humillación, contra el sentimiento de inseguridad, de disminución, de inferioridad. Para no desviarse del camino hacia lo alto, para llevar al máximo de perfección su seguridad, valiéndose de sus rasgos de carácter el neurótico traza líneas de orientación a su voluntad, a su modo de actuar y de pensar a través del caos de su vida psíquica.

Por lo general, estos rasgos de carácter tienden directamente hacia el ideal masculino, tanto en los enfermos masculinos como en los femeninos. Sin embargo, y en especial luego de una derrota decisiva, veremos al enfermo seguir los ya conocidos caminos de rodeo neuróticos, y presentar crisis o predisposiciones a crisis, cuyo análisis psicológico y clasificación en el cuadro general revelan la tendencia a exaltar el sentimiento de personalidad a través del sentimiento de masculinidad, aun cuando, para la observación exterior y superficial, todo ello podría impresionar como irresolución, angus-

tia, deseos de fuga o retirada de la vida, en suma, como manifestaciones nada masculinas. Pero la simple persistencia de los síntomas neuróticos prueba que en estos últimos casos no se ha producido una decisión, sino que el objetivo final masculino primitivamente concebido ejerce siempre su acción, y que la adaptación a las exigencias de la vida social, la paz y la satisfacción interior, no pueden producirse porque el objetivo final está ubicado en un plano excesivamente alto. Las líneas de orientación "femenina" se aparecen entonces como un primer acto al que sigue un segundo acto: el de las líneas "masculinas".

El rasgo masculino de la ficción directriz recibe un refuerzo, debido a ciertas inseguridades experimentadas por el niño con respecto a su propio destino sexual. En todos los niños se observa un interés enorme, si bien casi siempre encubierto, por las diferencias sexuales. La igual vestimenta para ambos sexos durante los primeros años, la existencia de rasgos femeninos en varoncitos y masculinos en las niñas, ciertas amenazas utilizadas por los padres ("te vas a volver nena", "no te comportás como una niña sino como un muchachote", o viceversa), vienen a incrementar aún más la inseguridad de los niños y a favorecer su desconocimiento de la diferencia entre los dos sexos. Pero aun cuando tales diferencias les sean conocidas, ciertas anomalías de los órganos genitales o ciertos juicios erróneos pueden suscitar esas dudas. Tendenciosamente fijadas, estas dudas reaparecerán siempre en la vida ulterior en la cupla antagónica "masculino-femenino". Por tanto, nuestra tesis originaria [15] de que la duda que —a título de elemento sintomático— acompaña la neurosis tiene su fuente en la duda acerca del propio destino sexual, conserva su validez, con la sola ampliación de que la neurosis se aferra a esta situación dudosa del paciente para emplearla en lo sucesivo como aseguramiento contra resoluciones, a título de auxiliar de "la actitud vacilante".

Cuando más tiempo se prolongue la incertidumbre relativa al propio destino sexual, tanto más insistentes serán las tentativas y tanteos del individuo destinados a alcanzar el papel masculino. De esta manera nace la forma primitiva de la "protesta viril", que impele al individuo a realzar lo más

[15] Véase: Adler, "Hermafroditismo psíquico en la vida y en la neurosis", en *Curar y educar,* y los trabajos sobre el tema en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

pronunciadamente posible y en toda circunstancia su masculinidad, o bien —como sucede en niñas y también en niños precozmente neuróticos, ya en su tercer año de edad— a evitar la humillación mediante todo su repertorio de artificios erróneos. El desarrollo de rasgos de carácter groseramente masculinos y dotados de fuerte afectividad puede considerarse también como efecto de esa protesta viril.

En una etapa anterior al reconocimiento de su propio destino sexual, el niño atraviesa una fase preliminar, la psíquicamente hermafrodita, cuya importancia ha sido señalada por Desoir y por mí. El análisis de individuos psiconeuróticos me ha revelado la enorme significación de esta fase, con su fuerte tendencia a la masculinidad, sobre el desarrollo de la neurosis caracterizada por esa misma aspiración a la masculinidad. Goethe se reveló como un gran observador y excelente conocedor del alma infantil cuando, a propósito de la vocación teatral de Wilhelm Meister subrayó: "En determinado momento la atención del niño se ve atraída por las diferencias que existen entre los sexos, produciéndose en su naturaleza reacciones maravillosas a medida que su mirada se abre camino en los velos que cubren este misterio. Es lo que le ocurría a Wilhelm con su revelación: notábase más sosegado y, a la par, más inquieto que antes; creía haber descubierto algo, y ello, precisamente, obligábale a confesarse que lo ignoraba todo."

Esta inexperiencia, que el alma resiente como una humillación, se manifiesta por un tremendo acrecentamiento de la curiosidad y avidez de saber; mas, con el fin de encontrar, pese a todo, una dirección en su vida, va creciendo en el niño la obsesión de una idea directriz que le obliga a actuar como si debiera saberlo todo. Si logra convencerse de la superioridad asignada al principio masculino en nuestra sociedad, viriliza su ideal, sobre todo si el hombre, su padre, se le aparece como el prototipo del que sabe [16].

En las niñas neuróticas, esos esfuerzos se manifiestan, entre otros rasgos de carácter especiales, por una fuerte tendencia a la masculinidad. Se sienten dominadas por un sentimiento tan intenso de disminución —similar al de los varones que se sienten afeminados—, que lo único que para ellas tiene interés es acumular tales pruebas de disminución

[16] Véase Hedwig Schulhof: *Individualpsychologie und Frauenfrage.* Edit. E. Reinhardt, Munich.

que justifiquen su actitud agresiva contra el ambiente. El análisis del alma neurótica revela, una y otra vez, la existencia de imágenes de castración, de afeminamiento, de transformación en un hombre, de formas masculinas de vida; imágenes que indican que esos enfermos no desean sino equipararse al hombre, y el curso de vida ulterior deja siempre entrever la ficción masculina, aun cuando las primitivas líneas directrices hayan desaparecido y cedido su lugar a otras. Desde el punto de vista psíquico, estos neuróticos se comportan siempre como si quisieran indicar que han experimentado alguna pérdida, o como si debieran desplegar gran cautela para evitar que se produzca. E. H. Meyer cuenta en los *Indogermanische Mythen* (I, pág. 16): "Después del Atharva Veda, los gandharves (demonios fálicos) devoran los testículos de los niños, transformándolos así en niñas". Tales, o semejantes, parecen haber sido las ideas que muchos neuróticos se han formado en su infancia con respecto al origen de los sexos: se representan la femineidad como una disminución. La consecuencia psíquica inmediata suele ser una aguzada agresión contra los padres, a quienes se ve como los culpables de esa disminución, y una afanosa búsqueda de igualación.

Fliess, Halban, Weininger, Steinach y, con anterioridad a ellos, Schopenhauer y Krafft-Ebing entre otros, explican el hermafroditismo psíquico por la presencia simultánea en un mismo individuo de una sustancia masculina y de una femenina —una y otra igualmente hipotéticas—. Nuestra concepción, en cambio, sólo toma como punto de partida los juicios de valor antagónicos de lo femenino y lo masculino; tiene en cuenta el generalizado y simbólico esquema de apercepción antitética "masculino-femenino", y encuentra sin dificultad el elemento masculino del ideal de personalidad reforzado y exaltado por la neurosis. Precisamente, el enfermo utiliza este carácter masculino de su ideal para subrayar, para dar máximo relieve a su propio sentimiento de inferioridad, y lo concretiza en una imagen a la que adjudica todos los atributos femeninos a fin de reaccionar contra ella con los impulsos, pensamientos, dispositivos y rasgos de carácter de la protesta viril. En este respecto, la escuela freudiana ha adoptado en una serie de trabajos últimos las teorías por mí establecidas. Por otra parte, a medida que estas teorías se van desarrollando, se hace cada vez más evidente la inconsistencia de la teoría de la libido, la insuficiencia de la etiología

sexual, y el carácter ficticio (en el sentido más amplio del término) de la actitud neurótica frente a la sexualidad [17].

Después de haber mostrado que la protesta viril no es sino el artificio de que se sirve el enfermo para asegurarse al máximo, para adecuarse a su idea directriz de personalidad, debemos considerar aún las transformaciones que sufre esta línea directriz, tal como sucede cada vez que el individuo se encuentra en presencia de contradicciones y de oposiciones capaces de comprometer o de imposibilitar su ascenso hacia arriba, hacia ese alto nivel exigido por su neurosis. Una contradicción, una oposición de ese género se produce cuando la realidad amenaza menoscabar el sentimiento de personalidad. El neurótico se aferrará a su "idea" de una manera más firme que el individuo normal. Cuanto más amenazado se vea, tanto más intensamente construirá el enfermo nuevos caminos de rodeo neurótico, apoyándose en recuerdos y mementos, anticipando perjuicios y daños; inventará nuevos aseguramientos y defensas, igualmente neuróticos que, frente al problema que le ocupa, no contendrán ni una afirmación ni una negación, sino más bien ambas cosas. Su hermafroditismo psíquico se traducirá en una conducta de retroceso, de sometimiento, propia, según su concepto, de una "mujer", pero que, simultáneamente, sigue su camino hacia la dominación, hacia la masculinidad. El resultado de sus esfuerzos es nulo, pues por cada paso de avance, da otro atrás, y viéndolo conducirse se recogerá la impresión de estar asistiendo a una pantomima. Sus rasgos masculinos pueden sufrir aún una modificación bajo la influencia del temor, el ridículo, el castigo, el deshonor, en una palabra, de todo lo que degrada, a la transformación de sus específicos rasgos masculinos. Los sentimientos de culpa, los instintos criminales "heredados", la brutalidad, la crueldad y el egoísmo construidos por la neurosis, asustan al enfermo tanto como el sentimiento de timidez, de cobardía, de torpeza, de estupidez y pereza. El niño revoltoso e ineducable, el adolescente en crisis, así como ciertas formas de psicosis, y frecuentemente también la fase preliminar de la "neurosis constituida", nos muestran la protesta viril, en alto y rectilíneo desarrollo, convertida en finalidad en sí y ocupando totalmente el sitio de la ficción directriz reforzada.

ψ

[17] Véase Oswald Schwarz, *Wiener Klinische Wochenschrift*, 1922.

Nuestra exposición teórica de la psique neurótica sería incompleta si no dedicásemos algunas palabras a la naturaleza y significado del sueño. No me es posible ofrecer aquí una teoría del sueño consistente y completa. Pero me creo obligado, por diversas razones, a decir ahora algo sobre las observaciones y comprobaciones hechas en mis investigaciones sobre los sueños, tales como las expongo en la segunda parte de este libro. Años de minuciosa observación de los sueños de personas sanas y enfermas, me han llevado a las conclusiones siguientes [18]:

1. El sueño es una expresión sumaria de las actitudes psíquicas y revela al investigador la forma característica en que el soñador enfoca un problema dado. Por lo tanto, se confunde con la línea de orientación ficticia; suministra ensayos de anticipaciones, ensayos de preparación de una actitud agresiva. Puede servir, pues, en gran medida, para facilitar la comprensión de esas preparaciones individuales, de las disposiciones y de la ficción que sirve de guía al individuo.

2. En el sueño se revela asimismo, de una manera más o menos abstracta, la actitud del soñador frente a los seres humanos, y con ello, sus rasgos de carácter y [19] sus desviaciones neuróticas. En la índole abstracta del pensamiento onírico debe verse una expresión de la tendencia aseguradora que procura solucionar un problema simplificándolo, reduciéndolo a sus elementos, contemporáneos de la infancia, y a ese fin se sirve de la memoria tendenciosa, recurre a imágenes y a analogías, a la evocación alucinatoria de recuerdos atemorizadores o estimulantes. Torna más abstracto el pensamiento onírico, el aislamiento en que se encuentra el soñador con respecto a la realidad, pues durante el sueño queda excluida casi por completo toda corrección de las ilusiones que en él se producen. Es esta circunstancia, y la ausencia de toda finalidad consciente en el sueño, la que determina la ininteligibilidad del contenido onírico para el soñador. El sueño no adquiere sentido hasta que se lo toma como un

[18] Véanse más detalles en: *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

[19] Ya G. Chr. Luchtenberg, escribió: "Si el hombre contase sus sueños con sinceridad, por ellos podría adivinarse su carácter mejor que por su rostro."

símbolo de la vida, como una analogía, como un *como si*, sólo interpretable si se sigue la línea de movimiento del individuo.

3. Estos hechos, cuya exactitud queda aún por demostrar, y la forma de expresión del sueño según la fórmula "como si" ("sentía... como si"), nos revelan la naturaleza del sueño como una ficción en la cual se manifiestan claramente las tentativas y ensayos previos con cuya ayuda la precaución procura asegurar al individuo el dominio de una situación futura. A ello se debe que los sueños del neurótico muestren con mayor nitidez, junto a su apercepción neurótica (es decir, según el principio de un fuerte antagonismo), el acentuado sentimiento de inferioridad que experimenta el soñador y la idea directriz que gobierna su personalidad. Si el individuo da muestras de celo y de actividad durante el día, sus sueños nocturnos lo muestran, al contrario, lleno de dudas: a la manera de Penélope, durante la noche deshace lo tejido en la vigilia.

4. La idea directriz, reforzada por la neurosis, de ordinario se manifiesta en los sueños bajo la forma de una aspiración "ascendente" o de protesta viril. La base de operaciones femeninas, o "inferior", está siempre esbozada.

5. En los sueños recurrentes de contenido parecido y en los recuerdos de sueños infantiles, es donde la línea de orientación ficticia mejor se manifiesta. Unos y otros se construyen de acuerdo con un esquema ya terminado o considerado útil, derivado del objetivo final ficticio neurótico y conservado por él. El caso de varios sueños en una misma noche debe interpretarse como una tentativa de soluciones múltiples, y como señal de un sentimiento de incertidumbre especialmente intenso. Lo que Freud llama "censura" —la encargada de encubrir o enmascarar una cierta situación—, no es sino una manifestación de la tendencia a la seguridad, que impone un cambio de forma de la ficción, tanto en el sueño como en la neurosis, y que busca, siguiendo caminos de rodeo, sustraerse a la contradicción con la línea directriz más masculina. Otras "deformaciones", se explican por la naturaleza más abstracta del pensamiento onírico y por el hecho de que este pensamiento no constituye sino un simple reflejo.

6. El simbolismo y la analogía de que se vale el sueño constituyen el contenido formal por el cual se manifiesta un dinamismo afectivo reforzado. Son, por así decirlo, sus imá-

genes verbales artísticas. Constituyen la superestructura psíquica que corona una combinación entre una situación psíquica y un recuerdo, evocado de manera tendenciosa, generalmente sofística y destinada a producir la resonancia que exige la "idea". La interpretación racional de los sueños que yo preconizo tiene, entre otras ventajas, la de que permite revelarle al soñador su tendencia y sus artificios (casi siempre muy claros en los sueños) para mantenerse sobre su línea.

Contrariamente a lo que pretende Freud, no se trata de una realización de deseos infantiles ni de regresión lo que opera en el sueño, sino, simplemente, de una tentativa anticipada de conquistar seguridad; tentativa en la cual se utilizan recuerdos de la niñez tendenciosamente agrupados, sin relación alguna con deseos libidinales o sexuales infantiles. Se trata, pues, de un recurso psíquico que por lo común también el pensamiento lógico emplea. Lo que distingue esencialmente la neurosis, con sus sueños y divagaciones, del estado normal, es la tendencia, reforzada por la ficción —también ella reforzada— a elegir los recuerdos que resultaron eficaces, es decir crear la perspectiva neurótica. Si el neurótico padece no es porque esté obsedido por reminiscencias; al contrario, es él mismo quien crea esas reminiscencias. De ahí que si se desea comprender el sueño y la neurosis, deba considerárselos desde un punto de vista dinámico.

Una vez que el punto de referencia, el objetivo último indispensable para la orientación y la seguridad de la acción ha sido establecido —tanto más alto cuanto mayor y más prolongado haya sido el sentimiento de inferioridad experimentado durante la infancia—, por las causas que ya hemos señalado anteriormente, tendrá que ser estabilizado, hipostasiado, divinizado. De un lado se encuentran las condiciones y movimientos reales del individuo, del otro, y como efecto compensatorio del sentimiento de inferioridad, Dios, la idea directriz, concretizada en una persona o en un suceso. Este punto ideal funciona como si encerrase todo el poder de dirección.

Es dentro de este sistema donde se cumplen los pasos vitales del niño; es este sistema el que los dirige. Durante todo el curso de su desarrollo, el niño no hace otra cosa que adecuarse a su ideal: no juzga ni aprecia sus ensayos, sus tentativas, sus tanteos, sus preparativos y sus disposiciones sino en la medida en que ellos sirven para aproximarse a su

ideal. Se compara tanto con el hombre como con la mujer y se sirve, nuevamente, del "antagonismo" de los sexos como de una línea secundaria, y se sentirá tanto más compelido por el término masculino de la oposición cuanto más distante de él se considere, cuanto más extraño y hostil a su ser lo sienta. En el niño predispuesto a la neurosis, la tendencia a la seguridad, nacida a título de compensación del sentimiento de inseguridad exacerbado, y merced a un gran esfuerzo de atención, hace converger todas las líneas directrices abstractas, fuertemente intensificadas por la neurosis, hacia la protesta viril llevada al más alto grado de exaltación. Cuanto más intensamente sea sentido el contraste entre los sexos, con tanta mayor fuerza y tenacidad se sentirá el niño atraído hacia el término masculino, sobre todo cuando, como en el caso del neurótico, el carácter eminentemente masculino del ideal opera sobre su sentimiento de inferioridad, haciéndolo aparecer como una manifestación puramente femenina.

Por efecto de la educación familiar resulta por lo general que, en sus primeras tentativas de construirse un ideal de personalidad, el niño no encuentre nada mejor que utilizar rasgos del familiar al que más estima, al que atribuye la mayor autoridad, es decir, del padre. Los niños predispuestos a la neurosis, que en su enfrentamiento con el padre experimentan una acentuación, una exacerbación de su sentimiento de inferioridad, no tardan en adoptar un plan de campaña y en construirse dispositivos de ataque, tal como si debieran triunfar sobre el padre. De estos ensayos preparatorios deriva también la actitud del niño frente al otro sexo, a menos que se haga una idea equivocada con respecto a su propio papel sexual; y es por anticipación y como jugando [20] que ensaya —en estado de vigilia, de alucinación o de sueño— con los miembros de su familia del sexo opuesto gran número de las actitudes que en su vida futura habrán de desempeñar un papel decisivo.

Ya Nietzsche hizo resaltar que, hasta cierto punto, es la madre quien proporciona al varón el modelo femenino. Los límites que el niño se impone en este respecto son los que le indican sus ensayos y tanteos. El niño con disposición neurótica tiene deseos ilimitados. Descontento por la enorme

[20] Véase Adler, "Contribución a la comprensión de la resistencia en el tratamiento", en: *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

distancia que lo separa de su ideal de personalidad, puede llegar a concebir deseos sexuales con respecto a la madre, hecho que prueba la enorme tensión de su voluntad de poder. Pero la fijación de un objeto sexual debe reposar sobre otras razones que los meros deseos concebidos en un momento dado. La codicia del niño se dirige también hacia otras mujeres de su ambiente, y se obtiene entonces un cuadro análogo al de la perversión. "Querer poseer a la madre": ese deseo se convierte en signo de su insatisfacción, en símbolo de sus aspiraciones desmesuradas, de su obstinación y del temor que le inspiran otras mujeres, de su falta de sentimiento de comunidad. Una "fijación" en la madre puede sobrevenir en una constelación análoga, y también en el transcurso de la vida ulterior, pero sólo como medio de protección contra su erotismo y, naturalmente, no a causa del carácter previamente libidinal de ese deseo. Cualquiera haya sido la relación real entre el niño y su madre, la neurosis la utilizará siempre como un recurso de aseguramiento contra su absorción por la sociedad. Es que el sentimiento de disminución priva al neurótico de los placeres de la sociabilidad y del contacto con sus semejantes. Incapaz de dar, aspirando sólo a tomar, ignora la serenidad y la satisfacción, y pasa su tiempo pensando sólo en sí mismo. Por tanto está privado del don de sembrar alegría a su alrededor; a lo sumo sabe otorgar favores.

Es un hecho característico y comprobado que en las zonas del cuerpo naturalmente inferiores se desarrolla una sensibilidad más acentuada, cuya excitación suele producir sensaciones voluptuosas. Atribuyo yo estos fenómenos —que he descrito en mi obra *Estudio sobre la inferioridad de los órganos* [21]— a dispositivos compensatorios formados ya en los antepasados del individuo en su lucha por la conservación, como respuesta a los peligros que amenazaban al órgano o a una parte del órgano en cuestión. Esta contribución compensatoria de un órgano inferior (inferior a causa de los daños que ha sufrido en su ascendencia) constituye, en rigor, un medio de defensa y de protección, aun cuando en muchos casos no produzca esa impresión. Pero como la técnica de esos órganos ha llegado a ser diferente de la de los órganos relativamente normales y no marcha a la par de ellos, sus

[21] Edición en castellano en preparación, Buenos Aires, Ed. Paidós. [E.]

manifestaciones psíquicas se nos aparecen también como anormales. Se trata aquí de un proceso análogo, aunque más minucioso, al que en mi opinión explica la variación, el desarrollo y la declinación de los órganos en el dominio de la biología [22].

Es así como, por ejemplo, en el terreno del aparato digestivo, a título de dispositivo de defensa y protección se ha formado el aparato gustativo y el aparato que nos permite experimentar placeres, ambos con el cometido de asegurar la continuidad de la alimentación y una adecuada selección de los alimentos. La variación con relación a la serie ancestral se efectúa en virtud de las "tendencias compensadoras" que se encuentran ya en el germen. "La coyuntura (el medio, en el sentido más amplio) domina el plasma germinal." Es así cómo la inmediata y unitaria reacción: inferioridad + aseguramiento compensador, se explica por la modificación de las condiciones de vida en el sentido lato de la palabra. Ello equivale a decir que todos los seres vivientes de una misma especie varían en una misma dirección a través de una modificación idéntica de su género de vida. Por lo que se refiere a la sociedad humana, debe admitirse que entre los individuos que la componen existen diferencias cuantitativas y cualitativas harto mayores que entre los individuos de una especie animal o vegetal; y que las exigencias que el individuo humano debe satisfacer no son las mismas, de manera que sus inferioridades orgánicas y sus correspondientes compensaciones aseguradoras varían igualmente en grado considerable. Y estas variaciones habrían sido más ostensibles aún [23] si la psique humana no hubiese asumido tan radi-

[22] Es así que el valor de un órgano en el "torrente de la vida" se constituye en símbolo en el que se reflejan, como en el carácter o en el síntoma neurótico, el pasado, el presente, el futuro y el objetivo final ficticio. La idea del "simbolismo de la figura" no es nueva; se la halla en Porta, Gall y Carus. En nuestros días Kretschmer la preconiza y defiende.

[23] El aseguramiento psíquico con sus dispositivos y caracteres, tal como se da en el hombre, se parece tanto a las variaciones aseguradoras que se observan en el mundo animal, que la fantasía del niño, del neurótico y del poeta, inclusive el propio lenguaje, a menudo usan esa analogía para hacer comprensible, con la ayuda de la imagen concreta de un animal, un gesto psíquico, un dispositivo, un rasgo de carácter. Nos remitimos a los escudos de armas, a las alegorías poéticas, fábulas y parábolas. Véase *El ilustre Doctor Matthieu*, de Erckmann-Chatrian, *Reinecke Fuchs*, de Goethe, y numerosos cuadros y caricaturas que utilizan el mismo procedimiento analógico.

calmente el papel de principal órgano asegurador dentro del conjunto de los sistemas de correlación y compensación. A consecuencia de esta intervención del psiquismo, las principales tendencias compensadoras se presentan, ya no como variaciones de los órganos, sino, especialmente, como características psíquicas. Sin embargo, entre las variaciones orgánicas y las variaciones psíquicas subsiste una relación suficientemente visible, de modo que puestos en presencia de variantes de órganos, estigmas e indicios de degeneración, podemos deducir la existencia de un reforzamiento de dispositivos compensadores en el cerebro y una amplia red de tendencias aseguradoras en la psique. De ahí que, por su naturaleza y sus tendencias, todo proceso psíquico se reduce a un ensayo de anticipación, a una preparación destinada a transformar la inferioridad en superioridad. No podemos sustraernos, pues, a la idea de que el alma, el espíritu, la razón, el intelecto, no son sino abstracciones que no sirven para designar las líneas eficaces que el hombre utiliza para sobrepasar la esfera de sus sensaciones corporales, para ampliar sus límites, para conquistarse un fragmento del mundo y ponerse a cubierto de los peligros que lo amenazan; en suma, para exaltar sus órganos constitucionalmente inferiores y lanzarlos sobre las vías seguras del conocimiento y de la previsión inteligente.

El conocimiento humano es parcialmente reemplazado en los animales por un sutil aparato técnico. El hombre no precisa de la agudeza olfativa del perro; las plantas venenosas que el ganado vacuno rechaza por el gusto, las rechaza el ojo del hombre con sólo una mirada inteligente. Siempre y en todas partes comprobamos la tendencia a mantener la lucha ancestral por la preservación de la vida mediante órganos de estructura cada vez más diferenciada y de recursos psíquicos cada vez más complejos.

En virtud de ello tenemos derecho a ver en esos aparatos periféricos más sensibles, en su aspecto y mímica particulares, los testimonios de una lesión orgánica, los signos reveladores de una inferioridad orgánica, vencida o superada. Esto vale igualmente con respecto al particular desarrollo de la sensibilidad gustativa en el hombre, a la mayor sensibilidad de la mucosa labial y bucal, a la que frecuentemente va unida una mayor susceptibilidad del paladar, de la faringe y casi siempre también del estómago y del aparato intestinal. Desde

el punto de vista fisonómico, la inferioridad orgánica o constitucional de la boca se expresa por una cierta hipertrofia o por ligeras deformaciones o, al contrario, por una movilidad y una fineza exagerada de los labios, de la lengua (*lingua scrotalis* de Schmidt), y del paladar, a las que frecuentemente acompañan señales degenerativas, como hipertrofia de amigdalas, o simplemente lo que se denomina el *estado linfático*. En ciertos casos, sin embargo, la inferioridad es impotente para provocar el correspondiente esfuerzo de compensación, faltando inclusive la hiperestesia. Las anomalías de los reflejos son muy frecuentes: la exageración del reflejo faríngeo y su disminución integran el mismo cuadro. Los niños afectados por esa inferioridad tienen tendencia a llevarse todo a la boca, a chuparse los dedos, a vomitar con gran facilidad; lo que no les impide un buen desarrollo, a menos que, simultáneamente, existan otras inferioridades orgánicas.

Pero los dolores, privaciones y mimos que desde la cuna acompañan al aparato digestivo inferior, hacen nacer un sentimiento de inferioridad general, de disminución e inseguridad, y empujan a la criatura constitucionalmente predispuesta a recurrir a artificios. El ideal de personalidad, que llega a adquirir una fuerza extraordinaria, encierra también expectativas de exuberantes satisfacciones que la realidad jamás podrá brindar. La atención de estos niños, atraída como por una idea obsesiva, está siempre concentrada sobre esos problemas relacionados con la alimentación y sus sublimaciones (Nietzsche). La privación de un plato o de una golosina provoca en ellos reacciones afectivas completamente distintas a las que pudiera esperarse. Piensan constantemente en la comida; los juegos e ideas infantiles sobre la futura profesión, inspiradas en esa misma preocupación alimentaria, giran en torno a fantasías en las que se ven en la situación de cocinero o de respostero. Muy temprano y con extraordinaria claridad advierten el papel del dinero como medio de adquirir importancia y poderío: de esta manera se hacen precozmente avaros y económicos. A menudo comen en forma estereotipada y minuciosa, ajustándose rigurosamente a ciertos principios: así, unos, los impacientes, siguen la regla de comer lo más sabroso al principio, en tanto los prudentes y ahorrativos reservan la mejor porción para el final. Algunos explotan, como otros tantos gestos de rebelión, como otras

tantas manifestaciones de actitud agresiva, frente a los padres, sus idiosincrasias alimentarias y, en fin, sus dificultades de masticación y deglución. Dejando de lado las afecciones orgánicas del aparato digestivo derivadas de una inferioridad constitucional, en el transcurso de la vida ulterior se encuentra en la neurosis una importante participación y un frecuente empleo de trastornos del aparato gastrointestinal. La estrecha relación de este aparato con la psique se refleja en gran número de síntomas neuróticos y psicóticos. Creo, aunque sin poder afirmarlo de una forma definitiva y categórica, que se trata aquí de un artificio especial. En efecto, gran número de síntomas neuróticos, tales como la eritrofobia, la constipación y el cólico nervioso, el asma, así como, probablemente, los vértigos, vómitos, cefalalgia y jaqueca están relacionados —de alguna forma, aún no del todo clara para mí— con las contracciones voluntarias, aunque inconscientes, del ano (*calambre* según ciertos autores; *espasmo de la S ilíaca,* según Holzknecht, Singer) y del diafragma: se trataría de actos simbólicos, de una especie de lenguaje abdominal, que se manifestaría bajo la acción de una ficción reforzada. Creo que el rubor involuntario y el síncope histérico podrían ser resultantes de la acción combinada de un espasmo de la glotis y de una presión abdominal. He podido comprobar que en los individuos que presentan esos síntomas, el afán adquisitivo, la codicia de dinero y de poder, se integran como decisivos componentes de su ideal de personalidad.

PARTE PRACTICA

Capítulo IV

Avaricia. Desconfianza. Envidia. Crueldad. Crítica Depreciadora ejercida por el Neurótico. Apercepción Neurótica. Neurosis de la Edad Provecta. Cambio de la Forma y de la Intensidad de la Ficción. El Lenguaje de los Organos.

En primer término nos ocuparemos de los rasgos de carácter que en todos los neuróticos pueden observarse con cierta regularidad, y con los cuales consciente o inconscientemente, directamente o por rodeos, pensando u obrando racionalmente o valiéndose de cierta combinación de síntomas, el paciente busca obsesivamente acrecentar su propiedad, aumentar su poder y su influencia, humillar y disminuir a los demás. Por lo general, estas formas de egoísmo se dan reunidas en una misma persona, aunque enmascaradas hasta el punto que sólo un atento examen logra discernir la red de subterfugios con que el paciente se engaña a sí y a los demás. Mientras simula, por ejemplo, ser hombre desinteresado, adviértese en sus crisis, en su neurosis y, asimismo, en sus resultados finales, ese exacerbado afán de posesión de que hablamos. Ello suscita la impresión de un desdoblamiento del yo, de una disociación de la conciencia: mientras en secreto, y según una finalidad ficticia, se atiene al esquema de la avaricia, la envidia, el afán de dominio, la malicia, el egotismo, la coquetería, el autoritarismo que siempre quiere tener razón, públicamente puede desempeñar —también por coquetería— el papel de bienhechor y protector, de conciliador, de hombre noble y desinteresado. Pero, es cierto, este juego por lo general termina en desastre, como en el caso del fanático de la verdad, Gregor Werle, en el drama de Ibsen, *El Pato Silvestre*. El neurótico quiere *poseerlo todo*, ansía *ser siempre el primero*, pese a todos los rasgos de carácter opuestos que exhiba abiertamente. El paciente está

impulsado, en rigor, por un solo deseo, el deseo de poder, lo más absoluto posible, y como su sentimiento de personalidad debe retroceder ante muchos de los medios desagradables que emplea, y el poderío ajeno podría estorbar su triunfo, cierra los ojos para ocultarse a sí mismo y a los demás la visión de sus rasgos de carácter reprobables; y como experimentado conocedor de las tendencias hostiles y de las pocas simpatías que despiertan, en público deja que su "conducta consciente" se guíe por el ideal de la virtud. No obstante, sus reforzadas tendencias agresivas se revelan en sus sueños, en sus actos impulsivos, en sus actitudes, mímica y gestos sustraídos al control: precisamente, a través de todos los canales de que se vale la neurosis para expresarse. Por ello, si bien ocurre que entre quienes rodean al neurótico hay quienes conocen su verdadero rasgo de carácter, nadie comprende cabalmente todo el sentido de la situación.

En lo que concierne a la naturaleza hereditaria de tales rasgos de carácter y a su estructura antagónica, siempre se comprueba que éstos no son en modo alguno naturales, congénitos, que han sido adquiridos a título de líneas de orientación secundarias, tomadas de la imagen del padre, de la madre o de las figuras sustitutivas. La psique neurótica se forma sobre la base de los materiales que encuentra en sí misma y sobre los que encuentra fuera de ella, y que le sirven de modelo, tales como el doble juego, el desdoblamiento de la conciencia en nuestra sociedad. Pero el artificio de la neurosis consiste en encubrir, enmascarar, ocultar los rasgos hostiles, agresivos, inaceptables, con los cuales el individuo busca lograr la elevación de su personalidad, mientras por otra parte busca conquistar ese mismo objetivo, o acaso más intensificado aún, mediante rodeos, esto es, mediante los rasgos de carácter aparentemente opuestos y por síntomas neuróticos. Es fácil comprobar que la exagerada generosidad de tales pacientes está destinada —de la misma manera que la exaltación de sus impulsos agresivos, de su codicia y de su avaricia— a contribuir al logro de su "voluntad de poder". Semejándose en todo al donante, en realidad, él es quien menos da y más recibe.

Uno de los pacientes a quien yo traté a causa de su tartamudez y estados de depresión, era conocido por cuantos le rodeaban como bueno y generoso. En cierta oportunidad hizo una cuantiosa donación voluntaria a una institución, y

al referírmelo, el mismo día del hecho, añadió, como de paso, que se sentía particularmente deprimido. También su tartamudez estaba más acentuada. No fue difícil comprender que la agravación de su neurosis era una consecuencia de su generosidad, tras la cual se sentía disminuido; y era lícito esperar, aun antes de que su verdadero carácter, pensamientos y sueños se pusieran ulteriormente de manifiesto, que ellos habrían de expresarse en una dirección paralela a la de sus visibles síntomas neuróticos. Ya se había alejado demasiado de su objetivo —el aumento de su patrimonio—, y sentía que debía dar los pasos necesarios para regresar al redil: "Había pasado ya el mediodía —siguió contándome—, y sentía gran apetito; además un amigo me esperaba en un restaurante, donde pensábamos almorzar juntos. Tuve que hacer a pie un largo trecho. Felizmente mi amigo aún me estaba esperando. Después del almuerzo me sentí un poco mejor". Esto es, sin perder un momento, después de un acto de generosidad, comenzó a economizar de nuevo: cubrió a pie el trayecto al restaurante, a pesar del hambre, a pesar de la depresión y a pesar de la cita con un amigo. De paso, pudo hacer esperar a su amigo, lo cual en el neurótico constituye una manera disimulada de manifestar el afán de dominación. He observado muchos pacientes a los cuales el hambre les provocaba dolor de cabeza, temor, depresión y sentimientos de odio. Algunos de estos síntomas, pueden, claro está, deberse a causas orgánicas, pero, por lo general, representan, ciertamente, protestas contra la disminución de la personalidad causada por el hambre.

Las primeras manifestaciones y acciones y las primeras comunicaciones que el paciente hace al médico expresan ya, a menudo, lo esencial del mecanismo de la enfermedad y de su carácter. Ello se debe a que el enfermo aún no ha tenido tiempo de adoptar una actitud de prevención y de cautela frente al médico. En la primera visita que me hizo aquel enfermo, me habló, espontáneamente, de la mala situación económica de su padre, y de que él no podría hacerse el tratamiento si mis honorarios resultasen elevados. Pasado cierto tiempo, en el curso del tratamiento surgió una forzosa confesión de que me había mentido a fin de obtener honorarios más ventajosos. Su avaricia se mostró también en muchos otros aspectos, pero, en cada caso, buscaba engañarse a sí mismo y sobre todo a los demás. Estos dos rasgos, la avaricia

y el disimulo, eran los mismos que presentaba su padre, quien constante y enérgicamente le recomendaba economía, repitiéndole hasta el cansancio: "Dinero es poder; ¡con dinero se consigue todo!" Así, nuestro paciente, muy ambicioso y dominante ya desde su niñez, al enfrentar más tarde una situación de incertidumbre y de desaliento por no poder alcanzar directamente el modelo paterno, era inevitable que —siempre presionado por su ambición—, se valiese de un artificio destinado, a sus ojos, a demostrarle a su padre que su educación había sido equivocada: se obstinó en no superar la tartamudez que le afectaba desde su infancia. No pudiendo ser el primero, no pudiendo sobrepasar al padre, inutilizaba sus esfuerzos; con el tartamudeo saboteaba el juego de su padre y le colocaba en situación de impotencia: su hijo no podía aventajar a los demás. Y al mismo tiempo, de esta manera eludía ponerse a prueba y se escurría de su responsabilidad. También en los otros casos de tartamudez que tuve ocasión de observar, hallé que este síntoma expresaba un estado de vacilación de personas ambiciosas que habían perdido transitoria o definitivamente la fe en sí mismas [1].

Pero nuestra civilización da generalmente la razón a los niños, que en la acumulación de dinero ven el camino hacia la seguridad del poder. Así la voluntad de poder de nuestro paciente adoptó exteriormente la forma de la economía y de la avaricia exageradas. Sólo a causa de la contradicción a que se vio abocado entre las manifestaciones bastas y abiertas de la avaricia y la opinión pública, fue que nuestro paciente se vio obligado a ocultar ese rasgo, con cuya ayuda pretendía aventajar a su padre, y a utilizar la tartamudez a título sustitutivo.

El análisis ulterior nos reveló el punto de partida de su exacerbada ambición de dinero y de posición. Durante los primeros años de su infancia padeció, casi constantemente, de trastornos gastrointestinales debidos a una inferioridad congénita de su aparato digestivo. Por lo demás, las afecciones gastrointestinales eran comunes en su familia. El paciente recordaba perfectamente las muchas ocasiones en que debió privarse de platos apetitosos, pese a su hambre y a su deseo, mientras veía a sus padres y hermanos saborearlos con

[1] Véase también: Appelt, "Fortschritte der Stottererbehandlung", en *Curar y Educar*.

fruición. Toda vez que podía escondía alimentos, bombones y frutas para solazarse más tarde. En esa tendencia a la acumulación y a la economía advertimos ya expresiones de la tendencia aseguradora, tratando siempre de neutralizar el sentimiento de inferioridad.

En esta búsqueda de neutralización del sentimiento de inferioridad, el individuo suele llegar muy lejos. La voluntad de poder y de posesión, excitada por el sentimiento de inferioridad, puede sufrir tal estimulación que se la encuentre inclusive en las manifestaciones psíquicas más insospechadas. Un pequeño paciente del tipo que estamos estudiando, podrá comenzar por apetecer una manzana que le está prohibida, al observar al padre o al hermano que está comiendo esa fruta. Sentirá envidia, y acaso no tarde, en sus reflexiones y anticipaciones, en experimentar la pasión de la igualdad; en encontrar injusto que los otros puedan disfrutar de aquello que a él le es inaccesible [2] y no soñará sino con los medios susceptibles de evitar esa injusticia. Pronto habrá amplificado esta voluntad, todavía nimia, hasta un punto en que se verá facilitada por preparativos y dispositivos: podrá, por ejemplo, sobre todo si su musculatura es constitucionalmente endeble, entrenarse durante todo un año en saltar y en trepar, para lograr la destreza que le permita encaramarse hasta lo más alto de un árbol. El alma humana no es capaz de darse cuenta en todo momento de los objetivos ficticios que persigue. Es así como el niño en cuestión, con aparente independencia de su meta final, ejercita sus aptitudes para el deporte y la gimnasia sirviendo así igualmente —si bien de otra manera— a otras tendencias favorables a la elevación del sentimiento de personalidad. Ello hace pensar en los estados modernos que acumulan armamentos, sin saber exactamente contra quién van dirigidos.

El padre de nuestro paciente sobrepasaba a cuantos lo rodeaban en estatura, fuerza, riqueza y posición social. Nada de extraño tiene que el niño lo haya tomado como su primer modelo. Para salir de la incertidumbre y del estado de inseguridad en que se veía sumido a causa de su inferioridad constitucional, debía hacer sus preparativos con vista a su vida ulterior, y para ello, darse un cierto plan, proponerse

[2] Véase *El fracaso de un ídolo*, donde Koestler y Silone relatan cómo las experiencias infantiles de personales privaciones dieron el punto de arranque a sus pasiones igualitarias. [S.]

un punto fijo. Una exagerada acentuación de la línea de orientación hacia la imagen ideal suministrada por el modelo paterno constituye ya, en sí misma, un rasgo neurótico, pues denuncia los graves sentimientos de desamparo y de inseguridad de este niño. La tendencia a la seguridad, inherente a la neurosis, incita al paciente a sobrepujar sus propias fuerzas y lo pone sobre un camino que debe conducirlo fuera de la realidad, por los motivos siguientes: 1º Porque por todos los medios procura realizar su ficción de igualar o sobrepasar a su padre. Todas sus experiencias y vivencias del mundo están sometidas a dicha ficción. 2º Por la imposibilidad de realizar semejante ficción en forma total fuera de la psicosis. 3º Porque el objetivo en cuestión desanima al individuo a causa de su misma desorbitancia. Nace así en la psique del niño un rasgo particular que lo lleva a buscar, a medir, a pesar, a vacilar continuamente. Digamos todavía algunas palabras a propósito de este rasgo.

Según mi experiencia, y tal como lo he demostrado ya en trabajos anteriores, el principal motivo que impele al niño neurótico a tomar exageradamente al padre como modelo, es la búsqueda del papel sexual. El niño predispuesto a la neurosis o, para decirlo en otros términos, el niño agobiado por el sentimiento de inferioridad, quiere *llegar a ser un hombre*. En ambos casos no puede tratarse sino de una apariencia: el niño se comporta *como si* fuese un hombre o debiera serlo. En otras palabras: la exacerbada tendencia aseguradora somete al neurótico en cierne al dominio de la ficción, provocando, al menos en parte, una simulación consciente. Así, una niña, para escapar a su sentimiento de inferioridad, comenzará por imitar conscientemente los gestos de su padre, y nada nos autoriza a admitir que procede de esa manera por estar enamorada de su padre. Su imitación se explica suficientemente bien por el gran valor que ella atribuye al principio masculino; pero convenimos en que tanto la niña como quienes la rodean pueden equivocarse acerca de la verdadera significación de su conducta, sobre todo a causa de que las alusiones al amor y al matrimonio desempeñan un importante papel en los juegos infantiles y en su entrenamiento para el futuro. En nuestro caso, la búsqueda de un ideal compensador de la personalidad se transformó en ambicioso deseo de sobrepasar al padre en riqueza, en estima y, por consiguiente, en virilidad. Al mismo tiempo, su búsqueda del

propio papel sexual que se inició, típicamente, con una intensa curiosidad sexual, hizo que el paciente, ayudado por su sentimiento de inferioridad, experimentase su propia pequeñez frente a la grandeza como una grave humillación, como una falta de masculinidad. Su amor propio, destinado a cooperar en su elevación sobre su inferioridad, alcanzó tal grado que llegó a sentir vergüenza de sus órganos sexuales pequeños. Así creció su pudor: por nada del mundo consentía que se le viese desnudo dejando en descubierto el motivo de su humillación. A ello vino a agregarse, además, su origen judío. Había oído decir algo de la circuncisión, y se había imaginado que esa operación era de alguna manera la causa de su disminución. Su protesta viril le impulsó a despreciar a la mujer, a negarle todo valor: ello le servía como un medio de evidenciar su superioridad, inclusive frente a la madre, con la cual llegó a mantener pésimas relaciones. En lo que se refiere al padre, cuya predilección sabía conservar gracias a tácticas diplomáticas, sus sentimientos eran igualmente hostiles, sobre todo a causa del hábito que éste tenía de ostentar su superioridad. Buscando orientarse en medio de esta confusión de sentimientos, se propuso ser superior al padre, sobrepasándolo en masculinidad. Como consecuencia de esta veleidad y de su deseo de humillar a los demás, se manifestó su protesta viril, responsable de numerosos y vanos intentos de llegar a ser más rico, más respetado, más inteligente que el padre, que terminaron por llenarle de irresolución y prudencia.

Su padre había concebido grandes ilusiones respecto a la facilidad de palabra que el paciente había demostrado en la niñez, y sin arredrarle el leve tartamudeo que afectaba a su hijo, esperaba que siguiese la carrera de abogado. El niño advirtió que ahí, precisamente, residía el punto vulnerable del padre y se puso a tartamudear cada vez más acentuadamente: expresión de defensa neurótica contra la superioridad paterna, elaborada sobre una falla contagiada o copiada de uno de sus maestros, que era tartamudo. Ulteriormente empleó ese mismo síntoma para los más diversos fines: la tartamudez le servía para ganar tiempo y observar a su interlocutor, para medir sus propias palabras, sustraerse a exigencias familiares, explotar la compasión de otros y, finalmente, para dar pie al prejuicio de que no debía esperarse mucho de él, arreglito que le permitía superar luego fácilmente la expectativa de la

gente. Es interesante señalar que su tartamudez bastante acentuada, lejos de significarle una desventaja en el galanteo de las mujeres, contribuía a que fuese bien visto por ellas, hecho que, desde nuestro punto de vista, se comprende en razón de que muchas mujeres prefieren un hombre al que puedan sentir inferior y bajo su dominio.

Para evitarse la reprobación social, puso fin a los arrebatos de odio contra los padres, los hermanos y la servidumbre, y se trazó una nueva línea directriz destinada a mostrarse ante los demás como si fuera un hombre bueno y generoso. A fin de lograr ese cambio, se entregó todas las noches a una autoconfesión, en cuyo curso se reprochaba todas sus malicias y estimulaba sus remordimientos de conciencia. Es así como su inteligencia, más desarrollada, le había aconsejado buscar la elevación de su sentimiento de la personalidad por un camino de rodeo, por un medio aceptado por nuestra cultura.

La ausencia de toda actitud franca y directamente agresiva podía advertirse también en el hecho de que toda su ambición se resolvía en ideas y fantasías, así como en los éxitos escolares, que le colocaron por encima de la mayoría de sus condiscípulos. La única manifestación visible de su anterior agresividad se redujo ahora a una creciente tendencia al sarcasmo y a soliviantar a los demás, que le valió el mote de "tábano". Un papel importante en su vida desempeñó la actitud combativa que asumió en favor del judaísmo, y que se tradujo en un acto compulsivo que se inició cuando tenía alrededor de 12 años de edad: todas las veces que entraba en una piscina de natación ocultaba con las manos sus genitales, en seguida sumergía su cabeza bajo el agua y contaba hasta 49, de suerte que cuando emergía a la superficie, frecuentemente estaba medio asfixiado y agotado. El análisis reveló que con esta ceremonia él buscaba realizar la igualdad de los genitales entre los hombres. Según la antigua legislación judía, que él acababa de estudiar, el 49º constituía el año jubilar, el año en cuyo transcurso se restablecía la nivelación de las fortunas. Tales ideas y la simultánea ocultación de los genitales contribuyeron en mucho a facilitar la interpretación de este caso. Me creí, en efecto, con derecho a concluir que también su tartamudez estaba destinada a compensar la superioridad de su padre y la de la gente en general, sometiéndolos a todos, con su tartajeo, a una situación molesta y penosa. Al mismo tiempo, este defecto resultaba, tanto para él como para los

que lo rodeaban, una inmerecida y misteriosa limitación de sus poderes funcionales.

Su avaricia y su economía perseguían ese mismo objetivo de eliminar la superioridad de otros, de ponerlo a salvo de humillaciones y de una nueva disminución por empobrecimiento. Y para lograr el alza de su sentimiento de personalidad y afirmar su protesta viril se vio obligado a desarrollar esos rasgos de carácter, esas líneas de orientación secundarias, y a subordinar a su dominio todas sus vivencias ulteriores. Sólo en aquellas ocasiones en que la manifestación de estos rasgos de carácter le hubiera significado una disminución de su sentimiento de dignidad personal, suprimía su actuación abierta y los relegaba al inconsciente.

En el campo médico-psicológico no corresponde sustentar un criterio ético y clasificar a personas como la descrita como moralmente inferiores. Para quienes sintiesen esa tentación, debo recordarles los fuertes y valiosos rasgos compensadores de carácter que suelen derivar de las inferioridades, así como la sabia reflexión de La Rochefoucauld: "Jamás examiné el alma de un hombre malo; pero una vez examiné el alma de un hombre bueno, ¡y retrocedí espantado!"

En otro caso, la avaricia se manifestó no solamente como una construcción auxiliar, destinada a compensar el sentimiento de disminución, sino, además y principalmente, como un artificio al servicio de la tendencia a la seguridad. Un paciente de 45 años de edad, que venía sufriendo durante toda su vida de impotencia psíquica y que estaba obsedido por la idea del suicidio, mostraba una inclinación particularmente intensa a humillar a otros. Este rasgo de carácter lo conocemos por el caso precedente, donde, como siempre, lo vimos servir para compensar un sentimiento de inferioridad. Esta tendencia va generalmente unida a desconfianza y envidia muy pronunciadas, a las que considero dispositivos neuróticos destinados a alterar la valoración individual de las experiencias interiores. En los casos de este tipo se observa una tendencia más o menos disimulada a infligir a otros un dolor físico o psíquico. El abstracto punto de vista directivo, mediante el cual el paciente busca asegurar su posición dominante, de "estar arriba", parecía visiblemente amenazado y le imponía la necesidad de reforzar sus líneas de orientación ficticia. Según los recuerdos de la niñez, utilizados por su neurosis, había estado a punto de ser víctima de un homo-

sexual. En una familia de muchos niños, había sido el único varón entre hermanas, situación que, según mi experiencia, a menudo impide la formación de una clara idea acerca del propio papel sexual, sensibiliza y daña la confianza en sí mismo. También las relaciones con su padre le obligaron a buscar reforzadas medidas de aseguramiento, pues se trataba de un ser brutal, egoísta, tiránico, que le impedía hacerse valer en su presencia. Ciertas aventuras amorosas habían colocado al padre en situaciones bien difíciles; su recuerdo le sirvió a nuestro paciente para la formación de su neurosis: su desconfianza se dirigía contra todas las mujeres en general. Frente a sus hermanas siempre se mostraba abnegado y cariñoso, hecho que él percibía muy vivamente y del que tendenciosamente extraía la idea de cuán susceptible era él a ceder ante las mujeres. Y a fin de evidenciarlo ante sí mismo y ante los demás, se dejaba llevar muy lejos en esta dirección. Pero todo ello era una preparación para sustraerse a las mujeres, para negarse a ellas.

Desde su infancia había transportado sus sentimientos de inferioridad sobre una imagen sexual. En su búsqueda de una explicación de su actitud poco masculina (¿acaso el homosexual no lo había tomado como a una muchacha?), la halló en una criptorquidia ocasional, complicada con un conducto inguinal abierto. En tanto su padre le sirvió de modelo, mostró los preparativos corrientes para igualarse a él. Bebía en secreto el licor del padre, intentó poner a su madre de su parte, y muy temprano eligió la profesión paterna (carnicero), cuyo ejercicio podría satisfacer además las inclinaciones sádicas exacerbadas por su sentimiento de inferioridad y por su aspiración a igualar al padre. Asimismo se entregó a ataques brutales sobre jovencitas y mujeres: las mordía, les pegaba y en una ocasión llegó a la violación. Este último hecho delictuoso en que se vio envuelto, si bien por un lado le permitió identificarse en el papel brutal de su padre, por el otro lo asustó a causa de las peligrosas consecuencias penales y la consiguiente disminución de su sentimiento de personalidad que amenazaba. A ambos riesgos pudo escapar por el camino de rodeo de la neurosis. Empleó su desconfianza, ya de por sí grande, contra las muchachas, para atormentarlas con sus accesos de celos, tenerlas así por completo bajo su voluntad y de esta forma asegurarse su aparente dominio y superioridad sobre ellas. Su eyaculación precoz y su impotencia consecu-

tiva (que, como la frigidez, es clara señal de egoísmo e incapacidad de entrega) le sirvieron tanto para darse nuevas pruebas de su malevolencia hacia la mujer, como para garantizar su seguridad. Prefería seducir mujeres casadas, con el objeto de decepcionarlas con su impotencia, y al mismo tiempo darse nuevos testimonios de que "todas las mujeres" son traidoras y malas. Esta propensión a hacer sufrir se manifestó también en ideas obsesivas. Hallándose ya en tratamiento, durante una clase sintió la tentación de morder y pegar a su profesora de idiomas, pues se le había ocurrido que ella tenía un amante al cual prefería en detrimento suyo. Esta reacción sádica a un sentimiento de postergación, suerte de protesta viril contra la sensación de falta de masculinidad, de blandura, provenía de su infancia y se manifestaba a lo largo de toda su neurosis.

No fue difícil demostrar que también su impotencia era un expediente para evadirse de la esclavitud del amor y de la sumisión a una mujer —tendencia que también encontró auxilio en el deseo de humillar reiteradas veces y de cualquier modo a las mujeres que le salían al paso. Cuando comprendió que no debía hacerse ilusiones con su profesora, abandonó bruscamente las lecciones, pues sabía que la muchacha necesitaba de las clases para ganarse la vida, y que con su abandono le ocasionaba un cierto perjuicio. Pero antes hizo sus cálculos sobre los gastos que le ocasionaban sus lecciones y los encontró excesivos para su situación económica: conclusión manifiestamente falsa y tendenciosa, pues se trataba de un hombre muy adinerado. Con la misma intención y con igual objetivo empleaba recuerdos de pensamientos incestuosos, que se repetían ocasionalmente, a fin de advertirse con horror de su incapacidad de controlar su debilidad, de resistir a sus tendencias criminales frente a las mujeres. Así se construyó una serie de dispositivos de aseguramiento contra las mujeres, creyendo garantizarse por este camino una duradera superioridad en la vida.

Pero sobre todo creía (y de todas las razones que le llevaron a precaverse contra las mujeres, ésta era, sin duda, la verdadera) que en el matrimonio y en el amor sólo podrían esperarle decepciones, causadas por su falta de masculinidad. Puesto que en su neurosis él buscaba demostraciones de su poder, debió proceder con cautela y recurrir a rodeos neuróticos. También este paciente sufrió ya en edad temprana

trastornos gastrointestinales y, como señal de inferioridad periférica, la fatal hernia inguinal y la criptorquidia, que no hacían sino agravar su sentimiento de inferioridad. Dado su tipo de comportamiento amoroso, la avaricia exagerada le sirvió como el más útil medio para asegurarse contra una entrega demasiado intensa. Pero para que se constituyese en un medio verdaderamente eficaz, era preciso que la avaricia estuviese siempre presente y se manifestara en todos los detalles de su vida. Ella debía verse auxiliada y asegurada por toda clase de subterfugios. Esto se logró, entre otros medios, por la combinación de ideas obsesivas. Al subir a un coche le asaltaba el temor a un posible choque. El análisis de esta idea obsesiva reveló que ni remotamente creía en tal eventualidad, pero que, apoyándose en esta fobia se evitaba dispendiosos gastos de transporte. Inclusive, cuando debía hacer en tranvía un trayecto algo más largo, al final de la primera sección le sobrevenía la idea de que se produciría un accidente, que el puente que el tranvía debía cruzar más adelante podría derrumbarse. Una vez así atemorizado, casi siempre se veía compelido a descender y a continuar el trayecto a pie, de manera que se economizaba algunos centavos. De modo semejante, en todo tendía a amargarse por cualquier gasto y a reducir al máximo su ámbito vital.

A fin de introducir una cierta unidad en su conducta, procuró humillar asimismo a los hombres, según lo evidenciaba su preferencia por las mujeres casadas. Si bien la consternación, el desengaño de las mujeres seducidas y las injurias con que luego las agobiaba le producían gozo, no era menor la satisfacción que experimentaba de sentirse superior al marido engañado por su causa. Tal la forma en que vino a realizarse su ficción original, su deseo de llegar a ser más viril que todos. El temor a la mujer que, operando en el mismo sentido que su sentimiento de femineidad, lo había empujado al principio hacia una exagerada protesta viril, se lo encuentra de nuevo en su sobreaseguramiento contra la superioridad de la mujer y en el refuerzo desmesurado de su desconfianza y de su avaricia, que en razón de su eficacia para suministrar buenos argumentos justificativos, le sirvieron como sólidos parapetos de seguridad. Fascinado por esta tendencia aseguradora, agregó como apoyo complementario la impotencia psíquica, conocida por él desde sus primeras tentativas. Una joven sirvienta a la cual intentó seducir siendo

adolescente, le había opuesto resistencia. En su inexperiencia se consideró impotente. Más tarde, mejor informado, percibió su inexperiencia como si la mujer fuese para él un enigma indescifrable. Pero fue en la impotencia —expresión psíquica de sus contra-argumentos, de sus contra-razones y de su desorientación frente a la mujer—, donde halló el rodeo neurótico para eludir una derrota definitiva que mancharía su masculinidad. Se dedicó a medirse con otros hombres con un interés apasionado. Por ejemplo, se sorprendió a sí mismo en situaciones psíquicas de este tipo: estar sentado a la mesa con un grupo de personas, pensando, antes de que nadie hubiese dicho una palabra, qué réplica podría dar para aplastar al interlocutor, para poner en evidencia su error. No podía hablar de un libro, de una obra de teatro, de una persona o de un lugar sin hacer una crítica negativa y amarga. Nada tuvo pues de extraño que en cada sesión del tratamiento, luego de una breve introducción, pusiera de manifiesto su desconfianza, avaricia y tortuosidad, a menudo en enmarañada combinación. La agresividad y la difamación de los demás se habían convertido en él en un rígido gesto psíquico, del que no podía despojarse y al que siempre ponía de manifiesto, sobre todo en el curso del tratamiento.

A esto se agregaba otro factor agravante: consultaba al médico no con la mera y simple intención de librarse de su impotencia (pues ello lo hubiera hundido nuevamente en sus miedos); lo que realmente quería era una prueba de su incurabilidad, o un medio para hacerse potente sin riesgos de derrota. Y sólo podía asegurar, su incurabilidad menospreciando la ciencia y la técnica del médico. Pero el camino de su curación no podía hallarse sino rastreando el temor a la mujer hasta sus orígenes erróneos, hasta el sentimiento infantil de su falta de masculinidad en el cual se había concretado su sentimiento de inferioridad. Uno de los sueños que tuvo poco antes de finalizar el tratamiento ilustraba muy bien esta situación. Pero antes de ocuparme de él debo recordar que interpreto el sueño como expresión abstracta y simplificada de un ensayo para hallar la salida de una situación que amenaza con una derrota al sentimiento de personalidad. Esa salida, ese refugio común a todos los hombres, pero reforzado en el neurótico, y típico en cada individuo, lo obtiene mediante anticipaciones que examinan las dificultades según el esquema asegurador. En cada sueño se tropezará,

pues, con el esquema significativo del modo de apercepción antitético: "masculino-femenino" y "arriba-abajo". Para hacer comprensible el sueño, las ideas y recuerdos relacionados con él deberán ser considerados a través de este esquema. El sueño no representa siempre y necesariamente la realización de un deseo infantil; está más bien destinado a facilitar ensayos preparatorios tendientes a establecer, en escala reducida, el balance del neurótico, de suerte que arroje beneficio a favor de su sentimiento de personalidad. El sueño de nuestro enfermo fue el siguiente:

"Estoy negociando con cosas viejas en Viena, en Alemania y en Francia. Tengo que comprar cosas nuevas y lavarlas, pues así me sale más económico. Después vuelven a ser cosas viejas."

Las "cosas nuevas" significan una nueva potencia, en oposición a las "cosas viejas", su impotencia, que todavía nadie, en parte alguna, había curado. Aquí se transparenta la idea de una vida nueva, de la posibilidad de hacerse potente. La frase "pues así me sale más económico", se relaciona con las ideas que expusimos más arriba: con su temor a los desembolsos que implicaría la adquisición de potencia sexual. Pero esta última idea sólo puede justificarse si el paciente está persuadido de la fuerza irresistible de sus deseos sexuales, de su apasionamiento que no conoce límites, de su impulsiva persecución de mujeres. Se provee de esta convicción mediante una tendenciosa selección de recuerdos de su infancia, adolescencia y juventud. Al mismo tiempo da una cierta forma a sus recuerdos incestuosos infantiles, persuadiéndose, como todos los neuróticos, de que ha deseado sexualmente a su madre y a sus hermanas. En otras palabras, se sirve de una ficción derivada de su objetivo final, del mismo modo que Sófocles utilizó el mito de Edipo para consagrar los santos mandamientos de los dioses. Su deseo de sojuzgar a la madre y a las hermanas se expresa en lenguaje sexual. Nuestro paciente es víctima voluntaria de su insuficiente comprensión de la dialéctica, del carácter antitético del pensamiento primitivo. La idea directriz de su ideal de personalidad: "No debo codiciar a mujeres a las que me liguen lazos consanguíneos", contiene, en forma dialéctica, la idea antitética de la posibilidad del incesto. Procurando asegurarse, el neurótico se aferra a la idea antitética, juega con ella, la subraya y la utiliza en la neurosis como útil recuerdo aterrorizante. En la vida

de nuestro paciente, como en la de todos los neuróticos, ha habido harto mayor número de experiencias que podrían haberle convencido de que carece de impulsos incestuosos, de que siempre fue moderado, cauto y tímido. Pero como lo que el enfermo persigue es asegurarse, su memoria y su apercepción neuróticas —deformadoras y tendenciosas—, rechazan esas experiencias e inconvenientes. Son muchas más las impresiones que probarían no haber codiciado jamás ni a su madre ni a sus hermanas, pero tal comprobación no presta utilidad alguna a los fines de la seguridad buscada. Sólo recuerda, pues, vestigios de cierta conducta preparatoria, de ciertos simulacros lúdicos; y se aferra de esos recuerdos porque le sirven de advertencia, de carantoña con la cual asustarse saludablemente a sí mismo. Quiere "lavar", o sea librarse de sus tendencias malvadas y criminales. La angustia neurótica, la agorafobia, la hipocondría, el pesimismo y la manía de dudar, hacen exactamente lo mismo: los enfermos no tienen en cuenta sino las impresiones y recuerdos susceptibles de ayudarles en su búsqueda de seguridad, adecuados para reforzar su estado afectivo y, al mismo tiempo, desatienden los otros, en especial los opuestos. Al igual que los sofistas, el neurótico y el psicótico tienen la aptitud de "in utramque partem dicere", y la utilizan toda vez que les resulta útil.

A causa de las aptitudes agudamente afinadas y tendenciosamente acentuadas del neurótico y de los rasgos de carácter que las acompañan, ante cada situación nueva se sienten desorientados, desamparados, perturbados (el "misoneísmo" de Lombroso). Lo que más teme nuestro paciente es la situación para él desconocida de la satisfacción sexual, pues, cuando la presiente, se atribuye a sí mismo —por razones de seguridad— un papel de sumisión, subordinación y derrota. Pero este temor, que el paciente experimenta como mero temor a la impotencia, representa un nuevo aseguramiento contra la eventualidad de ser encadenado, subyugado, defraudado por la mujer; contra el peligro de no poder competir con ella, contra un papel en pugna con su ideal masculino, y por tanto visto como femenino. Con esos rasgos anodinos y comunes de egoísmo, avaricia y economía se ha dado un formidable recurso de defensa, en apariencia innato, pero, en realidad, ficticio, y piensa que esta línea directriz de avaricia le servirá de mejor protección. Debe defenderse contra el riesgo de obtener nuevos genitales, como en el sueño y tal como ya lo

había deseado en la infancia, cuando deseaba poseer una sana potencia. Y recurre a un expediente bien conocido por él desde tiempo atrás (pues le ha sido recomendado reiteradas veces), pero que debilitó sus erecciones en lugar de provocarlas: a las abluciones frías. Este tratamiento, deficiente según su experiencia, lo equiparaba él con el mío. Está convencido —y espera— que la cura obtendrá el resultado contrario al que se pretende y que el médico fracasará, tal como les sucedió a los médicos anteriores. Así, el sueño muestra al paciente el camino para protegerse de la curación, para afirmar su superioridad frente al médico. "Después vuelven a ser cosas viejas".

En otros casos de impotencia psíquica, la curación se logra fácilmente y, como sabemos, con los más diversos medios. Frecuentemente se trata de pacientes neuróticos, que ya por acudir al médico muestran disposición a desembarazarse de su aseguramiento. Se curan por medicamentos, sonda refrigeradora, electricidad, curas hidroterápicas, y, en especial, por la sugestión en todas sus formas. Basta a veces que el médico sepa hablar con autoridad para que se superen dudas, cavilaciones y prejuicios. Pero en los casos graves se hace necesario provocar una transformación de la psique, excesivamente orientada hacia la seguridad, e introducir al paciente en la vida social, de la que trata de sustraerse por medio de la impotencia.

ψ

La vejez a menudo da un particular relieve a la envidia y a la avaricia. El hecho no es difícil de comprender desde el punto de vista psicológico. Los poetas y filósofos describen la vejez con hermosos colores, pero sólo a unos pocos espíritus superiores les es dable conservar el equilibrio cuando se aproximan al punto en que se entrevé el camino de la muerte. Por otra parte, las privaciones y restricciones que la vejez implica naturalmente; la sensible superioridad de la juventud y de parientes que muchas veces —de modo ingenuo o pretendidamente ingenuo— provocan la humillación del anciano, casi siempre ocasionarán una depresión de su sentimiento de personalidad. La luminosa y serena disposición que Goethe nos ha descrito en su *Padre Kronos*, constituye para la mayoría de los mortales un ideal inaccesible, y debemos considerar felices a quienes sobreviven con calma

y serenidad a la desaparición de sus mejores años de la vida.

De esta manera, la vejez se nos presenta como una causa natural de reducción del sentimiento de personalidad. Esta reducción se verá particularmente acentuada en los predispuestos a la neurosis. El envejecimiento, la menopausia en la mujer, la sensación de declinación intelectual o física, los primeros síntomas de impotencia, la disolución de la familia, el matrimonio de un hijo o una hija, pérdidas monetarias o cesantía, etc., tales las principales causas de perturbación psíquica que la vejez acarrea a muchos individuos. En la mayoría de estos casos ya se encuentran indicios o explosiones de fenómenos neuróticos en sus antecedentes. La vejez, con sus pérdidas, opera en el mismo sentido que los demás factores de disminución del sentimiento de personalidad. Para restablecer el equilibrio, el impulso agresivo exacerbado busca otros caminos que, en estos casos, desgraciadamente, no son nada fáciles de hallar. ¡Qué solución harto más simple sería la resignación, si la afectividad se restringiera en forma paralela a la disminución de las fuerzas físicas e intelectuales! Pero ello ocurre rara vez. Y para hallar la compensación, el impulso agresivo, estimulado por la inseguridad, agita una vez más todos los deseos.

La opinión pública suele volverse con excesivo rigor contra tales manifestaciones en los viejos. Se tiende a criticar su actitud, su género de vida, sus deseos y veleidades, su manera de vestir y de trabajar, y quienes están predispuestos a la neurosis se dejan asustar fácilmente por esta crítica, la perciben como una interdicción y retroceden, aun cuando pudieran brindarse nuevas posibilidades de satisfacción. Se impondrá el acatamiento, se intentará sofocar sentimientos y deseos, pero en vano. Esos sentimientos y deseos se afirmarán, al contrario, más fuertemente que nunca, más vivamente que nunca, toda vez que se busque resignación sin compensación. Así se activarán los rasgos hostiles de carácter; la envidia, la avaricia, el afán de dominio, los impulsos sádicos de toda clase sufrirán un intenso refuerzo, y siempre insatisfechos, engendrarán un estado de inquietud y de agitación que lanzará al individuo a buscar continuamente modificaciones, posibilidades de compensación y medios de seguridad: "¡Allí donde tú no estás, está la felicidad!" La situación real de las personas ya entradas en años está gravemente amenazada en nuestra sociedad, que sólo juzga la personalidad por la

calidad y valor de su rendimiento material. Pero, por otra parte, la apariencia del poder, el prestigio, le es necesario al neurótico como su pan cotidiano. Ya sabemos que el suicidio es la última expresión de la protesta viril en la vejez. También la melancolía se encuentra en muchos casos como acto de venganza.

El comienzo de la vejez produce más intensos efectos en la mujer que en el hombre. De ahí que aquélla tienda a exagerar la importancia de la menopausia. Pero debe tenerse en cuenta el hecho de que, más que para el hombre, la juventud es la edad de la belleza y del poder que ella entraña. Los encantos de su juventud perdida le proporcionaban dominio, victorias y triunfos, es decir, todo aquello que el individuo neurótico desea obtener más intensa e insistentemente. La vejez es, pues, para ella un verdadero oprobio. La mujer que envejece pierde más valor que el hombre de la misma edad, y la mentalidad corriente le es por lo común más hostil.

Esta lamentable tendencia obedece a la bien conocida propensión masculina a desvalorizar a la mujer, que reforzada por nuestras experiencias en la vida en sociedad, llega a integrarse como una parte de nuestro ser. Consciente o inconscientemente, quienes pretenden ostentar el derecho a vivir, son llevados, muchas veces en forma irresistible, a despreciar a la mujer que envejece, a humillar su sentimiento de personalidad. El amor filial, el respeto a la ancianidad, la benevolencia, dictados por el sentimiento de comunidad, no son sino un mínimum que jamás podrá satisfacer el afán exasperado de quienes sienten declinar sus fuerzas. Es entonces cuando interviene la compensación neurótica. "Estoy disminuido, la vida me ha concedido demasiado poco, y ya no tengo nada que esperar": tales las quejas, siempre idénticas, que se escucha proferir a los neuróticos que envejecen. Se aferran de tal modo a esta sombría perspectiva de la vida que, en su desconfianza y recelo, suelen caer en un egoísmo atroz, antes desconocido en ese grado por ellos mismos. Al mismo tiempo se estabilizan los estados de indecisión y de duda. "Actúa como si aún pudieras hacerte respetar, a pesar de todo": es la otra línea directriz que se traza y que viene a exacerbar aún más la avidez neurótica: la avaricia, la envidia y el ansia de dominio adquieren enorme incremento y vienen a ubicarse en primer plano, si bien resultan casi siempre frenados, y los

pacientes retroceden frente a todo deseo y a toda iniciativa. Ocultos y penosamente sustraídos a la conciencia, los impulsos se mantienen en estado de permanente insatisfacción, en tanto la impaciencia y la desconfianza orientan continuamente la atención hacia lo irrealizado e inaccesible. Lo inaccesible a menudo se busca en la esfera erótica, y es así como, con frecuencia, lo sexual se constituye en símbolo del objetivo inalcanzable. En este último caso toda volición se ve, por así decirlo, "sexualizada". Ello se explica fácilmente, pues por una parte se da la gran aptitud del símbolo sexual, y por otra, la facilidad de producir —y eso es lo que al fin y al cabo interesa— la prueba de la insatisfacción sexual. Es comprensible que en tales personas la analogía sexual sirva de base para construir su modo de apercepción.

Pero hay que evitar el error de tomar como sensación primitiva, como sentimiento genuino, lo que no es sino ficción sexual, como si dijéramos "una manera de hablar", una jerga sexual. En la parte teórica de este libro dijimos que si la línea directriz sexual se destaca tanto en los neuróticos ello se debe a las causas siguientes: 1º Porque como todas las demás líneas directrices, sufre en la neurosis una considerable acentuación, por lo cual se la percibe como una sensación real, aun cuando se trate de un mero dispositivo de seguridad. 2º Porque en su trayecto sigue la dirección de la protesta viril. De ahí que los deseos de una neurótica que envejece puedan ser descritos no solamente por ella sino también por el médico, si se empeña en ello, con una analogía sexual. De ahí también resulta que el médico podrá satisfacer la inmanente aspiración del neurótico a la seguridad, ofreciéndole, irreflexivamente, una compensación sexual en el sentido freudiano. Pero ello de nada servirá hasta tanto no se logre librar a la paciente de su ficción, es decir, hasta que no se sienta más segura de sí misma y se la capacite para reconocer en su impulso, en apariencia libidinal, una ficción deformante.

El *período crítico del hombre*, descrito por autores como Freud y Kurt Mendel, constituye una ficción de este tipo. En la mujer, el período crítico, la menopausia, obra sobre todo por vía psíquica, en el sentido de una disminución de su sentimiento de personalidad. En cuanto a los procesos de metabolismo que acompañan a la menopausia, sólo son sus-

ceptibles de modificar o de acentuar el aspecto neurótico, y ello por su acción específica, incidiendo con un aumento del sentimiento de inseguridad. Un cuadro de este género, es decir, mixto y acentuado, ofrece la neurosis con los síntomas de la enfermedad de Basedow de mujeres en el período de la menopausia. En cuanto a la neurosis consecutiva al "climaterio masculino", también ella tan sólo indirectamente se ve influida por la atrofia genital, pero puede ser intensificada bajo la presión de la siguiente abstracción exagerada: "¡He dejado de ser un hombre, soy una mujer!" En virtud de este punto de vista ideológico, la línea de orientación masculina se constituye en objeto de una atención reforzada, generadora de excitaciones organizadas al efecto; sufre una suerte de hipóstasis, tras la cual se producen esos extraños fenómenos del "veranillo del membrillo" sexual, cuya frecuencia en las mujeres Karin Michaelis señaló acertadamente en su libro *Edad Peligrosa.*

Sin embargo, será conveniente insistir en que, contrariamente al punto de vista estrictamente biológico, la línea de orientación sexual no es la única ni tampoco la fundamental: si se quiere apreciar los hechos con equidad, debe ser considerada como *una* de las formas de expresión, sin atribuirle mayor o menor valor que a las otras formas del deseo. Una viuda entrada en años, para vengarse de sus hijos que la habían privado de la dirección de la casa, se lanzó abiertamente a aventuras amorosas con jóvenes pagados por ella. Un hombre de cierta edad sufrió años enteros de insomnio, por medio del cual castigaba a su mujer y a su hijo por su falta de cariño; al mismo tiempo estaba convencido de que sólo la libertad sexual le devolvería el sueño. Pero debe señalarse que se hallaba en un estado de depresión y laxitud continuas que impedían el menor impulso erótico.

La neurosis del climaterio nos muestra, pues, otro aspecto de la neurosis provocada por la protesta viril, y sus rasgos de carácter (líneas directrices secundarias destinadas a desembocar en la línea principal) se parecen a las hipóstasis ya conocidas por nosotros. Por mi parte, jamás he visto un solo caso en que la neurosis se haya producido con el climaterio. La hipótesis que aquí defendemos es que la llamada "neurosis del climaterio" se manifiesta siempre, en todos los casos, ya con anterioridad a la menopausia, si bien en otra forma, y a veces en grado moderado; y que, de haber me-

diado una parcial satisfacción del prurito de poder o más favorables condiciones culturales, su irrupción podría haberse suavizado. De ordinario se observa un proceso de agravación y extensión continuas de los síntomas neuróticos que se remonta a años atrás. Ello permite suponer que durante el climaterio el individuo sólo se ha visto obligado a acentuar y reforzar su vieja tendencia aseguradora. A título de ejemplo, citaré la transformación de la jaqueca ocasional en neuralgia del trigémino, de la simple precaución neurótica en angustia, o bien de la obsesión de una desgracia inminente en melancolía. Estas tres fases corresponden a otros tantos grados de incertidumbre. Veamos un esquema, ya bosquejado en la parte teórica, utilizando como ejemplo el dinero:

PRECAUCIÓN: Estoy atormentado por la idea de que *podría* perder mi dinero, de que *podría* caer abajo.

ANGUSTIA: Estoy atormentado por la idea de que *perderé* mi dinero, de que *caeré* abajo.

MELANCOLÍA: Estoy atormentado por la idea de que *perdí* mi dinero, de que *caí* abajo [3].

En otras palabras, cuanto más fuerte es el sentimiento de inseguridad, tanto más se aparta el sujeto de la realidad y con tanta mayor intensidad refuerza su ficción, hasta revestir el carácter de un dogma. El paciente alimenta y finge todo aquello que en él encuentra adecuado para acercarle a su línea de orientación. Poco a poco la realidad se va desvalorizando ante sus ojos, y los criterios correctos, ajustados a la vida real y suministrados por el sentimiento de comunidad, resultan impotentes para cumplir su cometido y adaptar al individuo a la realidad.

Con frecuencia, se ven casos en que los fenómenos neuróticos se producen de una manera, por así decir, experimental, en períodos patógenos conocidos. Kisch y otros han llamado la atención sobre el valor anamnésico de los trastornos neuróticos que se producen hacia el comienzo del período menstrual. Muy a menudo, en los antecedentes de la paciente se encuentran dismenorreas nerviosas, o neurosis ya anteriores al matrimonio, ya durante el puerperio, ya, en fin, continuadas.

[3] Véase Melancolía y Paranoia en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

Formuladas estas aclaraciones, nos resta ahora hacer desembocar las descritas líneas de orientación en la línea de orientación principal del neurótico. La neurosis, en los individuos que se aproximan a la vejez, no es más que un aspecto particular, una superestructura psíquica apropiada que se erige sobre la línea de orientación primitiva: "Quiero ser un hombre". Y esta línea de orientación, que si se la sigue directamente está condenada a llevar al individuo al fracaso, sufre toda clase de camuflajes, se disfraza con toda suerte de ropajes, sin que nunca dé con el sayo que le cuadra. A veces se obtiene la impresión de que el individuo se halla en un estado de gran desorientación y desconcierto, descorazonado, como si no supiera qué hacer para realizar sus deseos. Todos los planes que proyecta están viciados por la duda, por una incesante vacilación, pero por otra parte, por afirmaciones exageradas, como si los enfermos quisieran persuadirse de que ya son demasiado viejos o todavía bastante jóvenes. La tendencia dominante en estos pacientes es la de conquistar poder, influencia e importancia. Pero el sentimiento de pretender algo inasequible no los abandona nunca. En los sueños se advierte siempre la tentativa de reforzar la protesta viril: de ser joven, pero también, aunque a veces de una manera velada y confusa, cuando se trata de mujeres, de estar provistas de los atributos del hombre. Con frecuencia, aseveran abiertamente que el hombre entrado en años goza de privilegios de los que ellas están privadas. El efecto de la tendencia a la seguridad se manifiesta igualmente en esas líneas de orientación de orden auxiliar: en los rasgos de carácter. Minuciosidad, avaricia, envidia, afán de dominar, deseo de agradar: tales son, entre otros, algunos de los rasgos que se manifiestan en las formas más disimuladas. A menudo sobreviene la angustia, destinada a servir de prueba de la incapacidad del paciente de quedar solo. Finalmente, los síntomas neuróticos someten la casa entera a su merced. A veces se intenta, en forma más o menos tímida, utilizando medios disimulados, realizar un deseo como si con ello quedase asegurado el triunfo de sus veleidades viriles. Otras veces se trata del deseo de divorcio, de trasladarse a la capital, de humillar a los yernos o nueras, como si ello fuese a dispensarle un reposo a su alma inquieta. La enferma sufre a menudo de dificultades al comer, constipación, ilusiones de embarazos y de partos imaginarios. Además se inventa falta de memoria,

temores e inclusive algún accidente traumático para persuadirse ante sí y ante los demás de que ella no es sino una desgraciada mujer desamparada e indefensa. Se entrega a lamentaciones incesantes, a cada incidente desagradable le atribuye singular importancia, y en todo adivina una desgracia inminente. Con la abierta acentuación de sus sufrimientos y su actitud irresoluta busca, por una parte, atraer el interés de todos los que la rodean, y, por otra, prepararse una retirada para el caso de una actitud desdeñosa de parte de ellos. Desde el punto de vista psicológico es fácil comprobar que las quejas constituyen, también ellas, una especie de rebelión, de protesta viril contra el sentimiento de inferioridad, y que son casi imprescindibles para la enferma, pues le sirven para enervar y desarmar a los otros.

El tratamiento de estos casos, que consiste en desarrollar en el enfermo la independencia y la perseverancia, ofrece no pocas dificultades, dada la edad de los pacientes y la dificultad de mostrar sus ventajas. Como siempre, la persona del psicoterapeuta y su éxito, cierto o probable, no hacen sino estimular la envidia, por lo que un mejoramiento se traduce a menudo en un empeoramiento ulterior. La autoridad del médico ejerce un efecto perturbador sobre el equilibrio de los pacientes, que toda su vida fueron refractarios a la adaptación y a la sumisión. En los casos más graves, el último recurso para el médico consiste en renunciar al amor propio y, asumiendo la responsabilidad del fracaso del tratamiento, dirigir al enfermo hacia otro médico, quien recibirá así, en lugar suyo, los laureles del triunfo. En muchos de mis casos esta táctica tuvo éxito. Debo añadir aún que, también en casos graves, después de terminado el tratamiento, se produjeron considerables mejorías a veces muy duraderas, e incluso curaciones completas, con todas las apariencias de la cura espontánea.

Una de mis pacientes, mujer de 56 años de edad, durante 18 años sufrió estados de angustia, mareos, náuseas, dolores abdominales y constipación aguda. Pasaba su tiempo en cama o tendida sobre un sofá. En especial desde hacía ocho años, a las dolencias mencionadas se habían sumado dolores en la región lumbar y en las extremidades inferiores. La paciente había sido antes una mujer robusta, pero, según ella, a los 15 años, y durante varios meses, había sufrido de reumatismo articular. Dada la completa ausencia de altera-

ciones orgánicas y la clara presencia de los rasgos de carácter correspondientes a la tendencia aseguradora, estimé justificado considerar su estado actual como psicógeno [4].

Un eminente ginecólogo aconsejaba una extirpación del útero, pues había observado adherencias periféricas. Yo no compartí esa opinión, pues otros casos semejantes me habían enseñado que tales procesos de retracción tienen para la neurosis sólo una significación causal indirecta, obrando a través de la psique. En los enfermos neuróticos se encuentran a menudo alteraciones de los genitales, fenómenos de inhibición, deformaciones y afecciones de toda clase. Y Bossi tiene indudablemente razón al insistir, en el mismo sentido en que lo hice yo con antelación (*Estudio,* 1907), sobre la concomitancia que existe entre la neurosis, por una parte, y sus alteraciones, deformaciones y afecciones, por otra. Pero la relación entre éstas y aquélla se establece por la mediación de un sentimiento de inferioridad especial que, en los individuos con tendencia neurótica, constituye la causa inmediata de la neurosis; o bien la neurosis, provocada por otras causas, necesita alegar una alteración orgánica como justificación de la protesta viril. La inferioridad sexual quebranta originariamente la confianza del individuo en su propio valor en general y sólo secundariamente asume, por decirlo así, el papel de un vehículo: salta ello a la vista muy particularmente en los casos en que alteraciones insignificantes, e inclusive imaginadas y ficticias (tales como una presunta pérdida del clítoris, abultamiento de los labios menores, la humedad permanente del orificio vaginal, los supuestos estigmas de la masturbación, anomalías del revestimiento piloso, fimosis, canales parauretrales, posición asimétrica del pene o de los testículos, o criptorquidia) sirven de pretexto o de símbolo del sentimiento de inferioridad.

En nuestra paciente, la enfermedad se inició con un dolor en el abdomen en el curso de un partido de tenis. Un año antes había perdido una hija, y su marido, a quien le gustaban mucho los niños, deseaba tener otros. La enferma, que desde su infancia venía lamentándose de su destino femenino, no estaba dispuesta a satisfacer el deseo de su marido. Ese dolor

[4] Estos rasgos tienen considerable importancia para el diagnóstico diferencial. En todos los casos en que se da una simultánea afección orgánica, corresponde considerar si ella no constituye una simple coincidencia.

abdominal, probablemente originado por una distorsión muscular, dio a su resistencia, vagamente consciente, un nuevo motivo: la paciente no podía soportar ni la más ligera presión sobre el abdomen: esta zona se constituyó así en la parte débil de su organismo. Con el auxilio del insomnio y de las náuseas (estas últimas a título de símbolo de embarazo), terminó por conseguir de los médicos que aconsejaran a su marido se instalase en un dormitorio separado y renunciara a las relaciones sexuales. El marido se sometió a la recomendación.

El modo mismo en que la enferma me habló de su reumatismo articular era bien significativo. La culpa de todo la tenía su difunta madre, que la obligó a lavar y a planchar, que la postergó a sus otros hermanos, todos varones, y que siempre, inclusive después de casada, la trató con gran dureza. Pero si la avaricia de su madre le había hecho sufrir mucho, a la herencia de su padre debía todos sus achaques.

Según mi experiencia, estas incriminaciones contra los padres disimulan siempre otro reproche que, en secreto, el niño suele hacerles cuando se siente poco viril o desprovisto por completo de masculinidad. Tales reproches, así como el sentimiento de culpa (véase *Curar y educar*), terminan por revestir un carácter abstracto y por servir de odre para toda clase de vinos. En tales casos el neurótico acusa a los padres de no haber diso bastante cariñosos, haberlo mimado demasiado, no haberlo cuidado bien, etc. En suma, estas formulaciones revelan una actitud frente a los padres y frente al mundo que expresa un cambio de forma exigido por las líneas de orientación en su persecución de una meta concreta, y frecuentemente nos permiten entrever otro aspecto más conforme a la situación actual. Es menester rastrear hasta su origen el camino recorrido por la modificación de formas. Para lograrlo, nuestro método se sirve de la reducción, de la simplificación (Nietzsche) y de la abstracción [5]. Junto al cambio de forma, el reforzamiento o debilitamiento de la ficción directriz desempeña otro importante papel. Cuanto más inseguro se siente el paciente, tanto más impelido se ve a intensificar su línea directriz y a aferrarse a ella. De buen grado suscribo aquí la ingeniosa tesis de Vaihinger que, refiriéndose

[5] Contrariamente al método de Freud, que se vale de interpretaciones por analogías tomadas de la vida erótica.

a la historia de las ideas, halla una tendencia a la transformación de ficciones (o sea, de construcciones auxiliares, falsas desde el punto de vista teórico, pero útiles desde el punto de vista práctico) en hipótesis y finalmente en dogmas. En la psicología individual, este cambio de intensidad caracteriza el pensamiento del hombre normal (para el cual la ficción es un mero *recurso*), del neurótico (que pretende *realizar* la ficción) y también del psicótico (antropomorfismo incompleto, pero asegurador, y realización de la ficción: *dogmatización*). Cuanto más profundo es el sentimiento de desvalidez interior, tanto más intensamente se buscará compensarlo reforzando sus líneas directrices de seguridad. De ahí que en el hombre normal se observan siempre los equivalentes de las líneas directrices y de los rasgos de carácter neuróticos y psicóticos; pero en el hombre normal ellos son siempre susceptibles de corregirse sin dificultar el acercamiento a la realidad.

Luego de haber procedido a reducir las líneas directrices de nuestra paciente, y de haber remontado el curso de su desenvolvimiento a través de las modificaciones de forma y de intensidad, alcanzamos su expresión primitiva y fundamental, que puede expresarse en los términos de la ficción siguiente: "¡Soy una mujer y quiero ser un hombre!" También el hombre normal se orienta durante toda su vida por esta fórmula, que le ayuda a ajustarse a nuestra cultura masculina, que imprime en sus individuos un fuerte impulso hacia una creciente "masculinización". Pero sólo se sirve de ella a título provisorio, a la manera de una línea auxiliar en una construcción geométrica. Una vez alcanzado el nivel masculino superior, según la concepción de nuestra cultura, esta fórmula queda inutilizada y rechazada, "queda suprimida de la ecuación" (Vaihinger). En cuanto al mito, al que puede considerarse como la línea directriz del pueblo, Nietzsche deplora que él se transforme en "cuento", reclamando "su transformación en una producción viril". El neurótico subraya esta ficción, la toma al pie de la letra e intenta su realización. Lo que él persigue no es adaptar la ficción a la realidad, sino afirmar su prestigio masculino: objetivo neurótico por lo común irrealizable y obstaculizado ya por las contradicciones internas de la protesta viril, ya por el temor a una derrota inmediata que el paciente experimenta, aunque sin darse cuenta de la significación y papel que desempeña su

ficción, en gran parte inconsciente. Además esa concienciación de la ficción se ve interferida a causa de su acrecentado sentimiento de inseguridad y de su sentimiento de inferioridad, menos consciente. El psicótico se comporta como si su ficción fuese verdad. Actúa bajo muy fuerte presión y se atiene a la divinidad creada por él, cuya existencia siente como verdadera. Así se percibe, a un tiempo, como mujer y como superhombre, ficción esta última que resulta de la reacción a la protesta viril exacerbada.

Tal aparente disociación de la personalidad equivale al hermafroditismo psíquico y puede revestir muy variadas formas; expresarse, por ejemplo, en una combinación de ideas persecutorias y de grandeza, de depresión y de manía, en tanto la fijación de la locura se ve favorecida por la relativa insuficiencia o la absoluta debilidad de los mecanismos de corrección. Si de la definición que Freud ha dado de la demencia precoz ("Jahrbuch Bleuler-Freud", 1911), se suprime la sexualización, inútilmente introducida, y si, además, se le quita el para nosotros superfluo factor libidinal, se obtendrá una fórmula mucho más adecuada: la que comprende el hermafroditismo psíquico como protesta viril —a la que, por lo demás, Freud combate porque confunde su verdadera significación.

Volviendo a nuestra enferma, digamos aún que, en su sentimiento de disminución, daba preferencia a diversas formas de la protesta viril. Era incapaz de toda tolerancia, y se entregaba a criticar acerbamente a los demás, en especial cuando "trataban de vanagloriarse". Ello explica que muchos enfermos se resisten con energía y medios neuróticos contra los médicos que se creen en la obligación de desplegar ante sus pacientes una actitud y procedimiento seguros y firmes. Además están guiados por una especie de "instinto" que, conforme a la finalidad de su enfermedad, les prohibe someterse a las órdenes del médico. Nuestra enferma llegó a reaccionar —ante toda intervención que implicase un intento de ascendencia por parte del médico—, con vómitos y náuseas, sin dejar de señalar en cada caso la "equivocación" del médico. No hay que dejarse descorazonar ante estos hechos: debe considerarse esta reacción como una parte del todo, como una de las tantas expresiones de la envidia original frente al hombre en general y luego, en particular, frente a la persona que el enfermo estima superior a él.

La paciente usaba ampliamente las prerrogativas de su enfermedad. Sobre todo para excusarse, siempre que le venía en ganas, de los compromisos sociales impuestos por su papel de ama de casa y de persona prominente en una ciudad provinciana. Recibía de buen grado aquellas visitas a las cuales podía confiar sus cuitas; por su parte, no las retribuía sino por excepción, asegurándose así, según es frecuente en los neuróticos, una posición privilegiada. Además, de esta manera se sustraía a las comparaciones y confrontaciones, a los exámenes que para ella representaban las reuniones sociales. En los últimos años le asustaba también la idea de que a medida que envejecía iba perdiendo todo predicamento sobre los hombres. Una de sus amigas le hizo comprender, con su ejemplo, lo ridículas que resultan para la sociedad las monerías juveniles de una mujer ya entrada en años. Entonces decidió subrayar sus años en su modo de vestir, sin poder, empero, desembarazarse de la amarga idea que afloraba a la superficie de su conciencia, de que, en cambio *un hombre con los mismos años que ella* está aún lejos de haber dicho su última palabra.

Siempre le había resultado penoso que las circunstancias la obligasen a vivir en una ciudad provinciana. Soñaba con vivir en Viena. Pero su marido, en lo demás tierno y generoso con ella, se mostraba inflexible en este punto. No le era posible luchar en forma abierta contra él, y se enemistó violentamente con su hermano. Pretendía que la sola idea de tropezarse con él —cosa inevitable en una pequeña villa— le producía una angustia increíble. Resultando insuficiente ese pretexto, se presentó un insomnio indómito, motivado, según ella, por el ruido que por la noche producían los coches al atravesar la calle frente a las ventanas de su dormitorio. Así logró, finalmente, lo que quería: trasladarse a Viena. Allí se instaló cerca de su hija, en una casa cuya tranquilidad ponderaba constantemente y cuya calma le devolvió el sueño.

Su rechazo a la pequeña ciudad de provincia se acentuó muy especialmente a partir de la fecha en que su hija se trasladó a la capital. El análisis reveló, junto a otras líneas de orientación, que ella envidiaba a su hija por ese hecho que la enferma consideraba extraordinario, y además, porque ostentaba un título nobiliario. También ella quería vivir en Viena, y habría realizado su deseo de no haber temido la

eventualidad de tener que sufragar de su propio peculio la subsistencia de su hija.

Su actitud competitiva frente a la hija se mantenía inconsciente, y enmascaraba una línea directriz infantil: su deseo de sobrepasar al hermano mayor mimado por sus padres. Pero también esta línea resultó ser, a su vez, un equivalente de la línea fundamental: valer más, ocupar el lugar del hermano.

Los fuertes gastos que la paciente debió hacer en Viena introdujeron una contradicción en su protesta viril. El neurótico, que sufre por su torturador sentimiento de disminución, no se deja privar de nada impunemente. Cada cosa de que se ve privado, cada cosa de la que carece, la experimenta como una nueva causa de disminución, como una nueva restricción de un sentimiento de personalidad; disminución que para él equivale a una castración, a una feminización, a una violación, a veces inclusive a una suerte de embarazo o parto [6]. En nuestro caso fueron sobre todo las sensaciones analógicas del embarazo las que afloraron al primer plano: la enferma comenzó a sufrir náuseas, espasmos abdominales y cayó en la idea obsesiva de que estaba embarazada [7]. Experimentaba dolores en las piernas que presentaban la forma de "phlegmatia alba dolens", y una constipación pertinaz le sirvió en el "dialecto anal" de legitimación de la enfermedad. Tanto ella como quienes la rodeaban debían estar siempre pendientes de sus intestinos y de los medios de asegurar su libre funcionamiento, creando así una expresión permanente de su estado mórbido y haciendo de él el objeto de preocupaciones continuas para ella y para su ambiente.

La exacta comprensión del modo de expresión de las neurosis exige, a mi ver, el conocimiento de lo que yo he descrito como "dialecto de los órganos" [8]. Esta jerga se la

[6] Ello significa que la operación intelectual, en lugar de efectuarse conforme a la realidad, se sirve de analogías y de símbolos, generadores de afectos distorsionados que aumentan la agresividad del neurótico. Esta agresividad corresponde a la "opinión" directriz inconsciente. La imagen, el símbolo, la analogía, funcionan como "multiplicadores", al servicio de la agresividad, a la cual el neurótico se ve empujado por su ideal de personalidad.

[7] En una "neurosis de lactación", de obnubilación de la conciencia, me fue dable observar una fantasía que reproducía con fidelidad de espejo el acto del parto. La enferma venía sintiendo, a partir de su matrimonio, la más profunda repulsión por el embarazo y por todo cuanto pudiese relacionarse con él.

[8] Véase "El dialecto de los órganos", en *Curar y educar*.

reencuentra en las expresiones del lenguaje y de las costumbres populares. Freud, que no comprendió bien este lenguaje, hizo de sus imágenes el pilar fundamental de la teoría de la libido, de las zonas erógenas. Especialmente su trabajo sobre *El carácter y el erotismo anal* está viciado de tortuosa fantasía y de afirmaciones osadas. El punto esencial lo da el hecho de que ciertos órganos son minusvalentes, tanto por la manera de reaccionar el ambiente frente a sus manifestaciones como por la impresión conjunta que en el alma del niño dejan esa actitud y la conciencia de inferioridad.

A fin de darse una representación particularmente eficaz, los niños propensos a la neurosis tratarán de relacionar sus rasgos de carácter derivados de su sentimiento protestario de personalidad (obstinación, desmedida necesidad de cariño, exagerada pulcritud, minuciosidad, timidez, ambición, envidia, deseos de venganza, etc.) con ciertas manifestaciones de su inferioridad orgánica. Uno de mis pacientes, afectado de epilepsia psicógena, para reforzar su protesta viril había llevado a cabo una combinación de esa clase: cada uno de sus ataques era precedido por un período de constipación destinado a suscitar en su contorno —con intención preventiva— inquietantes presentimientos. La obstinación y el negativismo infantil pueden estar ampliamente desarrollados hacia el final de la edad de la lactancia. Esos rasgos de carácter reciben un considerable refuerzo de su asociación con anomalías del aparato urinario, intestinal y digestivo. El niño que se resiste a vaciar su intestino no obtiene su placer de la excitación del ano por las materias fecales retenidas, sino de la satisfacción de su obstinación realizada por ese medio; pero hasta muchos años después, inclusive hasta luego de curado, puede atribuir una cualidad placentera a las sensaciones anales.

La madre de una niña de casi 2 años de edad que todavía mojaba la cama y que mostraba una fuerte obstinación y desobediencia (tendencias al negativismo y a una extraordinaria independencia) me contaba que había observado muchas veces que si despertaba a su niña para hacer sus necesidades, aun medio adormecida, las hacía perfectamente, sin la menor resistencia, y que después seguía durmiendo tranquilamente. Pero, en cambio, que si se despertaba del todo antes de haber terminado, se rehusaba francamente, se levantaba del orinal bruscamente, lo volcaba con rabia y lloraba indignada de que

se la hubiese sorprendido; entonces era inútil insistir, debía abandonársela sin que hiciese sus necesidades.

Una niña de 17 meses simulaba sentir necesidad de defecar siempre que quería que su madre acudiera a acompañarla. En todos estos casos se advierte, pues, que el sentimiento de independencia del yo se manifiesta, desde muy temprano, por una oculta o abierta oposición contra el ambiente; que se conduce de una manera combativa y avasallante hasta que todas las tendencias agresivas [9], fusionadas en un todo indivisible, engendran una protesta viril contra toda tendencia a la blandura, a la sumisión y a la debilidad; en suma, contra el menor signo de inferioridad percibido y combatido como uno de los tantos síntomas de femineidad. Sin embargo, en ciertos casos, la protesta viril subraya síntomas femeninos (lágrimas, enfermedad, simulación, exageración, defectos infantiles), para utilizarlos como carantoñas, o bien los fija por arrogancia o cobardía, abriendo así paso a formaciones hermafroditas, que pasan también a obrar en el sentido de la protesta viril. La línea de orientación combativa, que domina sobre todas las restantes, a saber, "¡Quiero ser un hombre!", atrae entonces hacia sí a todos los síntomas corporales utilizables, entre ellos, en especial, a los que presentan un carácter hostil y más preferentemente a los fenómenos que expresan sentimiento de inferioridad, dado que sobre ellos se concentra en particular la atención del paciente y de las personas que lo rodean.

Así arribamos a la conclusión de que la protesta viril se sirve del lenguaje simbólico, utilizando tales o cuales órganos para expresarse: es lo que nosotros hemos denominado *dialecto de los órganos.*

Un bello ejemplo, que a menudo se reproduce en las fantasías neuróticas, nos lo brinda la fantasía juvenil de Leonardo da Vinci: un buitre introduce repetidamente su cola en la boca de Leonardo. Esta fantasía expresa de la manera más abstracta la constelación psíquica del pintor. Las fantasías orales pueden atribuirse siempre a síntomas de inferioridad del aparato digestivo en la infancia. A ello se debió, verosímilmente, que su atención se viese atraída hacia este terreno y originase los comienzos de una ciencia de la alimentación.

[9] Véase: Adler, "Tendencias agresivas en la vida y en la neurosis", en *Curar y educar.*

La cola del buitre es un símbolo fálico. La adición de estas dos líneas directrices da la idea fundamental característica: "Sufriré el destino de una mujer". Pero el hecho mismo de que se adopte una línea de orientación simbólica, muestra que se trata de una advertencia nada significativa: dados los caracteres masculinos de nuestra cultura, todas estas ideas buscan imprimir un más fuerte impulso en la dirección opuesta, provocar una suerte de sobrecompensación destinada a hacer resaltar, con el mayor relieve, la línea de orientación masculina. De ahí la conclusión, ahora definitiva: "Por tanto, he de obrar como si fuera todo un hombre". Ya en mi trabajo sobre el "Hermafroditismo en la vida y en la neurosis" (en *Curar y educar*) señalaba que estas dos líneas directrices están en contradicción recíproca y ambas en oposición con la realidad, cuando se las toma al pie de la letra, y no, meramente, como de utilidad práctica y susceptibles de corrección. Aquella contradicción se refleja en la duda, en la indecisión y en el miedo a resolverse, o sea, en rasgos de carácter cuyo análisis revela que durante la infancia existió incertidumbre con respecto al futuro papel sexual, incertidumbre que se infiltró en todas las percepciones, sensaciones e impulsos ulteriores, hasta que dieron nacimiento a la duda primitiva, que puso al individuo frente a la cuestión: "¿Soy hombre o mujer?" (Véase: "Disposición a la neurosis", en *Curar y educar.*)

En su "dialecto anal", nuestra paciente expresa la idea de que tiene un orificio a cerrar —idea definidamente femenina—. Imaginémonos cierto número de hombres y mujeres, todos vestidos de mujer, en una sala en la cual, de súbito, irrumpe un ratón. Las mujeres se traicionarán en seguida por su forma de ceñir sus ropas a las piernas, como si quisieran cerrarle el paso al intruso. Del mismo modo, el miedo a los pozos, a ser mordida o pinchada, a ser perseguida por hombres o toros, a la posición supina, a ser arrastrada hacia la derecha, hacia atrás, a ser apretada, a caerse, etc., revelan la línea de orientación femenina generadora de miedos, y a la cual generalmente reaccionan con una angustia aseguradora [10]. La constipación, como síntoma neurótico, tiene su origen en una inferioridad congénita del intestino que, bajo la influencia de

[10] Esta protesta viril desemboca en la neurosis, en trismus, blefaropasmo, vaginismo, contracción espasmódica de los esfínteres, espasmo de la glotis, síntomas por los cuales se busca evitar ciertas exigencias de la vida.

ideas relativas a partos y relaciones sexuales, puede desembocar en una real oclusión nerviosa del esfínter anal. En efecto, nuestra paciente había padecido en su infancia de catarros intestinales con incontinencia de heces y más tarde de constipación, complicada con una fístula recto-vaginal. Que su estreñimiento estaba gobernado por la idea directriz del cierre de los orificios lo revela el hecho de que, apenas casada, y por algún tiempo, la enferma presentó vaginismo. Su constipación actual expresa en el dialecto anal la misma dirección que otrora su juvenil vaginismo: "No quiero ser una mujer, ¡quiero ser hombre!" A la superficie sólo aflora esta idea protestaria: "¡No quiero resolver el problema de mi vida!"

Por razones prácticas y teóricas debo rebalsar aquí el marco de una simple descripción del carácter, según ocurre comúnmente en el examen de problemas psicológicos, y que en rigor es irrealizable si no se abarca la totalidad. Por otra parte, analizado hasta el más nimio detalle, este caso abre perspectivas de una claridad poco frecuente, pues en otros pacientes, ya a causa del médico, ya a causa de circunstancias exteriores, se arriba a la curación o a una interrupción del tratamiento sin haber podido descubrir el esquema que ha conformado la neurosis. Intentaré, pues, en este caso, restablecer ese esquema, construido por una compleja red de mecanismos de defensa y de seguridad contra el papel femenino. Luego trataré de confrontar todos los síntomas con el esquema obtenido, señalando asimismo su conexión con esas defensas contra el mundo exterior que son los rasgos de carácter.

La paciente confrontó todas sus vivencias, y cada vez que de una u otra forma se correspondían (y ello habrá de ocurrir en la vida de cualquiera de nosotros si nos abandonamos a la apercepción simbólica y sobrecargada de atención tendenciosa) reaccionaba con los fenómenos patológicos consecuentes señalados en el esquema. Los rasgos de carácter, destinados a garantizar la seguridad, cumplen sus funciones de centinelas avanzados siempre dispuestos a la defensa, interpretando todas las situaciones en el sentido de las ideas directrices y buscando, en caso necesario, la ayuda de los síntomas adecuados a la circunstancia. Sus manifestaciones independientes se vieron obstaculizadas por la actitud llena de ternura y de inteligencia del marido, así como por las ideas directrices, benévolas y altruistas de la paciente. Así sucedió que el esquema

ESQUEMA

Síntomas	*Desviación de la línea femenina. Protesta viril.*	*Dispositivos de seguridad*
Sociofobia. Eritrofobia. Miedo a la soledad. Palpitaciones. Miedo de caerse, vértigo de las alturas.	Defensas contra la solicitud amorosa y el cortejo.	Desconfianza (abandono seguido de protesta). Depreciación del hombre. Timidez. Moral virtuosa. Afán de dominar (tolerancia, sumisión, seguida de protesta).
Sensibilidad a la presión en el vientre (a nivel del apéndice). Frigidez. Hipersensibilidad acústica (por ejemplo, al ronquido del marido). Vaginismo. Sensaciones de opresión torácica. Intolerancia a toda presión o compresión. Lucha contra la faja.	Defensas contra el hombre.	Terquedad. Obstinación. Espíritu de contradicción. Espíritu pleitista. Tendencias agresivas contra el hombre.
Dolores abdominales. Angustia respiratoria. Palpitaciones - Náuseas - Vómitos. Idea obsesiva de embarazo. Astasia ocasional - Cansancio. Antojos en la comida.	Defensas contra el embarazo.	Hipersensibilidad corporal. Hipercondría. Mimos.
Intolerancia al decúbito dorsal. Dolores en las piernas. Tendencia a permanecer en cama. Ficción de una tromboflebitis.	Defensas contra el parto.	
Debilidad en las piernas, que recuerda a la astasia y a la abasia. Marcha titubeante. Rápida fatiga al caminar.	Representación simbólica del abandono del lecho tras el puerperio.	Reacciones complejas orientadas a suprimir el sentimiento de inferioridad y de disminución.
Actitud hostil, a vaces sádica, frente a los niños. Rápida reacción de cansancio e impaciencia en el trato con niños. Insomnio. Pulcritud excesiva. Hipersensibilidad del oído durante la noche. Fácil despertar durante la noche.	Defensas contra los deberes de la maternidad.	Avaricia, economía, envidia, afán de dominar, impaciencia, miedo de no llegar a nada ni terminar nada, esfuerzos de toda clase orientados a disminuir la distancia que separa a la enferma de la superioridad del hombre.

básico "No soy más que una mujer", debía sus efectos a anteriores impresiones tendenciosas que la paciente había conservado del papel femenino; en tanto el elemento de seguridad lo daba el mecanismo inconsciente de las líneas directrices hacia la virilidad. Lo que distingue a la mujer sana es una actitud más consciente de su papel femenino, una adaptación más racional a la realidad. En la psicosis, en la que la necesidad de seguridad alcanza extrema intensidad, se produce una acentuación del esquema ficticio y una actitud ilógica dentro del esquema: una paciente de esta clase se comportaría como si estuviera efectivamente encinta. En todos los casos, la ficción del embarazo y de sus consecuencias sería una representación simbólica del inferior papel femenino, una expresión dramatizada del sentimiento de humillación neutralizado por la protesta viril, un artificio destinado a evitar y prevenir otras humillaciones, según hemos mostrado más arriba [11].

Un sueño que tuvo la enferma hacia el final del tratamiento, nos revela la relación que existe entre su idea directriz original y sus conflictos interiores actuales. Soñó que "se encontraba sentada, enferma y débil, en un banco del parque próximo a la casa de su hija. Llevaba puestos dos gorros de baño. Dos muchachas se le acercaron por detrás, y una le arrancó uno de los gorros. Tomó y sujetó a la muchacha —entretanto la otra desaparecía—, y amenazó con denunciarla. Una mujer pobre y mal vestida se le acercó y le dijo que la muchacha se llamaba Velicka. Acto seguido la paciente buscó a su madre para quejarse de lo ocurrido. La madre le entregó una canasta repleta de huevos, diciéndole que costaban 5 florines. Tomó en su mano dos huevos y apreció que eran buenos y grandes".

El hecho de que se haya sentado en un banco, el cansancio y los gorros de baño aluden a una cura hidroterápica a la que se había sometido la enferma antes de acudir a mi consulta, a fin de curar su insomnio. El día anterior a este sueño la paciente había reprochado a su hija que usara su ropa de baño: ella posee, en efecto, dos gorros de baño que suele usar la hija. Velicka es un nombre eslavo que signi-

[11] La ficción masculina puede sufrir un cambio de forma, de suerte que la mujer anhela el embarazo y la maternidad, hecho que se da a menudo en aquellos casos en que uno y otra son imposibles por graves impedimentos. El anhelo de un hijo se expresa entonces, por lo general, por recriminaciones contra el marido. A menudo el falso embarazo constituye una simulación de este tipo.

fica "grande". La hija tiene un título nobiliario eslavo. La mujer mal vestida es una señora aristocrática llamada Grandvenier. Frente a ellas dos la paciente no es más que una pequeña burguesa, basta y provinciana. Estaba desilusionada de que su marido no hubiese sido ennoblecido, pero su orgullo le impedía admitir su envidia. Teme que la hija pudiera llegar a despojarla de todo cuanto posee. Tuvo dos hijas, una de ellas murió, desapareció. A menudo se queja ante mí del mucho dinero que le cuesta su hija. Ya le regaló todas sus joyas. Desde niña la paciente viene ocupando un puesto inferior que los demás. Incluso su madre la trataba siempre con humillante desdén. Ahora de casada tuvo que reintegrar a su madre hasta el gasto más mínimo que hiciera por la paciente, mientras que ella, en cambio, surtía a su hija regularmente de huevos, carne, leche, manteca, etc. Lo que no impide que además deba darle muchísimo dinero. Antes de partir para Viena había olvidado pagar una deuda de 5 florines. El día anterior al sueño había escrito a su marido pidiéndole la saldase inmediatamente. Siempre paga al contado y en seguida cuanto adquiere[12]. Su madre no había obrado bien con ella; en el sueño le reclama una deuda olvidada. Siempre había hecho economías a sus expensas. En el sueño recibe de la madre el atributo masculino (dos huevos: los testículos), de los que ésta la había privado al nacer.

Una vez más observamos aquí cómo el sentimiento de inferioridad femenina provoca la protesta viril, que se revela como una defensa contra nuevos perjuicios. Este sueño representa una tentativa de la paciente de precaverse mentalmente de nuevas disminuciones y de someter a su madre y a su hija a la misma acusación: la de haberla despojado de todo lo que poseía, la de haberle rehusado todo.

*

En una nueva historia clínica veremos otra vez, y aún más claramente que en la anterior, cómo el paciente, por orgullo, "reprime" de su campo visual su avidez de tenerlo todo, de "tener lo mismo que tienen los demás". Veremos qué insig-

[12] El temor de ser aminorada por nuevos gastos, acusaría el empleo de rasgos de avaricia y economía. Ella soslayó estos rasgos, propios de la madre —femeninos—, gracias a su insistencia en pagar al contado, para así mostrarse más generosa que su madre, superior a ella.

nificante cambio introduce la supresión de la represión y de la explicación analógica según el esquema edipiano. En todos estos casos se comprueba igualmente que esta avidez "de obtener él también todo" persigue las metas más aburdas. Estos enfermos sólo tienen ojos para ver lo que los otros miembros de su círculo poseen y de lo cual ellos carecen. Su vista, aguzada por un afán de ideal igualdad de derechos, ve todo aquello de que están desprovistos, pero aun cuando tuvieran más que los otros, siempre encontrarían algo que envidiar. Aunque consiguieran todo lo que envidiaron a los demás, no tardarían en establecer nuevas metas a su codicia que, de esta manera, se mantiene siempre amarrada a renovados objetivos aún no alcanzados.

Estos enfermos son, claro está, incapaces para el amor y la amistad, pero ellos han visto que hay personas que ejercen ascendiente sobre otras, y tampoco pueden privarse de ejercer esa prevalencia. Desplegando el arte de la simulación, en el que suelen lograr verdadera perfección, se lanzan a la caza de almas a fin de no estar en menos que otros, a fin de soslayar de antemano el miedo al sentimiento de verse disminuidos. Y todo tiene eficacia para disminuirlos: el amor de los padres hacia un hermano, el casamiento de un hermano o de una hermana, el éxito de un autor conocido o desconocido..., todo inunda de rabia su envidia [13]. Celan la primogenitura del otro, un examen brillantemente aprobado, los títulos, un negocio lucrativo, la conquista de una distinción honorífica; todo progreso, toda ventaja, toda adquisición los perturba, les causa dolores de cabeza, insomnio y graves síntomas neuróticos. Pero el temor constante de no lograr esa igualdad envidiada puede incapacitarlos para el trabajo. Entonces procuran evitar toda decisión, todo examen crítico, entran en una fase de inhibición de la agresión, y frecuentemente, de una u otra manera, se retiran de la vida pretextando síntomas creados ad hoc, tales como ereutofobia, diversas clases de dolores de cabeza, palpitaciones, tartamudez, agorafobia, temblor, somnolencia, depresión, debilidad de memoria, polidipsia, poliuria, epilepsia psicógena —para citar sólo síntomas corrientes—. Los síntomas que más claramente revelan la dinámica subyacente

[13] El casamiento próximo de una muchacha puede desencadenar así en una hermana, en un hermano o en un padre neuróticos un aguzamiento de su neurosis. Un amañado enamoramiento al efecto, puede dar la impresión de "impulsos incestuosos".

son el alcoholismo, el morfinismo y el cocainismo, que no se curan completamente hasta tanto no crezca en el enfermo el sentimiento de comunidad humana y decrezca su vanidad.

Al decir esto pienso sobre todo en el menor de una serie de hermanos, pues son precisamente los individuos que han ocupado este puesto en la constelación fraterna los más expuestos a una situación de rivalidad y de competencia. Claro que también los hermanos mayores y los hijos únicos (varones o mujeres) pueden caer en una aguda lucha competitiva con los demás y mostrar esa actitud de hostilidad. En estos últimos la rivalidad puede dirigirse en primer término contra el padre o contra la madre, en cuya imagen se ve a menudo concretada la anhelada superioridad. El afán del niño predispuesto a la neurosis necesita una imagen directriz, una ficción rectora, y ello ya en una época en la cual aún no se aspira al placer sexual; trátase meramente de querer coposeer a una persona o una cosa que pertenece a otros. Es así como la protesta viril puede manifestarse en fe en la predestinación y en ideas de autodivinización.

En la anamnesis de la cleptomanía a menudo se comprueba la avidez producida por la concurrencia de la ambición, la envidia y el miedo agudos ante los problemas de la vida, así como fantasías de riqueza y un parcial estrangulamiento del sentimiento de comunidad.

A veces el paciente no tiene conciencia de su línea directriz; otras intenta ocultarla, enmascarándola mediante la producción de las tendencias contrarias, por ejemplo, de la generosidad. Así, el mero hecho de hacer consciente en el individuo el deseo que lo lleva, verbigracia, hacia la madre, no modifica en nada el cuadro patológico, por mucho que se quiera teñir ese deseo de sexualidad. En cambio, cuando el enfermo haya logrado comprender y frenar su avidez de lo inasequible, de lo que por su naturaleza pertenece a otro, desembarazándose al mismo tiempo de su miedo a la vida, podrá, y sólo en ese caso, alcanzar la curación.

Pero el desmesurado orgullo frecuente en estos enfermos les impide comprender su envidia y sus celos. En cambio, la tendencia a depreciar a los demás está excesivamente desarrollada y funciona con toda evidencia. La malicia, el afán de venganza y de intriga, y en los enfermos de más baja inteligencia, las tendencias más brutales a la agresión, al sadismo y al homicidio, funcionan a manera de dispositivos de asegura-

miento contra la derrota en la realidad [14]. A su vez, el miedo a las consecuencias (preocupación por la salud y el bienestar de los parientes, representaciones de castigos, de encarcelamientos y de miseria) actuando a manera de freno, constituye la defensa del enfermo contra los excesos de la protesta viril. También los ataques pueden cumplir el mismo oficio defensivo cuando, como por ejemplo en nuestro caso, un insulto psicoepiléptico se produce a tiempo para paralizar un impulso inconsciente al parricidio o al fraticidio.

El tema del amor rechazado casi siempre desempeña algún papel en estos casos, originando intensos impulsos de odio contra la persona amada sin retribución. En efecto, es difícil concebir que el amor pueda sufrir tal metamorfosis en hombres sanos. Requiérese la suma de todos los impulsos de dominio y de exagerado afán de hacer valer la propia personalidad, que anidan en el neurótico, para querer apoderarse del alma de otra persona contra su voluntad. El neurótico lo quiere tener todo, y es ciego a los obstáculos naturales. Por eso ante el rechazo de su "amor", se siente herido en su línea directriz más sensible. Desde entonces ya no sueña sino con la venganza: "¡Acheronta movebo!"

Por lo general es excesivamente doloroso para el neurótico admitir el rechazo de su "amor", de ahí que en casos de duda acerca de a cuál de sus progenitores el paciente reclama para sí, lo más probable es que se acierte suponiendo lo contrario de lo que él mismo afirme. La situación exacta —señalemos de paso— podrá averiguarse mediante este simple recurso: siéntese al paciente exactamente entre el padre y la madre: no tardará en acercarse a su preferido. Con este artilugio pude averiguar, en el caso del enfermo cuya descripción sumaria haré a continuación, que era hacia la madre hacia quien sentía mayor atracción, a pesar de que, cuando estábamos a solas, parecía preferir con mucho al padre. Por otra parte, solía injuriar a la madre y no pasaba día sin que riñese con ella.

Este enfermo acusaba, muy pronunciado, un fenómeno que se observa en muchas neurosis: la colocación en primer plano de un rasgo de minuciosidad que —como en la guerra la patrulla de reconocimiento— tiene el cometido de tomar

[14] Cuando el miedo a la realidad atañe al problema sexual, el resultado es, frecuentemente, la perversión. El miedo al problema del trabajo, la profesión y el dinero produce, a menudo, la holgazanería, el vicio y el crimen.

contacto con el "enemigo". El enemigo era, en este caso, en primer lugar, la madre; las escaramuzas cotidianas se libraban a causa de las insaciables exigencias del paciente en la comida, en el cuidado de la vestimenta, en la preparación del baño y de la cama. Con esa minuciosidad y con esas refriegas diarias nuestro enfermo estableció su base de operación para realizar las maniobras envolventes destinadas a someter a la madre a su completo dominio. Una vez más, nos vemos, pues, en presencia de un rasgo de carácter neurótico sirviéndole al paciente de ardid para el fiel cumplimiento de su esquema: dominar a la madre tal como, a su juicio, lo hacía su padre: "¡Y si no te gusta emplearé la violencia!" Esta idea se había apoderado de él en la infancia y pronto adoptó frente a su madre una actitud desconfiada, siempre prevenida contra una eventual humillación o contra una preferencia en favor de otros: una actitud tensa y de sombría expectación acerca de si lograría atraparla para sí o no. Y ello no por amarla o por querer poseerla, sino meramente para tenerla también a ella, como a tantas otras cosas: alhajas, golosinas, etcétera, a las que ni siquiera apreciaba y dejaba olvidadas en su armario en cuanto pasaban a su exclusiva pertenencia. La posesión de la madre no era para él una finalidad en sí; su deseo nada tenía de libidinal ni sexual. Meramente ocurría que la madre y la distancia que lo separaba de ella habíanse convertido para él en símbolos, en patrones, para medir su grado de postergación. Y como lo apercibía todo, todo encuentro y toda relación con la mujer, desde esa atalaya de desconfianza, de tensa sensibilidad, de sombrío recelo de ser desengañado, todo éxito y toda satisfacción se le escurría de las manos. Nuestro enfermo sólo tenía ojos para ver lo que se hablaba contra él y contra todo eventual éxito suyo. Así todo cuanto lograba perdía atractivo para él. Al problema de su vida contestaba con la construcción de una neurosis. Se sentía fuertemente disminuido, y su disminución estaba representada por la pérdida simbólica de su madre. Por mi parte, preferiría denominar a este cuadro "neurosis de conflictos", y ponerlo aparte. Pues los fenómenos, casi siempre graves, que presenta resultan, en definitiva, de la especial actitud que asume el paciente frente a quienes lo rodean, de su misantropía, fuente de incesantes conflictos. La "neurosis de conflictos" va por lo regular acompañada de fenómenos obsesivos y no está exenta de accesos histéricos y de angustia.

Su misión es cargar al paciente de excitación, de preocupación e incapacitarlo para la vida [15].

Cabe preguntarse: ¿Bastaría devolverle la madre a este paciente, afectado de estados de angustia, de jaquecas y de depresiones, para curarlo? En el momento en que el paciente acude al médico sería vano intentarlo. La madre más complaciente y abnegada (y muchas se distancian permanentemente de su hijo) no sería capaz de hacer acopio de toda la paciencia, devoción y sacrificio que el paciente exige en su enorme desconfianza e insaciable afán de poder. Por otra parte, el recuerdo de pasadas privaciones siempre se mantendrá latente como pretexto para renovadas violencias y conflictos. Tal intento podría haber tenido éxito en la infancia, pues, en general, la verdadera solución de este especial problema neurótico debe buscarse en la prevención, en una educación que, paso a paso, vaya llevando al niño a su independización y le inspire un sólido sentimiento de seguridad en su porvenir, pues la inseguridad —cuyas fuentes orgánicas y psíquicas hemos descrito más arriba— perturba en estos niños su perspectiva del futuro.

Una prueba de la inseguridad que sentía nuestro paciente la constituía el sobresalto que venía mostrando desde la lactancia. Estos sobresaltos en los niños de pecho, que suelen interpretarse como nerviosidad, parecen deberse a una herencia orgánica y, según mi experiencia, son producto de una hipersensibilidad heredada (de una inferioridad) del órgano auditivo, que provoca en los pequeños esa reacción violenta ante estímulos sonoros que a otros dejarían indiferentes [16].

En esta extraña facilidad de sobresaltarse vemos, pues, una señal de hipersensibilidad congénita del oído, un fenómeno de inferioridad orgánica, a la cual suelen acompañar dolencias comunes del oído o, también, una mayor fineza auditiva, un cierto "oído musical". A los seis años, nuestro paciente sufrió una inflamación del oído de larga duración que hizo necesaria una paracentesis de la membrana del

[15] También en el matrimonio se dan parecidas situaciones conflictuales, alimentadas por la neurosis, en casos de impotencia, frigidez, angustia, agorafobia, etc.

[16] La hipersensibilidad del olfato, del gusto, de la vista y de la sensibilidad, señales de inferioridad orgánica y de variaciones, constituyen dudosos dones de la naturaleza, pues, al igual que la hiposensibilidad, son susceptibles de entorpecer la adaptación a la vida.

tímpano; este hecho concuerda perfectamente con nuestra hipótesis de la inferioridad orgánica. Acusaba, además, un excelente oído musical y una extrema fineza de oído, de modo que no se le escapaba nada que se dijese o se hiciese a su alrededor. Este oído sutil, siempre alerta, es fuente de curiosidad tendenciosa, sobre todo en aquellos casos en que la inseguridad del niño se ve incrementada por otros motivos. En este caso, la inseguridad de la cual el paciente buscaba escapar por medio de la curiosidad, se debía a su inteligencia más débil que la de su hermano mayor, quien —según ocurre, por desgracia, tantas veces— prevalido de ello lo tomó como blanco de chanzas y burlas humillantes. El paciente recuerda, además, haber sufrido durante cierto tiempo de esa forma de criptorquidia que consiste en que un testículo se introduce temporalmente por el conducto inguinal abierto en la cavidad abdominal. Ello, junto con el mejor desarrollo de los genitales y el temprano revestimiento piloso de su hermano mayor, hízole pensar, ya en edad temprana, que acaso él no fuese un varón sino una niña. A este temor de no ser como el hermano o el padre, de no ser un verdadero hombre, contribuyó mucho la confusión que provocó en él el hecho de que hasta cumplidos los cuatro años se lo vistiese con ropas de niña. Y en fin, esta inseguridad se vio también alimentada por un fuerte desarrollo de sus glándulas mamarias [17]. Su prolongada ignorancia acerca de las diferencias entre los sexos la muestra un vivo recuerdo suyo de haber sido motivo de hilaridad general en una ocasión en que contó "que en el parque había visto a un chico que orinaba por atrás" [18].

Esta temprana época fue en nuestro paciente decisiva para su inicial posición frente a la familia y su ulterior posición frente al mundo. Se sintió aminorado, y este sentimiento de inferioridad no encontró compensación alguna en el seno familiar. Su ardoroso afán de igualar al hermano, al padre

[17] La inferioridad de las glándulas endocrinas debe considerarse como un factor de seducción orgánica a la neurosis. Véase: "El Sustrato orgánico de las psiconeurosis", en mi *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*. A la psicología del individuo le cabe el mérito de haber descubierto la conexión entre las inferioridades orgánicas, la neurosis y las psicosis.

[18] Desde hace años vengo señalando que la inseguridad primitiva con respecto al propio destino sexual desempeña un papel principal en la psicogénesis de la neurosis, y cómo, más tarde, esta inseguridad le sirve a la neurosis como símbolo y refuerzo de las bases de operación en la lucha por el predominio.

y a quienquiera él considerase fuerte, capaz, enérgico, se vio extremadamente exacerbado y lo llevó a frecuentes conflictos con sus padres. Se hizo un niño malo, rebelde y un mal alumno, lo cual vino a dificultar, aún más, la obtención del cariño de sus padres. Su desconfianza, su iracundia y sus apetitos crecieron desmesuradamente, llevándole a asegurarse contra la mínima humillación, inclusive en tiempos en que su destino sexual ya no debía inquietarle más. Una real situación de postergación fue efecto y causa de esos rasgos de carácter que, aguzados por su hipersensibilidad, lo ubicaron en una cada vez más desventajosa posición dentro del círculo familiar y escolar. Así se bloqueó definitivamente el camino hacia la normalidad.

Todavía hacia la época en que inició su tratamiento conmigo, percibía su sentimiento de humillación en analogía con el papel femenino. Lo prueba el primero de los sueños que me refirió: "Creí ver a un mono amamantando a un niño". En razón de su densa cabellera, de la cual estaba muy orgulloso, su hermano a menudo lo había llamado "mono". El mono que amamanta al niño (una mona), es el propio paciente: el paciente se percibe a sí mismo desempeñando un papel femenino; el amamantamiento alude a su hipertrofia de las glándulas mamarias. He aquí una clara línea femenina que encontré luego en todos sus sueños. La alusión a su densa cabellera debe interpretarse en el sentido de la protesta viril. En suma: el paciente inicia el tratamiento declarando que se siente humillado, y la imagen que elige para comunicarlo nos revela que identifica esa inferioridad con la femineidad.

Digamos de paso que muy a menudo el sueño elige imágenes y modos de expresión que revelan, simultáneamente, rasgos femeninos y masculinos. Por ejemplo, en este caso, un mono cuya actitud (amamantamiento) debe interpretarse como femenina, y cuyo revestimiento piloso indica, al mismo tiempo, lo masculino. Según mi experiencia sobre el hermafroditismo psíquico, tales modos de expresión pueden verse favorecidos por las siguientes circunstancias: 1º por la incapacidad infantil de comprender el destino sexual, y 2º, por el carácter altamente abstractivo del sueño, que elimina total o parcialmente el factor temporal; tal como ocurre en otros casos con el espacial, que facilita la coexistencia y la simultaneidad de dos ideas (en nuestro caso: por una parte, la idea "me percibo

como mujer", y por otra, "quiero ser un hombre") normalmente separadas en el tiempo y en el espacio.

El acento que el paciente pone sobre su sentimiento de inferioridad en el primer sueño, narrado durante la iniciación del tratamiento, debe interpretarse al mismo tiempo como una notificación, como un llamado de atención del paciente al médico: "¡Mi enfermedad se debe a mi sentimiento de inferioridad! Mi enfermedad (ataques de debilidad e incapacidad para ejercer una profesión) son defensas contra una derrota final. Soy débil e inepto como un niño y anhelo el cariño (un cariño ciego) [19] tal como lo veo en el sueño". Y nosotros completamos: débil por principio, para que se lo mime como a un niño —cosa que casi consigue gracias a sus ataques—; e inepto para que se le provea siempre con alimentos, para que nadie olvide que durante toda su vida hay que asegurarle por medio de la ternura —y de adecuadas disposiciones testamentarias.

Su susceptibilidad a sobresaltarse por ruidos bruscos e intensos, su hiperacusia, resultaba un vehículo eficaz para lograr su meta, la sobrecompensacín de su sentimiento de humillación, pues le permitía absorber la atención de los padres, sobre todo la de su madre, más difícil de conseguir. Así aprovechaba todo ruido inesperado o más o menos intenso (disparos en ocasión de un funeral militar, el silbato de una locomotora, etc.) para conmover el corazón materno con su susto. A su objetivo final le convenía fijar la hiperacusia, y todavía hoy la conserva. Esta tendenciosa hipersensibilidad nos muestra, tal como en la histeria, que la inseguridad obliga al paciente a utilizarla para tantear el terreno, así como lo hace también con sus exaltados rasgos de carácter. Por otra parte, como su facilidad para asustarse le produce la impresión de verse afectado por un rasgo femenino, en chocante contradicción con su afán de hombredad, se propuso y logró mostrarse valiente e intrépido en otras situaciones.

Cuando se le hizo comprender su afán de conquistar el cariño de su madre, no produjo efecto visible. Sus accesos siguieron sucediéndose con la misma regularidad de siempre, sólo que en cama. Este artilugio fue el único efecto que ese avance produjo; con él buscó el paciente asegurarse

[19] Cariño ciego: en el original, "Affenliebe", expresión alemana que resulta aquí un juego de palabras, pues se usa para denominar a esa clase de amor, y literalmente significa "cariño de monos". [T.]

también contra el tratamiento, que desde entonces ya no pudo proseguir averiguando las causas de sus accesos de desmayo con la facilidad anterior: esos ataques se venían produciendo siempre en conexión con ciertos acontecimientos que disminuían el sentimiento de personalidad del paciente, y yo veíame ahora reducido a trabajar sobre la única base de sus comunicaciones y sueños. El enfermo hizo de necesidad virtud, y calificó este cambio como una mejoría imputable al tratamiento; así esperaba granjearse mis simpatías, que hubieran significado para él —lo mismo que la aspirada conquista del cariño de quienes lo rodeaban— un sentimiento de poder. Señalemos que la necesidad de experimentar ese sentimiento hacíale mostrar ante los extraños un carácter tratable y amable.

Se me podría objetar que, dada mi diversidad de concepto, en mi descripción quedó desdibujado lo que presentado por Freud habría sido un caso inequívoco de Edipo. Nada menos exacto. El presente caso se adaptaba, como pocos, para presentar sin hesitaciones la tendencia hacia la madre vestida con el ropaje sexual. El mismo paciente no vaciló en momento alguno en caracterizar sus sueños "edipianos", como francamente incestuosos, como pruebas incontestables de sus deseos libidinales hacia su madre. Tales sueños menudeaban. He aquí a simple título de ejemplo, el siguiente:

"Me alejo con una señora desde el lugar de la cita hacia el arroyo".

La "señora" representaba a la madre, según pudo deducirse luego. El "arroyo" aludía a la prostitución. La "cita" integraba un recuerdo del día anterior: se refería a una muchacha que le había negado un nuevo encuentro, y a la cual, por esa negativa a brindarle amor y ternura, él la había identificado con su madre. Carecía del don de impresionar a las chicas, a causa, según él, de que estaba privado de sentimiento masculino, y en protesta, humillaba a la madre, a la muchacha y, por extensión, a todas las mujeres —en el fondo temidas—, degradándolas al estado de prostitutas. Obedeciendo a su sentimiento de inferioridad, tendía hacia los ambientes de la prostitución [20].

Con la misma claridad se manifestó el complejo de Edipo en otros sueños. Pero visto en el contexto de la constelación

[20] Véase "La Psicología del individuo y la prostitución", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

psíquica total, era claro que lo sexual no era sino un modo de expresarse, un "modus dicendi". Soñaba, por ejemplo:

"Estoy sentado ante una sencilla mesa de madera marrón. Una chica me trae un jarro de cerveza".

La mesa le recordó una cervecería subterránea de Nuremberg, a donde había ido a causa de una misión científica, y cuyo "Museo Germánico" había visitado varias veces. En este sentido del germanismo se produjeron las asociaciones con el gran jarro y la cerveza. Es presumible que el paciente, dotado de tanto oído musical, llegase a Nuremberg imbuido de los *Maestros Cantores* de Wagner. Al mencionar esta ópera recordó una escena en otra ópera de Wagner, en la cual alguien bebe. Primero se acordó de Tristán, y en seguida del arribo de Sigfrido a la corte de Gunter. En ambas escenas el héroe bebe un filtro de amor. Así, el paciente explicaba por la hechicería la atracción que su madre ejercía sobre él. Finalmente recordó a Segismundo, al cual su hermana Siglinda le tiende compadecida un cuenco con hidromiel. La interpretación de este sueño es la siguiente: La voz de la sangre ha hablado, la madre siente piedad hacia él, héroe que arrebata al marido (padre) la esposa. El incesto aparece en el mismo aspecto que en la ópera de Wagner: el paciente codicia a su madre como si estuviese ebrio.

Pero la situación psíquica del paciente asume un carácter "femenino". Su hermano mayor, al retornar de un viaje, había sido recibido en su casa con grandes muestras de cariño. ¡Cuán diferente había sido la acogida que se le había dispensado a él a su reciente regreso de Alemania! La idea "¡Estoy disminuido!" se reforzó vigorosamente por esa afectuosa acogida al hermano, y en el sueño busca refugiarse en la línea directriz masculina. Intento que no podía menos que fracasar: aquella misma noche tuvo uno de sus ataques.

El ataque tenía por objeto conquistar la ternura, la compasión de la madre, cosa fácil de conseguir del padre; pero también la madre, al ver al hijo sin conocimiento, olvidaba las explosiones brutales de celos de nuestro enfermo y lo acompañaba por algún tiempo junto a su cama. Así lograba satisfacer su deseo de tenerlo todo, como el hermano y como el padre. Su ficción primitiva ("no seré nunca un hombre completo") había cambiado de forma: "yo también quiero poseer a mi madre, del mismo modo como la poseen mi padre y mi hermano". Para poder proceder con la energía

precisa, necesitaría estar profundamente convencido de su afecto hacia la madre: y así se sugería él esa convicción.

El análisis ulterior permitió descubrir el significado más profundo de su ansiosa actitud frente a su madre. En su transcurso se puso de manifiesto un punto decisivo en su sentimiento de inseguridad, elaborado en su infancia. Al irse distanciando la madre cada vez más de él, al niño se le ocurrió, como a tantas criaturas, la fantasía de no ser realmente hijo de esos padres sino un extraño, un intruso en la familia, fantasía para la cual "Blanca Nieves", la "Cenicienta" y otros cuentos a menudo proveen ideas directrices en este sentido. En cierta ocasión, su hermano cayó enfermo y la madre no se apartó de su lecho. Desde entonces el paciente sintió constantemente la tentación de poner a prueba el amor filial de sus padres, sobre todo de su madre, utilizando para ello un padecimiento que había observado en un tío: fuertes desmayos. Estas pruebas las emprendió con una tenacidad típicamente neurótica. A esta altura de la investigación vemos cómo, también en este caso, el complejo de Edipo se desvanece como tal y aparece como mero producto de una elaborada ficción; como una expresión de la protesta viril contra un sentimiento de inseguridad y de inferioridad, como una manifestación de la tendencia neurótica a la seguridad, del deseo insaciable de "tenerlo todo".

La contradicción interna de esta protesta viril, que frecuentemente queda en evidencia, la condenación moral que cae contra esa actitud de querer "tenerlo todo", así como también una más clara comprensión de la inaccesibilidad de ese deseo o el temor de tomar decisiones que puedan volverse contra el paciente mismo, todo ello suele imponer la necesidad de un "arreglito", como si dijéramos: "mitad y mitad". Conforme a ese arreglito, el paciente busca una salida del dilema y la encuentra en el principio: "Divide et impera!" Esta solución es a veces viable en virtud de la posibilidad que ofrece de satisfacer el afán de dominio; otras desemboca en utópicos ideales igualitarios y de amor a la justicia.

Capítulo V

El Ascetismo, el Amor, la Manía de Viajes, el Crimen como Amplificación Neurótica de los Límites. Simulación y Neurosis. Sentimiento de Inferioridad del Sexo Femenino. El Objetivo Ideal. La Duda como Expresión del Hermafroditismo Psíquico. Masturbación y Neurosis. El "Complejo Incestuoso" como símbolo del Afán de Dominio. Naturaleza de la Manía.

En el presente capítulo procuraremos demostrar cómo la idea directriz, compensatoria, de querer "tenerlo todo", puede desviarse del camino rectilíneo y buscar la meta final (elevar el sentimiento de personalidad o, al menos, preservarlo de toda humillación) mediante rodeos y ardides, creando curiosas manifestaciones neuróticas, criminales o, también, valiosas producciones.

Ya la avaricia, la frugalidad y el ascetismo de muchos neuróticos revelan un rodeo de esa índole, por la cual el paciente se deja llevar como si fuese el único camino que pudiera salvarlo de todo peligro. Estas líneas de orientación ficticias, en las que el enfermo cree firmemente y a las que se atiene con todo rigor, son las que, en casos de extrema inseguridad, lanzan su anormal modo de ser hasta la psicosis. El melancólico, e igualmente el hipocondríaco, a fin de protegerse de un peligro se entrega a fantasías obsesivas en las que se representa amenazado por una inminente indigencia, con lo cual el paciente se anticipa mentalmente el estado temido, subraya su sentimiento de inferioridad y utiliza sus sufrimientos como defensa de su sentimiento de personalidad. La manía de comprar y de coleccionar, el fetichismo y la cleptomanía son también manifestaciones de esa avidez de tenerlo todo. En los casos a que nos estamos refiriendo siempre se pone en evidencia un mismo rasgo: la tendencia a abrir una brecha en los límites impuestos por la realidad y, siguiendo una línea ficticia, evadirse de un sentimiento de

disminución. La apercepción se efectúa siempre en rigurosa conformidad con el antagonismo simbólico "masculino-femenino". De acuerdo con esta apercepción tendenciosa, el paciente acentúa e intensifica sus líneas y sus expresiones, con la finalidad de probar a todos en general y a él en particular que él es, verdaderamente, todo un hombre. En este sentido, el símbolo sexual le sirve de excelente medio de expresión. En efecto, el análisis de los fenómenos sexuales del paciente revela siempre que no se trata sino de una exageración, por muy extraños rodeos, de la línea directriz. A esta misma categoría de hechos corresponden la mendacidad neurótica, la fanfarronería, la presunción, la tendencia a jugar con fuego, con el amor, a avanzar temerariamente hasta el borde del abismo y de esta manera extender al máximo los límites impuestos al neurótico por la realidad. A fenómenos de este tipo, pero más inofensivos, pertenece el prurito patológico de viajar, que en los casos más extremos degenera en fuga [1]. Por lo general estos individuos tratan de alcanzar el ideal de personalidad que los impele, por la imitación, o por la arrogancia y el negativismo. Esta misma tendencia a amplificar las capacidades masculinas hasta sus más extremos límites, es también la fuente de la afición exagerada a leer, escuchar, ver y cometer actos que espantan a los demás. En este mismo grupo a menudo se encuentran inclinaciones telepáticas y espiritistas, propensión a la superstición y al milagrerío.

Cuanto más se acentúe este afán de la posesión por la posesión misma, con independencia del valor de la cosa, tanto más se aleja el neurótico de las tendencias y valoraciones normales. Así, por ejemplo, llevado por una especie de afán inflatorio, el turista finge amor a la naturaleza para justificar con él la exhibición de un bastón de alpinismo con las marcas de las altas cumbres escaladas. Las artimañas de Leporello muestran esta misma avidez aplicada al amor, y en Don Juan como en Mesalina —ninfómana siempre insaciada y disminuida— habrá de verse el mismo afán, la misma expresión de un tipo neurótico al que todas las comunes

[1] Como motivación básica de la fuga y de la vagancia siempre se encuentra en los jóvenes neuróticos y abandonados la exigencia siguiente: "¡Hay que cuidarme más!" En otras palabras: esta conducta constituye una expresión de descontento y una tentativa neurótica de presionar sobre los demás.

posibilidades de satisfacción resultan insuficientes. En estos casos desempeña un importante papel la tendencia a encadenar y depreciar a la pareja, como asimismo la tendencia a resguardarse contra una temida pareja única, real o aparentemente superior.

"Alma mía, ¿hay acaso algún lugar donde yo no haya estado?", tal la respuesta del Münchhausen de Immermann a la pregunta de si conoce un punto lejano. Las satisfacciones que proporcionan los juegos al aire libre, la equitación, el automovilismo y la aviación, provienen, en el fondo, del sentimiento de posesión, de adueñamiento y de dominio que deparan. Por eso todo niño quiere ser cochero, maquinista, aviador, para guiar, para estar arriba, para "llevar las riendas"; o rey, presidente o maestro, a fin de darse con el dominio sobre los demás un visible testimonio de superioridad; o médico, para poner coto a la muerte y ensanchar los límites de la vida; o general para mandar ejércitos, o, en fin, almirante, para reinar como señor del mar.

La mentira, el hurto y otras manifestaciones de conducta desviada en los niños, deben considerarse también como otros tantos intentos de ampliar los límites impuestos por la realidad. En la mayoría de los casos se trata de fantasías y de ensueños compensatorios. Una encuesta que por mi iniciativa se llevó a cabo en una escuela superior de señoritas, reveló que el total de las 25 alumnas, e inclusive la maestra, recordaron haber cometido pequeños hurtos [2]. La observación minuciosa revela que el móvil de esta aspiración del niño a la altura reside en un estado de intolerable excitación provocado por el sentimiento de inferioridad. Bajo esta presión la criatura se torna curiosa, golosa, ávida de aprender, de conocer sus faltas y de darse el marco necesario para el desarrollo de su sentimiento de personalidad. Tal como en el campo orgánico los déficit promueven rendimientos físicos compensatorios, también en el dominio psíquico las frustraciones y privaciones, los padecimientos y humillaciones provocan, a través del reforzado sentimiento de inseguridad y de inferioridad que suscitan, un impetuoso desarrollo de la superestructura psíquica. En *Los Pretendientes a la Corona*, Ibsen hace decir a Jatgei: "He recibido el don del dolor y

[2] Wexberg me ha informado de un hurto fantaseado que obedecía, incontestablemente, al propósito de afirmar la propia superioridad sobre el padre.

por tanto soy escaldo". En muchos casos se advierte en seguida que ha sido un intenso sentimiento de inferioridad el punto de partida de un espíritu de investigación, o que "el acorde inicial de una vida de artista, más tarde modelo de serena armonía de arte y vida, fue una áspera disonancia". (B. Litzmann: *Clara Schumann.*) Clara Schumann sufrió hasta los ocho años de sordomudez.

Ya en otra oportunidad he descrito otra forma que suelen emplear los niños para mostrarse superiores a sus padres [3]. Consiste en conservar, por el recuerdo de defectos anteriores, o por imitación de defectos ajenos, un estado de aparente estupidez, ceguera, sordera, cojera, tartamudez, enuresis, suciedad, inapetencia, torpeza, vómitos, pereza y desidia: actitudes psíquicas de un niño afectado por un sentimiento de disminución que, poco a poco, se transforman en verdaderos dispositivos preparados conforme al imperativo: "Actúa como si por tal o cual defecto debieras procurarte la superioridad". Esta manera de hacerse notar desagradablemente tiende a satisfacer a la vanidad, impide toda actitud natural y fácil en las personas que rodean al paciente y sirve de venganza por la igualdad negada. A menudo, sólo se diferencia de la simulación en que el síntoma se produce automáticamente siempre que el sujeto debe enfrentar una superioridad, pues se dispone de él como un mecanismo de defensa incorporado a la memoria y siempre listo a funcionar contra toda amenaza de humillación —tal como los dedos de un virtuoso, dispuestos siempre a funcionar cuando la ocasión o la necesidad se presenta—. Todo el sinnúmero de los síntomas neuróticos, ereutofobia, dolor de cabeza, jaqueca, desmayos, dolores, tremor, depresión, exaltación, etc., pueden remitirse a estas actitudes psíquicas preformadas [4].

Inclusive el hombre normal en su orientación hacia el objetivo reacciona no sólo con el pensamiento y la palabra sino, casi siempre, también con las partes orgánicas, con el aparato circulatorio, las vías respiratorias, etc.: utiliza la risa, el llanto, la mímica, el abrir la boca y los ojos como expresión de sorpresa, etc. Preguntad a alguien: "¿qué es

[3] Véase: Adler, "Tratamiento psíquico de la neuralgia del trigémino", en: *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

[4] De ello resulta que para reconocer una verdadera simulación, por los antecedentes del paciente debe excluirse la existencia de una parecida preformación neurótica.

compacto?" o "¿qué es una escalera de caracol?" o "¿qué es fofo?", y se observará al interrogado contestar con un despliegue de movimientos. En aquellos otros casos ocurre exactamente lo mismo, sólo que de una manera más difusa y enmascarada.

Uno de los hechos que mi método me ha permitido establecer es el más o menos consciente sentimiento de inferioridad que padecen todas las mujeres por el hecho mismo de serlo. Su vida psíquica se halla tan modificada por este sentimiento que siempre acusan los rasgos de la compensatoria "protesta masculina", y ello por lo regular en forma de rodeo, a través de rasgos de apariencia femenina, inferiores, tales como los descritos en el grupo anterior. La educación, la preparación para el futuro, las obligan, en efecto, a manifestar su superioridad, su "protesta viril", por vías encubiertas, disimuladas generalmente por la resignación. Pero el afán de autoridad, la avaricia, la envidia, la coquetería, la tendencia a la crueldad, etc., a menudo saltan a la vista como rasgos masculinos compensatorios, ordenados según una línea directriz masculina. Siguiendo mi método, Parkes Weber halló que esta defensa contra la humillación constituye la base de los fenómenos histéricos.

También la criminalidad debe interpretarse como producto del ímpetu de la protesta viril en personas cuyo ideal compensatorio les ha impuesto una línea directriz orientada a disminuir la vida, la salud y los bienes del prójimo. Cuando estos individuos, cuyo sentimiento de inferioridad busca compensarse en cierta exaltación emocional, deben enfrentar inseguridad, privaciones, humillaciones que amenazan gravemente su sentimiento de personalidad, o deben apelar a reforzados intentos para sentirse "arriba", para asegurar su superioridad, en su ciega persecución de su línea directriz hacen entera abstracción de la realidad y fácilmente caen en el crimen. El Dr. A. Jassny ha explicado magníficamente este mecanismo —que se manifiesta con especial claridad en los crímenes pasionales, en los crímenes habituales o por imprudencia—, en base a los registros de mujeres criminales que figuran en el *Archiv für Kriminalanthropologie.* Agreguemos aún que el camino del crimen denuncia en el criminal una fuerte inseguridad de poder hallar una conciliación entre su necesidad de hacerse valer, por una parte, y los requerimientos del sentimiento de comunidad, por otra; en otras palabras,

denuncia su sentimiento de incapacidad para adaptarse a la vida social.

Dado el importante papel que las relaciones amorosas desempeñan en la vida humana, la avidez neurótica, el afán de querer tenerlo todo, siempre se introducen en las relaciones entre el hombre y la mujer, las perturban, las obligan a distanciarse de la realidad y a caer en la lucha por la exaltación del sentimiento de personalidad. Es, en efecto, característico del neurótico un incesante afán de atenuar su sentimiento de inferioridad mediante constantes y renovadas pruebas de superioridad. Así pretende que la persona amada renuncie a su personalidad, se deje absorber totalmente por él —o por ella— y se reduzca a servirle como un simple medio en beneficio de su propio sentimiento de personalidad. Por ello es prueba de amor auténtico, libre de tendencias neuróticas, el que cada una de las partes no sólo acepte la plena personalidad de la otra, sino que inclusive la ayude a conservarla. Tal amor es en verdad raro. Precisamente en las relaciones entre los sexos casi siempre se introduce la crítica, la desconfianza, la obstinación y el egoísmo, estorbando una y otra vez la convivencia amorosa. Siempre median exigencias y alfilerazos adivinados con facilidad, y ambas partes viven como si enfrentasen un enigma cuya solución procurasen descifrar por todos los medios. En estos casos el análisis revela siempre lo mismo: miedo a la pareja sexual debido al sentimiento de inferioridad y, con él, lucha por la personal superioridad. Pero el amor y el matrimonio son incompatibles con esta lucha: ellos poseen "su propia lógica", y toda exigencia extraña, toda lucha por el poder, no hacen sino destruirlos.

Hemos presenciado ya esta lucha solapada en individuos con un acentuado sentimiento de inferioridad provocado por una minusvalía orgánica congénita [5]. Toda una batería de dispositivos neuróticos arma al individuo para esa lucha, y ciertos rasgos de carácter se ponen de relieve para el cuerpo a cuerpo con "el enemigo". Desde el punto de vista social, los rasgos que desempeñan más importante papel acaso sean,

[5] Es curioso que Kretschmer, cuya descripción del tipo facial esquizotímico ha contribuido tanto a la teoría de la inferioridad orgánica, no haya advertido en las neurosis y psicosis la sistematicidad señalada por nosotros, ni tampoco el abismo que media entre influencias humorales y psique.

en primer término, la desconfianza y los celos, y en seguida, el autoritarismo y el egotismo. De los antecedentes del paciente y de su entrenamiento anterior utilizables, así como de sus recuerdos tendenciosamente interpretados, dependerán los rasgos que habrán de actuar en la línea de vanguardia. Pero todos ellos están, por igual, sometidos a la influencia de la meta final, se manifiestan con violencia ante cualquier merma inminente del sentimiento de personalidad, y todos por igual revelan su presencia, aun cuando el orgullo los relegue hacia el inconsciente. Además, cuenta siempre con los artilugios neuróticos destinados a forzar al "adversario" a deponer las armas: a este fin, sirven las depresiones, el miedo a la soledad, la agorafobia, el insomnio y otro arsenal de recursos similarmente eficaces. Al mismo objeto sirve un rígido principismo moral, del mismo modo como, por ejemplo, la coquetería o el adulterio sirven de venganza cuando una humillación exige restablecer el equilibrio o derrotar al otro.

Ante un déficit del sentimiento de superioridad, el protestario afán de vindicación masculina por lo regular se manifiesta en forma rectilínea, "haciéndose el gallito", mediante "aventurillas", menosprecio a la pareja, etc., o bien, en cambio, siguiendo caminos soslayados: por la impotencia, por una afectada protección de los hijos, por la duda respecto de su legitimidad, o, en fin, por la franca evasión de la vida hogareña en el alcoholismo y en toda suerte de diversiones. En la mayoría de estos casos la intención subyacente es evidente: humillar a la mujer. Los celos maníacos del alcohólico no se originan, como suele creerse erróneamente, en la impotencia debida al alcoholismo, sino que, precisamente a la inversa, el alcoholismo, la impotencia y los celos reforzados son formas neuróticas coordinadas de un individuo cuyo sentimiento de inferioridad ha caído "muy abajo". Como todo neurótico, también el impotente, el alcoholista y el celoso sufren a causa de su neurótica medición de la distancia entre su realidad y su ideal, tendenciosamente exagerado. Precisamente uno de los recursos más eficaces del neurótico consiste en medir la persona real desde el punto de vista del ideal, con lo cual puede rebajarla a gusto. El deseo de venganza de la mujer desdeñada y humillada se sirve preferentemente de los síntomas neuróticos, entre ellos y muy en especial, de la frigidez. La oculta intención de la frigidez es negarle al hombre su masculinidad, hacerle dudar

de sus aptitudes sexuales, demostrarle, aunque a las buenas, bien a las claras, su limitado poder e influencia sobre ella. De esta manera se asegura así, cuando menos, un sector (el sexual) donde ella es inexpugnable, invencible.

Según lo demuestra el análisis minucioso, esta férrea estructura está montada compensatoriamente sobre los primitivos sentimientos de inferioridad. Por lo general la apercepción de la humillación, del temor o del deseo de equiparación, se efectúa a través de la imagen antagónica "hombre-mujer", según la cual un alto sentimiento de personalidad es sentido y valorado como un ascenso hacia lo masculino y una humillación como un descenso hacia lo femenino. De ahí, que, en ciertos casos, el sentimiento de humillación se exprese en las fantasías y en los sueños como una castración (símbolo femenino). Por lo común en la neurosis se impone, en forma preponderante o accesoria, la línea directriz masculina, que tan importante papel desempeñó ya en el trayecto preparatorio. En tal caso, una vez cuestionado el sentimiento de personalidad, sobreviene una exacerbación de los rasgos masculinos —hecho que en las mujeres se pone fácilmente en evidencia— y, simultáneamente, se produce un aislamiento del individuo, un retiro de la sociedad.

Además de celos, en la mujer neurótica se encuentran algunos otros síntomas derivados del mantenimiento sobre una línea directriz masculina. Tales mujeres son por lo común reacias al amor, sobre todo a las relaciones sexuales, y arguyendo toda clase de razones para justificar su actitud (todas menos la verdadera: el descontento con su papel femenino), intentan lograr una suerte de masculinización. Esta aversión al amor y al matrimonio puede perdurar toda la vida, pero también suele ocurrir que, al avanzar en edad, algunas mujeres acusen un cambio en esa línea directriz masculina que les crea una contradicción interna: poco a poco va apoderándose de ellas el temor de no poder atraer y retener al hombre, que lastima su sentimiento de personalidad y que, entre constantes vacilaciones, engendra impulsiones amorosas de tipo neurótico. Estas vacilaciones son motivadas por el conflicto que introduce la nueva línea directriz, por la contradicción entre el deseo de conquistar a un hombre con objeto de incrementar (masculinamente) el sentimiento de personalidad y la disminución del sentimiento de personalidad que entraña el afeminamiento de sí misma.

Sobre esta base actual hermafrodita, a menudo aparece la duda neurótica, que se refleja sobre todas las circunstancias, inclusive las más banales. Toda decisión provoca en la "contraconciencia" ("Gegenbewusstsein", en el sentido de Lipps) la decisión opuesta —ambas sentidas y valoradas según la antítesis "masculino-femenino"— y la paciente llega a adoptar, simultánea o sucesivamente, los papeles masculino y femenino. El caso siguiente ilustra esta situación:

Una joven maestra que se gana la vida dando clases, se queja de inquietud, dudas constantes, insomnio e ideas de suicidio. Desde que murió su padre cuida de toda su familia. Reemplaza, pues, al hombre, al "jefe del hogar", y en sus fantasías y sueños se representa a sí misma como un animal de carga, como el "burro de los mandados". Trabaja hasta el agotamiento, sacrificándose enteramente por su hermano y su hermana. Siempre, hasta donde alcanza su memoria, deseó ser un hombre. De niña tenía aspecto de varón, y todavía a los 15 años la confundieron en la playa con un muchacho.

Neusser ha llamado la atención sobre los caracteres orgánicos del sexo opuesto que se observan en la constitución tímico-linfática. También en mis trabajos neurológicos me he ocupado de los signos orgánicos del sexo opuesto, señalando mi comprobación de que a menudo la neurosis se sirve de ellos, ya para subrayar la inferioridad de un signo femenino, ya para expresar la protesta viril. Las observaciones anteriores de Fliess y las de Halban, que han llamado mi atención sobre este sector, no se relacionan en modo alguno con el mecanismo psíquico descrito por mí. Menudean los asertos exagerados e insostenibles que de una sexualidad orgánica opuesta derivan la existencia de una correspondiente sexualidad psíquica opuesta. Tal aseveración es, en realidad, indemostrable.

Ya el mismo día en que se inició el tratamiento, la paciente en cuestión denunció su protesta viril en una variante bastante frecuente: rehusó con toda vehemencia la gratuidad del tratamiento que se le propuso, repitiendo, una y otra vez, que no admitía regalos de nadie, y luego explicó su actitud de una manera bien conocida: "aceptar regalos es poco caballeresco". Siempre había rehusado los obsequios, pero a ella en cambio le encantaba hacerlos, y en su papel de padre de familia tenía abundantes oportunidades para ello.

De su anamnesis debe hacerse resaltar un hecho impor-

tante: un tío suyo intentó violarla cuando tenía nueve años de edad. Fue tal su pánico en aquella oportunidad que soportó el ataque pasivamente, pero a nadie le contó el suceso. Cuando se aguzó su neurosis, se sintió obligada a creer que ya desde su infancia había sido una sensual capaz de entregarse al primer hombre: lo mismo que ahora. He aquí, nuevamente, el empleo neurótico de un recuerdo con vistas a asegurarse: a consecuencia de tales ideas hasta los 30 años soslayó cualquier trato con hombres.

Desde los 10 hasta los 25 años se masturbó apasionadamente, práctica que le produjo un intenso sentimiento de culpa [6], fortaleció la convicción de su sensualidad y la persuadió de ser definitivamente indigna de casarse —convicción que reforzó aún más su distanciamiento de los hombres.

He aquí una clara muestra del papel que desempeña la masturbación en la neurosis: mediante el sentimiento de culpa y sus consecuencias —la renuncia al amor— asegura al paciente contra la pareja sexual. La semejanza entre este caso y aquellos en que la misma defensa se produce por reforzamiento de un defecto infantil (enuresis, tartamudez...) o por síntomas neuróticos, salta a la vista. El primitivo sentimiento de inferioridad se conserva como una especie de armazón remanente que va llenándose con fantasías de disminución y con sentimientos de culpa, que obligan al paciente a perseguir su objetivo final a través de sinuosos rodeos. La actitud de nuestra paciente se ajusta al siguiente imperativo rector: "Quiero ser un hombre; no quiero desempeñar un papel femenino".

Desde hace algunos años la enferma padece una idea

[6] Los remordimientos primarios provocados por la masturbación constituyen, a un tiempo, efectos y medios de aseguramiento del ideal de personalidad. En la neurosis estos aseguramientos son a menudo reforzados —sin que se abandone la masturbación— y acomodados dentro del plan de vida individual: el autoerotismo se convierte así intencionalmente en símbolo de un plan de vida, en señal de un carácter obsesivo. Expresa un plan de vida. Dado que el afán de dominio neurótico siente la entrega y participación en la comunidad como un impedimento, la masturbación expresa su programa de vida que incluye aislarse, rechazar el sentimiento de comunidad y eliminar toda disposición a la entrega y a la pasión. El contacto con la comunidad se mantiene especialmente por el lenguaje, la sexualidad y el amor, la profesión y la disposición a la acción: la neurosis ejerce su influencia destructiva sobre todos estos aspectos. Todo neurótico muestra la forma de vida erótica que corresponde a su plan neurótico de vida.

obsesiva que confirma nuestra concepción de la neurosis. Cree que a causa de la masturbación ha perdido esa parte de sus genitales que se eleva hacia adelante y que, según su descripción, tiene la apariencia de un pene. Ahora se ve completamente inutilizada para el matrimonio, pues "moriría de vergüenza" si su marido descubriese "su vicio". Es evidente cómo la enferma opone la imagen directriz masculina —su ideal— a su femineidad intensamente sentida como inferior, así como la eficacia de su aseguramiento. Pero es precisamente mediante este arreglito como la paciente se asegura contra el desempeño de su papel femenino en la realidad.

Entre sus rasgos de carácter auxiliares se destacan, sobre todo, la ambición y la depreciación: el primero en el círculo de la familia, en su profesión y frente a sus amigas; el segundo en su reducido trato con hombres. La ambición y la depreciación la ayudaron también a retirarse de todas las relaciones sociales, a limitar su radio vital a la familia, fenómeno éste por lo demás corriente en muchachas que movidas por su protesta viril acaban por restringir al máximo su contacto con el hombre.

A pesar de su muy sólida apariencia, a la larga tampoco este aseguramiento pudo satisfacer el ideal de personalidad de nuestra paciente. Poco a poco se vio abandonada por sus amigas, que se fueron casando y, cuando hasta a su hermana menor le llegó el turno de ennoviar, su línea directriz no pudo sostenerse ya por más tiempo, pues su ambición también llegó a anhelar el "dominio sobre el hombre". Y como es frecuente en las jóvenes neuróticas, afectadas por una acentuada inseguridad, decidió: "¡El primero que se presente!" Por ese entonces asistió a un baile de máscaras donde conoció a un hombre honorable; éste, tras corto trato, pidió su mano. En una excursión que hicieron juntos, ella se le entregó por temor a descubrir su defecto y con ello su deshonra: "¡Cualquier cosa antes que eso!" Cuando más tarde el novio le preguntó amablemente si él había sido su primer amante y que le explicase el motivo de la frialdad que le había demostrado, la enferma lo dejó estupefacto con la mentira de que ya se había entregado antes a otro. El hombre rompió toda relación con ella.

Fácil es adivinar lo que siguió. La paciente deploraba desconsoladamente su pérdida (de masculinidad), se vio otra

vez disminuida y privada de su reciente triunfo viril. Más tarde intentó explicarse sus razones: "quise hacer sufrir a aquel hombre y castigarlo por la *derrota* que me había infligido; quise desvalorizarlo y privarle de su triunfo". También ante él se retractó de su mentira y le expuso estos motivos, pero temiendo nuevas desarmonías si se casara con una mujer tan neurótica, el hombre de todos modos la dejó para siempre. Inmediatamente nuestra paciente se encendió de amor por él, lo convirtió en su ídolo, pasó noches enteras de insomnio pensando en él y jurándose que jamás se casaría con otro. Es decir, expresó claramente que ya no se casaría con nadie, dado que, según toda previsión humana, había perdido a su novio para siempre. En suma, mediante diferentes ardides había retomado, pues, su línea directriz primitiva, se había dado un ideal ficticio, rehusando —hasta que empezó el tratamiento— asumir un papel femenino.

En el curso del tratamiento, el psicoterapeuta debe mantenerse en guardia a fin de no caer víctima de la tendencia desvalorizadora del paciente, que utilizará su enfermedad para desautorizarlo. El paciente pone en juego sus expedientes habituales, refuerza sus síntomas, crea otros nuevos, busca provocar relaciones tirantes, a veces inclusive de amor o de amistad, pero siempre con la intención neurótica (dictada por la protesta viril) de someter al psicoterapeuta, de humillarlo, de imponerle un papel "femenino". A fin de morigerar esa lucha del paciente contra él, el psicoterapeuta debe apelar a recursos tácticos y pedagógicos para hacérsela comprensible al propio paciente, demostrándole, con ese ejemplo, su actitud neurótica frente a la vida en general. Tal recurso constituye uno de los principales factores de la curación. Pero en ningún momento se descuidará la protesta del neurótico, pues hay que esperar su manifestación hasta el final del tratamiento y, sobre todo, hacia el período inmediatamente anterior a su finalización. Con calma y objetividad se le mostrará al paciente su natural política de agresividad y dominación como producto de la neurosis, pues es ella la que crea esas disposiciones y rasgos de carácter. Dejemos para más adelante el examen de la *transferencia* amorosa de Freud; pero digamos desde ya que esa transferencia no es más que un ardid del paciente para despojar al psicoterapeuta de su superioridad. También Bezzola y otros han descrito ya los variados rodeos por los cuales el paciente neurótico intenta disminuir al médico.

Pero lo que en estos casos se descubre siempre, en definitiva, es la línea directriz masculina destinada a asegurarle al paciente la superioridad deseada. El expediente más simple que para respaldar sus tendencias agresivas encuentra el paciente es, siempre, aferrarse a los síntomas que integran esas tendencias. Un detalle de la historia clínica de una enferma, poco antes de finalizar su tratamiento, nos muestra esa devaluación bajo la forma de una ofensiva protestaria contra el médico. La paciente, virgen de 36 años de edad, había acudido al tratamiento a causa de sus estados de angustia y de sus pavores nocturnos. Abordaré la descripción de este cuadro neurótico con la exposición del sueño siguiente:

"Estoy tendida a sus pies y elevo mi mano hasta la seda de su traje. Usted hace un ademán lascivo. Entonces le digo sonriendo: tampoco usted es mejor que los demás hombres. Usted inclina la cabeza en señal de aprobación".

Si ubicamos el deseo sexual en el primer plano del psiquismo, según se procede invariablemente en el análisis freudiano, cualquiera sea la interpretación, no se encontrarán dificultades en hallarle a este sueño un significado esencialmente sexual. Igualmente fácil sería extraer de su infancia un recuerdo que demostrase que también había cortejado antes a su padre. Esta evocación tendenciosa ya la había hecho la paciente: su afán de seguridad neurótica hacía ya mucho que había reunido todas las vivencias amenazadoras a fin de prevenirse con exagerada preocupación "anafiláctica" contra toda eventual repetición. Además, si le interpretásemos a la paciente la afloración de esos recuerdos y vivencias actuales como expresión de su verdadero impulso "reprimido", fácilmente recibiríamos su aprobación. Su psiquismo neurótico está en incesante búsqueda de recuerdos, reales o exagerados, con los cuales construir su base de operación: ahondar su sentimiento de inferioridad, de culpa, de vicio y de excesiva femineidad, para aumentar así finalmente sus precauciones y luchar con justificada vehemencia por el ascenso a la superioridad y a la masculinidad. Pero esta acentuada protesta viril —originada por la perspectiva tendenciosa y previsora de la paciente—, no hará más que reforzar la neurosis. He aquí, pues, las palancas que el psicoterapeuta debe accionar para vencer la neurosis: remover la perspectiva neurótica, cerrar el paso a las afluencias ficticias hacia la protesta viril, facilitar al paciente la comprensión de la base supers-

ticiosa que entraña la línea directriz ficticia y, en fin, hacerle ver su actitud idolátrica frente a esa línea.

Hacia la época de aquel sueño, la paciente había iniciado relaciones amorosas con un hombre casado. Al insistir éste en que lo visitase en su casa aprovechando que su esposa estaba de veraneo, la enferma sintió toda clase de escrúpulos que yo, de mi parte, alenté. A pesar de ello, no rompió las relaciones y siguió su juego con fuego, pues "la impaciencia del hombre la divertía". Esta actitud encerraba además una intención hostil contra los parientes y contra mí —el prudente consejero—. Su explicación debe interpretarse como un simple pretexto: la anamnesis de la paciente, su actitud durante los veinte años de enfermedad y durante el tratamiento demostraban con toda claridad que atravesaba un estado de exacerbada protesta viril. Podía exigir la sumisión del hombre, pero rehuía angustiada y temerosa (su dolencia consistía en estados de angustias y pavores nocturnos) el desempeño de un papel femenino. Su temor al varón, con el cual creía no poder competir, constituía el nódulo de su actitud psíquica, e intentaba compensar ese temor comportándose de manera masculina y desvalorizando a los hombres en toda oportunidad.

Es dentro de este cuadro anímico donde debemos interpretar el sueño. La paciente exagera su dependencia de mí y la refuerza con el medio más eficaz a este propósito: una imagen onírica donde se representa a sí misma "como si estuviera tendida a sus pies". Este sentimiento de "estar abajo" se utiliza como mera base de operación: sobre la construcción de este papel femenino ficticio habrá de seguir, como siempre, la tendencia hacia lo masculino, y en efecto, este hecho es fácilmente comprobable en todos sus sueños. "Eleva su mano", y a continuación de ello se produce mi transformación en mujer: llevo "un traje de seda". Este mismo mecanismo psíquico desvalorizador se denuncia en el resto del sueño. En realidad, yo había prevenido a la paciente contra el pretendiente, pero en el sueño hago un "ademán lascivo", lo mismo que el pretendiente, es decir, desciendo al mismo nivel que él: "tampoco usted es mejor que los demás hombres" [7]. En el sueño he de callarme y hacer un gesto

[7] La generalización es un artilugio que siempre observamos en el neurótico en incesante persecución de la línea directriz ficticia. Si no mediase esa generalización, su opinión del mundo se desplomaría, así como su rígida actitud neurótica resultante.

afirmativo. La idea opuesta de que yo pudiera ser mejor (superior) que los demás le es insoportable a la paciente; de ahí emana la ficción onírica preventiva, defensiva, conforme a la perspectiva neurótica. La paciente sólo se siente segura si, por principio, todos los hombres son igualmente malos. Entonces se siente superior, y su satisfacción se manifiesta en su "sonrisa", así como en mi silencio. Un factor esencial en mi técnica de interpretar los sueños consiste en demostrarle al paciente cómo falsifica y deforma la realidad, tanto en el sueño como en la vigilia.

Es notable que la enferma entablara esa peligrosa relación con un hombre casado. En los casos de "liaison" de este tipo se comprueba su carácter de medio de defensa contra el matrimonio, e inclusive contra las relaciones sexuales en general. Se obedece a esa línea directriz masculina que en la realidad busca hacerse valer mediante impulsos y sensaciones femeninos. Trátase aquí, como he dicho reiteradamente, de una protesta viril con medios femeninos, que recuerda al hermafroditismo psíquico. En los casos de este género, la fuerza de impulsión de la línea directriz masculina resulta extraordinariamente alimentada por el sentimiento de una superioridad que la enferma se atribuye sobre la esposa engañada.

A fin de proceder según los métodos de la Psicología del Individuo comparada, y de poner en evidencia los componentes de la apercepción que sirve de base a la actitud de nuestra paciente, debemos preguntarnos: ¿De dónde ha extraído la enferma esta tendencia, este entrenamiento psíquico para despojar al hombre de su masculinidad utilizando el recurso femenino del impulso amoroso y, al mismo tiempo, aumentando su propio sentimiento de personalidad masculina sobreponiéndose a otra mujer? Sabemos ya que el objetivo de la paciente consiste en elevar su propio sentimiento de personalidad, en darle virilidad y afirmar su superioridad sobre otra mujer, sobre la esposa del pretendiente. ¿Pero no podría la enferma alcanzar ese mismo objetivo por otro camino? Pues bien, la respuesta es la siguiente: la fuente de esas tendencias se remonta a sus antiguas relaciones con su padre y su madre. La enferma aprendió a acercarse al padre amándolo y apreciándolo hasta dominarlo, de manera que superó así a su madre, y estas relaciones le sirvieron de imagen directriz

concreta. Si se hace abstracción de la protesta viril del niño neurótico, y se procede por analogía, como hace el mismo neurótico, estos hechos pueden encuadrarse dentro de un esquema sexual, con lo cual obtendremos el *complejo de incesto.* Y luego, según he demostrado en mis trabajos anteriores, de ese complejo se podrá deducir lo que la línea directriz masculina había introducido en él, o sea la defensa del sentimiento de personalidad bajo la forma de una relación amorosa. En la literatura psicoanalítica se afirma una y otra vez que la libido del neurótico está fijada al padre y a la madre, o sea que el neurótico busca en el amor condiciones semejantes a las ya vividas por él con su padre o su madre. Pero la única condición que realmente le impone el neurótico al amor es la de su "voluntad de poder y de aparentar". Poder y apariencia buscados con máxima precaución, pero incesantemente, con todo el cúmulo de sus perfeccionados dispositivos preventivos, creados por la tendencia aseguradora, y en una forma rígida y reacia a pactar con la más mínima alteración de sentido o de objetivo. Para el neurótico el amor no tiene otro objeto que servir como defensa del sentimiento de personalidad. El efecto del amor neurótico revela, más claramente aún, que la fuerza motriz reside en la protesta viril, creadora, también, de esa aparente constelación incestuosa. Cuando la fijación al padre o a la madre se torna claramente visible —según ocurre en ciertos casos— ella acusa un carácter programático, intencional, finalista (con relación al plan de vida), orientado a facilitarle al individuo la evasión de todo posible compromiso con otra pareja, del amor y del matrimonio. Se comprende: en la mayoría de los casos el neurótico ha desbaratado o desentrenado su disposición para el amor y para el matrimonio, vistos por él como incompatibles con su meta final masculina.

Pero, bien examinada, la más primitiva de las situaciones triangulares (padre, madre, niño), la "situación incestuosa", se diluye, se desexualiza, y se la descubre como una situación creada por el "delirio de grandezas del niño" que reúne ya todos los rasgos propios del neurótico: envidia, obstinación, avidez, afán de dominio y carencia del sentido de comunidad. El móvil que induce a conservar, deformar y exagerar los restos de recuerdos apropiados, es el temor a una derrota en la vida, y en aquellos casos en que realmente ha intervenido el impulso sexual, en que el niño tuvo de veras posibilidades

incestuosas, el hecho se conserva en el recuerdo como una huella aterradora, como una advertencia admonitora. No son los recuerdos, las reminiscencias, los que guían a la psique neurótica, sino la ficticia meta final masculina a través de las disposiciones y rasgos de carácter creados y desarrollados por ella. El hecho de que estas reminiscencias hayan sido "reprimidas", arrojadas al inconsciente por el sentimiento de personalidad, no altera el cuadro en absoluto, si la actitud correspondiente persiste. En todos los casos, el carácter neurótico y sus gestos psíquicos, con su mecanismo inconsciente, interfieren la adaptación del individuo a la vida en comunidad.

Es lo que ocurrió en el caso de nuestra paciente. Recordaba y sabía muy bien que, por ejemplo, siempre había intentado atraer al padre a su partido, y que lo había logrado mediante una cuidadosa adaptación a sus deseos e ideas. Así no le resultó difícil separarlo de la madre. A los 14 años empezó a rehuir sus besos porque le causaban una inquietante sensación erótica. Para la mejor comprensión de esta situación debo mencionar que a partir de los 12 años la paciente manifestó signos francamente neuróticos: ello nos permite comprender, en efecto, la construcción de esas disposiciones eróticas como medio de defensa. Nuestra paciente había sido siempre una niña rebelde, con una conducta propia de un muchacho mal educado. Ya por aquel entonces había aprendido a sentir la fuerza del impulso sexual y se masturbaba desde hacía bastante tiempo. Los hombres empezaron a cortejarla, frente a lo cual la paciente reaccionó con intensa angustia. En los últimos años la necesidad de asegurarse se había acentuado tanto que la enferma reforzó su tendencia a la angustia, artificialmente construida sobre aquellas sensaciones de angustia en un comienzo reales. Ahora, ante la humillante posibilidad de tener que desempeñar un papel femenino en cualquier sentido, ya podía —y por ello aprovechaba cuidadosamente toda ocasión— desencadenar alucinatoriamente un estado de angustia; es como si pudiese anticipar el efecto de, verbigracia, un eventual embarazo. Después de algunos años, esta tendencia a la seguridad había adquirido tal magnitud que la disposición a la angustia se había reforzado considerablemente: nacida a título de reacción frente a hechos e impresiones reales, había llegado a adquirir una inusitada facilidad para desencadenarse, a la menor ocasión, toda vez que, con razón o sin ella, la enferma creyese verse

amenazada por una humillación, por una reducción al papel femenino.

Esta anticipación y evocación alucinatoria de sensaciones (de una derrota que se teme sufrir en el futuro), son resultado de la tendencia aseguradora preventiva, y forman —tal como ya he subrayado antes— [8] la esencia de la hipocondría, de la fobia y de numerosos síntomas neurasténicos e histéricos. De paso mencionaré aquí que también la demencia reside, esencialmente, en una similar representación dogmática y anticipada de un temor o de un deseo. Esta representación es suministrada por la tendencia aseguradora con vistas a producir un mejor testimonio defensivo del sentimiento de personalidad, una mayor aproximación a la línea directriz ficticia en una fase de grave inseguridad. Nuestra paciente creía haberse asegurado contra una posible y temida pérdida de prestigio mediante su estado de angustia, que presentía y retenía alucinatoriamente esa amenaza de pérdida. En ocasiones, la excitación alucinatoria necesitaba un refuerzo adicional: en tales casos la paciente se hacía la idea obsesiva de que había asesinado a un niño recién nacido. El análisis reveló que su temor al hombre —que solía degenerar en agorafobia— se vinculaba con amonestaciones de su madre. Ello muestra que la paciente llegaba a extraer de sus recuerdos inclusive las recomendaciones de la tan combatida madre —siempre que ellas conviniesen a su defensa [9].

En medio de estos actos preparatorios se produjo un acontecimiento que la obligó a una rápida ampliación de los recursos de defensa: una prima soltera dio a luz un niño. Este

[8] Véase: Adler, "Sifilofobia", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*.

[9] Digamos de paso que, al mismo tiempo, la paciente buscaba desautorizar las apodícticas amenazas maternas. Hecho éste, por lo demás, bien frecuente, en la experiencia de todos. A uno de mis pacientes durante su infancia se le iba a buscar siempre a la salida de la escuela —tutela que, según sucede a muchos niños, resultábale humillante—. Un día que la acompañante no se hizo presente como de costumbre, el niño se quedó esperando nada menos que cinco horas frente a la escuela, hasta que los padres, angustiados, lograron dar con él. De una manera semejante, de pequeño, Nietzsche desautorizaba a sus educadores regresando de la escuela a su casa pasito a pasito, sin darse prisa, bajo una lluvia torrencial. A los reproches de su madre contestó que no había hecho más que obedecer la norma de que los niños bien educados deben dirigirse a sus casas decentemente, sin correr, sin molestar a los otros, sin alborotar.

hijo ilegítimo estalló como una bomba de indignación en medio de esa familia burguesa, sobre todo a causa de que el seductor había desaparecido. Conociendo el cuadro del desarrollo psicológico de esta muchacha podremos comprender sin dificultad por qué este acontecimiento vino necesariamente a apresurar el agudizamiento de su neurosis y cómo fue posible que las palabras de la madre menospreciada ganasen en importancia. Desde niña la paciente había sido fuerte, traviesa y revoltosa, había mostrado una decidida preferencia por los juegos de los muchachos y ridiculizado desdeñosamente todo rasgo femenino. Todavía recuerda con cuánta violencia rechazaba los juegos de muñecas y las labores de mujer. A sus ojos, la personalidad del padre sobrepasaba con mucho a la de la madre. En la casa de nuestra paciente vivía una tía soltera que tenía maneras y actitudes francamente masculinos, recia barba y voz bronca. A estos vivos recuerdos recurrentes se añadió otro de una época ulterior que, junto con la tendencia dominante desde la infancia (querer llegar a ser hombre), vino a crear en la paciente la resonancia necesaria: el recuerdo referíase a una compañera de escuela, una seudohermafrodita, a quien la enferma conoció largo tiempo, que se transformó en hombre. Según mi experiencia, estos datos y otros similares, por ejemplo ese especial interés por el hermafroditismo, bastan para interpretar, al menos provisionalmente, que tales pacientes —hombres o mujeres— quieren despojarse de su apariencia de femineidad y revestirse de masculinidad. Como si estuviesen persuadidos de su aptitud para semejante transformación, incesantemente intentan avanzar hacia el papel masculino, visto como más valioso. De estos diversos intentos de "corregir el destino", interesan en particular dos: la elaboración del carácter neurótico y la elaboración de síntomas neuróticos.

Como rasgos bastante frecuentes en estas pacientes se observa la tendencia al desnudo y a la frivolidad, en la infancia o en la vida ulterior; en sueños, en la fantasía o en el acceso neurótico, en cuyo transcurso se arrancan sus vestidos; en la psicosis se desnudan como si pudieran prescindir del pudor, estimado como un rasgo femenino. Tales casos demuestran cómo una perversión —el exhibicionismo en este caso—, no se origina en una "constitución sexual congénita", sino en una neurosis de defensa, que busca proteger el sentimiento de personalidad mediante la supresión y represión de

sentimientos de inferioridad, como expresión de un afán vehemente de ser todo un hombre, de ser superior. El lenguaje sexual no es más que un modo de expresión, un "como si", y el contenido sexual de las ideas y de los hechos no es sino un símbolo del plan de vida. Inclusive el exagerado pudor femenino de las pacientes de este tipo, no es sino un subterfugio en la dirección opuesta, destinado a brindar un consuelo compensatorio por la falta de la masculinidad[10]. En estos casos la falta de pudor ocupa el lugar de la deseada masculinidad (protesta viril), en tanto el pudor exagerado acusa por lo general la existencia de penosas ideas de resignación y excita la protesta viril, lo cual viene a reforzar considerablemente las líneas de la ambición, del deseo de estar arriba, del afán de querer tenerlo todo, de la obstinación, etc. El afán de conquista, el deseo de avasallar, así como también la tendencia a humillar a los demás, pueden manifestarse en el desarrollo ulterior de la neurosis también bajo la forma de fantasías hostiles de castración y de sus racionalizaciones. A menudo se observan tendencias a reducir a la pareja a la inermidad, y a dar pruebas de la propia superioridad, sistema que siempre constituye la esencia del exhibicionismo. En ocasiones, la falta de gracia y de recato en jovencitas debe interpretarse como expresión de la ficción imperativa que reclama: "¡Quiero ser un hombre! ¡Detesto el papel femenino!"

Pese a sus manifestaciones a veces de apariencia contradictoria, todos estos rasgos de nuestra paciente actuaban en la misma dirección: lograr la meta final ficticia. Como condición previa de su orientación masculina se halló en el análisis de su primera infancia una fase de inseguridad, durante la cual tuvo —con deficiente comprensión, pero bajo la orientación de su tendencia y de su ambición compensadora neuróticas— la esperanza de transformarse algún día en hombre. Este objetivo final (pasar del estado hermafrodita al de hombre) se percibe con toda claridad si interpretamos

[10] Véase: Adler, "La posición masculina en neuróticos femeninos", en *Práctica y teoría de la Psicología del individuo.* Esas manifestaciones "masculinas" sustitutivas van acompañadas del sentimiento de su ineficacia. En las neurosis y psicosis graves (melancolía, demencia precoz y paranoia) el sentimiento de desesperanza, la falta de fe en el triunfo del yo egocéntrico, impele a la rebelión contra la vida y contra toda la comunidad. Lo mismo sucede en el caso del suicidio.

su actitud de muchacho como una preparación para realizar esa esperanza ficticia. Al mismo grupo de signos pertenece también la afición a la vestimenta masculina, tendencia que —como en los transvestidos de Hirschfeld— deriva del dinamismo psíquico recién descrito.

Su imagen directriz se manifestó con especial claridad en sus fantasías y en sus ensueños. Sobre la base de cuentos y de fábulas (*El Enano Narigudo*, *Las Mil y Una Noches*) se representó a sí misma bajo las más diversas mutaciones. Veíase metamorfoseada ya en una ondina, ya en una sirena, con su cola de pez como remate inferior del cuerpo —hecho éste muy significativo. En conexión con tales fantasías, hacia esa época se presentó un síntoma neurótico más claro: en ciertas ocasiones no podía caminar, como si en lugar de piernas tuviese una prolongación caudal. También cierto fetichismo suyo en torno de los zapatos señala la dirección hacia la masculinidad: la enferma necesitaba usar zapatos grandes (zapatos masculinos), de lo contrario sufría de dolores en los pies. De las *Metamorfosis* de Ovidio —que, en su avidez por la lectura, devoró en edad temprana— extrajo otra imagen que todavía se presentaba en sus sueños en la época del tratamiento: se transformaba en un ser cuya parte inferior del cuerpo terminaba en un tronco que echaba raíces en la tierra. De ésta y de otras diversas maneras nuestra paciente se contestaba a la pregunta sobre su futuro destino sexual [11], de cuya transformación, como todos los neuróticos, acobardados frente a la vida, no quería ser responsable, sino deberla a una intervención milagrosa, mágica.

No nos sorprenderá, pues, saber que en este caso, como en otros similares, también la actitud de la enferma frente a la mujer sufrió la influencia de su meta final masculina. Asimismo, las relaciones amorosas y sexuales debieron ocupar su lugar en sus preparativos para el futuro: así nuestra paciente, por una parte, asumió el papel masculino de protectora de su delicada hermana menor, en tanto, por otra, cometía actos sádicos contra muchachas, sirvientas y jovencitos afeminados. La línea directriz masculina de la paciente nos muestra así una combinación de rasgos secundarios homosexuales y sádicos [12] (masculinos), formados sobre una ampliación de

[11] En una de las *Metamorfosis*, una ninfa pide a Apolo que como premio de amor la transforme en hombre.

[12] Moll ha subrayado con gran perspicacia la frecuente com-

la actitud y rasgos masculinos iniciales. La tendenciosa apercepción de la paciente neurótica eligió, entre las múltiples impresiones recogidas en su vida, la homosexualidad y el sadismo como únicos sustitutos posibles de la sexualidad masculina. Estas dos perversiones constituyen además —según demostraremos más adelante—, rodeos y ardides neuróticos, líneas directrices secundarias que se desprenden de una protesta viril exagerada. Poco importa la base constitucional de las perversiones, pues de acuerdo con su finalidad defensiva y en virtud de su tendenciosa selección de materiales, la neurosis puede utilizar la más nimia expresión y darle una proporción y un valor extremadamente exagerados, excitarla y atribuirle una gran significación, todo ello en la medida en que convenga para sus fines.

Cierto día, cuando la paciente tenía 14 años, mientras subía una escalera, cierto hombre le hizo proposiciones directas. A partir de esta constelación desarrolló una idea delirante: durante meses creyó ser un tal Hugo Schnek, asesino de sirvientas. Así, mediante una más intensa abstracción —iniciada con vistas a la obtención de una mayor seguridad—, reforzó sus ficciones masculinas, homosexuales y sádicas, les dio una expresión más acentuada y, al mismo tiempo, anticipó un acontecimiento temible. Estas tres condiciones: mayor abstracción de la realidad, reforzamiento de la línea directriz masculina hacia "arriba" y anticipación de la imagen directriz (frecuentemente disfrazada), constituyen los fundamentos de toda idea delirante. Los tóxicos, endógenos y exógenos, pueden en muchos casos provocar un sentimiento más intenso de inseguridad y una exclusión del sentimiento de la comunidad —opuesto a la política del poder—, estado que igualmente pueden originar las vivencias y los afectos. Pero la causa activa de las ideas delirantes es siempre la tendencia neurótica a la seguridad, reforzada en casos de mayor inseguridad, que se apodera también del modo neurótico de apercepción y causa el aislamiento del enfermo. La introducción de sirvientas en la construcción delirante de nuestra paciente, expresa al mismo tiempo su tendencia depreciadora contra el sexo femenino. En su edificio se destaca la angustia como

---

binación de homosexualidad y exhibicionismo. Nosotros creemos haber descubierto su sentido interno. Ambas extravagancias sexuales son formas de expresión de la básica protesta viril en hombres inseguros.

clara defensa contra el hombre y, por tanto, en coordinación con la intención de su delirio: otra expresión de su acentuada protesta viril [13].

Otra dirección perversa de nuestra paciente, de la cual ella se percataba sólo muy vagamente, era una manía de llevarse todo a la boca y de chupar cuanto cayese en sus manos. Los hechos reales que se prestaron para elaborar esa manía y que fueron utilizados por su fantasía neurótica no eran desconocidos para ella: siempre, sobre todo de niña, había sido muy golosa —rasgo que aún hoy suele manifestar—. Pero también a menudo llevó a su boca cosas repugnantes sin sentir asco. En su fuga del papel femenino [14] la paciente veía el parto como un hecho inadmisible y particularmente femenino —según lo revelan detalles de su historia clínica— y comenzó por imaginarse realizando con su boca actos homosexuales perversos. Una conversación le dio la sugestión. Se afirmó que una vecina acomodada, que vivía sola, tenía esa perversión. Aunque precozmente distanciada de los hombres, nuestra paciente intentó en algunas ocasiones conocer la realidad, y en el rechazo del parto, en su capacidad, sentida exageradamente, de adoptar procedimientos asquerosos, halló el camino hacia esta fantasía perversa. Pero también contra ella se reveló su protesta viril. Sus pavores nocturnos estaban provocados generalmente por situaciones oníricas preparadas a título de ensayo, en las que se representaban situaciones del tipo que acabamos de aludir, y con el grito protestario y con la angustia protectora respondía a su veleidad —dispuesta por ella misma— de desempeñar un papel de perversa femenina.

La actitud psíquica de la paciente, tal como la hemos descrito al principio, se modificó considerablemente durante el tratamiento. Un resto de temor al hombre y de protesta viril se conservó todavía un tiempo, pero cedió poco después, dando paso a un comportamiento normal. En cambio una

[13] En los neuróticos inseguros de sí mismos el reforzamiento de la línea directriz los obliga a recurrir a más fuertes medios de defensa, a la angustia, en reemplazo de la moral, a la hipocondría en reemplazo de la prudencia. Nuestra paciente tiene, a un tiempo, ideas delirantes y angustia, en tanto a otras muchachas les basta la moral y la prudencia. Del mismo modo, las alucinaciones y las ideas delirantes vienen a ocupar el lugar de la precaución, los temores y el estímulo.

[14] Véase: Adler, *El problema del homosexualismo y otros ensayos*, Barcelona, Apolo, 1936.

cierta predisposición a una actitud difícil, socialmente inferior, que se resistía a ceder, sólo pudo eliminarse prolongando el tratamiento. Por otra parte, es dudoso que el problema de esta paciente, en edad ya avanzada, privada de todas las relaciones sociales a consecuencia de su prolongada neurosis, y además, en situación económica precaria, pudiese tener mejor desenlace.

Pese a todo el ímpetu y rigidez que exhiben los síntomas y el carácter neuróticos, unos y otros suelen mostrarse tan variables y plásticos que el hecho ya ha llamado la atención de muchos autores: no sin razón se enumeran el carácter caprichoso, la labilidad de los sentimientos, la sugestibilidad y la influenciabilidad (Janet, Strümpell, Raimann, etc.) como signos importantes de afección psicógena. Pero debe tenerse presente que, según hemos demostrado, estos fenómenos psíquicos no constituyen sino medios, modos de expresión, dispositivos ad-hoc, que se presentan toda vez que resulta necesario preservar esa variabilidad en razón de servir también ella como línea auxiliar al servicio de la meta final ficticia: el alza del sentimiento de personalidad. Además, la autovaluación neurótica retomará esta variabilidad como punto de partida para otro género de consideraciones: mediante un tendencioso reforzamiento de la sugestibilidad exagerará la propia debilidad, la apoyará con recuerdos seleccionados y por lo común distorsionados a fin de proveerla de un mayor ímpetu. Así nos lo muestra el caso siguiente: Hace poco un médico vienés hizo demostraciones públicas de sugestión en vigilia. Tuvo éxito con cierta señora unas cuantas noches, pero cuando pretendió actuar una vez más, en venganza, la señora en cuestión contestó con un acceso histérico tan intenso que la policía le prohibió al médico que continuase sus sesiones. En todo tratamiento psicoterapéutico se debe contar siempre con el posible incremento de la protesta viril, con los accesos del paciente. Toda mejoría de su estado es experimentada por el paciente como una coacción y una derrota. Por ello, a menudo, a un mejoramiento sigue un empeoramiento, por el solo motivo de haberse sentido mejor. Los múltiples rasgos dispuestos en polaridad y ambivalencia (Bleuler) del neurótico y del psicótico se basan en un desdoblamiento hermafrodita de la psique neurótica, y obedecen al ideal de la personalidad, asegurado con hipersensibilidad y gran precaución. Bien comprendida, su correlación revela un cuadro

unitario y coherente de una relación psíquica del tipo de la siguiente: "Puesto que soy débil, imprudente, tierno y sumiso, tengo que aparentar ser fuerte, prudente, duro y dominante". Según el caso, uno u otro rasgo de la "ambivalencia" se destacará más que los otros. El proceso compensatorio restante subyace en el fondo de la personalidad.

Capítulo VI

Principios neuróticos. Compasión, Coquetería, Narcisismo. Hermafroditismo Psíquico. Aseguramiento Alucinatorio. Virtud, Conciencia, Pedantería, Fanatismo de la Verdad.

En el capítulo anterior hemos observado los múltiples ensayos, preparaciones y dispositivos que la aspiración a la masculinidad determinó en una paciente. El temor al hombre que resultó de esa elaboración fue tan grande que toda relación amorosa se vio imposibilitada, hasta que el tratamiento la restauró. En muchas enfermas la protesta viril se manifiesta en el amor de una forma en apariencia totalmente opuesta: las pacientes van de relación en relación, que se marchitan fácilmente y en cada caso son reemplazadas por otras nuevas, hasta que corren las suertes más diversas. O bien contraen y disuelven su matrimonio una y otra vez. En ocasiones manifiestan las más violentas pasiones por amores difíciles, cuyos obstáculos no hacen más que acuciarlas. Estos mismos fenómenos se hallan en los neuróticos masculinos. Pero si observamos bien, reencontraremos los rasgos neuróticos ya familiares para nosotros: en primera línea, el afán de dominio, y luego todos los otros rasgos de carácter de que puede servirse el amor neurótico para imponerse. El prurito de tenerlo todo adquiere entonces la forma de prurito de conquistar a todos los hombres, y en ocasiones, a todos los humanos. La coquetería, la necesidad de cariño, así como el descontento con el propio destino, alcanzan un desarrollo desmesurado. Y es curioso observar cómo estos rasgos entran en combinación con las más variadas dificultades personales: una muchacha de baja estatura se interesa sólo por hombres altos, o bien se enamora sólo cuando los padres se oponen, y desdeña y menosprecia lo asequible. En las conversaciones sobre el amor y el matrimonio a las muchachas de este tipo

siempre se las oye emplear la palabra restrictiva "únicamente". Quieren "únicamente" un hombre culto, "únicamente" si es rico, "únicamente" un hombre masculino, "únicamente" amor platónico, "únicamente" el matrimonio sin hijos, "únicamente" un hombre que las deje en amplia libertad, etc. La tendencia depreciadora es aquí tan fuerte que difícilmente haya un hombre que pudiera satisfacer semejantes exigencias. En la mayoría de los casos, a menudo inconscientemente, tienen preparado un ideal construido por combinación de rasgos pertenecientes al padre, a un hermano, a un personaje novelesco o histórico, o a una figura fantástica. Cuanto más nos familiarizamos con tales ideales, tanto más nos convencemos de que sólo sirven de subterfugio para desvalorizar la realidad.

La orientación psíquica del paciente, así como sus rasgos de carácter afemeninos, a veces "masculinos", como los de libertad sexual, infidelidad e impudicia, señalan la clara existencia del afán directriz de equipararse al hombre. En estos casos el análisis revela inferioridades orgánicas originarias, exagerado sentimiento de inferioridad y sobreestimación de lo masculino, seguidos por la consecuente devaluación defensiva. Se observan además otros aseguramientos que confirman explícitamente el funcionamiento de ese mecanismo. Verbigracia, las generalizaciones tales como "todos los hombres son brutales", "tiránicos", "huelen mal", "están infectados", etc. Los neuróticos masculinos sustentan opiniones equivalentes; dicen que "todas las mujeres son viciosas", "insaciables", "frívolas", "tontas de nacimiento", "infieles", "mentirosas", "sometidas a una sexualidad incontenible", etc. Los filósofos y poetas, los "ocultos emperadores" (Simmel) creadores de las imágenes directrices de la época, son a menudo consecuentes con esas mismas ficciones, y de ellas se apropia luego el neurótico para trazarse una línea aseguradora en medio de la agitación de la vida: además de los fundadores de religiones y de los Padres de la Iglesia, Schopenhauer, Strindberg, Moebius y Weininger, han creado los moldes más populares para esa neurótica orientación masculina [1]. A las eruditas disputas de los clérigos sobre si la mujer tiene alma o no, siguió el *Malleus Maleficarum* y los vergonzosos exorcismos de brujas. La erótica que corresponde a esta

[1] Acerca de estas concepciones y su recíproca influencia con el pensamiento general de cada época véase: Viola Klein, *El carácter femenino*. Buenos Aires, Paidos, 1965. [S.]

actitud es perversa o se reduce a la masturbación o a repetidas poluciones, en todos los casos conforme a una misma intención oculta: la de una erótica sin mujer.

Los esquemas ficticios de aseguramiento de las jóvenes neuróticas derivan de un concepto infantil y, por tanto, están menos ajustados aún a la realidad. Sin embargo, cuando la realidad logra influir sobre la ficción neurótica, ésta a menudo produce rasgos y tendencias que exhiben con suficiente claridad la disposición masculina a sojuzgar al hombre, y, si la defensa es más intensa, aparecerán la orientación homosexual o la búsqueda de un hombre devaluado, de pobre agresividad, para el amor o el matrimonio. El verdadero estado de cosas puede quedar encubierto por una actitud manifiesta compasiva; entonces bucará amar a un hombre débil, decaído, inválido, vencido, envejecido. La violencia de la ficción directriz masculina se manifiesta en las fantasías, sueños y alucinaciones, en los cuales el hombre es representado sin masculinidad, metamorfoseado en mujer o en cadáver, en suma, "abajo": inerme, pequeño, humillado, impotente. Esta ficción directriz masculina encuentra en la necrofilia su expresión más intensa [2].

Según hemos dicho, hay otra vía que, a través de la línea de la avidez ("querer tenerlo todo"), conduce a la coquetería neurótica. La protesta viril se expresa:

1º En la tendencia a compensar un sentimiento originario de inferioridad, de disminución, mediante la dominación de muchos, de todos los hombres;

2º En el rechazo del papel femenino en las relaciones sexuales y en el matrimonio, sentido como degradante. En lugar de este papel, la línea directriz masculina crea como defensas la frigidez sexual y perversiones de toda clase, en general, las humillantes para el hombre, y en particular, sádicas.

Block puso bien de relieve el afán de dominio de las coquetas (*Beiträge zur Aetiologie der Psychopathia sex.*): "La coquetería, a la que puede definirse como el empeño de la mujer por atraer a los hombres y someterlos a su dominio, se sirve sobre todo de medios puramente sensuales, y en este sentido puede considerársela como reflejo de instintos

[2] Eulenburg ha señalado la íntima relación entre la algolagnia activa (v. Schrenck-Notzing) y la necrofilia.

esencialmente ginecocráticos". Sólo añadiremos que tales "instintos ginecocráticos" están construidos con arreglo al afán de igualación con el hombre y, por tanto, dependen del ideal de personalidad masculina, aun cuando para ello se empleen recursos femeninos, cuando ellos son los únicos disponibles o los más eficaces. Estos neuróticos, entre los cuales se destacan los coquetos masculinos, quieren conseguir su triunfo —valuado como masculino— a la manera de las mujeres: buscan más que nada causar impresión y someter a los demás a su servicio. El reforzamiento neurótico de esta línea directriz secundaria conduce a la autosobrestimación y, en consecuencia, a la acentuación de rasgos de autoritarismo, soberbia y degradación de los demás. El hecho de que el objeto del deseo sea sobrevalorado no debe desorientarnos, pues obedece al narcisismo (Naecke) del paciente. Esta sobrevaloración es una mera condición previa a la relación, y refleja el sentimiento de grandeza del paciente. Son en especial estos casos los que en el curso del tratamiento psicoterapéutico aparentan un "enamoramiento del médico". Pero esta transferencia amorosa sólo representa una de las tantas posibles expresiones de una actitud combativa lanzada contra la resistencia y, con ello, contra la superioridad del hombre (médico)[3]. Y no es difícil comprender que el sentimiento de disminución que provoca esta forma curiosa y compleja de protesta, resulta de un sentimiento de femineidad ulteriormente sentido como una inferioridad.

Pero cualesquiera sean sus formas de expresión, la coquetería femenina jamás busca someterse al hombre, por mucho que lo parezca. Tarde o temprano la coquetería procurará desvalorizarlo, y ello cada vez que sienta la situación como "demasiado femenina". No se puede predeterminar este momento, pero, por lo común, un contacto íntimo, un beso, la expectativa de la entrega o el temor al embarazo y parto, reforzará y activará la tendencia defensiva provocando la neurosis o psicosis. Sobreviene una más pronunciada abstracción de la realidad, se destacan más claramente las ficciones de la política del poder, y la ansiada desvalorización del hombre impele a la coqueta a una conducta aparentemente desprovista de sentido, que dejará ver, cada vez con mayor nitidez, los

[3] La confianza en el propio encanto es tan grande que toda resistencia es causa de renovado empeño. Véase también: Adler, *El problema de la homosexualidad y otros ensayos sexuales.*

impulsos de la tendencia agresiva exacerbada, y con ello los rasgos neuróticos de carácter.

Esta coquetería narcisista, derivada de la idea sustancializada de la personalidad y basada en un sentimiento originario de inferioridad, existe, en mayor o menor grado, en todo neurótico. Ello explica que a los neuróticos, y sobre todo a los de la categoría recién descrita, les sea tan difícil desprenderse de personas o de cosas. Tener que despedirse de una persona, aun cuando no sea allegada, puede motivar en un individuo de este tipo los más graves síntomas neuróticos como, por ejemplo, accesos neurálgicos, depresiones, insomnio, llantos convulsivos, etc. —y nada digamos si debe despedir a una persona aparentemente amada—. Empero, al mismo tiempo, menudean sus amenazas de abandono o divorcio, destinadas a probar su importancia para el otro.

Hay todo un repertorio de fenómenos que demuestran que bajo la coquetería neurótica subyace la protesta viril. Ya hemos destacado la fuerte aversión de la neurótica a desempeñar un papel definidamente femenino. La protesta viril puede provocar, asimismo, tal como se ha visto, un cuadro extraño, una aparente duplicidad de vida, un desdoblamiento de la conciencia, una ambivalencia (Bleuler). El análisis siempre descubre, además, pruebas adicionales de la tendencia hacia la equiparación con el hombre: sueños, fantasías, alucinaciones, la irrupción de una psicosis, todos estos hechos denuncian el afán de ser un hombre, o uno de sus diversos equivalentes, por ejemplo, el temor a un destino femenino. La intensa tendencia a disminuir al hombre, que deriva en una pugna igualitaria, introduce en la vivencia amorosa la ficción de un papel masculino. Así aparecen la frigidez y toda clase de situaciones apropiadas para reducir al hombre a una degradante posición de esclavo.

A menudo se considera como iniciación de la neurosis el instante en que el temor a una decisión, la angustia causada por un examen, por el matrimonio en cierne, por la expectativa de una aparición en público o por la agorafobia, plantea la necesidad de un tratamiento médico. Esta angustia sobreviene cuando la protesta viril sufre un contraste o se ve amenazada por una humillación, por una derrota, esto es, por un destino femenino, que obligue al neurótico a reconocer su insuficiencia.

Ilustraremos este aspecto con la historia de una paciente,

pianista, a quien atendí hace algunos años. El mismo día que debía dar su concierto de presentación, nuestra paciente se vio impedida por un calambre en los dedos. Este síntoma neurótico la munía de una excusa perfecta para sustraerse a una temida derrota. El examen de las condiciones que rodearon al calambre descubrió una ilusión neurótica por la cual las notas le recordaban a la paciente los genitales masculinos. Nada más simple que suponer aquí "una fuerte sexualidad reprimida", y que el calambre de los dedos era el símbolo de una "represión de las tendencias masturbatorias". Pero, el análisis del caso revela un cuadro bien distinto. El triunfo en público habría significado para la paciente su igualación con el hombre. Mas esta ficción hallábase en contradicción con la realidad, con su femineidad, y la aparición en público equivalía a una definitiva ponderación de los hechos. Mediante una simbolización de las notas de la partitura musical, la paciente se munió de un impedimento ficticio que le servía para recordarle su femineidad y como toque de retirada [4].

Como sucede casi siempre en la neurosis, la contradicción inherente a la protesta viril, por la imposibilidad de realizar la ficción, estalló precisamente en el momento decisivo, ante la amenaza de un contraste, por lo demás normal y natural. Entonces se refuerzan los rasgos de carácter de la ansiedad, la timidez, la "fiebre de las candilejas", ya sirviendo de pretexto, ya creando otros preparativos y dispositivos que llevan en la misma dirección. Por ejemplo, como en nuestro caso, una contracción espasmódica de las manos causa dolores, interfiere la agilidad y desvía la atención de la amenaza que se cierne sobre la protesta viril.

Pero también en este caso es de admirar el poder de esa línea directriz masculina, que inclusive en la fuga en la enfermedad sabe desarrollar una masculina disposición combativa. Esta muchacha había iniciado su carrera de concertista contra su voluntad, presionada por su madre. El fracaso de los ambiciosos planes maternos significaba para la hija un triunfo que venía a compensarla en parte. Lo que de niña

[4] Del mismo modo, sirven también de eficaces indicadores para la retirada de la sociedad, las sobreexcitaciones sexuales fijadas a situaciones ineludibles en la vida social, como, por ejemplo, viajes en tranvía, asistencia al teatro, reuniones, etc. Una firme adhesión a la ficción salvadora trae aparejada como consecuencia los síntomas neuróticos.

no había logrado con su obstinación, con su oposición masculina, lo logró ahora enfermando en cuanto las notas le advirtieron: "Eres una mujer incapaz; ten cuidado, no permitas que tu madre te imponga el papel de hija dócil, ¡somete a tu madre!"

Otro pretexto construido para conquistar un nuevo campo de operaciones contra la madre se lo brindaba un intenso sentimiento de humillación frente a su hermana mayor. Esta idea, así como su lucha por la posesión exclusiva de la madre, de los miembros de la familia, de la gente que la rodeaba, de toda persona y de todo en general —hasta de un perro— se denuncia en su coquetería exacerbada, que se manifiesta muy claramente, en su actitud frente al psicoterapeuta, por ejemplo, en uno de sus últimos sueños:

"Estoy sentada frente a usted y le pregunto si también quiere a sus demás pacientes tanto como a mí. Usted contesta: Sí, a todos y también a mis cuatro hijos. De pronto usted se transforma en mujer y se duerme. Una señora cuida de las notas negras."

En el plan amoroso de esta paciente no caben rivales. Necesita estar cierta de una victoria absoluta para sentir su superioridad. Yo, el médico que doy a entender a la paciente que trato a todos mis enfermos con igual interés, y que además amo a mis hijos, paso a ser el blanco de su autoritarismo, tal como lo fue antes su madre, como lo es ahora su marido —con quien se ha casado hace poco—, como lo son todas las personas que la rodean: servidumbre, comerciantes, proveedores, profesores, etc. Su egocentrismo no necesita "transferencia", ya que al tratamiento la paciente no trae más que rígidas disposiciones en este sentido, a las que utiliza desde la primera entrevista con el médico. Sólo que la nueva situación implica obstáculos que dificultan el despliegue del afán de dominar por el amor.

Es comprensible que mi esposa no aparezca en el sueño. Esta omisión constituye, precisamente, el punto cardinal de la situación; mi esposa está definitivamente eliminada. Hasta aquí los medios femeninos se desempeñan con eficacia y muestran la línea femenina que sigue la paciente. Pero en seguida surge claramente la protesta viril: la paciente me priva de mi masculinidad, hace su aparición la ilusión aseguradora, las notas como símbolo protector de los genitales masculinos. Ella misma "tiene cuidado", adopta sus precaucio-

nes, se asegura contra una aminoración de su sentimiento de personalidad, contra la derrota.

El hecho de que en su sueño yo quede dormido me iguala con su marido. El hecho de que su esposo, fabricante exigido por un trabajo intenso, concilie el sueño antes que ella, es sentido por la paciente como una de las mayores humillaciones. Su reacción es privarle al marido de su masculinidad: sobreviene en ella un insomnio persistente, cuya significación es permitirle operar contra el marido. En efecto, el insomnio le sirve para negarle al esposo su derecho matrimonial, para desalojarlo de su dormitorio, al principio, en medio de la noche, y más tarde, definitivamente, pretextando que "ronca y le ahuyenta el sueño". De haberle faltado este argumento, a nuestra paciente no le habría sido difícil hallar otro, y sería un grave error creer que no se trata de una construcción neurótica y que el enfermo tiene razón, por el mero hecho de que la excusa se respalda en la realidad. Precisamente con vistas a "tener razón", el enfermo por lo general argumentará en forma acertada. Pero, precisamente, la tendencia compulsiva a evidenciar por todos los medios la propia superioridad, es testimonio de neurosis, y el afán de pleitear nos muestra este mecanismo con mayor claridad aún. Por otra parte, la neurosis de nuestra paciente no cesa de construirse nuevas defensas: a su insomnio agrega una hipersensibilidad del oído (una tendenciosa exageración de la atención auditiva), cuya finalidad es despertarse al menor ruido. Y como continúa despierta hasta la mañana, es lógico que permanezca en cama hasta muy entrado el día, sustrayéndose así a los deberes femeninos de ama de casa. De esa misma manera empleó la "fiebre de candilejas" y su calambre digital, para soslayar el dominio materno [5].

Casos como éste me han enseñado cómo la sugestibilidad está al servicio de la tendencia aseguradora, ya a fin de persuadir al paciente de su debilidad en lo no importante para que pueda defenderse en lo decisivo, ya a fin de que pueda adaptarse con asombrosa ductilidad para la conquista del otro [6]. Los intentos más directos que hace para satisfacer su afán autoritario se diferencian tan groseramente de esa ducti-

[5] Véase: Adler, "Insomnio neurótico", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*.

[6] Este último mecanismo opera también en la base de la homosexualidad pasiva, y ambas actitudes pueden constituir la estructura del masoquismo (de ahí que yo prefiera llamarlo: seudomasoquismo).

lidad, que fácilmente podría uno tentarse a creer en un desdoblamiento de la conciencia. En algunos casos, la modestia, la sencillez y la preocupación y espontaneidad en la manera de ser pueden servir de artificio para buscar la misma meta a que conduce la vanidad, la soberbia y la egolatría. Casi siempre el enfermo consulta atentamente el espejo para vigilar su apariencia exterior. A menudo se encuentran rasgos de narcisismo cuya base esencial la constituye el intento de comprobar el grado en que se ha logrado la equiparación con el hombre, la compensación del sentimiento de disminución. Las *Memorias* de María Bashkirtseff [7] y de Elena Rakowiza nos ofrecen muy finas descripciones de todos estos ensayos de protesta viril.



Hacia la época en que yo llegué a la certidumbre de la verdad de mi tesis relativa a la duda del niño neurótico acerca de su destino sexual y a la protesta viril que de ella necesariamente resultaba, reuní interesantes comprobaciones en una serie de análisis de impresiones de la infancia en pacientes que las recordaban mejor que de ordinario. Algunos recordaban perfectamente haber dudado hasta los 12 ó 14 años con respecto al sexo a que pertenecían. No creo en modo alguno casual que todos esos pacientes sean del sexo masculino. Algunos se vieron asaltados por la idea de que tal vez fuesen híbridos; por ello en los casos en que los pacientes recuerdan claramente haber pensado que acaso eran hermafroditas —hecho que me relataron espontáneamente— me inclino a suponer que tales ideas no fueron sino la última expresión de su incertidumbre acerca de su propio sexo. Esta huella significativa la he hallado también en las publicaciones de historias clínicas de neuróticos y psicóticos, sin que sus autores hubieran reparado en la importancia de esa duda. Tanto en el interesante caso de manía de duda, de obsesión interrogatoria, descrita por Meschede, como en el de demencia precoz descrito por Freud, según la biografía de Schreber, es

[7] Hay en castellano un estudio "adleriano" de este documento autobiográfico: el conocido "Diario íntimo de una adolescente" (Bs. Aires, Ateneo, 1943), de Aníbal Ponce, que conoció el pensamiento de Adler y que escribió un libro de espíritu adleriano: ***Ambición y angustia de los adolescentes.*** [S.]

fácil reconocer que el hermafroditismo psíquico constituía el punto de partida de la desenfrenada política de poder y de su fracaso. Es posible que el interés de esos enfermos haya sido suscitado por ilustraciones de revistas o enciclopedias, por la lectura u otros agentes incidentales, pero a esta explicación le concedo el mismo valor que a las interpretaciones científicas que atribuyen estos fenómenos a presuntos períodos de menopausia masculinos, o al componente masculino o femenino del individuo, o a otros factores análogos. Desde mi punto de vista lo que sí importa es el persistente interés que el individuo revela en ese hecho mismo de destacar con tanto relieve la relación y recíproca dependencia entre lo masculino y lo femenino.

En los últimos años, desde que descubrí estos hechos capitales de la neurosis, muchas veces me he preguntado si una duda análoga no habrá presidido también mi propia evolución infantil, aun cuando, aparentemente, el problema hermafrodita sólo me interesó como crítico y de una manera secundaria y curiosamente tardía. También podría aducir en contra de esa posibilidad el argumento de que yo niego el hermafroditismo biológico como causa de neurosis (Fliess), pero sé muy bien que las negaciones suelen encubrir viejos intereses que se han relegado al inconsciente. De todos modos, dada mi concepción del mundo, puedo suponer que debo haber dominado perfectamente un viejo antagonismo infantil sin que ello originase en mí una exagerada protesta viril, pues tanto en la vida como en la ciencia siempre he rechazado con serena objetividad (después de haber sobrevalorado en un comienzo el principio masculino abstracto) los innúmeros argumentos destinados a sustentar la inferioridad originaria de la mujer. En cambio, con respecto a quienes criticaron hasta ahora mi tesis de la "protesta viril", en razón de la combativa postura adoptada y de la obstinación que han exhibido en enredarse en malentendidos, de la desmedida impetuosidad en sus ataques en una cuestión estrictamente científica, así como por el temor que muestran sentir ante el concepto de "hermafroditismo", me creo autorizado a inferir que toda esa exageración ha de obedecer a una antigua impresión infantil que les aterrorizó con la creencia de estar afectados por una femineidad muy acentuada o por un estado de hibridez. Con este argumento en modo alguno pretendo invalidar esas críticas ni negarle a nadie el derecho a hacerlas.

Por lo demás, no hay mejor reactivo para probar una neurosis que preguntar al individuo sospechable cómo valora al sexo opuesto. Toda enérgica negación de la igualdad de derechos entre los sexos, así como todo exceso en la apreciación, por sobrestimación o subestimación, del sexo opuesto, van siempre unidos a tendencias y rasgos de carácter neuróticos. El conjunto de estas manifestaciones emerge de los mecanismos de defensa neuróticos, ostenta claras señales de una activa protesta viril y testimonia la dependencia de un sistema abstracto y finalista organizado en torno a la ficción rectora. Todos ellos son artificios del pensamiento humano dirigidos a elevar el sentimiento de personalidad. En otro lugar nos ocuparemos de la fundamental importancia que para el sano desarrollo del individuo tiene un pronto reconocimiento del propio destino sexual y de su inmutabilidad.

De mi psicología de las neurosis se desprende que el cuadro de una vida femenina visto como una futura sumisión al hombre, parto, papel subordinado en la vida, obediencia forzosa, inferioridad de inteligencia y de capacidades, debilidad, menstruaciones, sacrificios al marido y a los hijos, sufrimiento de una humillante vejez, etc., es presentida con angustia y con horror por los niños predispuestos a la neurosis, sean de un sexo u otro. Cómo este horror al futuro destino sexual crea rasgos egoístas de carácter, ya ha sido expuesto más arriba [8]. Las neurosis y psicosis más graves suelen presentarse cuando el descontento con el propio destino sexual —valorado como desprovisto de masculinidad—, no permite una compensación adecuada. Una completa disidencia con la vida motiva rasgos de continua insatisfacción, tendencia a los conflictos, falta de objetividad y fuga de la realidad. No es raro hallar individuos que recuerdan haber preguntado en su infancia por qué no hay más que dos sexos —hecho que pone en evidencia ese originario descontento.

Ciertos casos de "lactopsicosis" —casi siempre de índole esquizofrénica—, indican una expresa renuncia al matrimonio y a la maternidad. Una paciente de este tipo, por ejemplo, desea constantemente volver junto a sus hermanos y hermanas; otra espera enceguecer o transformarse en serpiente, rehuyendo así todos los deberes femeninos. Cuando se examinan estos

[8] En "Disposición a la neurosis" —véase *Curar y educar*— hemos descrito el caso muy significativo de una niña pequeña.

casos más detenidamente, se comprueba que esas enfermas ya desde mucho antes atraviesan severas dificultades para cumplir sus tareas.

Una de mis pacientes, afectada de neurosis gástrica, acusa un rasgo bien frecuente en el desarrollo neurótico. Anticipa en el pensamiento, a menudo inclusive presiente, todos los peligros que le aguardan. Esta tendencia anticipatoria puede observarse ya en la primera infancia, sobre todo en los casos de inferioridad orgánica. Para esas previsiones a menudo se elige el momento de acostarse; no debe sorprender, pues, que una imagen onírica continúe el hilo de esos intentos, y frecuentemente de una manera aterrorizadora. En este respecto, la única diferencia entre el sueño y la vigilia reside en que el sueño, al igual que la neurosis, motiva —como en la alucinación— un sentimiento de presentimiento que corre parejo con la anticipación. La excitabilidad alucinatoria es, tal como lo he subrayado ya en mi *Estudio,* una ampliada facultad del cerebro sobrecargado y sobreentrenado a los fines de la compensación, y que sirve a la tendencia aseguradora. Su capacidad de representabilidad consciente la debe a su memoria tendenciosa y a la orientación neurótica y cautelosa de su modo aperceptivo. El aparato psíquico del niño muestra sólo atisbos de sensaciones alucinatorias (la sonrisa en el sueño, las sensaciones agradables anticipadas en la búsqueda de cualquier satisfacción orgánica o de aseguramiento) a las que debe interpretarse como preparativos ficticios para una meta, como anticipos de seguridad.

En todos los casos de neurosis y de psicosis, sin excepción, la excitación alucinatoria está al servicio de la ficción directriz, del ideal de personalidad. Piénsese también en el importante papel que desempeña la alucinación de dolor y de angustia en las afecciones nerviosas. El examen atento del mecanismo alucinatorio revela, de manera inequívoca, que se compone de tendencias a la abstracción y a la anticipación, y que a título de ficción reforzada o de advertencia gana importancia en virtud de que incita al individuo a asegurar los mecanismos de defensa de su sentimiento de personalidad. Que la alucinación se ligue a vestigios de recuerdos, o que sea "regresiva", sólo tiene escasa importancia, o ninguna. La psique siempre trabaja con contenidos conscientes y con sentimientos suministrados por experiencias anteriores. El papel del alma en general, y de la neurótica en particular, consiste

en la específica elección de estos residuos de recuerdos que ella realiza y en que los relaciona tendenciosamente con la apercepción neurótica. La tendencia aseguradora, exacerbada en la neurosis, recurre, pues, a una anticipación ficticia de un género especial, a lo que llamamos *alucinación*, en cuyo transcurso el individuo ve el desarrollo de una escena abstracta y simbólica y entrevé el desenlace final; punto final anticipatorio que instiga al alucinado a proseguir su camino, o lo asusta a fin de que obre de otra manera. La alucinación —así como el sueño y otras tentativas preliminares del alma humana— está destinada a explorar el camino a seguir con la mira de incrementar o de preservar el sentimiento de personalidad. Las alucinaciones traducen, pues, la confianza, las expectativas, la opinión y temores del paciente.

La enferma a que nos estábamos refiriendo se hallaba a punto de contraer matrimonio cuando irrumpió su neurosis gástrica. Sufría dolores en la región del estómago, eructos, vómitos, inapetencia y estreñimiento. Una noche, poco antes de acostarse, oyó claramente la palabra "escadambra". Es un hecho bien conocido que entre las producciones del neurótico son frecuentes las palabras aparentemente sin sentido, a menudo formadas según un patrón semejante al que utilizan los niños para inventar esos lenguajes secretos que les son tan gratos en virtud del sentimiento de superioridad que les proporcionan. En algunos casos he podido comprobar que los zumbidos en los oídos eran recuerdos aterrorizados, servían de símbolo de vida, del bramido del mar y sus peligros —tal como Homero compara la *arosá* con el mar rugiente [9]. En la paranoia, en la manía y la demencia precoz, los impulsos que llevan al individuo a la protesta viril se rodean en parte con la alucinación auditiva y visual, que se constituye, por así decirlo, en fortaleza que asegura y perfecciona el sistema psicótico. Toda vez que una emoción se resuelve en alucinación auditiva, debemos suponer que un grave desamparo

[9] En otro caso comprobé que el zumbido de oídos recordaba el zumbido de los hilos de las líneas telegráficas. El alucinado evocaba el abandono sufrido en su infancia triste, cuando solo consigo y con sus esperanzas para el futuro, mientras se refugiaba en una pequeña estación de ferrocarril, su imaginación extendía sus tentáculos hasta abrazar, como el telégrafo, a todo el mundo. Los zumbidos de los oídos siempre significan una "preocupación" que le permite al paciente postergar la solución de los problemas de la vida y ocuparse de sí mismo.

interior ha estimulado a la tendencia aseguradora a producir un enérgico efecto.

La palabra "escadambra" —vocablo vacío de todo significado e ininteligible para la paciente misma— no puede expresar otra cosa que una señal de advertencia y una defensa [10]. Pero podemos confiar en que la interpretación de esta palabra nos suministrará un sentido que ha de abrirnos el acceso a la comprensión del estado psíquico de la joven. Por lo regular, la interpretación de estas alucionaciones no es muy difícil o, al menos, no más difícil que la interpretación de trozos de sueños. Interrogada acerca de su impresión referente a este neologismo, la paciente contesta que le recuerda la palabra "Alhambra": siempre le había interesado mucho la Alhambra, esplendente en el pasado y ahora en ruinas. Luego, al preguntársele sobre las primeras letras de su neologismo ("esc"), dice que le recuerda a "*es*quimales" y a "*e* tru *sco*"; además le viene a las mientes el pueblo "vasco", pues también esta palabra contiene una buena parte de las letras de la sílaba "esc". Así la paciente nos muestra el camino que recorrió hasta construir su neologismo: ha reunido trozos de las denominaciones de ciertos grupos étnicos con un fragmento del nombre de una ciudad en ruinas. Finalmente, la palabra "escadambra" misma sólo posee para ella la significación de fragmento. Por tanto, podemos suponer que en el significado de esta alucinación encontraremos la idea de ser fragmentada, quebrada, arruinada, aminorada, disminuida. Las letras "scad" pertenecen, según espontánea información de la paciente, a la palabra "cascadas"; está segura, pues, aludiendo a su última menstruación, había dicho: "verdadera cascada".

Si se tiene en cuenta que la enferma estaba a punto de casarse, en seguida se comprende la relación entre el neologismo "escadambra" y su situación anímica. Que ella no quería casarse se desprende claramente de su neurosis, que debe interpretarse como un evidente impedimento a propósito [11]. La alucinación muestra truncado el esquema de la

[10] Es lo que muy probablemente también ocurre en el sueño, que por lo general sólo representa el reflejo en la conciencia de una emoción psíquica, sin comunicar al soñador nada inteligible.

[11] Como ya hemos dicho, la "expectación del matrimonio" constituye una de las causas patógenas más frecuentes en la agravación de la neurosis y en la irrupción de la psicosis. Las declaraciones en contra de las pacientes de este tipo, como, por ejemplo, la de "quisiera casarme", siempre resultan ser "platónicas".

siguiente asociación de ideas: "El esplendor de mi virginidad quedará destruido. Tendré que parir una nueva generación (grupos étnicos). Tendré que sacrificar verdaderas cascadas de sangre."

Una vez que llegué a este punto de mi interpretación, la paciente me ayudó refiriéndome que cuando tenía ocho años "había oído contar que una amiga de la familia había muerto desangrada durante un parto. Desde entonces le tuve miedo al parto".

¿Qué significa, pues, esta alucinación? ¿Podría caracterizársela, aunque sólo fuese de manera aproximada, con la fórmula "realización de un deseo"? Toda su contextura habla en contra de ello. El sentido de este neologismo es anticipar en el pensamiento de la enferma el peligro que la amenaza; la previene contra su humillación, expresa el temor de quedar "hecha una ruina" —tal como la paciente decía con frecuencia de su madre—, el miedo a terminar como aquella mujer de su recuerdo infantil.

Pero la tendencia hostil de la paciente contra las funciones femeninas (y nuestra paciente se resiste, inclusive conscientemente, contra el matrimonio) es más antigua todavía: se remonta a la primera infancia, al deseo que entonces abrigaba de estar arriba, sana y fuerte, como su padre. Este deseo se constituyó luego en línea directriz ficticia, cuyo contenido lógico se agrupa en torno a un ideal de personalidad masculino y al temor al papel femenino. Un material adicional me permitió aclararle a la enferma poco a poco el sentido de su neurosis gástrica como excitaciones alucinatorias destinadas a darle la sensación de las molestias del embarazo, a fin de que lo eludiese. Y tanto en la vigilia como en el sueño, en la alucinación y en la neurosis, se refleja por igual el imperativo de su tendencia aseguradora: "No seas una mujer, no te sometas, ¡sé un hombre!" La joven empleaba actitudes bruscas, resueltas y pendencieras con todo el mundo. Su candente amor propio la hacía intolerable. A su novio lo trataba muy mal, le exigía absoluta sumisión y varias veces rompió sus relaciones con él. Pero cuando cierto día el novio empezó a prestarle atención a otra joven, la enferma hizo de su parte todo lo posible para retenerlo. De niña gustaba fantasear que toda la humanidad menos ella había perecido —fantasía que revela claramente el carácter egocéntrico y hostil de la paciente—. Según ocurre de ordinario en estos

casos, como medio para provocar los dolores gástricos se valía de una aerofagia apenas consciente, que se agravaba con cualquier excitación.

Muchos pacientes que como esta joven ostentan rasgos manifiestos de "querer tenerlo todo", muestran también rasgos de carácter opuesto. Son frecuentemente honrados, modestos y moderados hasta un grado tan llamativo que ya hace sospechar un "arreglito". A cada paso invocan su "conciencia", y su sentimiento de culpa [12] está siempre dispuesto a reaccionar. La solución de estos viejos enigmas de la humanidad se obtiene por la comprensión de la tendencia aseguradora que, para satisfacer al sentimiento de comunidad, interrumpe las líneas directrices de agresividad directa y pone coto a los impulsos de codicia y desmesura socialmente inaceptables, en cuanto ellos significan un peligro para el ideal de personalidad. Así surge, pues, una ficción directriz, digamos, intermediaria: la conciencia, y su intensificación anticipante, el sentimiento de culpa abstracto. Estas instancias transforman todos los actos y todos los preparativos del paciente, de tal modo que sin perjudicar los fines propuestos por su voluntad de poder y de aparentar, le permita, al mismo tiempo, estimarse a sí mismo en un alto nivel. Trátase aquí de una oposición al sentimiento originario de inferioridad, de una compensación del sentimiento de inseguridad, que ha hallado el camino para manifestarse en forma socialmente aceptable. Ahora el neurótico ya puede suprimir sin temor ciertos recursos de su afán de poder que pudieran serle humillantes.

El efecto de la tendencia aseguradora se traduce asimismo en la moral, la religión, la superstición y en los impulsos de la conciencia y del sentimiento de culpa del individuo. En todos esos aspectos crea las fórmulas y principios rígidos que necesita la inseguridad del neurótico. Así puede practicar sus normas éticas en pequeña escala, a menudo en bagatelas y, sobre todo —"principiis obsta!"—, el presentimiento de una derrota moral puede asegurarle contra desagradables consecuencias y contra una caída moral enormemente exagerada en la anticipación. El artificio alucinatorio del presentimiento es similar al aseguramiento por la angustia neurótica, la conciencia, el sentimiento de culpa y la angustia, y en la neurosis suelen complementarse o sustituirse entre sí. Este conoci-

[12] Véase: Adler, "La disposición neurótica", en *Curar y educar*; y Adler y Furtmüller: *Individualpsychologie und Ethik*.

miento importa sobremanera al psicoterapeuta para comprender la conexión entre masturbación y neurosis, y a través de ella la significación defensiva del sentimiento de culpa que acompaña al onanismo. La combinación de sentimiento de culpa y masturbación funciona como muro de contención contra la presión sexual, y ambos factores servirán luego de base de operaciones desde la cual el paciente ha de extender su red de defensas neuróticas contra la disminución del sentimiento de personalidad. Por lo general úsanse los dos factores (a menudo con la ayuda de la previsión de las "consecuencias"; impotencia, tabes, parálisis, falta de memoria) como pretexto para retroceder ante las decisiones en este campo e intensificar el temor a la pareja sexual. Ya he descrito estas conexiones reiteradas veces, tanto en este libro como en mis trabajos anteriores.

En la neurosis la honradez y la escrupulosidad lindan claramente con la pedantería. No debe asombrarnos, pues, que tantas veces estas virtudes humillen, originen conflictos, eleven al individuo y subyuguen a los demás. El neurótico, cuyo afán de dominio se orienta según el plan de querer tenerlo todo, que a menudo conserva vivo el recuerdo de sus vicios, casi siempre se cuidará, precisamente, de no develar el secreto que encubre su virtud, pues ello le significaría una segura derrota. Bien a la inversa, procurará conservar las apariencias con esmero, y por lo general, también con angustia: se ruborizará tímidamente al levantar del suelo su propia cartera, o evitará quedarse a solas en una casa extraña para que no llegue a sospecharse de él si alguna vez faltase algo.

Se encontrarán también casos de compulsión a pagar siempre por adelantado, a no deber nada a nadie, en pacientes que perciben cada desembolso como una nueva aminoración para su sentimiento de personalidad; pero, según mi experiencia, estos enfermos prefieren un fin horroroso a un horror sin fin, y además, experimentan un sentimiento de superioridad frente a quien recibe su pago o su préstamo.

También el fanatismo de la verdad de muchos neuróticos (el prototipo es el "enfant terrible") se revela casi siempre como la venganza del más débil contra el fuerte. Un paciente mío catatónico, que se sentía oprimido y humillado por su mujer, me contó que una noche rompió a llorar y confesó a su esposa que la había engañado con una sirvienta. Su protesta viril se sirvió del ardid del adulterio para luego

poder confesarse culpable —todo ello con arreglo a la combinación neurótica ya conocida por nosotros—. La esposa no sólo disponía de una voluntad más fuerte, sino también del dinero. Carente de energía, esclavo del prestigio, el paciente dependía del patrimonio de su esposa, hecho que ésta y su familia aprovechaban para degradarle en toda ocasión. A fin de defenderse contra la superioridad de la mujer, para no sucumbir por completo a su influencia, en su lucha por la dominación masculina, "arregló" una impotencia psíquica. Pero, a su vez, la mujer utilizó este momento de impotencia para humillar al marido públicamente. La venganza del marido comenzó con su "liaison" con la sirvienta, pero con vistas a lograr su efecto era necesario que confesase virilmente su adulterio: así se sirvió del fanatismo de la verdad, empleado ya en ocasiones anteriores, como vehículo de toda clase de malicias. La confesión de su falta entre lágrimas, expresa su vacilación frente a toda decisión y, por otra parte, le sirvió para endulzar la dolorosa confesión a su mujer. Los acontecimientos ulteriores fueron desfavorables para el triunfo masculino del hermafrodita psíquico: la mujer fue más lejos en su agresividad y llevó su queja ante sus parientes que agobiaron al marido con acerbos reproches. Siguiendo su tendencia aseguradora cada vez más acentuada, el paciente cayó en un estado de apatía; además, puesto que no le había servido para triunfar virilmente, quiso deshacerse de su pecado, y finalmente encontró la solución en la ficción de un milagro purificante obrado por Dios en él. Nuevamente volvía a flote: irrumpió la idea de ser un predestinado, se encontró en relaciones directas con Dios, recibió de él misiones y mandatos y se construyó un mundo delirante dentro del cual se paseaba como el enviado de Dios en la tierra. También a la masturbación, en ocasiones realizada abiertamente, la convirtió defensivamente en "milagro". Una de sus actitudes estereotipadas consistió en enderezar el cuerpo y alzar la cabeza —movimiento que al igual que en un caso de histeria pude interpretar como expresión simbólica de actitud masculina.

"¡Tener que decir a alguien una amarga verdad!" Esta frase encierra en esencia la interpretación que acabamos de dar. El neurótico se sirve de la verdad para herir a los demás. Y jamás dirá verdades gratas sin que sobrevenga la reacción consiguiente, por lo general, el empeoramiento de la

enfermedad. A cada impulso amoroso experimentado como femenino, como sometimiento, sigue, como expresión de protesta viril, un impulso de odio encubierto con el ropaje de la verdad: "es de hombres cumplir". También en este caso de esquizofrenia encontramos una fase en que mediante ciertos artificios y la acentuación de la ficción directriz de la protesta viril se hace desaparecer la duda relativa a la propia masculinidad. En esta fase la compensadora tendencia aseguradora impele al individuo a tomar el símbolo directriz al pie de la letra: así actúa como si fuese catedrático, emperador, redentor, etc.

Otros rasgos, por ejemplo el capricho o la insociabilidad, se destacan claramente como dispositivos siempre al acecho para destruir, en la primera oportunidad, la superioridad de los demás e imposibilitar a otros imponer su voluntad. El hombre neurótico es el típico solitario y aguafiestas que, una vez fracasado en su ideal de grandeza, se siente sumamente inseguro y constantemente procura hipostasiar e idolatrar sus propias líneas directrices y desbaratar de paso las ajenas. Estos rasgos se prestan asimismo para otro uso: el neurótico toma su propia falta de adaptabilidad y las consecuencias de sus desagradables ataques como testimonio de malevolencia de los demás contra él, acusación que justifica que se amuralle, defensivamente, dentro de sus principios, en cuyo recinto puede desplegar libremente su sentimiento de dominación. Entonces surgen tendencias a estar solo, a enclaustrarse, o imágenes de estar enterrado vivo o de estar a cubierto en el seno de la madre (Grüner), etc. Como una forma de realización de este deseo de dominar en la soledad a menudo he encontrado largas permanencias en el retrete. La desmedida complacencia del neurótico y su adaptabilidad —estimada por él como femenina—, se emplean también para satisfacer su afán de dominio, y si bien de este modo también procura desarmar al fuerte, siempre está acechando el momento de desviarse hacia la línea masculina y de disfrutar su triunfo.

La tendencia a ser difícil de contentar es otro dispositivo que le permite al neurótico despreciarlo todo y a todos, le protege de la necesidad de tomar decisiones y legitima sus reclamos de prerrogativas. Siempre que esa actitud convenga a sus tendencias y pueda obtener ventajas de ella, se mostrará difícil de contentar; así se asegura una superioridad, harto desagradable para los demás, en la comida, en la elec-

ción de amigos, de relaciones amorosas y en el trato con los otros. Todo el mundo debe tenerlo muy en cuenta, pues él está enfermo, nervioso. Este rasgo de carácter ejerce sus más eficaces resultados al servicio del temor a la pareja sexual y al matrimonio. Ninguna mujer, ningún hombre vale nada —depreciación para la cual se apoya en un vago ideal—. En otros momentos, si así lo exige su afán de poder, este rasgo reviste la forma de precaución de un individuo que aún no ha podido liberarse de su sentimiento de inferioridad; e inclusive puede mostrarse, por el contrario, fácil de contentar "cuando el viento sopla del nornoroeste". Sería preciso ser ciego para no advertir en tales casos el desprecio y la soberbia implicados en esa exigencia de otro mundo, otros hombres, otras condiciones sexuales.

Uno de los métodos de conformar a los niños descontentos, que se emplea seguramente en todas partes, es la promesa que le muestra al niño la perspectiva de un futuro de poder, de fuerza, de capacidad que habrá de satisfacer su orgullo. Frecuentemente el niño mismo dice: "cuando sea grande..." El crecimiento le interesa al niño sobremanera, cuestión que durante su desarrollo los educadores le recuerdan constantemente: su estatura, el crecimiento del pelo, de los dientes y, cuando llega el momento de interesarse en el aparato sexual, el desarrollo de los genitales, del vello del pubis. Para que el varón se ubique en su papel masculino es preciso que crezcan adecuadamente su cuerpo y sus diferentes partes. Cuando ello no ocurre —y aquí reside el fundamento de las inferioridades orgánicas, en especial en caso de raquitismo orgánico (¿anomalías del timo?), de anomalías de la tiroides, de las glándulas genitales, de la hipófisis, etc.—, en su afán de hombredad el niño cae en la protesta viril. Así adquiere un impulso reforzado a la envidia, la rivalidad, la fanfarronería, la avidez, la actividad, que de la medida hace una cuestión de capital y constante importancia, e incesantemente se compara con los demás, sobre todo con las personas más relevantes de su medio y, finalmente, con los héroes de sus cuentos. Así llega a adoptar una actitud de anhelante expectativa frente al futuro y a realizar todos sus deseos en la fantasía estimulada por la tendencia aseguradora, en tanto la realidad y la comunidad pasan a un segundo término.

Toda neurosis significa un enorme e inútil dispendio de tiempo.

Capítulo VII

Tendencia a la Depreciación. Obstinación y Salvajismo. Relaciones Sexuales del Neurótico como Símbolo. Castración Simbólica. Sentimiento de Disminución. Equiparación con el Hombre como Plan de Vida. Simulación y Neurosis. Sustitutivo de la Masculinidad. Impaciencia, Descontento y Reserva.

A consecuencia de los obstáculos de la realidad y particularmente del sentimiento de comunidad, la tendencia obsesiva del neurótico a realizar su ideal de personalidad con rasgos masculinos —valorados como superiores—, se ve forzada a introducir ciertos cambios en las formas de sus líneas iniciales de orientación y a buscar una meta masculina sustitutiva a través de caminos de rodeo. En otras palabras: la adhesión a la línea principal de la protesta viril inevitablemente desemboca en una derrota real o presentida; entonces, siguiendo caminos sinuosos y con el apoyo de medios de defensa reforzados, el individuo busca otra meta, sustitutiva, a la que provisionalmente considera equivalente a la primaria. Es por lo general en este momento cuando irrumpe ese proceso de metamorfosis psíquica al que llamamos neurosis. Ello siempre que la ficción directriz sienta la realidad sólo como molesta —tal como sucede en la neurastenia, en la hipocondría, en la neurosis obsesiva o de angustia y en la histeria— y no conduzca a una completa negación de la realidad, como ocurre en la psicosis, en la cual la ficción directriz masculina, revestida de imágenes y símbolos infantiles, se instala de lleno en el primer plano del psiquismo. En tanto en la neurosis el paciente se comporta *como si fuese* masculino, *como si estuviese arriba*, tratando de alcanzar esos niveles, o de aparentarlo con todos los medios disponibles, en la psicosis, en cambio, el enfermo echa mano del artificio de la anticipación y obra *como si ya fuera hombre, como si ya estuviera* arriba.

Solamente de paso, y de ordinario en un comienzo, como para justificar su conducta (depresión, ideas de persecución, manía pecadora y manía de pobreza) el psicótico alude al hecho de que en verdad no se siente masculino, de que en verdad se siente "abajo", femenino. Lo que caracteriza esencialmente a la psicosis es que el paciente llega a renunciar inclusive a aquello que nos liga a todos, es decir, a la lógica.

Para mayor claridad describiré ahora algunos rasgos de carácter propios de los neuróticos que avanzan en línea recta hacia el ideal de personalidad masculino, y de aquellos que se acercan tanto a la línea recta que sólo cabe hablar de rodeos ínfimos.

La opinión común considera estos rasgos directos, activos, como masculinos, de suerte que el neurótico se respalda en la generalidad de esa convicción. Pero no debemos equivocarnos: según lo hemos demostrado ya, en la construcción de los rasgos masculinos, la elección se determina por la meta ficticia, con una muy escasa influencia de la opinión consciente del paciente y más escasa aún del espectador y del crítico. Por otra parte, para afirmar la protesta viril, el enfermo se sirve también de líneas directrices que la opinión general no considera como masculinas o como sólo parcialmente masculinas, verbigracia, la coquetería, la mentira, etc. Entre esos rasgos de carácter más rectilíneos debemos destacar los siguientes: las tendencias, a menudo conscientemente expresadas, a ser todo un hombre, a ser valiente, agresivo, franco, despiadado, cruel; a querer sobrepasar a todos en fuerza, influencia, poder, sabiduría, etc.

Cuando a causa de la certeza o del presentimiento de la derrota final, el sentimiento de inferioridad exige más enérgicas compensaciones aseguradoras, sobreviene un reforzamiento de las tendencias combativas, y desde entonces se busca alcanzar el sentimiento de superioridad de una manera más abstracta, a través de rodeos, mediante rasgos a veces antagónicos a los primarios y que suelen coexistir con ellos. En tal caso, en lugar de obstinación (o junto con ella) el neurótico ostentará docilidad o, según convenga al plan individual, ambición desmesurada y modestia, valentía y cobardía, dominación y sumisión, masculinidad y femineidad. Todos estos rasgos le permiten al neurótico asegurarse contra toda derrota, o aumentar por vía indirecta su sentimiento de personalidad, o depreciar a los demás, o todo ello a un

tiempo. Como sabemos por la observación de las mujeres y por las enseñanzas de la historia, la debilidad, la sumisión, la modestia pueden servir, en efecto, de eficaces armas para el triunfo.

Siempre es fácil reconocer el dominio que sobre los enfermos ejercen sus ídolos, su ficción directriz y sus líneas secundarias —dominio que en la psicosis se advierte con subyugante claridad—. Ejemplificando con el sueño de una joven de 22 años, mostraré cómo todos estos fenómenos —tanto los rasgos del afán de dominar y de la obstinación, como de la timidez y de la sumisión— están igualmente dirigidos por la protesta viril. La joven en cuestión sufría de enuresis nocturna, y durante el día de frecuentes accesos de ira y de malhumor. Era incapaz de vivir en paz con nadie, excepto conmigo, y a menudo la asaltaban ideas de suicidio. El análisis probó que la protesta viril derivaba de una inferioridad congénita del aparato urinario que, junto con su fealdad y su lentitud mental —determinada esta última por una constitución timolinfática—, obligó a la construcción de una línea directriz sobremasculina. A fin de tornar comprensible este caso, en forma breve y concluyente, comenzaré por señalar los hechos de su infancia, que desarrollaron su enuresis como un dispositivo que utilizaba cada vez que su sentimiento de personalidad sufría una disminución. También en este caso se manifestó una fuerte tendencia a la depreciación. La paciente combinaba sus accesos de manera que provocaban en la madre una desesperación impotente, tanto a causa de ellos, como de su desagradable tendencia a inculpar a los demás: la paciente acostumbraba librarse de toda culpa y humillación atribuyendo la responsabilidad de los hechos siempre a otra persona. El siguiente sueño revela esta técnica con particular claridad.

"Mi madre enseña a mi amiga la colcha sucia de la cama. Empezamos a discutir. Yo digo: 'la colcha es tuya', y rompo a llorar vehementemente. Me despierto bañada en lágrimas."

Poco antes me había contado que muchas veces se despertaba llorando, pero sin conocer el motivo de ese llanto [1]. De la vislumbrable génesis de la enfermedad resultó que las

[1] Tal como los fenómenos psíquicos de la vigilia, también los que ocurren durante el sueño hállanse bajo el gobierno de la finalidad directriz. En el sueño el soñador se aparta de los urgentes y aún irresueltos problemas de la realidad para volverse hacia su

lágrimas tenían señalado un papel en las relaciones con su madre; representaban, como ocurre tan a menudo, uno de los dispositivos de lucha infantiles destinados a disminuir la superioridad materna. Cuando acabó de relatarme su sueño, la enferma observó: "Seguramente creerá usted haber descubierto la causa de mis lloros". Tales observaciones son corrientes durante el tratamiento psicoterapéutico, pero no debe pasarse por alto la intención depreciadora implícita como expresión de la tendencia a desvalorizar a todos en general. En este caso, en razón de la moderación con que la enferma hizo su observación, y de la ausencia de reacciones violentas, me creí autorizado a suponer que la enuresis estaba en vías de curación. En otros casos el paciente por lo regular protesta de una manera tajante y vehemente, y procura convencer al psicoterapeuta de que está equivocado, o guarda silencio y olvida todos los sueños e ideas que dan la razón al psicoterapeuta. Mi opinión se vio confirmada por el relato de la paciente: al despertar de este sueño quitó la ropa de cama sucia y la lavó en secreto, cosa que nunca había hecho antes, pues le reservaba precisamente a su madre ese espectáculo de la ropa sucia.

Como explicación del sueño la enferma dice estar completamente convencida de que su madre le cuenta a todos los amigos de la familia la historia de su enuresis, pues todos dan la impresión de estar enterados. Por ejemplo, en cierta ocasión, un tío, al parecer con la intención de consolarla, le había dicho que tanto él como otro hermano de la madre se habían orinado en la cama durante mucho tiempo. En el sueño la enferma reprocha a la madre, dándole a entender que esta dolencia la ha heredado de la rama materna: "¡la colcha sucia es tuya!" Además la paciente me refiere que, cuando muda la ropa de cama, frecuentemente pone una colcha en lugar de la funda de edredón; pues mientras la primera se guarda abierta en el armario, la segunda se guarda cerrada, y así es fácil confundirlas.

Tras estas ideas es fácilmente reconocible el juego "cerra-

meta final. La imagen onírica muestra esta vuelta en forma analógica; muestra también la arbitrariedad con que se inventan argumentos destinados a justificar la actitud preestablecida frente a la vida (véase: Adler, "El sueño y su interpretación", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*). En el sueño que examinamos arriba, se prepara un conflicto con la madre mediante la preocupación y la evolución de ofensas sufridas.

do-abierto" como expresión de su idea del antagonismo entre los sexos. Culpa de su enfermedad a la madre, pero al mismo tiempo mira de reojo, por así decirlo, hacia la causa de su enfermedad: a su femineidad, de la que también su madre es causante. La protesta viril de su sueño nos descubre, además, la poca diferencia que para ella media entre hombre y mujer. También George Sand pretendía que no hay sino un solo sexo. Las querellas, el llanto y la enuresis son los medios principales de que se vale su agresión contra la madre, cuya superioridad procura eliminar. Del análisis de otros materiales de su psique neurótica resulta que mediante la enuresis la enferma opera también contra el hombre, tratando de soslayar así el matrimonio, el "sometimiento al hombre".

He aquí un ejemplo de cambio de forma de la primaria ficción directriz masculina. En tanto originariamente su objetivo se formulaba en los términos: "Quiero ser superior a la madre, como el hombre", en el proceso del tratamiento vendría a razonarse, aproximadamente, así: "Quiero humillar a la madre, con medios femeninos". Esta nueva línea directriz, se manifestó en un sueño, esto es, en un ensayo preliminar:

"Estoy acostada en una cama en llamas. A mi alrededor todos lloran. Yo me río a carcajadas."

Este sueño fue precedido por conversaciones y consideraciones sobre el "amor libre". La cama en llamas representa, según la opinión de la paciente, los placeres del amor. Según nuestra concepción de los sueños nosotros traducimos: "¿qué, si yo me entregara al amor libre? La reputación de mi madre quedaría mal parada, y yo me reiría de ella: yo sería superior a ella". Repárese en la expresión "estar en llamas", contraste de "agua" (enuresis) [2], frecuente en la superestructura anímica de la función urinaria. Obsérvese además la representación simbólica fundada sobre este "lenguaje urinario". En el primer sueño, la "risa" es equivalente al "llanto", y ambos gestos muestran la dirección agresiva, destinada a derrotar a la madre. También en este caso salta a la vista la improcedencia de suponer tanto un desdoblamiento de la personalidad como un deseo sexual real. La paciente sólo emplearía este medio si le sirviese para humillar a su madre, sólo si le permitiese asumir el papel del hombre dominador.

[2] Véase: Adler, *Estudio*. Ya antes que lo hiciese yo, Freud aludió a la conexión onírica entre fuego y agua.

De una u otra manera, la ficción directriz de querer igualar al hombre se manifiesta en todas las jóvenes y mujeres, sin excepción. La protesta viril disimulada resulta de una modificación de forma impuesta por la realidad, tal como se vio en el caso anterior. En el análisis de pacientes neuróticas es igualmente esencial descubrir el núcleo protestario contra el sentimiento de femineidad. Esta protesta se hallará en todos los casos, pues el deseo de elevar el sentimiento de personalidad impone y construye líneas de seguridad por oposición a la idea de lo "femenino". Es natural observar en las jóvenes y mujeres normales ideas, culturales o no, de emancipación y rasgos de agresividad contra el hombre y sus privilegios. Trátase de reducir las distancias al máximo, tanto en la manera de vestir y de actuar como en la concepción del mundo, en la moral y en las leyes. En todos estos respectos se refleja la protesta viril neurótica. En la vestimenta se prefieren prendas llamativas, pero también de corte y sencillez masculinos, y se rehusa toda prenda marcadamente femenina. Por otra parte, las actitudes y costumbres de la mujer neurótica son a menudo tan pronunciadamente masculinas que se la distingue al primer golpe de vista. Esta sobrestimación que en lo ideológico hace la neurótica de todo lo masculino queda ampliamente contrabalanceada por la desvalorización del hombre que la paciente efectúa en la realidad. Así, por ejemplo, sus relaciones sexuales son predominantemente frígidas, o se prefieren formas sexuales masculinas, o cualquier otra variante que sea humillante para el hombre.

Parecidas exageraciones pueden observarse en el hombre neurótico. Su cuadro es el del individuo que parte de un sentimiento de ficticia masculinidad. Esta dinámica se observa muy claramente en el caso siguiente de uno de mis pacientes, que sufría de asma psicógena. De niño fue débil y se vio afectado por una diátesis exudativa (conexión que descubrió Strümpel). Sus frecuentes catarros pronto le permitieron someter a la madre a su completo servicio: la obligó a ocuparse de él constantemente, a no moverse de su dormitorio y a condescender a todos sus deseos. Pero a la larga se hizo necesario confiar el niño a la vigilancia de una institutriz muy severa, a la que, pese a sus accesos de ira y de indisciplina, el paciente no logró dominar. El sentimiento de debilidad, de impotencia, que experimentó frente a la institutriz lo llevó a entrenarse en las mañas infantiles para sustraerse a su autoridad: per-

feccionó la simulación y la exageración de sus trastornos catarrales, y mediante una especie de respiración forzada, de fenómenos asmáticos producidos según la técnica de apretar en la defecación difícil, y la tensión de los músculos abdominales y fuerte cierre de la glotis, aprendió a provocar su tos e irritación de las mucosas laríngeas y de la tráquea, que en un comienzo fueron espontáneas. Pronto encontró que ante tales trastornos la madre le franqueaba su dormitorio y así, en el transcurso de los años, logró realizar una disposición asmática a la que inconscientemente activaba sin cesar, como medio adecuado para su meta directriz: elevarse a la posición de dueño de toda la casa, y por tanto, asimismo, de la institutriz. De esta manera logró, también, finalmente, que se le prohibiese a la institutriz que lo tratara con severidad.

Su ideal de personalidad se equipó así de un arma, neurótica, para evadirse de la derrota, del sentimiento de su inferioridad originario, y ubicarse arriba, no mediante una actitud valiente y viril de obstinación y de furia, sino a través de un astuto rodeo, mediante una hipócrita y cobarde búsqueda de la protección materna. Este subterfugio, sustancializado y convertido en mecanismo inconsciente, le proporcionó la seguridad necesaria para la vida. Su síntoma neurótico se vio respaldado por las líneas auxiliares de sus rasgos de carácter: por la avidez, dominación, terquedad, egotismo y, al mismo tiempo, por la cobardía, el temor a las empresas nuevas, a los hombres y a las mujeres y por la tendencia a una constante depreciación (tendencia que, junto con sus disposiciones agresivas, asumió un papel de mucha importancia). Todos estos medios se constituyeron para él en un nuevo órgano, en un nuevo recurso para hacerse valer, imponerse sobre el mundo y poder desear siempre la protección de la madre. A la sombra de su madre sentía una seguridad que jamás experimentaba junto a ninguna otra mujer; así, empujado por la necesidad, llegó a enamorarse de ella, amor que, bien visto, era simple amor a la tiranía. Ciertas fantasías de embarazo, que alternaron con otras de castración y de metamorfosearse en mujer, le inspiraron una humillante sensación de femineidad. Su masturbación compulsiva denuncia la tentativa de emanciparse victoriosamente de la mujer, de sustraerse a una derrota, de comportarse en forma masculina —fenómeno que, con idéntica finalidad, se prolongó en fantasías de grandeza—. Tanto las fantasías como la masturbación constituían,

por igual, formas expresivas de su protesta viril. La supuesta pequeñez de sus genitales, sentida de forma exagerada, le sirvió de prueba de su inferioridad y de su condición femenina. Desde la infancia nuestro paciente venía atribuyendo el fracaso de sus intentonas a la pequeñez de su pene; y apercibió y agrupó sus vivencias en esta dirección, según el esquema antagónico "masculino-femenino". El pene "pequeño" le sirvió de simbólico límite entre lo masculino y lo femenino. Este símbolo, así como su actitud, tenían por base la idea del hermafroditismo somático y psíquico y de sus trágicas consecuencias. No es de asombrar que en el análisis de estos casos de apercepción masculino-femenina, que constituye uno de los fundamentos de la psique neurótica, se tropiece siempre con contenidos sexuales. Esta presencia de lo sexual debe interpretarse como un "modus dicendi", como un lenguaje, como una forma simbólica de expresión, que expresa la fuerza y el triunfo de la personalidad por un simbolismo sexual masculino, la debilidad y la derrota de la personalidad por un simbolismo femenino, y los artificios neuróticos por ambos simbolismos y, a menudo, también por un simbolismo perverso o hermafrodita. Este último tipo de simbolismo permite sospechar una tendencia a dominar a la pareja.

Pronto pude advertir que nuestro paciente, además de expresarse por lo sexual, lo hacía también según el funcionamiento antagónico (inspiración y espiración) del aparato respiratorio. Para adquirir este modo de apercepción, el paciente se había orientado por la inferioridad de los órganos respiratorios, incluida la nariz. Por lo demás, también en el lenguaje ordinario, con la mira de hacernos comprender mejor, es corriente que utilicemos tales imágenes: así, un suspiro de alivio liberado de un pecho oprimido, se interpreta como símbolo de tener de nuevo aire fresco en los pulmones. Mediante una respiración jadeante, el paciente pudo representar "pantomímicamente" su carrera, su afán de llegar primero a la meta. En un sueño que produjo durante la última fase del tratamiento, empleó la capacidad de silbar (que debe interpretarse en sentido simbólico) para destacar su masculinidad en forma "respiratoria". El sueño fue el siguiente:

"Tuve la sensación de que cuatro personas silbaban, y me di cuenta de que era capaz de silbar tan bien como ellas". Poco antes de este sueño había entablado relaciones con la joven institutriz de la familia de su hermano casado, y le

había preguntado si su hermano hacía frecuentes visitas nocturnas a la alcoba de su esposa. La joven le había contestado negativamente. Saber silbar es el ideal de todos los niños pequeños, e inclusive es común que las niñas se empeñen en adquirir esa habilidad masculina. En el sueño se compara con los miembros masculinos de su familia, y desde esta sensación de ser mujer llega a la protesta viril: "Puedo considerarme igual que esos cuatro".

También este caso confirma mi opinión de que el neurótico siente y se representa su libido sexual con arreglo a la orientación, modo y fuerza impuestos por su meta ficticia. De acuerdo con esta observación, resulta insostenible considerar el factor libidinal como constitucionalmente dado, y atribuir la neurosis a las variaciones y destino de la libido. Los deseos en *general* y las excitaciones sexuales se encuentran siempre, de una u otra manera, subordinados a la protesta viril, de ahí que fácilmente entren en combinación recíproca. Así la identificación neurótica entre masculinidad y sexualidad se efectúa por abstracción, mediante el simbolismo y el lenguaje de los órganos. A este ardid falsificador del neurótico se debe que sus ideas estén impregnadas de imágenes sexuales.

El egotismo y el afán de querellar, más o menos disimulados, ambos estrechamente ligados a la tendencia depreciadora, denotan siempre el punto débil del paciente, su sentimiento de inferioridad que lo empuja hacia la compensación. Ello plantea al psicoterapeuta difíciles problemas tácticos y pedagógicos. Existe un recurso muy simple para desenmascarar la agresión neurótica del paciente, que según mi experiencia es de buen resultado en todos los casos: Suponemos que el neurótico se siente privado de toda masculinidad, disminuido, y después observamos mediante qué artificios procura lograr su complementación: la sobrecompensación. En esta operación no se debe atribuir demasiada significación a las manifestaciones verbales del paciente ni a las formulaciones explícitas de su querer. Convendrá seguir el ejemplo de Ulises frente a Circe y taparse los oídos aun cuando el paciente hable con sinceridad. Para creer en la buena voluntad mejor es verla que oírla. Adoptando esta actitud de espectador de una pantomima se harán muy interesantes comprobaciones: se encontrará una serie de dispositivos, rasgos y síntomas susceptibles de representar un órgano, por así decirlo, abstracto; pero en cada caso convendrá proceder

como si se enfrentase un enigma que espera solución. Ese órgano abstracto (la propia neurosis o psicosis), es de origen masculino y está destinado a impedir el descenso del sentimiento de personalidad, ayudando al paciente a acercarse a su meta final masculina; pero la dura realidad rehusa someterse a la ficción, y el paciente debe apelar a los más extraños rodeos, a éxitos a medias o imaginarios, por lo regular sin conseguir acercarse a aquella meta final [3]. La ayuda del psicoterapeuta (que sólo en contados casos podrá ser cumplida, sustitutivamente, por los reveses de la vida) [4] intensifica más, con cada fracaso, esta "voluntad de apariencia" y refuerza las líneas abstractas fundamentales de la antigua ficción directriz. La tendencia a la depreciación es uno de los principales rodeos sobre los que opera este órgano abstracto (la protesta viril). De ella nos hemos ocupado reiteradamente en virtud de que en presencia del médico se muestra con gran evidencia, le revela la magnitud del anhelo neurótico y le sirve para abrirle los ojos al enfermo y hacer que se vea a sí mismo. La tendencia a la depreciación constituye la base del mecanismo que Freud ha denominado "resistencia", al que erróneamente ha considerado como un producto de la represión sexual. El neurótico se presenta al médico ya con esta tendencia y, al finalizar el tratamiento, se la lleva considerablemente debilitada, reducida al volumen que posee en el hombre "normal". A partir de entonces, la mayor comprensión de su ser interno que ha ganado el individuo, opera a la manera de un guardián, obligando al paciente a amortiguar las manifestaciones de esa tendencia y a buscar otros caminos que lo empinen hacia "arriba".

Debe interpretarse como medios eficaces de la tendencia a depreciar (dirigida también contra el psicoterapeuta), las dudas, crítica, falta de memoria, impuntualidad, exigencias, empeoramientos que siguen a mejorías, el mutismo obstinado,

[3] Véase: Adler, "El problema de la distancia", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

[4] Adler no cree que la vida pueda aleccionar al individuo. La vida según él, es "mala maestra". Y ello porque no existe "experiencia de la vida", en sentido objetivo: la experiencia es un producto subjetivo, con todas las distorsiones y falsificaciones impuestas por los mecanismos psíquicos tendenciosos —tanto más tendenciosos cuanto más neurótico sea el individuo—. Las experiencias de la vida, con sus "lecciones" y "reveses", más que rectificar y corregir el punto de vista neurótico, lo confirman y refuerzan cada vez más. [S.]

así como el aferramiento a los síntomas. Tal interpretación será casi siempre correcta y, por lo común, se la podrá justificar por su *coincidencia* con otros fenómenos que apuntan en la misma dirección y por la *intercorrelación* de los fenómenos entre sí. A menudo se enfrentarán muy sutiles manifestaciones. Sobra agregar que por mucha experiencia y conocimientos que el pisocterapeuta tenga de este mecanismo, difícilmente podrá ahorrarse las sorpresas que provoca. También conviene recordar que para el éxito del tratamiento es indispensable una buena dosis de tino, renunciar a las eventuales ventajas de la autoridad médica, una amabilidad mantenida, un atento interés, y jamás perder el sentimiento de hallarnos frente a un enfermo, con el cual no se debe luchar, aunque éste se muestre siempre dispuesto a ello.

Veamos las sutiles expresiones de la tendencia depreciadora en un paciente tartamudo. En este caso se encontró beneficioso explicarle la forma y posición de la laringe mediante un dibujo. Una vez que el paciente recibió la explicación, en lugar de llevarse el dibujo a su casa para estudiarlo detenidamente, tal como pensó en un primer momento, lo dejó sobre mi mesa. Al día siguiente se retrasó un cuarto de hora, después fue al retrete, luego me habló de otro paciente que se había quejado de mí y, finalmente, tras una pausa sostenida, me contó el siguiente sueño:

"Tenía la sensación de haber examinado un dibujo. De un círculo partía un cilindro que no seguía el debido curso recto sino uno lateral".

Luego pudimos comprobar que se trataba del dibujo de la laringe en cuestión. El paciente polemiza en el sueño conmigo, como si quisiera decir: "¿qué, si el médico estuviese equivocado?" Con esta expresión de desconfianza, de temor de ser engañado, demuestra su tendencia a desvalorizarme, que se manifestó asimismo en sus otros fenómenos inconscientes: el olvido, el retraso, la información intencionada, el silencio y, por último, en su ensayo onírico de privarme de la razón. Es, pues, lícito suponer que el enfermo usa su tartamudez para la misma finalidad, y que la empleará también contra mí. A pesar de las muchas diferencias que nos distinguen, el paciente me atribuye forzadamente el papel de un antiguo profesor cuyas enseñanzas él corregía con mucha frecuencia; todo ello con la finalidad

de poder utilizar contra mí los mismos dispositivos que antes había empleado contra aquél [5]. Es lo que se desprende de una manera unívoca de las observaciones del paciente a propósito del sueño, así como del hecho de que se valiese y aferrase a la tartamudez para humillar a su padre y mostrarse superior a él.

En una paciente que acudió a consultarme a causa de sus depresiones, ideas de suicidio, llantos convulsivos e inclinaciones lésbicas, luego de tratarla un cierto tiempo sospeché una afección de los genitales y la remití a un ginecólogo, quien la operó de un gran mioma con la promesa de que con esa intervención curaría de su neurosis. Pasada la operación, la enferma volvió a su pueblo y desde allí me escribió que se había convencido de que el ginecólogo había tenido razón en su pronóstico, pero que esperaba que con la condesa a la que, según había leído en los periódicos, el ginecólogo iba a operar próximamente, tuviese mayor éxito que con ella. Poco tiempo después se presentó en mi consultorio, discutió una de mis publicaciones que, no sé cómo, se había procurado; me dijo que le interesaba sobremanera mi tratamiento; contó que su estado era el mismo que antes de la operación, y desapareció. Según lo que había llegado a referirme durante su breve tratamiento, pude comprender que la enferma vivía en pie de guerra con todo su ambiente, dominaba a su marido, odiaba al pueblo provinciano en que vivía, y asumía frente a una amiga el papel de hombre, en sentido sexual y psíquico. Temía enormemente la maternidad, y las relaciones sexuales le eran insoportables "porque su marido era demasiado pesado". La noche anterior a la llegada del marido, que venía a Viena para visitarla durante su tratamiento, soñó lo siguiente:

"Me parecía como si toda la habitación estuviera envuelta en llamas".

La paciente comentó espontáneamente que se trataba de un sueño típico en ella, que se le repetía regularmente en los períodos de menstruación. En esta ocasión, aún faltaba mucho para su regla. Fue, pues, fácil advertir en este sueño la intención de valerse de una situación femenina (la mens-

[5] Es evidente que esta identificación entre el profesor y yo obedecía a una intención de humillarme. No se trata aquí de ninguna "transferencia" afectiva, sino, simplemente, de la aplicación en todos los casos de una misma tabla de valoración. En su apercepción neurótica, "todos son medidos con el mismo rasero".

truación) para expresar su protesta viril: "No quiero relaciones sexuales". Si se hubiese prolongado el análisis, seguramente se habría comprobado enuresis infantil ("llama" y "fibroma". Véase el Apéndice de mi *Estudio*), pero la interrupción del tratamiento imposibilitó esa averiguación. Más tarde recibí una nueva carta de la enferma, en la que me afirmaba estar dispuesta a hacer las paces con su ambiente, según mis indicaciones. Es de suponer que esa empresa debe haberle sido harto difícil.

La obstinación, la impetuosidad y la rebeldía pueden también servir a las pacientes como pruebas de sus escasas dotes para el papel femenino. El entrenamiento en este sentido se inicia precozmente ya en la primera infancia, y poco a poco va equipando al paciente con las correspondientes habilidades físicas y psíquicas, actitudes, expresiones fisonómicas, disposiciones afectivas, y carácter, todo ello según la línea directriz preventivamente preparada para el futuro que el paciente presiente. Estos rasgos expresan la protesta viril en forma rectilínea y directa. Pero, sea a consecuencia de contradicciones que en la línea directriz surgen frente a una derrota real o temida, sea a causa de una (por lo general simultánea) resistencia de la realidad sentida como invencible, prodúcese una modificación en la forma de expresión de la ficción directriz. En otros términos: como consecuencia de la angustia o del sentimiento de culpa defensivos, la línea de expresión directa se desvía hacia el rodeo neurótico. Mas sólo se trata de un cambio aparente: las disposiciones subyacentes son las mismas. Meramente ocurre que en lugar de contestar con las disposiciones afectivas originarias (rabia, ira, agresión), la neurosis se precave y se asegura con el empleo de la angustia, el sentimiento de culpa, los accesos. A este fin el paciente a menudo encuentra recuerdos, tendenciosamente seleccionados y agrupados, accesos, etc., que le permiten verse a sí mismo como si fuese enormemente concupiscente, sensual, demoníaco, criminal; e inclusive suele cometer intencionadas imprudencias y sufrir accidentes autoprovocados con la mira de brindarse momentos que le sirvan para justificar y asegurar su precaución.

La agresión masculina rectilínea también suele cesar, una y otra vez, inmediatamente antes de tener que tomar una decisión —característica que explica muchas relaciones amorosas neuróticas—. Bajo la influencia de la tendencia asegu-

radora, la desviación de la línea directriz puede llevar asimismo en una dirección perversa o bien en el sentido de Dios, del padre, de la madre, del alcoholismo, o de cualquier otra idea. En las neuróticas, este intento de llegar "arriba" con ayuda de medios femeninos, de superar por lo menos a todas las mujeres, suele llevarlas a una exagerada pulcritud, a la "manía de la limpieza", a una sumisión masoquista, a la coquetería o a la volubilidad amorosa. La omnipotencia de la ficción directriz, que va en procura de su meta a través de estos rodeos, también se pone siempre de manifiesto por la expresión de otros rasgos. En estos casos, la acentuación del impulso sexual que se observa no debe considerarse natural, constitucional, sino derivada de la ficción: se produce en virtud de la atención tendenciosa continua que el enfermo le dedica a la esfera erótica. Lo mismo puede decirse de las perversiones y de la aparente disminución de la libido: unas y otras han sido construidas por los rodeos neuróticos. Todas las relaciones sexuales neuróticas no son sino símbolos.

El temor a la superioridad del hombre y la lucha destinada a humillarlo, frecuentemente se revisten — a causa del esquema antagónico del neurótico— de fantasías de castración dirigidas a devaluar al hombre. Los sueños de las pacientes de este tipo descubren ésta y otras intenciones degradantes. He aquí uno de estos sueños. Después de haberse operado de una fístula, una paciente acudió a mi consulta a causa de una idea obsesiva y de estados de excitación. La idea obsesiva era: "Jamás lograré nada". Ya en nuestra primera entrevista expresó sus dudas de que yo pudiera lograr algo. La misma línea de depreciación iluminó su sueño:

"Grité: ¡María, ya está aquí otra vez la fístula!"

El cirujano habíale prometido una completa curación, y cumplió efectivamente su palabra. Como el médico se sentía obligado para con la operada en varios respectos, no quiso cobrarle sus honorarios, hecho que la paciente experimentó como una humillación. Durante cierto tiempo la enferma se torturó procurando hallar una fórmula para cancelar esa deuda. María era su sirvienta; con ella nunca había hablado sobre la operación. Si la fístula se abriese de nuevo, iría sin pérdida de tiempo a lo del cirujano y le cantaría cuatro verdades. María, la sirvienta, es el médico operador. El sueño combina la expresión de su necesidad de un sentimiento de personalidad viril (que el médico haya operado mal, que

no haya cumplido su palabra, con lo cual se asimilaría no sólo a una mujer sino a una sirvienta), con la expresión de cómo siente ella que lo lograría todo (si todo fuese a la inversa, si el hombre fuese mujer y la mujer hombre, es decir, si ella se transformase en hombre). Si se examinan los análisis de sueños publicados, cualquiera haya sido el método psicológico seguido, siempre se descubrirá este mecanismo de la protesta viril neurótica.

A continuación, la paciente me contó que de niña había estado siempre en guerra con sus hermanos (varones) mayores, con el propósito de dominarlos. Tales recuerdos denuncian una oculta lucha contra la superioridad masculina, que permite suponer, sin temor a error, que encontraremos también otros rasgos de carácter en esta misma dirección de la lucha por la igualación con el hombre. Despreocupadamente la paciente sigue contando que de niña jugaba casi exclusivamente con chicos, y que éstos la trataban "de igual a igual". Este modo de expresarse traiciona bien a las claras la satisfacción de su masculinización, así como el sobreprecio que le atribuye al sexo masculino. Este sentimiento, que acerca las hijas al padre, fácilmente da lugar a que se lo interprete erróneamente como un enamoramiento sexual, como un "complejo incestuoso". La evolución de nuestra paciente tomó el mismo rumbo. Adoptó al padre como modelo, y sobre todo a partir del momento en que sorprendió a la madre en una mentira, procuró atenerse a las cualidades paternas, en particular a su veracidad y puntualidad [6]. También recuerda haber escuchado a su padre lamentarse de que ella no fuese un varón para que siguiese estudios universitarios. En esta situación fue natural que se desarrollase una fuerte ambición. Por otra parte, su timidez, tan exagerada que llamaba la atención a todos, inclusive a ella misma, hizo fracasar muchos de sus proyectos. Esta timidez, muy frecuente en la anamnesis de los neuróticos, denuncia un sentimiento de inseguridad en el trato con los otros. Ereutofobia, tartamudez, bajada de ojos, elusión de los adultos, excitación ante un examen, "fiebre de candilejas", son, todos, fenómenos que a menudo acompañan los intentos

[6] Lo que los autores llaman *instinto de imitación o identificacación* es siempre la adopción de un modelo con objeto de aumentar el sentimiento de personalidad. Sólo imitamos o nos identificamos con aquello que se estima adecuado para favorecer el afán de poder.

de aproximación o relación con personas extrañas. En estos casos de inseguridad, por lo común se observará carácter reservado, descontento y pudor intenso. Como fuente de esta clase de inseguridad, el análisis revela un sentimiento de minusvalía debido a inferioridades orgánicas, a defectos infantiles, a una fuerte opresión ejercida por los padres o hermanos; finalmente, también puede deberse a una femineidad, real o supuesta, que provoca una actitud oposicionista frente a un miembro masculino de la familia (padre, hermano). El individuo por lo general percibe las más variadas sensaciones de disminución, humillación e inferioridad de una manera infantil, esto es, como falta de masculinidad (que debe interpretarse simbólicamente). Esta percepción se acompaña de ideas de castración o de cumplir un papel femenino en el comercio carnal (haber sido embarazado) o, también, de los sentimientos de ser perseguido, pinchado, herido, derribado o de estar "abajo". Todas estas ficciones se manifiestan en ensueños diurnos, alucinaciones y sueños que expresan el sentimiento de disminución en la idea: "Pertenezco al género femenino". Mientras tanto, el sentimiento de personalidad empuja hacia "arriba" e impone una actitud de protesta viril.

Nuestra paciente nos comunicó que tenía nociones sobre las relaciones sexuales ya desde muy temprano, cuando, sin mayores experiencias, aún no se había percatado de la inmutabilidad del destino sexual individual. En estos casos siempre debemos esperar timidez, pudor y dudas y, en la vida ulterior, temor a los exámenes y a toda suerte de decisiones. Todos estos rasgos de carácter pueden interpretarse como miedo a que los demás pudieran descubrir en uno carencia o insuficiencia de un valor estimado como masculino. En tales casos, de ordinario se observan precozmente los rasgos propios del afán de equipararse al hombre, y ocurre que, o esa búsqueda se manifiesta activamente en un primer plano, o se acusa un cuadro dominado por el desaliento. Hallándose o pareciendo estar cerrado el camino directo hacia la masculinidad, el enfermo busca desvíos y subterfugios: uno de éstos lo brindan los valiosos programas de emancipación social de la mujer; otro, de índole individual, es la neurosis, esto es, la construcción de un órgano masculino abstracto; finalmente en casos graves, el desvío deriva en una completa retirada, en el aislamiento, que suele culminar en la internación en un manicomio.

En esta paciente, su afán infantil de dominar al hombre (a los hermanos y al padre) se reconocía inmediatamente. El sometimiento de su madre le había sido, por lo visto, harto fácil. El padre no tardó en caer cautivo de la enferma. Quienes ya tienen cierta experiencia de la tendencia manifestada por los síntomas de la enferma, extraerán sin dificultad una importante conclusión: sus dolores de cabeza estaban destinados a funcionar en su vida matrimonial como medios de dominación del marido, sojuzgamiento con el cual ella buscaba darse la masculinidad sustitutiva que creía haber perdido.

A esta altura de mi exposición debo adelantarme a la objeción que ciertamente se me formulará: ¿Pero es acaso posible admitir que exista un individuo dispuesto a soportar los graves sufrimientos de la neurosis, los terribles dolores de una neuralgia del trigémino, el insomnio, la pérdida del conocimiento, la parálisis, jaquecas, tan sólo para obtener, a cambio, una equiparación con el hombre? Confieso que yo mismo me he resistido mucho tiempo antes de aceptar esta convicción, cuya evidencia acabó por imponérseme. Sin embargo, ese hecho no resultará tan extraño si hacemos la reflexión siguiente: ¿Es que, acaso, existe realmente una diferencia tan grande entre estos enfermos y aquellos otros seres bien conocidos por nosotros que durante toda una vida soportan graves penalidades y sólo por obtener una mera pompa de jabón no muy diferente? ¿Acaso no alberga cada uno de nosotros un "afán de parecer" (Nietzsche) que nos hace apechugar con toda clase de males? Además, en favor de mi opinión puedo invocar que en este mismo rodeo neurótico hacia la masculinidad se encuentran también, como ya he demostrado, el crimen, la prostitución, la psicosis, el suicidio. Y en fin, puedo alegar también la índole inconsciente de los mecanismos psíquicos que aquí operan. Por último, he de señalar la comprobada importancia fundamental que para toda psicoterapia de la neurosis tiene el reconocer la sobrevaloración de la meta final considerada como masculina. En el trabajo con mis pacientes, aprovecho esta objeción esforzándome en demostrarles que entre el papel natural en la vida y la protesta viril neurótica han elegido el mayor de los dos males.

De la anamnesis de nuestra paciente debemos mencionar aún su aversión a jugar con muñecas, y su decidida prefe-

rencia hasta el momento de contraer matrimonio, por la gimnasia y los deportes. Estas aficiones le sirvieron de sustituto de la masculinidad, hecho que se hace manifiesto por su conexión con otros rasgos "masculinos", y en especial por la insistencia con que la paciente me lo refiere. Tuvo grandes aficiones turísticas, pero luego de dar a luz (recuerda haber deseado ardientemente que la criatura fuese varón) sólo siguió gustándole el movimiento de los viajes.

Es menester desechar la errónea impresión de que los rasgos de carácter aquí mencionados, que fueron subrayados por la propia paciente en sus conversaciones conmigo, sean tan sólo pequeñas islas disgregadas dentro del vasto territorio de toda una vida psíquica. Por el contrario, cabe suponer que estos rasgos masculinos han venido formándose bajo la presión de una tendencia a la dominación, que han surgido de un plan de vida, que se realizan en virtud de condiciones favorables, que antes de que esa tendencia se afirmase por sí misma existía un vago querer masculino, sólo ocasionalmente manifiesto y aplicado más bien a inhibir y transformar los impulsos valorados como femeninos. Frente a este conflicto entre impulsos masculinos y femeninos, el sentimiento de personalidad se ubica decididamente junto a la masculinidad, y utiliza los impulsos femeninos que surgen aquí y allá (por ejemplo, el sexual) para recogerlos, agruparlos, incrementarlos y subrayarlos como rasgos humillantes y peligrosos [7], a los que se debe rodear de centinelas que los reduzcan al silencio. Estos centinelas (los aseguramientos) suelen extender su acción mucho más allá de la estricta esfera del impulso femenino. Una y otra vez puede comprobarse que los aseguramientos y medios de defensa, entre ellos los síntomas patológicos, no limitan su cometido a evitar una derrota, sino que van envenenando al paciente de una manera tan gradual y sigilosa que llega a un estado de completa incapacidad de reaccionar por sí mismo sin haberse percatado de ello. De esta manera se procura eliminar la inseguridad originaria, el temor al papel femenino; pero la inseguridad se difunde, no obstante, por toda la vida ulterior hasta ex-

[7] Este reforzamiento va siempre acompañado por una asociación tendenciosa que liga el papel femenino con las ideas de abismo, asfixia, muerte, ser aplastado, ser atropellado, etc. De ahí que todo impulso amoroso, toda aproximación al propio papel, puede ser causa de una neurosis defensiva en el individuo predispuesto.

cluir al enfermo de la convivencia social. A todos los pacientes los hallamos sobre esta línea de retirada: el sentido de sus síntomas es servir de aseguramiento contra cualquier vuelta al tráfago de la vida. Así, el cuadro del neurótico nos muestra a menudo un retroceso hacia situaciones y relaciones más simples, más infantiles, después de haber logrado él cierto desarrollo —si es que no lo ha impedido por completo—. Entonces muchas cosas vuelven a ser como en la infancia: se restablecen las íntimas relaciones con la familia, se reaviva el dependiente amor infantil hacia los padres, o tal vez se despliegue en cambio la vieja obstinación de la infancia. Ambas actitudes —sumisión, dominación— sirven al paciente a título de imágenes directrices, al punto de producir la impresión de que en todas las personas buscasen al padre o a la madre. Pese al choque de esta ficción con la realidad, fascinado por el recuerdo de la seguridad gozada en su ambiente infantil, se aferra a ella. Cuenta Kipling de un moribundo que ya exangüe en su lucha postrera, logró clamar por su madre. Basta ver cómo los pequeñuelos en apuros, en seguida reclaman la madre con desesperación, para comprender esta necesidad de seguridad [8]. La necesidad de seguridad está más acentuada en las jóvenes, al igual que la relación con el padre. He comprobado que la "fantasía uterina", de encontrarse en el claustro materno (señalada por G. Grüner), es utilizada sólo por los neuróticos que de esta manera desean expresar que únicamente junto a la madre encuentran paz, o en los casos de ideas de suicidio y deseos de volver al estado prenatal [9]. (El grito hermafrodita: "Adelante, para la retirada".)

También nuestra paciente de niña y de jovencita buscó este apoyo en el padre, que la rodeaba de mimos. Como suele suceder, harto frecuentemente por desgracia, la madre sintió mayor afecto hacia los hijos varones. También este hecho es un producto del mayor valor que se atribuye a lo masculino —valoración de la que el padre puede liberarse con mayor facilidad que la madre—. La paciente no tardó en observar la

[8] El mismo afán de seguridad suele expresarse también en el culto a la Virgen. En una psicosis alucinatoria observé la sustitución, con intención desvalorizadora, de la propia madre por la Madre de Dios.

[9] Al considerar este deseo de muerte, Freud ha cometido el error de tomar la parte por el todo.

preocupación que invadía a su padre cada vez que ella se indisponía. Así adquirió una especial afición a la enfermedad —segura fuente de mimos, de cariños y de golosinas—. Todo ello, que le permitía constituirse en déspota absoluta de la casa, ha de haber significado para la enferma la compensación óptima de su supuesta pérdida de masculinidad. Además, sus indisposiciones le permitían satisfacer todos sus deseos y evadirse de situaciones desagradables en el colegio o en la convivencia social. El hecho de que su padre la creyese enferma implicaba obtener la máxima plenitud de su sentimiento de seguridad. De ahí que frecuentemente exagerase o fingiese una enfermedad.

Esta simulación infantil se encuentra muy a menudo en los antecedentes de los neuróticos[10]. De este fenómeno ya me he ocupado detenidamente, mostrando cómo el niño simula ser sordo, ciego, tonto, loco, etc. (Véase "Tratamiento psíquico de la neuralgia del trigémino", en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*) También E. Jones en su *Hamletstudie* menciona este hecho, haciendo resaltar la analogía que existe entre la simulación del niño y la de Hamlet. Personajes como Saúl, Claudio, Ulises y otros, muestran este problema con mucha claridad. En estas simulaciones la idea fundamental es siempre la siguiente: "¿Cuál es el mejor modo de asegurarse contra un peligro? ¿Cómo puedo evitar una derrota?" Es bien comprensible que, en su apercepción contrastante "hombre-mujer", el neurótico viva todo dominio sobre una situación como un equivalente masculino, como un sustitutivo y una defensa contra la amenaza de una pérdida de masculinidad. La técnica de la simulación consiste en construir una ficción según la cual se actúa como si realmente se sufriera lo que se simula, a sabiendas de que, en realidad, no se lo padece. El síntoma psicógeno se construye en la misma forma, con la sola diferencia de que no se reconoce la ficción como tal, sino que se la considera como real, como verdadera[11]. Según ocurre frecuentemente, la adecuada comprensión de este problema no se obtiene ni por el síntoma neurótico ni por la simulación, sino considerando

[10] Comprobado por Jalowitz en casos de neurosis de guerra, en el año 1916. Oppenheim es de opinión diferente. Véase: Adler, *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

[11] Véase el Capítulo III, "La ficción reforzada como idea directriz de la neurosis".

un caso limítrofe, ubicado en medio del camino entre simulación y neurosis.

Ese caso nos lo provee la psicología de la compasión. En la compasión estamos obligados a sentir la pena o el dolor de otro como si afectara nuestra propia esfera individual. Por su mediación podemos inclusive presentir la pena o el dolor de otro aun antes de que se haya producido. Sirve a título de ilustración la angustia que experimentan ciertas personas presenciando o imaginando la situación de otras (mucamas, albañiles, acróbatas) en situaciones físicas peligrosas. Estos individuos por lo general sufren de vértigo de las alturas, y la mera contemplación de trances riesgosos enfrentados por otros, hace que se comporten como si fuesen ellos mismos los que se encuentran sobre el alféizar de una alta ventana o al borde de un abismo. Bajo la influencia de la angustia, retroceden e interponen una cauta distancia entre sí y el peligro, a menudo riesgoso sólo en su imaginación. En una palabra, padecen como espectadores idéntica sensación a la que experimentarían de ser ellos mismos los protagonistas. Salta aquí a la vista la exagerada precaución e identificación del neurótico, en el que esos fenómenos suelen alcanzar tal intensidad que el miedo a caer o a arrojarse al agua puede llegar hasta a impedirle atravesar un puente. Estos mecanismos, que he encontrado en todos los casos de agorafobia, indican que estamos en trato con un individuo que quiere sustraerse a una decisión con respecto a su capacidad o incapacidad para enfrentarse con una cierta situación, cuya índole específica tócale al psicoterapeuta descubrir, si bien, lo que por lo general se trata de eludir, es el llamado al cumplimiento de una de las tareas de la vida o el llamado del compañero sexual. Esta "asimilación" (la "Einfühlung" de Lipps) a un estado aún inexistente pero probable, produce también los síntomas característicos en las demás fobias (como se demostró a propósito de la sifilofobia; véase *Práctica y Teoría*), demostrando constituir un medio eficaz de la tendencia a la seguridad, que en muchos casos sustituye la no siempre invencible moralidad. Examinado de cerca, todo rasgo de carácter se basa, en general, en un proceso de asimilación de esta clase como medio de seguridad. La fórmula del imperativo categórico kantiano es válida para el carácter en su conjunto; así demostró considerarlo Kant cuando exigía que la conducta individual se guíe por el principio de

que su actuación particular pueda erigirse en norma de actuación general [12].

En todos los individuos, especialmente en los niños predispuestos a la neurosis, hay pues, ficciones, máximas, normas (que se corresponden con las ficciones aseguradoras en el simulador [13]) destinadas a llevar a cabo un más eficaz aseguramiento, en correlación con el mayor sentimiento de inferioridad que acusan estos niños. Reducidas a su núcleo esencial, estas fórmulas dicen: "¡Actúa como si fueras superior o como si quisieras serlo!" El contenido de este modo de actuar, que aparece en parte como una compensación del afán de virilidad, está predeterminado por la experiencia del niño, por la naturaleza de su inferioridad, y con arreglo a las especiales circunstancias de sus vivencias —valuadas de manera neurótica— sufre modificaciones individuales que deberán interpretarse como meras modificaciones de forma.

Mediante el displacer que la acompaña, la inferioridad orgánica impone una orientación a las representaciones de los deseos, iniciando así los procesos de compensación psíquica. También aquí vemos obrar la tendencia aseguradora (Adler: *Estudio*), que convierte el trabajo de compensación en una verdadera sobrecompensación. Ejemplos de esa sobrecompensación aseguradora los tenemos en el caso del tartamudo Demóstenes, que llegó a ser el mejor orador de toda Grecia; en Clara Schumann, que siendo sordomuda llegó a la perfección musical; en el miope G. Freytag; en numerosos poetas y pintores que padecieron anomalías de la vista y que se convirtieron en grandes talentos visuales, y en fin, en tantos grandes músicos con anomalías auditivas. Esta sobrecompensación la vemos operar asimismo en el niño débil que ambiciona hacerse héroe; en el niño torpe, afectado de insuficiencia tiroidea, que quiere ser corredor pedestre y que más tarde en todo busca afanosamente ser siempre el primero.

[12] Vaihinger, *Die Philosophie des Als Ob*.

[13] El diagnóstico de la simulación no puede establecerse sin una previa confrontación de los antecedentes del sospechable con la situación actual. Para hablar de neurosis será preciso que los antecedentes permitan descartar el temor neurótico ante la decisión, pero no debe olvidarse que también el neurótico puede simular. La neurosis de guerra (temblor, astasia, abasia, mutismo, etc.) ha colocado a los neurólogos mal orientados ante un problema insoluble. Diagnosticaron neurosis, pero la trataron como si fuese simulación. Así adquirieron triste celebridad la tortura eléctrica y otras prácticas sádicas. Véase *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*.

Pero la tendencia aseguradora del niño necesita modelos de personalidad para no desviarse de su meta. Y el hombre le sirve al niño de modelo mejor que la mujer. Además, parecería que el modelo femenino sólo llega a imitarse tras cierta lucha, y ello cuando el niño considera que siguiéndolo alcanzará la misma meta de dominio masculino con un menor desgaste de esfuerzos.

Es lo que, como suele ocurrir en casos de jaqueca, ocurrió con nuestra paciente: la madre sufría jaquecas. Señalemos aquí que muchos autores han considerado que esta afección a menudo se hereda de la madre, concepto que debemos rechazar, de la misma manera que el de la determinación orgánica o la transmisión hereditaria de las neurosis y psicosis [14]. La esencia de este problema queda ilustrada en el caso de una niña de siete años (véase "Disposición neurótica" en *Curar y educar*). Con anterioridad, en múltiples ocasiones pude observar cómo el ataque de jaqueca es precedido por un sentimiento de inseguridad y de disminución, y cómo el ataque está dirigido —por lo general, según el modelo materno— a someter toda la casa a su servicio. El esposo, el padre, los hermanos sufren junto a la paciente. La jaqueca debe incluirse, pues, en el grupo de las enfermedades que sirven al individuo para asegurarse el dominio sobre su ambiente familiar. El análisis ulterior revela que este dominio tiene para la paciente un valor de masculinización, reductible al afán de ser un hombre. Sin embargo, un somero análisis de las jaquecas que acompañan a la menstruación muestra que también en este caso subyace un descontento frente al papel femenino —el que muchas veces pude observar en conexión con la epilepsia, ciática y neuralgia del trigémino—. En mi tratamiento resultó invariablemente que estas últimas enfermedades eran psicógenas y que sobrevinieron a consecuencia de la necesidad de un mayor aseguramiento. Es la atmósfera familiar neurótica la que intoxica al niño ya desde edad temprana; no la transmisión hereditaria.

[14] La Psicología del individuo niega la transmisión hereditaria de las neurosis y psicosis. Sus descubrimientos sobre la inferioridad orgánica heredada y sus consecuencias psíquicas (el sentimiento de inferioridad) no significan en modo alguno que toda inferioridad orgánica deba producir forzosamente una neurosis. Sólo entrañan la afirmación de que, dentro de nuestra cultura, fundada sobre la fuerza y el poder, el estado de inferioridad orgánica constituye un

El padre fue la única esfera de influencia que conservó nuestra paciente. Se lo había ganado totalmente, pero esta conquista no la satisfacía por completo. Como sucede por lo común en la neurosis, la paciente era impelida por una avidez ansiosa que se expresaría así: "¡Más, más todavía!" Todo con vistas a reunir el mayor número posible de testimonios que probasen su adueñamiento del padre. La madre padecía jaquecas y, como ocurre casi siempre en tales enfermas, el período de sus accesos constituía, asimismo, el de su máxima dominación: nuestra paciente se comportó, pues, como si también ella sufriese jaquecas [15]. Al igual que el hombre primitivo que crea un ídolo que luego lo llena de horror, ella consiguió crearse su jaqueca. La intención final, la ficción de superioridad absoluta, hízose autónoma, de suerte que la enferma pudo provocarse dolor y tristeza cada vez que le resultaba necesario. Su papel de actora alcanzó tal perfección que ni siquiera advertía que se trataba de una mera ficción. Inclusive se proporcionaba así un sentimiento de superioridad y de seguridad frente al marido, semejante al que anteriormente lograba frente a su padre toda vez que sentía su seguridad amenazada. Constituía éste el lado ventajoso de su dolencia, del cual sólo ella disfrutaba, en tanto los allegados de la enferma parecían siempre absorbidos con el aspecto desventajoso de la enfermedad. La identificación masculina en el matrimonio buscaba, pues, asegurarse el dominio sobre su marido y excitar su ternura. Mas como siempre quedaba una reserva de insatisfacción, la enferma vivía entregada a una incesante búsqueda de nuevos sustitutos, entre los cuales uno de los más importantes era no embarazarse más. Tal como en muchos casos (describí uno en "La posición masculina en neuróticos femeninos", en *Práctica y Teoría*), también en su familia llegó a circular el clisé de que una mujer que, como ella, sufría tan tremendos dolores de cabeza, ya no podía tener más

---

factor de enorme fuerza de seducción y tentación para el establecimiento de las enfermedades psíquicas.

[15] Ya en mi trabajo "Über neurotische Disposition", señalé —y deseo reiterarlo ahora— que la elección de los síntomas se ve orientada por una inferioridad orgánica originaria. En la neurosis la psique se apodera de este mecanismo como disposición a la enfermedad. En los casos de jaqueca los vasos tienen una especial capacidad de reacción a los afectos, a semejanzza de lo que ocurre en la ereutofobia.

hijos. El aseguramiento se reforzó con insomnio, imposibilidad de conciliar el sueño una vez interrumpido con cualquier nimiedad, medidas preventivas y excesivo cuidado del hijo único [16].

Ya el primer sueño que me comunicó la enferma suministraba una prueba evidente de que estos nuevos fenómenos no eran sino nuevas formas de expresar el viejo deseo de igualarse al hombre:

"Me encontraba con mi madre en la estación. Queríamos visitar a mi padre que estaba enfermo. Yo temía perder el tren. En ese momento apareció mi padre. Estuve después en una relojería para comprar un reloj en sustitución de otro que había perdido".

La paciente se siente superior a su madre, a la cual adora. Tiene el mismo sentimiento de superioridad frente al padre, que le satisface todos los caprichos. El padre ha muerto. Poco después de la muerte del padre, que se produjo hace algún tiempo, la enferma sufrió uno de sus terribles accesos de jaqueca. En el sueño el padre vuelve a la vida, presencia que para ella significa un aumento de su sentimiento de personalidad [17]. Siempre se ha mostrado impaciente y temerosa de llegar tarde. Su hermano ha llegado antes que ella y es hombre. Tiene que apresurarse si quiere llegar a la altura de lo masculino: "Con un salto lo realiza el hombre, cien en cambio ha de dar la mujer". La víspera del sueño había acudido con gran prisa a un concierto, pero, de todos modos, llegó tarde por culpa de su madre: "Las mujeres se retrasan a menudo, yo no quiero caer en la misma falta".

Madre e hija están en la estación: la realidad le recuerda que ella es una mujer, igual que su madre. Su afectividad combativa se dirige contra el hombre, contra el padre. En el curso del análisis ulterior surge frecuentemente la idea de que la mujer es más fuerte, más vital y más sana que el hombre. La subitánea aparición del hombre (padre) significa un nuevo estímulo para la lucha. Por consiguiente, en el instante en que la paciente teme perder el tren, esto es,

[16] Más tarde, independientemente de mí, Moll ha comprobado estos mismos hechos.

[17] Una significación similar hallé en otros sueños en que aparecían personas ya muertas.

quedar atrás, relegada (y en relación con el cuadro en su conjunto, se puede completar: postergada ante el hombre), en ese instante, se percata de que el hombre está adelante, arriba de ella. En la neurosis se encuentra con mucha frecuencia (véase "Sifilofobia", en *Práctica y Teoría*) esa utilización de una imagen espacial para ilustrar el sentimiento de humillación, pues la representación espacial abstracta se adapta bien como preparativo de lucha del ficticio antagonismo abstracto: "¡Todo o nada!" Constituye también un artificio inconsciente, muy a menudo utilizado en pintura (en virtud de que la cultivan principalmente los hombres), expresar el poder de la mujer, el miedo a la mujer, dando a su imagen una más alta ubicación. ("El eterno femenino nos atrae".) El hecho de que la paciente se encuentre en la estación al lado de su madre ("con mi madre") sirve de nueva prueba de que el esquema antitético espacial se construye de conformidad con el antagonismo "masculino-femenino".

Este primer sueño suministrado por la paciente al iniciarse el tratamiento, empieza, pues, con reflexiones acerca del papel del hombre y de la mujer. Pero aun cuando se esté convencido de la importancia que este problema reviste para la neurosis, el psicoterapeuta debe estar atento, sin prejuicios que enturbien su criterio, a la continuación del sueño y esperar nuevos datos para compararlos con los anteriores. En sus aclaraciones restantes, la paciente aludió a una cadena de un reloj perdido por culpa de su marido. No recuerda haber perdido ningún reloj. Interrogada acerca del significado de la sustitución onírica de una cadena por un reloj, la enferma contesta con fuerte afectividad, pero con un aparente apartamiento del tema, que la había afligido no la pérdida de la cadena sino de un colgante que pendía de ella. En pocas palabras: el reloj que cuelga de una cadena de señora es idéntico al colgante, cuya pérdida aflige a la paciente y le busca un sustituto.

El sueño comienza con una oposición espacial simbólica entre la femineidad (valor inferior) y la masculinidad (valor superior), y concluye en el deseo de hallar un "sustituto" de la masculinidad perdida. A lo largo de esta línea ficticia ha de encontrarse también el carácter, la reacción afectiva, las disposiciones y los síntomas neuróticos —hecho que, en efecto, pudimos comprobar luego—. Los rasgos de carácter del

afán de dominio, la impaciencia, el descontento, la obstinación y la reserva resultaron ser líneas auxiliares secundarias dependientes de la ficción directriz orientada a alcanzar una altura masculina. Otras asociaciones de ideas revelaron una tendenciosa puesta de relieve del padre muerto, que permitió a la paciente reforzar y prolongar artificialmente su duelo para esgrimirlo contra quienes la rodeaban.

Capítulo VIII

Crueldad. Conciencia. Perversión y Neurosis.

Con extraordinaria frecuencia el análisis de las neurosis y psicosis muestra la presencia de la crueldad ya durante la más temprana infancia. Sería erróneo medir las manifestaciones psíquicas del individuo en sus dos primeros años de vida con nuestras normas adultas, y calificar sus expresiones de fuerza —que, en rigor, están más allá del bien y del mal— como sádicas o crueles, según suelen hacerlo padres y educadores al aludir a los antecedentes de psicópatas. Tales manifestaciones no adquieren la categoría de neuróticas hasta tanto no se ponen al servicio de una cierta finalidad, de una tendencia previsora abstracta; hasta tanto, en suma, no se integran en un sistema de referencia. El que la crueldad implique la existencia previa de señaladas posibilidades y aptitudes vivenciales, no legitima, en modo alguno, la creencia en una supuesta crueldad constitucional. En realidad, la crueldad sólo se encuentra formando parte de una estructura compensatoria en niños cuyo sentimiento de inferioridad también en otros aspectos los impele hacia una prematura y precipitada amplificación de su ideal de personalidad. En efecto, el cuadro multifacético del niño difícil de educar muestra, además de crueldad, numerosos rasgos accesorios, como, por ejemplo: obstinación, ira, precocidad sexual, ambición, envidia, avidez, malicia y malignidad —rasgos que, nacidos bajo la presión de la ficción directriz, contribuyen a la formación y movilización de las disposiciones de lucha y de la afectibilidad—. En muchos casos se observa como punto de partida la conjunción de sentimientos de ternura (estimados como femeninos) y de una tendencia a ahogar esa sensación de entrega y de abandono, mediante actos brutales y crueles (estimados como masculinos). La aversión que entonces se expresa contra todo sentimentalismo,

afectuosidad, participación en las alegrías (felicitaciones) y penas (condolencia) de otros, y contra toda cortesía (saludos), denuncian esa tentativa de romper con el sentimiento de comunidad.

El afán de dominio en los niños difíciles se observa claramente en su actitud frente a la familia, en sus juegos, y por lo general también en su modo de andar, en sus gestos y en su mirada. En los juegos y en las ideas del niño sobre su futura profesión, el rasgo cruel se denuncia en la adopción de figuras ideales tales como la del verdugo, carnicero, guardia, sepulturero y salvaje; del cochero, "porque puede pegar a los caballos"; del maestro "porque puede castigar a los niños"; del médico "porque puede cortar"; del soldado "porque puede disparar", etcétera [1]. Como para ir ensayando, empieza entonces a manifestarse una tendencia a maltratar a animales, pequeños y grandes, y a otros niños; ciertas reflexiones y fantasías sobre posibles accidentes que pudieran ocurrirles a sus más próximos allegados, así como un interés por los cortejos fúnebres y cementerios, los cuentos sádicos y relatos terroríficos en general.

Esta crueldad exacerbada tiene el objetivo inmediato de impedir la emergencia y anular sus latentes posibilidades de entrega de sí, compasión y cariño, en pugna con la línea directriz masculina. Esta tendencia a lo viril —destinada a imponer la propia superioridad— en ningún sentimiento se revela con tan absoluta nitidez como, a pesar de su "inofensiva" apariencia, en la malignidad, entendida como la alegría del mal ajeno. En los neuróticos la malignidad puede alcanzar un alto grado de intensidad y ser utilizada del modo más absurdo con vistas a incrementar el sentimiento de personalidad. Con fina perspicacia, La Rochefoucauld aludía a la malignidad en esta máxima: "En la desgracia de nuestros amigos hay algo que no nos es del todo desagradable", observación psicológica que fue muy celebrada por una mente tan aguda como Swift.

He conocido un paciente masoquista que se desternilló de risa al enterarse del terremoto de Messina. La risa forzada se presenta frecuentemente en el paciente frente a un superior, por ejemplo, un profesor o un jefe suyo, con el cual se siente obligado a una cortesía especial. Estos pacientes

[1] Véase Adler, "Tendencias agresivas", en *Curar y educar*.

tienen una pronunciada tendencia a dominar o atormentar a otros, a veces inclusive fantasías sádicas, y el análisis revela que la risa forzada, el afán de dominio y el sadismo se asientan por igual sobre el punto débil del sentimiento de inferioridad y buscan compensación. Según mis observaciones, la piromanía (placer de presenciar incendios), así como la compulsión a pensar o a gritar "fuego" en el teatro o en la iglesia, parece relacionarse con un trabajo compensatorio de la inferioridad de una vejiga delicada o de ojos sensibles a la luz. Además cae por completo en la línea de los recursos destinados a hacerse notar mediante extravagancias y rarezas, aun cuando por ellas se haga al mismo tiempo insoportable.

Pero los imperativos éticos de nuestra cultura entrañan una amenaza de grandes peligros para esta línea directriz masculina de la crueldad; de ahí que sólo pueda seguírsela de una manera encubierta. En consecuencia, por lo general se observan desvíos y rodeos, en los cuales el rasgo sádico parece total o parcialmente extinguido. Así, ajustándose a esta nueva línea, el neurótico logra adquirir sobre el débil igual superioridad, pero ahora por la suavidad y la ternura; el cruel se trueca en bienhechor, en dispensador de mercedes. Inclusive suele ocurrir que el neurótico obsesivo abandone su línea directriz sádica reforzada para dedicarse a ejercicios de penitencia; recurre a medios de seguridad igualmente obsesivos, pero menos penosos para los demás que sus anteriores disposiciones de agresividad. Estos medios, que le permiten mantener irresueltos sus problemas vitales, ponen por tanto en descubierto una temerosa ambición que los paraliza, a la manera de la "fiebre de candilejas"[2]. En los graves ataques de la llamada "epilepsia afectiva", de la histeria, de la neuralgia del trigémino, de la jaqueca, etc., el afán de dominio masculino adopta como desvío neurótico la propensión a los ataques, pero en tales casos el sufrimiento —tanto el propio como el de las personas de su ambiente— no disminuye, sino que, por el contrario, es mayor que el que provoca los abiertos accesos de rabia y de hostilidad —accesos que, por los demás, no cesan por completo, pues continúan repitiéndose con cierta regularidad—. Estos expertos en el sufrimiento ajeno a menudo se muestran animados por una verdadera pasión contra la vivisección, en

[2] Véase: Adler, "La neurosis compulsiva", en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

pro del vegetarianismo, de la protección a los animales, de las obras de beneficencia: "no pueden soportar ni la visión de una gallina sangrante", "ni que maten a una mosca", pero celebran jubilosamente la noticia de que un golpe de Bolsa ha arruinado a su adversario. Y aquel sectarismo mismo implica un cierto prejuicio contra los méritos ajenos. Sólo conocen la tolerancia para reclamarla a voz en cuello en beneficio de sí mismos.

Si bien estos rasgos son hechos comunes, no por ello dejan de ser signos de neurosis y de intensa inseguridad. No son, en modo alguno, rasgos inherentes a la naturaleza humana, sino formas de la malograda protesta viril destinada a asegurar el sentimiento de personalidad. Cuando la protesta viril fracasa en una cierta línea directriz, se apela a los desvíos neuróticos, y el estallido de la neurosis o de la psicosis se efectúa por una modificación de formas y por una intensificación de la ficción directriz.

Niego también la criminalidad "congénita" que sustentan Lombroso y Ferrero. La criminalidad es una forma del impulso agresivo incitado por el sentimiento de inferioridad que, sirviéndose de la línea directriz masculina, se sustrae a los requerimientos de la comunidad. El crimen surge cuando se da como constelación la falta de temor a la decisión —fruto temprano de la neurosis aseguradora— junto a una fuerte tendencia depreciadora de la vida, el honor y los bienes del prójimo [3].

Sin embargo, en la neurosis desarrollada a menudo se encuentran recuerdos de crueldades, de actos criminales y sexuales tendenciosamente exagerados y erróneamente agrupados y conservados que, a causa de desmedidos escrúpulos de conciencia, desvían la protesta viril de la agresividad rectilínea hacia caminos de ternura. En tales casos es a todas luces evidente que la antigua meta exagerada no se ha desvanecido, que sólo ha mediado una modificación en la forma de la ficción, por la cual las aspiraciones del individuo se han desviado hacia otros caminos únicamente en apariencia opuestos. Es lo que demuestran bien a las claras las intermitentes explosiones de la agresividad, las revelaciones obtenidas por el análisis del ataque, los rasgos de carácter que se destacan

[3] Véase también: A. Jassny, "Das Weib als Verbrecher", en Archiv für Kriminalpsychologie, 1911, Nº 19; Adler, "Infancia abandonada", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo.*

ocasionalmente (por ejemplo, hacia el comienzo de una psicosis, cuando se alcanza la meta final de los rodeos neuróticos, o cuando se desvían ciertos rasgos de carácter), así como por el dominio que se ha establecido en la realidad a pesar de toda apariencia de sumisión, por la tortura infligida a los demás mediante la autotortura de los constantes escrúpulos y, finalmente, por las ocasionales manifestaciones rectilíneas de la agresión originaria.

Así, pues, luego de un período de agresividad y a causa de una derrota sufrida realmente o sólo presentida, mediante la creación de una instancia ficticia (la conciencia y sus escrúpulos) el psicópata puede acercar mejor, e inclusive de una manera más ostensible, sus rasgos rapaces, brutales y violentos, a las imágenes directrices generales de la moral. "Quiero ser malvado"; de ésta u otra manera parecida, se va trazando, aunque inadvertida e inconscientemente, el ficticio plan de vida de muchos neuróticos, hasta que la visión o la previsión del abismo aleja al enfermo de los bordes peligrosos y le obliga a un aseguramiento mayor que lo estrictamente necesario, a un sobreaseguramiento. Bajo la presión de esa tendencia aseguradora se construyen la conciencia de la previsión y de la autovaluación, se la reviste con los signos del poder y, finalmente, se la eleva al rango de divinidad. De esta suerte el neurótico puede seguir sus líneas directrices conservando la apariencia de obrar conforme al sentimiento de comunidad; puede orientarse mejor en medio de la incertidumbre de la vida real y disponer de una duda aseguradora para las maniobras y las luchas que le impone su voluntad de poder. Pero el neurótico siempre se siente atraído por los estériles escrúpulos de conciencia, por el arrepentimiento y la tristeza, pues siente que el falso brillo de estos sentimientos lo sublimiza y embellece, relevándolo de paso de la obligación de solucionar los verdaderos problemas vitales. "¡Los escrúpulos de conciencia son indecorosos!", advertía Nietzsche. El individuo que exhibe una nobleza de sentimientos exagerada, que sobrepasa la norma, es siempre sospechoso.

El mismo neurótico realiza esta transformación de los rasgos de carácter para poder maniobrar mejor, por ejemplo cuando, llevado por su temor, desde su perspectiva neurótica, atribuye a la pareja sexual rasgos de egoísmo, crueldad y perfidia, y a sí mismo, por principio, rasgos de nobleza. Así se complacerá en seleccionar y exagerar arbi-

trariamente recuerdos e impulsos que prueben su naturaleza cordial, tierna y sincera; y con vistas a su confirmación, a menudo actuará como si tales virtudes fuesen realmente innatas e inmutables en él.

Queda otro aspecto importante por tratar. Casi todos nuestros pacientes acuden a nosotros en pleno estado virtuoso, es decir, después de la derrota. Debemos estar preparados, pues, para descubrir su protesta viril no tanto en sus rasgos de carácter y disposiciones de afectibilidad rectilíneas, sino, y penosamente, en las desviaciones neuróticas, en los aseguramientos reforzados y en el análisis de sus sueños y sus síntomas neuróticos. Por este camino quedará de manifiesto que la imagen directriz ficticia actual es la misma que se formó en la infancia, sólo que más eficaz y, en cuanto a los casos últimamente mencionados, veremos que los síntomas neuróticos conducen a una mayor humillación de los demás que las anteriores líneas directrices de la crueldad y del afán de mortificar. Todas estas líneas van tendidas desde la originaria inseguridad del individuo hasta su idea ficticia e inasequible de personalidad. No importa hasta qué época de la edad infantil se remonta el sadismo, las perversiones, la libido sexual o, en general, la protesta viril y las líneas del carácter: en todos los casos han sido elaborados según el plan de vida del cual dependen. Para develar el sadismo que subyace tras las secretas astucias neuróticas y extraerlo del inconsciente, es menester reducir la neurosis a su estado anterior, al período previo a la derrota.

Pese a su importancia y trascendencia para la comprensión de la neurosis, los trabajos científicos de Freud no nos suministraron una fiel descripción de la psique neurótica, pues se ocupó en demasía, tal como hace el neurótico, de los factores secundarios de la estructura psíquica. Todos los dispositivos neuróticos, las exaltaciones afectivas, la desmesurada agresividad, la hipersensibilidad y los rasgos de carácter compensatorios, necesitan que se los morigere y no que se los justifique como "componentes impulsivos innatos". Lo mismo puede decirse de las tendencias perversas, a veces construidas ya en edad temprana, que acuden en auxilio del temor general a las decisiones. Es, pues, tarea del psicoterapeuta eliminar los dos factores capitales de toda actitud neurótica: el sentimiento de inferioridad erróneo y las consecuentes tendencias de depreciación, facilitándole al pacien-

te la comprensión y la reflexión de su plan de vida desde sus orígenes. Estos dos factores, así como sus equivalentes y sus manifestaciones sexuales (sadismo, masoquismo, fetichismo, homosexualidad, fantasías incestuosas, exacerbación y debilitamiento aparentes del instinto sexual), constituyen el fundamento de la neurosis, y no de la psique humana.

Capítulo IX

Arriba-Abajo. Elección de la Profesión. Sonambulismo. Carácter Antagónico del Pensamiento. Elevación de la Personalidad por la Depreciación del Prójimo. Prestación neurótica de Auxilio. Autoridad. Pensamiento en Contrastes y Protesta Viril. Actitud Vacilante y Matrimonio. La Tendencia hacia Arriba como Símbolo de la Vida. Masturbación Obsesiva. Afán Neurótico de Instruirse.

Los conceptos abstractos "arriba-abajo" desempeñan evidentemente un papel de gran importancia en la génesis de la cultura humana. Estos conceptos probablemente aparecieron cuando el hombre inició la postura erguida, y todo niño repite el proceso de esa adquisición postural con el auxilio de la educación, cuyos principios higiénicos condenan el "estar abajo", adherirse o arrastrarse por el suelo. Este proceso sin duda alguna debe haber contribuido, y no en escasa medida, a la preferenciá valorativa del "arriba". Claro indicio de ello lo da la conducta de los niños pequeños, cuando para hacerse valer frente a sus padres se echan al suelo obstinadamente procurando ensuciarse. Esta conducta revela, en efecto, que ya está germinando en el niño la identificación del "abajo" con lo prohibido, sucio y pecaminoso. En este gesto psíquico deberá verse el patrón de rasgos neuróticos ulteriores fuertemente acentuados, en especial de la actitud seudomasoquista.

Las investigaciones psicológicas sobre la religión y la cultura suministran datos confirmatorios en relación con las impresiones producidas por los astros sobre el hombre. Los pueblos primitivos, al igual que el niño, también identificaron al sol, día, alegría, con el "estar arriba", al paso que muy frecuentemente relacionaron el "abajo" con el pecado, la muerte, la suciedad, la enfermedad y la noche. Y en los

sistemas religiosos modernos este antagonismo "arriba-abajo" no está menos acentuado que en los antiguos. En el trabajo denominado *Die Feuergötter als Ausgangspunkt zum Verständniss der mexikanischen Religion* (*Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft*, Viena, 1903), K. Th. Preuss destaca este pronunciado antagonismo de la relación "arriba-abajo". El dios del fuego es al mismo tiempo el dios de los muertos, que viven con él en el mismo lugar en que descendieron. Vasos volcados, hombres que se desploman, simbolizaban ese "arriba-abajo", esto es, el descenso al reino de los muertos, y a este contraste especial se vincularon ideas de actividad y de conservación por una parte, e ideas destructivas o aterrorizantes por otra [1].

Las sensaciones e impresiones infantiles contribuyen a acentuar aún más el concepto especial contrastante "arriba-abajo". La caída, la caída hacia "abajo", es dolorosa, deshonrosa, ignominiosa, en ocasiones inclusive punible. A menudo es consecuencia de un descuido, de una torpeza, de una falta de precaución y, con frecuencia, oportunidad para que otros se burlen de uno. Estos recuerdos se conservan, pues, como monitores, y el "estar abajo" puede ser sentido como significativa consecuencia de "haberse caído", de un descuido, de una torpeza o derrota, que motiva o al menos estimula la protesta contra el resultante sentimiento de inferioridad.

Esta categoría que constituyen los conceptos antinómicos inseparables "arriba-abajo" va acompañada, tanto en las personas normales como en las neuróticas, por otros pares contrastantes asociados: victoria-derrota, éxito-fracaso, superioridad-inferioridad, etc. En el análisis surgen tanto recuerdos relativos al "arriba" —equitación, natación, vuelo, alpinismo, trepar, subir escaleras, etc.—, como sus opuestos relativos al abajo —ir cargando un jinete, sumergirse, caerse, precipitarse, impedimentos para la ascensión o el avance, etc—. Cuanto más abstracto y simbólico sea el recuerdo —como ocurre en el sueño, en la alucinación, en los diferentes síntomas neuróticos—, tanto más claramente se percibe el coloreamiento masculino-femenino de las contraposiciones, identificándose lo masculino (a menudo concebido meramente como

[1] Debo expresar mi agradecimiento al profesor Dr. D. Oppenheim por los muchos y valiosos datos históricos que me ha suministrado sobre el tema.

una mayor fuerza) con el "arriba", y lo femenino con el "abajo".

Esta tendencia hacia "arriba" la reencontramos siempre en ese excelente "entrenamiento para la vida" (Karl Gross) que son los juegos infantiles y en las ideas del niño sobre su futura profesión [2]. El mayor desarrollo psíquico trae siempre aparejado un mayor control de la realidad, y consecuentemente, el abstracto "arriba" procura revestirse con ropaje concreto. Así, la prudencia de la madurez trueca el deseo de ser deshollinador por el de arquitecto, convierte al piloto en mecánico de aviones, transforma el imposible deseo de la niña de ser como su padre en el realizable de dominar como su madre, etcétera.

La tendencia aseguradora y la protesta viril constriñen al máximo las líneas directrices del "deseo de estar arriba". Bajo la influencia de esta ficción, el neurótico se ve compelido unas veces a luchar y a pelear, a adoptar una actitud agitada y precipitada, a asumir posturas masculinas; y otras, en cambio, a adoptar una actitud precavida, vacilante, escéptica. Vive constantemente como en trance de hacer balance de la vida, inclusive en situaciones que para los demás son neutras y resbalan sobre ellos sin ser siquiera advertidas conscientemente. Presiente, conserva, exagera y combina situaciones que para la generalidad de la gente son insignificantes o de un valor mínimo. Examinemos esta actitud con mayor detenimiento a propósito de un caso bien ilustrativo.

Una joven de 25 años de edad, de pequeña estatura, acude a mi consulta quejándose de frecuentes dolores de cabeza, de arranques impulsivos, de tedio del trabajo y de la vida. Acusa varios vestigios de raquitismo. En sus antecedentes infantiles se descubre un enorme sentimiento de inferioridad, mantenido en constante tensión por la preferencia materna hacia su hermano menor, así como por la superioridad intelectual de éste. El más ardiente deseo consciente de esta enferma ha sido siempre el de ser alta, muy inteligente y hombre. Las actitudes preparatorias para alcanzar este ideal de personalidad las fue copiando del padre, su modelo, y cada vez que por ser una tontuela diminuta fracasaron sus intentos, aseguró su sentimiento de personalidad imaginario mediante la cólera y la ira, valiéndose de la

[2] Véase: Kramer, "Fantasías profesionales", en *Curar y Educar.*

estupidez, torpeza y enfermedad simuladas y de la pereza frente a sus allegados, y frente a su madre de la obstinación en especial. Pasaré por alto los rasgos de masculinidad, malicia y obstinación, construidos por la enferma, así como su desmesurada ambición, su tendencia a la mentira y al alarde. Me contentaré con mostrar la conjunción de estos rasgos a través de la tendencia depreciadora a la cual sirven. Citaré al efecto uno de sus sueños que, además, constituye una modesta contribución a la psicología del "sonambulismo":

"Me he vuelto sonámbula y me subo a la cabeza de todo el mundo" [3].

Días antes la paciente había oído una conversación acerca de los lunáticos. En sus intentos de explicar aquella imagen onírica, se le ocurren a la paciente una serie de ideas ambiciosas; entre ellas asoma la de su dominio sobre su futuro marido. Recuerda sueños anteriores en que se veía encaramada sobre un hombre [4] o montada sobre un caballo. Jamás traté a un auténtico sonámbulo, pero las alusiones a este síntoma neurótico son frecuentes. Al igual que el sueño de volar, de subir escaleras, etc., este sueño es una expresión dinámica del "querer estar arriba", equivalente a la agresividad masculina. En un paciente con fuertes tendencias masoquistas comprobé que durante su sueño pretendía alcanzar con sus piernas el techo del cuarto, trepando pared arriba. La interpretación reveló que, desde una situación, fantaseada o real, valorada como femenina y masoquista, el paciente se encaminaba a la protesta viril, que en un "modus dicendi" simbólico se expresaba en su anhelo del "arriba".

La segunda idea del sueño: "me subo a la cabeza de todo el mundo", tiene igual significado. La paciente se sirve aquí de un dicho popular para expresar la propia superioridad. Su aspiración hacia arriba es tan sólo dialéctica, antitética, tal como el pensamiento del neurótico, siempre inseguro de sí mismo, se mueve constantemente entre los dos

[3] En el original: "*ich bin allen Leuten auf den Kopf gestiegen*". Expresión alemana que en sentido literal significa: "Me subo a la cabeza de todo el mundo", y en sentido figurado: "todo me importa un comino". [T.]

[4] La imagen de una mujer jineteando sobre un hombre ha sido utilizada en forma directa o disimulada por muchos pintores. Pienso en Burgkmair, Hans Baldung Grien y Durero, y en los numerosos cuadros que muestran a Campaspa, la favorita de Alejandro, cabalgando sobre Aristóteles.

polos opuestos del esquema abstracto "masculino-femenino". No existen caminos intermedios, pues estos polos neuróticos (por un lado el sentimiento de inferioridad; por el otro el exagerado sentimiento de personalidad) no permiten apercibir, debido a la exacerbada tendencia aseguradora, sino los valores más contrapuestos [5].

Las ideas de este sueño dejan adivinar las disposiciones neuróticas de la paciente. En efecto, su protesta viril, su tendencia a la depreciación de los demás, su ambición, su sensibilidad, obstinación, inflexibilidad y testarudez, son sobradamente manifiestos. El sueño permite vislumbrar el significado psíquico de sus dolores de cabeza: ya el análisis había revelado que este síntoma siempre se hacía presente acompañado por un sentimiento de humillación, de disminución, de falta de masculinidad (o sea, en la expresión del sueño: "cuando los demás se le subían a la cabeza"). En sus períodos de cefalalgias (o sea, mediante la construcción de esta "disposición al dolor", con las consiguientes alucinaciones del dolor) se zafaba del dominio de los demás en general, y en particular del materno. En estos períodos conseguía elevar su sentimiento de personalidad más alto aún que antes con la obstinación, la pereza y la terquedad. En suma: "se había subido a la cabeza de los demás".

En los niños esta tendencia a ascender es evidente, y con frecuencia se identifica con el deseo de ser grande. El niño gusta ser aupado, trepar a sillas, mesas y armarios, acción que por lo común va acompañada por la idea de mostrarse desobediente, valiente, masculino. El júbilo que exhibe al sobrepasar así en estatura a los mayores, es buena prueba de que cerca anda la tendencia a depreciar a los demás. En los niños precozmente neuróticos la acentuación del impulso agresivo se revela claramente en demostraciones de este tipo, y es frecuente observar a pacientes infantiles que en la consulta no cesan de subirse a sillas, bancos y mesas, demostrando así su desprecio y falta de preparación para la vida en la comunidad.

[5] Ya hemos destacado que, en su inseguridad, también en sus primeros y titubeantes inicios la filosofía sustancializó este pensar antagónico. En la "Geschichte der Zahlprinzipien in der griechischen Philophie" (*Zeitschrift für Philosophie und phil. Kritik*, tomo 97) Karl Joël alude a esta cuestión con estas palabras: "La causa original de la antítesis reside en la obstinada rigidez instintiva del pensamiento que no quiere conocer más que los absolutos."

El peligro de caer o de accidentarse que acompaña a este deseo de empinarse, así como la educación corriente, que fomenta la cobardía, impelen a estos niños a introducir modificaciones de forma en su línea directriz, a derivar en rodeos neuróticos. Desarróllase en el niño el miedo a las alturas como un memento justificador, por lo general simbólico, que lo retrae de toda suerte de empresas aventuradas y arriesgadas, operando como un dispositivo pronto a accionar como un freno que una y otra vez detiene al paciente en medio de su camino. Hay enfermos que con la agorafobia expresan su temor a descender desde su altura, contemplando de paso su grandeza. El afán de altura a menudo se trueca, en su mayor parte, en tendencia a la depreciación, que se manifiesta en la maledicencia y, muy en particular, en los celos compulsivos.

Una variante sobremanera interesante de esta misma tendencia pude observarla en la conducta altruista de algunos neuróticos y en su actitud preocupativa respecto de la suerte del prójimo. Este tipo se comporta en todo como si, faltos de su ayuda, los demás estarían perdidos, indefensos para valerse por sí mismos. Siempre están prodigando consejos, todo quieren hacerlo personalmente, incesantemente atisban nuevos riesgos y peligros que amenazan al otro, hasta que éste, desconcertado y abatido, se pone enteramente en sus manos. Con semejante actitud, los padres neuróticos dañan mucho a sus hijos, y a este prurito neurótico de dictar leyes a otros se deben no pocas dificultades del amor y el matrimonio [6]. Uno de mis pacientes, que de niño había sido atropellado en dos ocasiones por un coche, asoció su sentimiento de inferioridad con este recuerdo y siempre que debía cruzar la calle en compañía de otra persona, tomándola del brazo la guiaba temerosamente, como si la creyese incapaz de hacerlo sin su ayuda. Muchos sienten temor cada vez que un pariente viaja en ferrocarril, se embarca o nada. Son los mismos que dan interminables instrucciones a sus subordinados, y que con sus críticas exageradas y sus reprimendas denuncian su fuerte tendencia depreciadora. En la escuela y en el trabajo se observan con frecuencia estas críticas depreciadoras por parte de maestros y de jefes neuróticos. En cuanto a la

[6] Este cuadro ha sido muy bien desarrollado por el adleriano Kunkel en su tipología (Parásito-Enredadera—Astro-Astra) como "neronístico". [S.]

actitud del psicoterapeuta, tiene extrema importancia que elimine en sí mismo semejantes tendencias, aun cuando las provoque el paciente. Invariablemente debe prescindirse de toda autoridad opresora, pues quien conozca la hipersensibilidad del neurótico no ignorará con qué facilidad se siente humillado. Uno de mis pacientes, atacado de histeroepilepsia, y que constantemente se comportaba como si se quisiera someter por completo, en una ocasión perdió el conocimiento precisamente frente a mi puerta ("casualidad" que denuncia claramente la tendencia depreciadora) y, hallándose aún en estado crepuscular, me llamó "profesor" y balbuceó que me traería una carta. Pasado el ataque, me confirmó que ese día había concurrido a la consulta de muy mala gana. El análisis reveló que mentalmente me había transformado en profesor a fin de introducir la distancia necesaria para la lucha, de poder actuar como si, al igual que en la escuela, estuviese constreñido a asistencia obligatoria y en caso de ausencia debiera presentar una carta de justificación. Una vez ubicado en esta situación de inferioridad ya pudo dar libre curso a los dispositivos compensatorios consecuentes y querer asustarme [7].

Una jovencita de 20 años padece la idea compulsiva siguiente: Le resulta imposible viajar en tranvía, pues al ascender a él le asalta la idea de que en el mismo instante podría descender un hombre y caer bajo sus ruedas. El análisis puso en descubierto que esta neurosis obsesiva representaba la protesta viril bajo el símbolo "estar arriba". Según esta ficción el hombre debería quedar "abajo", ser humillado, cargar con el daño que causa a la mujer [8]. Al mismo tiempo, su exacerbada tendencia aseguradora se fortifica con la barricada de la angustia, destinada a reforzar el temor que el hombre le inspira: aun asegurada su superioridad, no le sería posible decidirse al matrimonio, pues a su futuro marido le iría harto mal con ella. Finalmente esgrime las dificultades neuróticas para eludir su papel femenino. Desde este enfoque se comprende la motivación de tantas jóvenes y mujeres neuróticas que exigen de su pareja los mayores sacrificios y las pruebas más duras,

[7] En otro lugar volveré sobre el tema de las transformaciones que la declinación de la autoridad ha de ejercer forzosamente sobre nuestra vida entera, muy especialmente sobre la educación y la escuela.

[8] Laura Marholm cita las líneas siguientes: "La mujer es un rosal que el cabrón devora".

siempre que en estos expedientes vean un medio de elevar su sentimiento de personalidad, de conseguir una aparente equiparación con el hombre. Una de mis pacientes eludió incorporarse a la sociedad (valorada como femenina) mediante la compulsión a lanzar el cacareo (masculino) del gallo cada vez que se hallaba delante de otras personas.

El mero pensar acentuadamente antagónico es ya de por sí un claro indicio de inseguridad. Este pensar se orienta por el único "antagonismo real": el que media entre hombre y mujer —valoración que se infiltra e impregna todas las "antítesis" restantes, que siempre ostentan un término masculino y un término femenino, según las imágenes de la descomposición hermafrodita. Acaso haya sido Platón quien con mayor claridad ha expresado esta idea; y hasta Kant, la mente humana no supo reconocer las mallas de la ficción por ella misma creada. El niño predispuesto a la neurosis se aferra al antagonismo de los sexos y, con ello, a la sobrevaloración que se asigna al término masculino —todo para desasirse de su inseguridad y darse líneas de orientación para su ideal directriz de personalidad. Esta ficción directriz adquiere un tinte masculino, y la protesta viril resultante se impone en todas las vivencias y aspiraciones del neurótico como principio de juicio y de movimiento. El simbólico antagonismo espacial "arriba-abajo" se presta para expresar adecuadamente la oposición entre los sexos. Es, pues, comprensible que en nuestros análisis psicológicos nos encontremos siempre con algún esquema pronunciadamente antagónico. En cada caso queda por averiguar si de los acontecimientos e impresiones de la primera infancia, de la posible observación de relaciones sexuales entre humanos o animales, el niño extrajo o no confirmaciones para su esquema.

El deseo de "estar arriba" de la mujer neurótica es provocado por su imagen directriz masculina y significa el ensayo de una identificación con el hombre. La tenacidad y rigidez del pensamiento testimonia, aunque por rodeos neuróticos, la inseguridad original y el temor de verse un día "abajo", humillada, femenina. La idea trascendental de la personalidad alcanza su poder dominante prometiendo la compensación, el apaciguamiento del sentimiento de inferioridad para más tarde, para el "otro mundo". En cada gesto el individuo dice: "Quiero estar arriba, ser un hombre, pues siendo mujer temo que se me humille y se abuse de mí",

"porque solamente el hombre disfruta de poder". Así se refuerza la ambición, la envidia, etc., y una extraordinariamente acentuada desconfianza se opone bien pronto a toda posible disminución. Cuando esta disminución se produce realmente, inclusive por futesas, la protesta viril se enciende y da origen a las conocidas y desagradables fricciones del neurótico con su ambiente. En esta pugna emplea su espíritu de contradicción y su amor a la justicia, su obstinada sagacidad, así como su característica perspicacia que forma una suerte de avanzada ofensiva, destinada a confirmar su sentimiento de poder. Al mismo tiempo, y en particular en los períodos de mayor inseguridad, tampoco faltará una "búsqueda hacia abajo", una visión aguzada para todo cuanto haya sido humillante y ofensivo, degradante y desvalorizante, visión que se acompaña de depresión, angustia, arrepentimiento, sentimiento de culpa y escrúpulos de conciencia. Entonces adopta nuevas medidas aseguradoras, se construyen nuevos síntomas y rodeos, los rasgos de carácter neuróticos se enrigidecen más, se hacen más abstractos y aparece el cuadro de una neurosis desarrollada[9]. Con ello ha triunfado la rebelión tendiente a procurarse un mayor sentimiento de personalidad. El preludio lo constituye la enfermedad y la disposición a ella, utilizadas como un medio de presión sobre el ambiente.

Una joven paciente de 21 años de edad se queja de graves depresiones, de insomnio y del miedo obsesivo a la muerte. Compruébase que tiene rasgos de carácter neuróticos desde

[9] Redactando este capítulo tropecé con una descripción, de gran fuerza intuitiva, de este tipo de individuo afanoso de "estar arriba". Trátase del "Consejero áulico Eysenhardt", de Alfred von Berger (véase *Práctica y teoría*), cuya lectura recomiendo muy especialmente a todo psicoterapeuta. El poeta hace referencia al padre excesivamente impetuoso, al sentimiento de inferioridad del niño y su protesta viril compensatoria, la exaltación del deseo sexual, la voluntad de poder, la preparación al parricidio, el fetichismo, la carrera jurídica, la vigorización del aseguramiento ante una derrota, la construcción del arrepentimiento, los escrúpulos de conciencia, las alucinaciones e ideas obsesivas como vengativo rechazo de la autoridad estatal, la pérdida de un diente y el acentuado temor a la mujer (origen de una incrementada protesta viril), y con ello una nueva construcción de un deseo sexual más acentuado. Así nos brinda un cuadro impresionante y transparente de rodeo neurótico, que nos recuerda los tipos pintados por Dostoievsky (véase "Dostoievsky" en *Práctica y teoría*).

la infancia. La neurosis obsesiva irrumpió cuando formalizó sus relaciones con el novio —situación típicamente patógena en la producción del "no" neurótico. La enferma hace los preparativos habituales y no vacila en dar su consentimiento para la boda, pero en el ínterin arregla la neurosis y se comporta como si no deseara casarse. En todos estos casos, harto frecuentes, el paso siguiente consiste en formarse esta idea: "Si llego a sanar, si pierdo mis accesos, etc. (o, tratándose de hombres: si logro mi potencia) contraeré matrimonio". Esta idea, equivalente a una vacilación, a una duda, a una precaución particular, sirve a la paciente para soslayar toda responsabilidad, para poder actuar como si estuviese procurando abrir la puerta, en tanto, con disimulo, le echa cerrojo. En el análisis se destacan nítidos rasgos de desconfianza, espíritu de contradicción, afán de dominio y deseo de "estar arriba", y es fácil observar que el temor de no poder competir con la pareja, la insuficiente preparación para la vida en común y, en fin, la amenaza de sentimiento de inferioridad a que se cree expuesto en el amor y en el matrimonio, exigen la retirada, a cuyo servicio se construye el síntoma neurótico. A menudo el paciente valora tendenciosamente su propia sexualidad, la considera débil, excesiva o perversa: en tal valoración, el paciente se suministra la impresión de que no tiene derecho a correr el riesgo del matrimonio, y para persuadirse de ello apela a recuerdos comunes o reforzados mediante falsificaciones inconscientes. Herder, que ha coleccionado canciones nupciales, comprobó que todas son tristes.

La enferma continúa hablando de su incapacidad de emprender nada, pues en cada caso se ve asaltada por el pensamiento de la futilidad de toda acción, dado que al final sólo nos espera a todos la muerte. Idea de intención insensata y contenido profundo que sirve, principalmente, para estorbarle a la paciente el matrimonio. No tardó en imponerse por sí sola la evidencia de que se sometía a tratamiento contra su voluntad, sin deseo de curación, buscando meramente la prueba de su incurabilidad. Uno de sus sueños lo refleja:

"Me visita un médico que me aconseja saltar y cantar cada vez que me vengan ideas referentes a la muerte. Con ello estas ideas se irían. Después traen a un niño... (con

vacilación), un niño ya mayor. Tiene dolores y llora. Le dan una medicina para que se tranquilice y duerma."

El médico del sueño la había asistido de pequeña a causa de una escarlatina. Sus palabras las había oído ella reiteradamente en boca de sus parientes y médicos. El médico le da consejos como si ella fuese un niño, que no sirven para nada. Tales ideas van dirigidas contra mí y expresan su expectativa de que tampoco sirvan mis recursos. Tuvo este sueño la primera noche en que pudo dormir, tras un prolongado período de insomnio. La paciente contempla este hecho como un éxito parcial de mi tratamiento, y reacciona con una mayor agresión: "¡tampoco sus métodos sirven de nada, porque todos tenemos que morir!" La segunda escena alude a un parto. Su vacilación al describir la talla del niño señala la orientación de las ideas de la paciente: piensa en un niño pequeño, en un recién nacido. La expresión "traen a un niño" (añádase: al mundo) está tomada de una situación de parto, tal como se vislumbra tras el bosquejo de la imagen onírica. Además el sueño le anticipa una situación que la paciente ya presiente: "¡un niño gritando!" ¿Y he de seguir yo los consejos del médico? ¿Acaso saltar y cantar? En otras palabras, la paciente dice: "No puedo dormir porque tengo que pensar en el parto y sus dolores. Dar a luz, dolores y muerte: éste será mi destino inevitable; pienso en la muerte para no tener que parir". Y así soslaya el punto esencial de la cuestión.

El exagerado aseguramiento contra el parto resulta de una modificación de la forma —y de la intensidad de su ficción masculina—. Para escudarse contra el papel femenino toma un desvío neurótico, con finalidad anticipadora fija las ideas de parto y de muerte como mementos, y prefiere ser un niño al que le dan medicamentos que ser tratada por psicoterapia. Curarse significaría incorporarse al papel femenino. Ahora la lucha se dirige con especial vehemencia contra el médico que pretende despojarla de su insomnio. Debe conservarse en su plano de superioridad, dejar que el médico disparate y dictarle la forma de curarla: debe tratarla igual que cuando era niña, con un medicamento. La neurosis obsesiva constituye su filosofía particular, que con el argumento de la vanidad de todo lo existente, la protege contra su destino femenino.

Si nuestra psicología de la neurosis está en lo cierto,

una y otra vez se llega a la misma conclusión: la actitud neurótica está dirigida en cada uno de sus momentos visibles, y con toda exactitud, hacia una finalidad determinada, hacia el objetivo final ficticio. Al psicoterapeuta le incumbe descubrir el significado de los síntomas, disposiciones y rasgos de carácter del paciente y comprender ese objetivo. En toda actitud neurótica se insinúa, ocultamente, el origen y el objetivo [10]. Ello constituye el fundamento de la Psicología del Individuo, y está de acuerdo con todo el cuerpo de nuestras comprobaciones. En el análisis de un síntoma o de un sueño se encontrarán, pues, siempre, vestigios del "abajo" (el sentimiento de inferioridad, de ser femenino) y del "arriba" (la protesta viril, el objetivo final ficticio) en la forma de una actitud psíquica orientada hacia arriba, en una imagen "hermafrodita" fuertemente antitética y lograda mediante un rodeo neurótico que, como tal, caracteriza la tendencia a vencer las dificultades con ayuda de artificios. En muchos casos estos fenómenos están separados, de suerte que, con el cambio y oscilación de las manifestaciones psíquicas, ora hace su aparición el "abajo", ora el "arriba". Este "querer estar arriba" a menudo se expresa en los sueños y en los síntomas de una manera altamente simbólica; por ejemplo, mediante imágenes de carreras, ascensiones en el espacio, escalamientos de montañas, de escaleras, emerger a la superficie del agua, etc., en suma, de movimientos ascendentes; en tanto el "abajo" es representado por imágenes de caídas, muros de prisión, obstáculos, pérdida de un tren, etc., en una palabra por movimientos descendentes.

A continuación expondré los sueños de un paciente que, a causa de ciertos recuerdos que lo representaban con una conducta débil y un comportamiento sorprendentemente femenino, temía por su futuro sexual masculino. En un sueño de su primera infancia, que lo tuvo aterrorizado mucho tiempo, se vio perseguido por un toro. Como hijo de campesinos que era, pronto comprendió que el toro perseguía a una vaca,

[10] Bergson señala con razón este mismo hecho a propósito de todo movimiento. Con suficientes conocimientos y experiencia, en todo fenómeno psíquico se puede descubrir el pasado, el presente, el futuro, y su finalidad. Por tanto, todo fenómeno psíquico, y todo rasgo de carácter —así como todo órgano somático afectado de alguna inferioridad— puede considerarse como símbolo de la vida individual, como un intento individual de elevarse, como una manifestación de la protesta viril.

por consiguiente, él mismo era una vaca. El primer día que fue a la escuela se dirigió directamente a la escuela para niñas, y fue preciso apelar a la fuerza para reconducirlo al establecimiento de varones. En su inconsciente percibía la vida como una carrera, para la que se preparaba sin descanso. Hizo la corte a una muchacha, pero lo desbancó su amigo: en realidad ocurrió que su neurosis le obligó a retroceder ante la decisión. Ya a punto de casarse, lo invadió el miedo a la superioridad de su futura esposa (que, según decía, era más instruida que él), se abandonó a una masturbación compulsiva, tuvo poluciones frecuentes y sobrevino un temblor que estorbó su trabajo y le impidió progresar en su carrera. Naturalmente, decidió no casarse hasta que no estuviese totalmente curado, idea en apariencia prudente y justificada, pero que le permitía operar desde atrás contra ese matrimonio que amenazaba con un fracaso y una disminución de su sentimiento de personalidad. El temblor representaba el presentido comienzo de una parálisis que temía que sobreviniese a consecuencia de sus excesos masturbatorios. Una vez así asegurado, sólo necesitaba una confirmación de su incurabilidad, y en busca de ella acudía a los médicos bañado en lágrimas. De nuestras conversaciones extraje la impresión de hallarme ante un hombre tremendamente ambicioso, siempre al acecho para humillar a los demás, pero que ante toda decisión seria retrocedía asustado. También la relación amorosa significaba para él, en primer lugar, una puesta a prueba de su superioridad masculina. Por vehemente que fuera su cortejo amoroso, a partir del instante en que la mujer le correspondía, perdía todo atractivo para él. Por otra parte, en la proximidad del compromiso, iniciaba nuevas relaciones que no ofrecían probabilidad de éxito, o las combinaba para que no la tuviesen. Así, elaboraba sus fracasos para adquirir la sensación de carecer de toda influencia sobre la mujer en general, y de esa manera poder sentirse inferior a su futura prometida. Mediante estos procedimientos logró renovar constantemente su secreto impulso a operar contra el matrimonio en apariencia deseado. He aquí uno de sus sueños:

"Estoy en casa de mi viejo amigo y hablo con él sobre un conocido común. Mi amigo dice: ¿para qué le sirve su dinero si no ha estudiado nada?"

El viejo amigo, el mismo que le quitó la novia a nuestro paciente, abandonó la escuela. Nuestro paciente se siente supe-

rior a él porque ha seguido y concluido estudios en la escuela politécnica. Profesa la doctrina —especialmente porque le viene a medida a su ficción de estar arriba y le sirve de consuelo— de que "los sentimientos valen más que el dinero". El conocido en común reemplaza aquí a la acaudalada muchacha cortejada por ambos. Otra vez la carrera. El paciente es proclamado vencedor por su rival.

Un segundo sueño de aquella misma noche destaca aún más esta situación. El paciente soñó "como si hubiera sido el culpable de la caída y la deshonra de una muchacha de la clase baja". Este sueño subraya mejor todavía la ficción de que quien está "arriba" es él. La muchacha cortejada anteriormente por él está humillada, empobrecida y reconoce al paciente como su amo. La carencia de sentimiento de compañerismo y de comunidad se destaca en este sueño con suma claridad, así como también la prevalencia de la política de fuerza.

Deseo mencionar aquí de paso que la pluralidad de sueños durante una misma noche denuncia un ensayo múltiple de anticipar y solucionar un problema. Por lo general se observa —hecho que no tiene nada de particular tratándose de neuróticos— que la precaución del soñador no se contenta con un solo camino para realizar su idea directriz de personalidad. Bajo la influencia de la creciente tendencia aseguradora, el sueño se hace cada vez más abstracto, más simbólico. Por ello, de la interpretación de varios sueños de una misma noche, resulta la comprensión de diversas actitudes psíquicas de cuya confrontación surge un cuadro sobremanera claro de la dinámica y de la finalidad de la neurosis. Veamos qué ocurre en este caso: en el primer sueño el rival se somete y la riqueza de la muchacha, su poder, se ven desvalorizados; en el segundo sueño, la muchacha queda inclusive despojada de su poder y reducida a la situación femenina, "abajo", y de una manera tan abstractiva que fuera de su papel de inferioridad no queda nada personal de ella. El paciente afirma reiteradamente que a él le conviene una muchacha campesina, de escasa instrucción, frente a la cual sería él la persona dominante. La joven con la cual quiere prometerse también le asusta por su inteligencia. Es un rasgo común a muchos neuróticos el escoger siempre por debajo de su nivel social, hecho que explica esas extrañas elecciones para el amor o el matrimonio de una prostituta o de una mujer insignificante. En todos estos casos se evidencia la tendencia

a depreciar a la compañera, que prepara la humillación de la mujer mediante desconfianza, celos, afán de dominio y principios y exigencias éticas. Es así como el sentimiento de inferioridad obstaculiza el desarrollo del sentimiento de comunidad.

Otro sueño del paciente revela francamente la carrera en que está empeñado: "Viajaba en un tren y miré por la ventana para ver si el perro todavía nos seguía. Suponía que se habría muerto de tanto correr o que habría sido aplastado por las ruedas del tren. Me daba pena. Entonces se me ocurrió que ahora tengo otro perro, pero de escasa agilidad, basto". Con su viejo amigo y rival muchas veces corrió carreras en bicicleta, resultando casi siempre vencido. Ahora, hallándose el amigo en una situación social inferior a la suya, "el amigo —como se dice en Viena, para pavonearse— ya puede correr tras él". La transfiguración en un perro es un producto, harto frecuente, de la tendencia depreciadora. Observé un caso de demencia precoz que denominaba a los perros con nombres de ilustres personalidades femeninas. El perro representa asimismo a su futura prometida, que también le disputaba la superioridad. Su muerte le libraría de su temor, e igualmente quedaría libre si ella —tal como insinúa su desconfianza— prestase oídos a los requerimientos de otro pretendiente, o si cayese bajo las ruedas de un tren. Si sucediese esto lo lamentaría: "Soy noble y generoso". En el sueño esta eventualidad se da por ocurrida, y anticipa su tristeza. El "perro basto" representa una muchacha cuyas insinuaciones le habían repugnado y de la cual logró desembarazarse.

Su aversión a personas que le son superiores es ilimitada y absoluta. Una noche soñó: "Nuestro orfeón daba un concierto. El sitio del director estaba vacío." El orfeón al cual pertenecía debió actuar una vez sin el director, que había perdido el tren. Situación que le parece de perlas: "¡Podemos prescindir del director!" Ésta es su actitud habitual frente a todas aquellas situaciones en las cuales no es él quien dirige.

Al igual que en los neuróticos masculinos, también en los femeninos la compulsión masturbatoria deriva de la tendencia a eludir una decisión, a sustraerse de la comunidad verbal, con lo cual quedan "arriba". En las fantasías masturbatorias de las jóvenes frecuentemente encontramos a la mujer desempeñando el papel del hombre. A los hombres la masturbación les sirve:

1º para probar que pueden prescindir de la mujer, y

2º de pretexto para sustraerse a las relaciones sexuales, temidas a causa de la superioridad de la mujer.

La masturbación nace, pues, de la tendencia aseguradora. Si la situación exige más fuertes medios de aseguramiento, entonces se presenta la impotencia o la neurosis desarrollada, no a consecuencia de la renuncia a la masturbación o al autoerotismo, sino como un medio de más intenso aseguramiento. Es común que las fantasías masturbatorias de los neuróticos tengan un matiz masoquista o sádico, según la fase de la protesta viril que atraviesen. La masturbación corriente en los adolescentes no es problema: sólo lo es la persistencia en ella. La Psicología del Individuo ilumina la masturbación como la erótica propia del individuo aislado, enemigo de la sociedad.

Entre las acciones preparatorias y disposiciones neuróticas destinadas a asegurar el deseo de llegar "arriba", ocupan predominante lugar la curiosidad, el afán de investigación, el deseo de verlo todo (los "voyeurs"). Estos impulsos son siempre signos de una inseguridad primaria, para cuya compensación se trazan las líneas directrices del afán de investigación. Sobre todo en la neurosis desarrollada sirven secundariamente al plan de demorar, de sustraerse a toda decisión, y en la vida —especialmente en la erótica—, suelen transformarse de medio en fin al cual convergen todos los impulsos psíquicos. La exploración, la búsqueda de la verdad, el afán de entenderlo todo, la conocida escrupulosidad neurótica, son rasgos destinados a componer, elevar y preservar el sentimiento de personalidad. En los niños es común observar una indómita pasión por la lectura, que les sirve para satisfacer la ambición y, al mismo tiempo, de medio para evadir las más serias exigencias de la escuela y, en ocasiones (en virtud de que le permiten trastornar el orden de la vida doméstica) para luchar contra los padres.

Capítulo X

Puntualidad. Afán de ser el Primero. Homosexualidad y Perversión como Símbolos. Pudor y Exhibicionismo. Fidelidad e Infidelidad. Celos. Neurosis de Conflictos.

La puntualidad es un rasgo frecuente en los neuróticos. Por otra parte, de acuerdo con la observada minuciosidad neurótica, ello era de esperar. Sin embargo, es corriente que el enfermo puntual goce precisamente imaginando lo que ocurriría si dejase esperando a los demás. La conducta puntual contiene tanta agresividad que este paciente exige igual proceder de los demás, de lo cual resulta frecuentemente que la falta de puntualidad de los otros activa sus actitudes y dispositivos neuróticos. En otros casos el orgullo le hace llegar siempre con retraso; ello le procura al enfermo la oportunidad de desencadenar un torrente de excusas más o menos aceptables y de aumentar su sentimiento neurótico de personalidad. Por otra parte, el "llegar tarde" se presta como un sustituto perfecto del temor a las decisiones. En primera línea, rápidamente socava la sociabilidad, pues la impuntualidad sistemática pronto elimina las relaciones con amigos y personas queridas, y en segunda línea se obstaculiza el cumplimiento de las obligaciones profesionales. Las amonestaciones que recoge el enfermo son completamente estériles, pues la obstinación hace de ellas un motivo más para persistir en su conducta. Por eso, llegando invariablemente tarde el neurótico puede dominar la situación, pues reduce a sus allegados a la impotencia de enfrentar un problema insoluble. Además, esta línea de carácter a menudo expresa una intencionada analogía: "Porque he venido al mundo demasiado tarde con respecto a mis hermanos, porque he nacido en segundo término o soy el último de la familia", "por no haber nacido más tarde, en lugar de un hermano (o de una hermana) menor". Aquí se advierte cómo, mediante una

combinación neurótica (sentimiento de inferioridad y puesto en la serie fraterna) [1], se construye una amplia y duradera base de operación para la lucha por la superioridad.

Los pacientes que, en cambio, llegan siempre adelantados, también en todos los demás respectos demuestran su impaciencia. Su sentimiento de disminución está al acecho de nuevas pérdidas y procura asegurarse con una arraigada creencia en la "mala estrella". Es común que estos pacientes tengan como rival a un hermano mayor, con el cual compiten como si viviesen en carrera —ficción analógica, que en modo alguno es causa de su actitud.

También ciertos ficticios derechos de primogenitura suelen significar para los hijos segundones un acicate para elevar su personalidad. Según mi experiencia, los hijos segundogénitos y siguientes son en general más proclives a la neurosis y a la psicosis, e indudablemente más ambiciosos que los primogénitos. Constituyen excepción los primogénitos que desde la cuna están destinados a reemplazar al padre, que es el caso de los primogénitos de un mayorazgo, en las familias judías ortodoxas, o los casos en que el fracaso del padre concentra todas las esperanzas familiares en el hijo mayor. De ordinario, la relación neurótica es análoga a la de Jacob y Esaú, clara indicación del afán de ser el primero. Todos los preparativos y dispositivos del neurótico buscan impedir a cualquier precio que los demás se hagan valer, sirviéndose a este fin ya del amor, ya del odio, con tal que, finalmente, quede siempre bien sentada su superioridad. En ocasiones, la tendencia depreciadora sobrepasa todos los límites, y no se vacila en perjudicarse a sí mismo con tal de descalabrar al otro. En estos casos el paciente modifica su línea directriz y la ajusta a la fórmula del César: "Más vale primero en un pueblo que segundo en Roma" —"Más vale cabeza de ratón que cola de león"— "Más vale dominar a la madre o al padre que exponerse a un incierto futuro en el matrimonio"— "Más vale no hacer nada que renunciar a la originalidad", etc. Así surgen ideas de odio contra toda autoridad y preminencia ajena, contra jefes, maestros y médicos. En la convivencia social hacen de aguafiestas toda vez que su

[1] Véase "Die Geburtenabfolge von Geschwistern in ihren psychischen Wirkungen"; "La educación desde el punto de vista de la Psicología del individuo", en *Práctica y teoría de la Psicología del Individuo*, así como también, Aline Furtmüller: "Kampf der Geschwister", en *Curar y educar*.

superioridad no se destaque lo bastante, y rápidamente disuelven toda relación amistosa o amorosa en la que el otro no se someta por entero a su omnipotencia. Su actitud es con suma frecuencia brusca y hostil desde un principio, y en la conversación inician la querella ya mucho antes de que su interlocutor lo advierta. No soportan que nadie se ubique o marche por delante de ellos, y procuran sustraerse a toda prueba de tipo escolar por resultarles intolerable la superioridad del examinador. Todos estos fenómenos pueden referirse en última instancia a la familia, con la intención, a menudo insconciente, de que la familia se encargue de atenderlos: nueva prueba de la importancia que el valor de la personalidad tiene para estos pacientes. Los pacientes maniobran con su neurosis tal como otros van a la caza de herencias.

El afán de ser el primero en la vida de una mujer, a menudo oculta el temor a ella. Se huronea celosa y desconfiadamente en su pasado, se teme a cada momento el engaño, se está en permanente acecho de una posible preferencia por un rival, y se exige de la mujer toda clase de pruebas que le den seguro testimonio de su total entrega a ellos. Los continuos accesos de celos le sirven al neurótico de medios para humillar a la mujer, y, simultáneamente, para acrecentar su sentimiento de personalidad, en tal medida que con suma frecuencia acaba por tornarse incapaz de separarse de la injusta o justamente acusada. Esta dependencia neurótica está enteramente determinada por el objeto directriz masculino del paciente, que le hace insoportable la idea de verse abandonado, pero el neurótico arregla los hechos de modo de producir la apariencia de que es por amor, por compasión, por temor a la desgracia de su mujer o de sus hijos, que no puede dar el último paso de la ruptura definitiva [2].

No pocas veces el afán de querer ser siempre el primero se funda sobre un sentimiento de inferioridad relacionado con una real o pretendida pequeñez de talla. En la neurosis ya desarrollada, mediante un síntoma neurótico (a menudo, según mis observaciones, mediante la ereutofobia) el paciente soslaya el enfrentamiento de las ocasiones en que debiera hacerse valer.

Esta tendencia a querer ser siempre el primero, acompañada de tendencias combativas, la hallamos, en forma menos

[2] Acerca de esta relación neurótica en el amor, véase el fino desarrollo que siguiendo la línea de Adler ha hecho Karen Horney en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Paidós, 7ª edición, 1965. [E.]

pronunciada, como rasgo de carácter común a todo ser humano. La competencia en la vida, que se inicia ya durante la primera infancia, crea en el individuo los órganos psíquicos apropiados y los rasgos aseguradores de carácter. Así observamos a menudo en los niños el impaciente afán de comenzar a comer y beber con prioridad a los otros, su prurito de adelantarse para llegar antes que los demás a un cierto punto. A los cinco años, aproximadamente, porfían en correrles carrera desde la acera a cualquier vehículo que transita en la calle; por lo demás son numerosos los juegos infantiles basados en la competencia. Muchas personas conservan esta tendencia competitiva en forma inconsciente durante toda su vida: por ejemplo, intentan ponerse siempre a la cabeza del grupo de personas con las que caminan en compañía, o aprietan el paso si alguien pretende adelantárseles en la calle. En forma figurada, estos gestos denuncian el culto que estos inidividuos rinden a los héroes: ellos mismos desean ser héroes, un Aquiles, un Alejandro, un Aníbal, un César, un Napoleón, un Arquímedes; y, en fin, también suele encontrarse como ficción, el afán de semejarse a Dios, que a veces se expresa en los cuentos, en la fantasía y en la psicosis. Todos estos deseos descubren la ficción directriz y el originario sentimiento de inferioridad. Hemos subrayado ya que tales disposiciones y rasgos de carácter constituyen una amenaza contra los vínculos de la amistad y del amor, pues, si así lo exige una aumentada inseguridad, el paciente se entrega a la duda depreciadora o crea toda clase de fantasmas asustadores o de figuras ideales inaccesibles que le sirven de defensa contra la realidad. Como una caricatura de Julio César, el neurótico en fuga del mundo busca ahora a la madre, "el pueblo", "la vida modesta", y cambia de vivienda sin descanso, como si fueran las circunstancias exteriores la causa de su desconcierto interior. Los instintos sexuales de estos neuróticos avanzados muchas veces se orientan hacia los niños, hacia las personas de un nivel social más bajo o hacia las prostitutas; o bien construyen tendencias homosexuales, perversas o masturbatorias, a las que se aferran con la mira de dominar así más fácilmente la situación. El temor a la mujer obstaculiza toda relación amorosa natural, pues para rehuir la temida derrota, el neurótico toma el desvío de la eyaculación precoz, de las poluciones, del espermatismo y de la impotencia.

No muy diferente es lo que ocurre con las mujeres neuró-

ticas de este tipo, cuyas múltiples rivalidades sociales con las amigas, con las hermanas, con la hija o con la nuera, a menudo las obligan a recurrir al aseguramiento neurótico de la fuga en la enfermedad. También en los neuróticos del sexo masculino es frecuente que la situación social favorezca el desarrollo de una enfermedad, cuando su primacía en los negocios, en la ciencia o en el placer, vacila.

Cuando el sentimiento de inferioridad del niño menor crea su meta ficticia, utilizando como modelo al primogénito o a otro hermano mayor, sus deseos y envidias se ven aguijoneados por la existencia —real o supuesta— de los más diversos valores. El educador observará casi siempre hostilidad y envidia, por ejemplo, porque el mayor es más alto, más adelantado, mejor alumno, dibuja mejor, tiene tal amigo, se acuesta más tarde, etc. Lo ficticio de tales valuaciones pude comprobarlo, entre otros casos, en el tratamiento de dos hermanos que en la infancia se habían envidiado mutuamente la posesión de genitales más grandes. Suele servir de punto de ataque para la hostilidad fraterna una preferencia real, natural o supuesta, disfrutada por el hermano mayor. El que los padres lo lleven al teatro, pueda viajar, esté más enterado de las cosas del sexo, mantenga relaciones sexuales, sea preferido por las muchachas y por la servidumbre femenina, abandone ropas que luego sirven para él, llena al menor, obsedido por un sentimiento de inferioridad, de profunda amargura. Tal estado de ánimo melancólico, a veces desesperado, en nuestros pacientes, viene preparándose en las tempranas sensaciones de inferioridad y puede alcanzar una intensidad extraordinaria. A veces el niño considera inútil toda lucha y desvía su tendencia masculina hacia el seudomasoquismo [3], procurando lograr su meta ficticia masculina subrayando sus sensaciones de enfermedad y de debilidad, humillándose y sometiéndose desatinadamente, con la esperanza de ganarse así la protección de los padres y de los más fuertes, el dominio sobre éstos, y con ello, la anhelada seguridad en su vida. He visto a niños que conservaron sus catarros (la diátesis exudativa de Czerny) mediante un constante carraspear y sonarse la nariz hasta provocarse convulsiones estornutarias y

[3] En nuestra opinión, toda inversión y perversión es alegórica y simbólica. En cuanto al seudomasoquismo véase nuestro trabajo "Tratamiento psíquico de la neuralgia del trigémino", en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

asma (véase la teoría sobre el asma de Strümpell), mientras que, al mismo tiempo, ciertas ficciones femeninas de embarazo y de castración, en conexión con hipersensibilidades del ano, producían un matiz homosexual de significación simbólica. En uno de estos casos, cuando el paciente modificó la forma de su línea directriz, siguiendo ya la línea femenina sustitutiva, llegó a identificarse con su hermana menor, y cuando advirtió la tendencia de su madre a la impuntualidad, tomó este rasgo y su deseo de ocupar el lugar de la hermana menor como "leit motiv" para retrasarse en toda ocasión, inclusive en la llegada a mi consulta —fenómeno que no desapareció por la mera conciencialización, sino tras la curación completa [4]. El paciente aspira alcanzar la protesta viril mediante un rodeo, a través de la línea femenina, flanqueándola por fantasías diurnas, irritabilidad, egotismo, descontento. Con el temor al examen, a las decisiones, a la pareja sexual, se desvía hacia senderos laterales, cuya consecuencia son los impulsos perversos, fantasías sádicas y masoquistas, masturbación obsesiva y poluciones. Puede que los iniciales fenómenos de inferioridad orgánica hayan desaparecido o subsistan como simples remanentes, y en efecto, de vez en cuando se observan pequeñez y anomalías de los genitales externos, pero, por lo general, todo ello sólo tiene una importancia: la psíquica, el temor resultante de no ser capaz de impresionar a la pareja sexual. De ello derivan celos mezquinos, tendencias tiránicas y sádicas, destinadas a reunir pruebas de potencia y de fascinación.

A veces el orgullo del paciente es tan grande que ni siquiera se da cuenta de sus celos. En nuestra opinión ocurre aquí que la protesta viril ejerce una acción represiva, con la finalidad de evitar el descenso del sentimiento de personalidad. Esta represión surte un efecto mínimo; a lo sumo, pone al paciente en situaciones poco claras. Sin embargo, por lo regular actúa como si estuviera celoso, y de una manera tan ostensible que a nadie, excepto al propio paciente, le pasa inadvertido. Otras veces, en cambio, los celos se ocultan tras depresiones, dolores de cabeza, refugio en la soledad, etc.

A continuación relataré el sueño de un paciente al que traté a causa de depresiones y de miedo a la sociedad. La interpretación de este sueño, en parte realizada por el sujeto mismo, ilustra adecuadamente muchos de los aspectos de esa

[4] Pues, con anterioridad a ella, todavía le prestaba utilidad para demorar la cura.

carrera competitiva entre un neurótico y su hermano mayor que hemos descrito arriba.

"Soñé haber apostado con mi hermano José que llegaría antes que él a un lugar no precisado en el sueño.

"Me vi de pronto en la carretera, dentro de un automóvil pequeño de tres ruedas, esforzándome en conducirlo lo mejor posible por medio de una pequeñísima manivela en forma de llave, a la que sólo podía sostener entre el pulgar y el índice. Conducía sin seguridad y me sentía bastante incómodo. Me desvié por atajos sin poder avanzar. Las gentes con que tropezaba me miraban sorprendidas y reían. Tuve que cargar el automóvil sobre la espalda para volver a la carretera, y continué mi marcha en la misma forma que antes.

"De repente me vi con mi vehículo de tres ruedas en un cuarto de un albergue que conozco muy bien y que está situado sobre una colina cerca de mi pueblo. Entonces empujé mi automóvil a un rincón de la habitación, sin preocuparme más de él. Mi hermano había llegado a la taberna antes que yo, y también estaba allí la endeudada familia M., compuesta por el matrimonio y sus dos hijas. Ni yo ni mi hermano nos preocupamos de ellos, pero el señor M. vino a nuestra mesa, habló con nosotros y, finalmente, nos fuimos con él a la mesa de su familia, lo que no me resultó nada grato.

"En las conversaciones sostenidas con mi hermano surgió la idea de una apuesta. El me aconsejó no atarme demasiado pronto a una muchacha ligera de cascos con la que me quería casar, contándome sus propias experiencias para convencerme de las fatales consecuencias que para un hombre que quiere prosperar pueden tener tales uniones. Tenía razón y le prometí actuar tal como me lo había aconsejado, pero según su costumbre no tomó muy en serio mi promesa, lo que me incitó a apostar con él. En años anteriores, cuando todavía ignoraba yo sus problemas, mi hermano se me antojó un modelo, esforzándome por mi parte en parecerme a él en cuanto a carácter, manera de pensar y de actuar. Ahora me doy cuenta de que, en muchos aspectos, no debo parecerme a él, para evitarme sus experiencias.

"Con un automóvil se llega antes a la meta que yendo a pie. Pero este coche representa por lo visto la mujer a la cual me había encadenado. Un coche con tres ruedas es menos perfecto que uno con cuatro; le falta algo. Lo mismo le sucede a la mujer. El hombre es perfecto. Y el contraste: la pe-

queña manivela. Ya en mi infancia he buscado algo en las muchachas. Había no sé qué en ellas que yo no comprendía. Muchas veces nos habíamos sentido atraídos a observar desde debajo de un puente y a través de las fisuras del mismo, sin saber exactamente lo que pretendíamos. Por entonces —debía tener yo unos cinco años— no tenía la menor noción de los procesos sexuales (vacilando) y tampoco había caído en ningún vicio sexual. Pero recuerdo perfectamente que ya entonces algo me atraía hacia las chicas. 'La pequeña manivela' en el automóvil indica, asimismo, mi pequeña o ninguna habilidad frente a la mujer, y debido a ello la muchacha tenía que superarme.

"Con mi coche, o sea por la mujer, me desvié hacia caminos torcidos, intransitables para mí, que me alejaron de la meta perseguida y de mi camino hacia las alturas.

"Cargué, pues, con el coche, es decir, la mujer estaba sobre mí como nunca había estado antes, resultándome una carga.

"El albergue donde me encontré por fin con mi hermano estaba en la cúspide de una montaña, expresión simbólica de mis ardientes deseos de llegar a alcanzar algo grande en la vida, tal como había supuesto lo lograría mi hermano.

"El hecho de tropezarme con una familia arruinada se refiere a mis frecuentes y exagerados cálculos sobre lo mucho que a los hombres cuestan las mujeres, siendo éstas casi siempre la causa de que los hombres contraigan deudas.

"Me doy perfecta cuenta de que también entran en juego en el sueño ideas sobre la masturbación (vías laterales, endeudamiento), así como también la falsa conexión entre la masturbación y la atrofia de los genitales. A esta última atribuí mi inseguridad frente a mi novia, para cuyo alejamiento (en un rincón) tomé inconscientemente las necesarias medidas. Mi estado de depresión tenía el mismo objeto: libre de la mujer, afirmar mi superioridad en la vida."

En nuestra fisiognómica del alma, que para nosotros compendia la caracterología, hemos hablado frecuentemente de estos rasgos acentuados, fundamentales, que como prueba concluyente de masculinidad apoyan y elevan el sentimiento de personalidad, como si se temiese una humillación, el descubrimiento de un papel femenino. Así el pudor exagerado de algunos neuróticos, su incapacidad de utilizar retretes públicos y de orinar en presencia de otros, su ereutofobia o

angustia y palpitaciones del corazón al encontrarse frente a una mujer, nos demuestran su excitada ambición masculina que se contrapone al sentimiento de inferioridad originario. La protesta viril de estos pacientes, íntimamente tan inseguros, los impele a esas combinaciones cuyos límites alcanzan la timidez y la torpeza, estos rasgos que suelen combinarse y ocasionalmente alternar entre sí. A menudo hallamos en los neuróticos de ambos sexos incapacidad de dirigirse al retrete en presencia de otros, inclusive en casos de apremio. El mayor pudor de las mujeres, sobre todo de las neuróticas, en todas las ocasiones de la vida, proviene de su temor infantil a llamar la atención sobre su sexo. Muchas veces he podido comprobar que esta impresión, más o menos inconsciente, ejerce gran influencia sobre la conducta de la mujer e inclusive sobre su desarrollo mental. Tal como ocurre con los pacientes del sexo opuesto que se consideran poco masculinos, la mujer neurótica se siente coartada para entablar relaciones de carácter social, profesional o amoroso si halla, o cree que, a juicio de los demás, está en situación "femenina", subordinada.

Es posible que los impulsos sexuales, abiertos o "reprimidos", constituyan la *fuente aparente* de la impulsión agresiva que acabamos de describir. Pero ello no altera en absoluto nuestras conclusiones. También los impulsos sexuales son arreglados por el propio paciente, tienen la finalidad de acentuar el temor a la pareja y asegurar la retirada; todo ello de conformidad con el plan de vida del individuo. En cualquier caso se trata de meros actos precaucionales, del mismo género que los que el paciente viene realizando ya desde su infancia. En esa precaución se refleja, como línea directriz de la vergüenza aseguradora, el pudor y la mojigatería de nuestra cultura. Esta mojigatería se encuentra en la anamnesis de las enfermas, a veces inclusive en la de jóvenes que hicieron alardes de varonilidad. Hay niñas que cuando deben desvestirse se angustian y exigen quedar a solas, sin ningún testigo, llegando inclusive a asegurar su puerta con llave. Esta misma actitud se encontrará también en varones criados entre niñas. La protesta viril de las niñas suele expresarse por una humillación, intencionada o no, del varón, hasta que éste acaba por ocultar su masculinidad. Este ocultamiento de la masculinidad tiene graves consecuencias para el desarrollo de la neurosis, pues constituye un equivalente de las ulteriores ideas y deseos neuróticos de castración: al actualizarse su

temor a la mujer, o al pretender huir de una decisión, el neurótico sigue como línea directriz el deseo de ser mujer. Y sin embargo, este arreglito de la cobardía ha nacido, precisamente, bajo la presión de una ficción sobremasculina, hecho que se deduce fácilmente por la presencia de los rasgos acompañantes que subsisten: de la ambición, de la avidez de poseerlo todo, del afán de ser siempre el primero; así como de las disposiciones afectivas: de los arrebatos de cólera y de rabia, y en fin, de la tendencia depreciadora y de la exagerada cautela.

Si la vergüenza neurótica denuncia el secreto intento de asumir un papel masculino, esta "conciencia del papel" (Groos) se destaca mucho más claramente en el rasgo de carácter aparentemente opuesto: en el impudor neurótico. En rigor, esta última línea del exhibicionismo constituye una vigorización y continuación de la primera, que sirve como medio para hacer recordar al ambiente que uno es hombre.

La idea directriz que crea la disposición o el hábito de la conducta exhibicionista —y de esta manera a menudo una molesta impertinencia y falta de tacto con respecto al ambiente— nos revela la presencia de un fuerte elemento masculino. Así sucede con el exhibicionismo sexual que se manifiesta en jóvenes y hombres neuróticos, o en ciertas negligencias habituales en el arreglo de su vestimenta. Siempre se observará que la fe en el poder fálico —semejante a la de los cultos religiosos antiguos—, se construye para fortalecer la conciencia del poder masculino y, a la vez, el sentimiento de personalidad. En este cuadro también se combinan siempre rasgos narcisistas, hecho que revela claramente en este tipo neurótico la actitud vencedora, triunfante, acompañada de coquetería, de incapacidad de creer en una negativa. En las jóvenes impúdicas este rasgo se destaca todavía con mayor claridad a causa de su infrecuencia. En sus palabras, en su vestimenta, en su conducta, a veces en pequeñeces, otras en forma francamente obscena o coprológica, demuestran su mala adaptación, y descontento con el papel femenino. Ambos sexos operan exigiendo del opuesto una aprobación o una tolerancia desmesurada. En el análisis de las jóvenes neuróticas de este tipo, en ocasiones sólo en sus sueños o en sus síntomas, se descubre una esperanza infantil de transformarse en hombres y, en su sustitución, invariablemente se hallará la voluntad de poder, el deseo de estar arriba. Cuando se en-

frentan dos personas de este tipo —hecho que ocurre con asombrosa frecuencia—, suele acontecer que la línea directa masculina reforzada de una de ellas, transitoriamente opere sobre la otra como un poder mágico, como un talismán, en virtud de que a la meta directriz de esta última le es igualmente inherente la creencia en una masculinidad milagrosa y en su fuerza mágica. De esta manera, cada una de esas personas encuentra en la otra la realización, aparentemente causal, de un destino, cuando, en verdad, ello resulta del poder propio de sus ideas de personalidad.

La actitud impudorosa de muchas jóvenes neuróticas constituye un anticipo de su expectativa ficticia: se comportan como si ya fuesen muchachos, hombres, y se exhiben desnudas o experimentan en síntomas, sueños o fantasías, su transfiguración masculina. A veces, modificando la forma de la ficción, estas pacientes tratan de asignar la mágica fuerza del falo a otras partes del cuerpo, a las manos, pies o pechos, partes que, una vez masculinizadas y erigidas en fetiches, gozan de un favor particular y de una veneración nacisista, tal como ocurre con mucha frecuencia con los genitales o el cuerpo entero. Este fetichismo casi siempre se transfiere a la vestimenta, en lo cual reside, en gran parte, la fuerza mágica de la moda. Ello nos autoriza a suponer que tanto la moda como el fetichismo, son meros sustitutos de una masculinidad presuntamente perdida, y a la cual, a causa de su mayor esfera de influencia, no se quiere renunciar.

Al igual que la falta de pudor, también la infidelidad neurótica, por principio, de ciertas pacientes, se debe a su exagerada apercepción de la masculinidad. Indica uno de los caminos conquistados por la meta final masculina. Como muchos de los rasgos de carácter neuróticos, esta infidelidad suele ser meramente ideológica, vale decir, una actitud, una teoría, o avanzar en los hechos sólo hasta allí donde empieza la realidad del papel femenino. Harto más numerosas son las pacientes que como aseguramiento de su temor al hombre adoptan la virtud de la fidelidad. Ciertas fantasías de infidelidad, a veces tan intensas que se presentan en imágenes oníricas y que llegan a la alucinación, suelen resultar de una real o presunta opresión ejercida por el hombre: no son sino ideas de venganza, creadas para dispensarse una mayor seguridad en la propia esfera o, también, para atraer más al hombre y someterlo.

En estos casos, las fantasías de prostitución [5] indican la idea neuróticamente exagerada que la enferma se hace de la fuerza de sus instintos sexuales; idea que igualmente le sirve como aseguramiento. En las pacientes que no pierden ocasión de hablar de la fuerza de su sexualidad, podemos sospechar, con fundamento, la intención de crear un mito de ello. Del mismo modo, en esas jóvenes que suelen mostrar una profunda convicción de su indómita proclividad a la infidelidad, podemos sospechar con razón que inclusive un solo hombre les resultaría excesivo. Son meros arreglitos ("¿A dónde me llevaría mi vehemencia?") para protegerse contra el amor y sobre todo contra el matrimonio: "No tengo derecho a casarme".

También la infidelidad real de ciertos neuróticos de ambos sexos se debe al miedo a la entrega a una sola y determinada pareja. La comprensión de los síntomas que padecen estos enfermos —temor a la soledad, agorafobia, miedo a la sociedad, actitud antisocial, fijación de defectos infantiles, depreciación del sexo opuesto, etc.— permite reconocer la ficticia finalidad masculina de este rasgo de carácter. El amor rechazado a menudo provoca un sentimiento tan intenso de humillación, que desencadena la protesta viril bajo la forma de odio, indiferencia o infidelidad. He podido comprobar que la infidelidad conyugal es por lo regular un acto de venganza.

Debo hacer aún algunas observaciones tomadas de celosos neuróticos. En los celos siempre se trata de la búsqueda de pruebas de la propia influencia sobre la pareja, a cuyo efecto se aprovecha toda coyuntura más o menos adecuada. La forma insaciable con que el neurótico somete a prueba a su pareja evidencia su escasa confianza en sí mismo, su baja autovaloración y su inseguridad. Es, pues, fácil comprender que con su actitud celosa busca hacerse recordar más intensamente, llamar la atención sobre sí mismo, para de esta forma asegurar su sentimiento de personalidad. En toda ocasión, frecuentemente por las causas más nimias, se verá renacer el viejo sentimiento de disminución y de humillación, acompañado de la ya conocida avidez infantil de querer tenerlo todo y de adquirir incesantemente nuevas pruebas de superioridad sobre la pareja. Todo sirve de pretexto para un nuevo acceso de celos: una mirada, una conversación en so-

[5] Véase: Adler, "La psicología del individuo y la prostitución", en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

ciedad, una palabra de agradecimiento por un servicio, una expresión de simpatía hacia un cuadro, un autor, un pariente, inclusive, una actitud indulgente para con el personal del servicio doméstico. En los casos más graves se recoge la impresión de que, creyéndose incapaz de una dicha serena a causa de sus defectos, el neurótico realmente no fuese capaz de tranquilidad. En la neurosis más avanzada, combinando accesos, el enfermo pretende atraerse a su pareja, provocar su compasión o bien representar para ella el castigo y la ley: así aparecen dolores de cabeza, llantos convulsivos, estados de debilidad, parálisis, accesos de angustia, depresiones y mutismo, que tienen la misma significación que el alcoholismo, la masturbación, la perversión o la vida licenciosa. Las líneas de desconfianza y de duda (a menudo duda de la legitimidad de los hijos) se destacan más aún, se presentan arrebatos de rabia e injurias, sospechas contra todo el sexo opuesto en bloque —fenómenos habituales que dejan entrever la segunda finalidad de los celos: humillar a los demás.

A veces el orgullo impide que los celos afloren a la conciencia, pero no por ello el comportamiento del celoso se modifica. A menudo los celos se aguzan a causa de la satisfacción inconsciente con que la otra parte contempla la impotencia del celoso. Con su actitud, la pareja justifica su superioridad y, por consiguiente, la ocasión de encontrar la postura adecuada que, al menos, impida un mayor desarrollo de los celos. Los celos con respecto a los hijos es frecuente origen de graves faltas de educación. La amenaza que los partos y la edad significan para la confianza en la propia fuerza mágica casi siempre acentúa los impulsos celosos en los individuos predispuestos.

Denomino *neurosis de conflictos* a esos estados patológicos muy frecuentes, semejantes a la neurosis obsesiva, que se caracterizan por el hecho de que los pacientes están constantemente en pie de guerra contra todo su ambiente. A fin de poder mantener este estado beligerante, el enfermo echa mano de toda clase de sospechas, acusa a los demás con vagas y enfáticas fórmulas de código moral y en todas partes cree ver conspiraciones y planes secretos. Todo ello acusa un cuadro de innegable semejanza con la paranoia. En su afán de buscar conflictos y de tener siempre razón, el enfermo desprecia hasta las leyes de la lógica, asemejándose a los hebefrénicos por sus despropósitos y sus absurdidades de

conducta. Su suerte es realmente trágica. La causa de su estado la hallamos siempre en una descorazonada retirada ante sus verdaderos problemas vitales. Los conflictos le sirven para mantenerse preocupado y absorber su atención, dispensándolo de ocuparse de sus problemas reales. Si estos enfermos no se someten a tratamiento psicoterapéutico, se hacen incurables y desembocan en la demencia precoz, en la hebefrenia y en la paranoia. Esta "incurabilidad" puede servir al psiquíatra de pretexto para justificar su diagnóstico pesimista y de argumento de sostén para su nihilismo terapéutico.

Capítulo XI

Temor a la pareja. El Ideal en la Neurosis. Insomnio y Somnolencia Irreprimible. Comparación Neurótica Hombre-Mujer. Formas del Temor a la Mujer.

En la lucha del neurótico por la consecución del objetivo directriz masculino, es indispensable, según ya hemos subrayado, que el temor a la decisión se manifieste como temor al sexo opuesto. Con este avance se provee de la piedra de toque para realizar su idea directriz. Tanto las jóvenes como los jóvenes inician tan temprana, tan abundante y tan uniformemente su entrenamiento para la lucha por la superioridad (en el ámbito de la familia, en el juego, en la acumulación de toda clase de experiencias, en las fantasías, en el ensueño, en la visión de sucesos reales o imaginarios) que, cuando llegan a la pubertad, ya existen en ellos sólidos dispositivos frente al amor y el matrimonio que determinan la elección y dirección de su vida erótica dentro de límites bastante estrechos. ¡Y podemos ahora imaginar cuáles y cuántos requisitos habrá de satisfacer el objeto de amor del neurótico! Para ello bastará pensar en el afán de dominio, en la hipersensibilidad, en la ambición, en el descontento, en todos esos rasgos de carácter neuróticos ya descritos, en los dispositivos aseguradores de la desconfianza, la precaución, los celos, la tendencia depreciadora siempre en busca de defectos, las desviaciones y rodeos neuróticos destinados a afirmar la propia superioridad o a asegurarse la retirada. Además interviene el mecanismo neurótico que exige del amor una condición, harto difícil si no imposible: que (según ya lo han señalado Platón y muchos modernos psicólogos de la sexualidad) la pareja "supla la falta", que realice o represente la idea de personalidad que el individuo se ha forjado a título compensatorio. También el niño normal espera del futuro, y especialmente

de su elección amorosa, la realización de sus ideales, pero, en un momento dado, y después de haberse dejado estimular por su idea, es capaz de dejarla de lado y de encararse con la realidad. El neurótico actúa de una manera completamente diferente: es incapaz de modificar por sus propios medios su perspectiva neurótica, de renunciar a sus rígidos principios, de gobernar sus rasgos de carácter. Sojuzgado por su idea, lleva a sus relaciones amorosas sus viejos prejuicios y prevenciones, actuando como si éstos le debieran garantizar no la realidad, la camaradería y la comunidad, sino su idea, el triunfo de su desmesurada protesta viril. Pronto sobreviene el desencanto, la decepción, que el mismo neurótico propicia y fomenta para proveerse de un subterfugio, de una defensa contra el efecto humillante que le produce la distancia que le separa de su meta final ficticia. La desilusión le sirve además como base adecuada para proseguir la lucha contra la pareja, para aprovechar toda oportunidad de humillarla. Y bien, ¿no eran acaso éstas, precisamente, las metas inmediatas que perseguían los antiguos dispositivos neuróticos?

A medida que el neurótico va creciendo, en forma inconsciente, el temor a la pareja sexual se revuelve en la psique del neurótico, como si para la época de su madurez se presintiese la desaparición de su ficción masculina y, en consecuencia, la destrucción de su sentimiento de personalidad, único punto de orientación en el caos de la vida. En defensa construye ideales para desvalorizar la realidad, e instala su sentimiento de personalidad en un plano tan narcisista que toda pareja posible resulta pequeña a su lado. Para demostrar y demostrarse su incapacidad, se fortifica con un muro de feroz egoísmo; se sumerge en dudas, inseguridad y torpeza neuróticas; conserva sus viejos defectos infantiles, los amplía, y construye otros nuevos, todo para no llegar nunca. Se inventa debilidad, sumisión e impulsos masoquistas para asustarse a sí mismo. Sobrestima la fuerza del instinto sexual y percibe sus propias pulsiones sexuales como testimonio de superioridad sobre el sexo opuesto. El neurótico no es apto para el amor, pero no porque "reprime" su sexualidad, sino porque sus rígidos dispositivos no se apartan de la línea de su ficción, de las líneas que conducen al poder y no a la comunidad. Las caricaturas del Don Juan o de Mesalina son neuróticas a pesar de su sexualidad. En cambio, los invertidos y los perversos se evaden de las amenazas de peligro buscando

"hacer de necesidad, virtud". Además, ya hemos demostrado que allí donde la idea incestuosa parece constituir un obstáculo para la vida amorosa, sirve, en realidad, al neurótico —siempre temeroso ante cualquier decisión— de seguro asilo, y una vez que se reviste con la metáfora sexual, le abre el protector camino asexual que conduce hacia la madre o el padre.

Mayor facilidad para escapar de la pareja sexual, especialmente de la femenina, tienen los predispuestos a la neurosis que ya en edad temprana han encontrado una vocación profesional o artística. Ciertamente, en pleno trabajo puede asaltarles el temor a la decisión, al futuro, a la vida, a la muerte, a la derrota, al papel femenino, pero es harto frecuente el caso del neurótico que en un trabajo satisfactorio halla el medio para asegurar su sentimiento de personalidad; o cuyo talento artístico, a través de una modificación de forma de la ficción, le brinda una salida para obtener en el campo del arte un sentimiento de masculinidad. Como motivo y contenido de sus creaciones suele imponerse en tales casos aquello mismo que le ha conducido hacia el refugio artístico: el poder de la mujer y el temor que le inspira.

De ahí viene también la enorme y prodigiosa fascinación que sobre nosotros ejercen los mitos, las creaciones del arte y de la filosofía: la culpa de la mujer —el trivial "cherchez la femme"— como causa de toda desventura. Baudelaire da una extraña expresión de esta idea: "Al contemplar una belleza me es imposible no ver su desgracia oculta". Una manifestación mítica de esa misma idea la hallamos en la historia de Eva, cuyos vestigios reencontramos en la poesía de todos los tiempos. La misma idea inspira *La Ilíada*, los *Cuentos de las Mil y Una noches* y, bien vista, toda obra artística, sea grande o pequeña. ¿Cuál es la idea directriz? ¡La búsqueda de un punto estable en la inseguridad de la vida, en la lucha con el amor, en el temor a la mujer...!

La mujer como esfinge, como demonio, como vampiro, como bruja, como monstruo homicida, como hada madrina: tales las imágenes en las que se refleja el instinto sexual aguijoneado por la protesta viril. Su contrapartida la constituyen las caricaturas de la mujer, los cuentos chocarreros, las anécdotas y farsas y las comparaciones degradantes. La petulante conciencia de masculinidad del neurótico y su afán de superioridad también le inspiran graves sentencias y normas, cuya tendencia depreciadora busca denegarle a la mujer

la igualdad de derechos y, a veces, inclusive el derecho a la existencia misma.

Las asociaciones de ideas del neurótico con respecto al aseguramiento contra la mujer, pueden obligarle a alejarse del presente y de la vida real. Schopenhauer llegó por este camino —cuyo punto inicial parte de las pésimas relaciones que mantuvo con su madre— a la negación de la vida, de la presente y de todos los tiempos. Menos consecuentes y metódicos son aquellos enfermos que, temerosos de la mujer y afanosos de realizar su ficción, se refugian en una red de fantasías y sueños con los cuales envuelven el futuro. Todo neurótico tiene este rasgo: quiere explorar y esclarecer el futuro a fin de asegurarse a tiempo. Su precavida y temerosa expectativa da la tónica de los acontecimientos futuros: todo gris, sombrío y erizado de peligros, pues sólo la visión bien recargada de tintas le sirve como monitora advertencia. Ahora, sin perder de vista el mayor de los peligros, ya puede tirar las líneas de sus rasgos de carácter y de sus medios de defensa. Cree haber hallado el camino que le conducirá hasta su meta directriz, y en lugar de la ambición, del afán de victoria y de triunfo, de estimación, de poder y admiración —o junto con éstos—, moviliza síntomas y accesos neuróticos. Bajo la presión de su línea directriz, el neurótico considera como don profético aquello que el hombre normal adquiere por la común reflexión y observación de la realidad. En su neurótica ansiedad de pensar en el futuro, su atención roza los problemas y los clasifica de conformidad con su apercepción rígida y antinómica, que valoriza la derrota como muerte, inferioridad, femineidad; la victoria como inmortalidad, superioridad y triunfo masculino, en tanto pasan inadvertidas las infinitas posibilidades intermedias que ofrece la vida. Con ello se ha dado el primer paso en el camino aseguratorio hacia la anticipación de futuros horrores y triunfos, y hacia la vigorización alucinatoria. Las psicosis dejan ver este camino más claramente: la melancolía y la manía como anticipaciones de un puro "arriba o abajo"; y la demencia precoz, la paranoia y la ciclotimia como desviaciones de las realidades de la vida.

Los rasgos de carácter se desarrollan con la exclusiva mira de la meta final. La avaricia tiene la finalidad de asegurar al individuo contra una miseria humillante; la minuciosidad contra las dificultades; los rasgos de moralidad,

contra la deshonra, y todos en conjunto contra las relaciones amorosas, el matrimonio o la sumisión a la pareja, proporcionando, simultáneamente, la posibilidad de atacarla y pretexto para desvalorizarla. El miedo al futuro encuentra en las reflexiones sobre la inestabilidad de las actuales condiciones sociales, en las consideraciones sobre la moral de hoy y las dificultades en la educación de los hijos en el presente, adecuados argumentos para imponerle a la vida los límites más estrechos posibles. Un pretexto adicional para quedarse solo lo da aún el riesgo (tan dudoso) de la transmisibilidad por herencia. Muchos buscan refugio en la religión, abandonando la vida presente, exaltan sus sentimientos morales y ascéticos, para participar un día en la dicha y en la gloria del más allá, y de paso, para estar desde ya, en esta vida, en compañía de Dios. El papel asexual se adecua a este propósito, y se constituye en medio para la realización del ideal de personalidad neurótico. En ocasiones, el enfermo encuentra un argumento en favor de su aseguramiento en el penoso sentimiento de decepción amorosa —sentimiento por lo general artificialmente evocado y gustosamente activado por el paciente, que se provee así de razones contra toda ligazón con una pareja sexual.

Otro de los aspectos del temor al rival nos lo muestra el paciente al activar sus disposiciones contra el psicoterapeuta. En el médico la paciente neurótica combate —a un tiempo, y a su manera— al hombre, y busca sustraerse a su influencia masculina, a la cual a menudo apercibe bajo la más temible de las imágenes: la sexual. El hombre neurótico intenta secretamente minar la superioridad del psicoterapeuta, apercibida como masculina (a veces, también bajo una imagen sexual). Una y otro se resisten por igual al tratamiento, tal como procedieron siempre cada vez que debiendo enfrentar la vida o asumir una decisión, se creyeron a merced de una influencia extraña.

En su fuga de la pareja, otros enfermos buscan refugio en el pasado. Despiértase en ellos un intenso y a veces productivo interés por las antigüedades, la heráldica, las lenguas muertas, etc. En tanto otros neuróticos de este tipo orientan su interés en un sentido estéril, concentrando su atención principalmente en cementerios, epitafios y noticias fúnebres.

Más arriba aludí al temor a la mujer como el mayor estímulo para la fantasía y la creación artísticas. A continua-

ción transcribiré un pasaje de la autobiografía de Grillparzer que ilumina muchos de los detalles que acabamos de escribir:

"Como toda persona de constitución normal, también yo me sentí fuertemente atraído por el bello sexo; pero no estaba lo suficientemente satisfecho conmigo mismo como para presumir que pudiera impresionar honradamente en poco tiempo. No sé si a causa de mis vagas representaciones de la poesía y de los poetas, o de mi naturaleza refractaria, que cuando no repele atrae por espíritu de contradicción, lo cierto es que cuando creí hallarme todavía en los preliminares de una aproximación, me sorprendí agudamente interesado. Este descubrimiento me produjo felicidad y desdicha a un tiempo, más de lo último que de lo primero, pues mis verdaderas aspiraciones siempre tendieron a permanecer en tal estado de beatitud que la comunicación con mi verdadera diosa, el arte, no sufriera contratiempo."

Dada la inseguridad que tanto el artista como el neurótico sienten con respecto a la precariedad de su triunfo, uno y otro ven una amenaza y un peligro en la atracción que sobre ellos ejerce la mujer, y en su propio sentimiento amoroso ven una esclavitud y una sumisión. No pretendo negar las pobres realidades en que se basan estas consideraciones; si se quiere, el amor consiste en una adaptación y sumisión recíprocas. Pero cuando esta sumisión se percibe como unilateral y se renuncia al placer de la entrega, se está en presencia del implacable afán de imponerse que, en nuestra opinión, no es más que la sobrecompensación de un sentimiento de inferioridad neurótico. El objetivo directriz no permite un adecuado desarrollo de las disposiciones a la entrega de sí mismo, o las tolera sólo a título de desmesurada exageración masoquista, utilizada, a su vez, como un aseguramiento adicional. La falta de sentimiento de comunidad no sólo imposibilita la entrega, sino también el único puerto seguro del amor y del matrimonio: la camaradería.

Cuando en su propia tensión sexual el individuo adivina una superioridad de la pareja que la provoca, suelen sobrevenir deseos y ensayos de sustraerse a ella mediante la saciedad y las orgías. En estos casos inclusive suelen producirse deseos e intentos de castración, y dentro del mismo mecanismo, ejercicios ascéticos y de penitencia, flagelaciones, etc. En todos los casos obra la inexorable tendencia aseguradora que quiere fugarse del demonio del amor. Sólo así pueden

explicarse graves perversiones recidivas, en especial ciertas manifestaciones masoquistas, expresiones de la necesidad que tiene el individuo de persuadirse en detalle de la inquietante fuerza del otro y de la propia debilidad —convicción que le sirve de espantajo para asustar su conducta general. El resultado real de estas rectificaciones de límites que efectúa el neurótico es una pronunciada desviación de la línea normal, temida por encima de todo. La arreglada autohumillación le significa al neurótico un acicate más para la protesta viril, un reforzamiento de su intensidad en provecho de su objetivo final. "Tiene que anochecer para que las estrellas de Friedland puedan brillar." Efectuados esos rodeos, sus intentos se realizan ahora nuevamente a lo largo de la línea directriz neurótica. En los casos en que existen rabia y furia contra el papel sexual que le ha tocado en suerte, o contra la pareja, el neurótico ostenta matices sádicos y tremenda exageración en la limpieza; o bien se vale de un asombroso despliegue de lógica en su lucha contra el juicio de los demás o contra la ley, a fin de justificar sus rodeos neuróticos. Lo mismo sucede con los homosexuales, cuya neurótica desviación de la norma, que proviene de su temor al sexo opuesto, encuentra en otros motivos su argumentación adecuada [1].

El prestigio a defender, la protesta viril, siempre se coloca ostensiblemente en primer plano, hasta que el análisis descubre las subyacentes ideas neuróticas según las cuales el enfermo cree que su inferioridad desbaratará su victoria sobre la mujer. En las pacientes este mismo papel determinante lo desempeña el terror neurótico al destino femenino. Con estas ideas, que se remontan a los primeros años de la infancia, se vinculan ideas de grandeza, a menudo bajo el disfraz narcisista, sádico o exhibicionista, a las que puede considerarse como ensayos preparatorios destinados a compensar el sentimiento de inferioridad. Trátase de formaciones neuróticas secundarias provocadas por la ficción directriz, que dicen: "¡Quiero ser todo un hombre!" (que en las niñas se expresa por el deseo: "¡Quiero estar bien por encima de todas las mujeres, ser un ente superior!"). Ya nos hemos referido con anterioridad a la modificación de forma de este imperativo.

Puedo ilustrar algunos de estos mecanismos mediante el siguiente caso: Una muchacha de 19 años de edad se sometió a tratamiento a causa de depresión, ideas de suicidio, insom-

[1] Véase: Adler, *El problema del homosexualismo.*

nio e incapacidad para trabajar. Había elegido el dibujo como profesión. Con excepción de ligeros indicios de tuberculosis y de miopía, no existían síntomas somáticos. Los parientes dicen que ella fue una niña muy obstinada, siempre dispuesta a abandonar el hogar debido a su fuerte afán de independencia. La madre y su único hermano, mayor que ella, murieron de tuberculosis pulmonar.

Los comienzos del tratamiento resultaron muy difíciles; una vez sentada ante mí, la paciente permanecía totalmente impasible, sin contestar a ninguna de mis preguntas. Sólo ocasionalmente hacía un gesto negativo o pronunciaba la palabra "no".

Comienzo intentando demostrarle, con suma cautela, su tendencia depreciadora del mundo, y que su indiferencia, su obstinado silencio, su negativismo y su "no" se deben a esa misma tendencia, de la cual también a mí me hace víctima. Le digo luego que la creo descontenta del papel femenino que le tocó en suerte, y que con tal conducta pretende asegurarse contra dicho papel. Según esperaba, a todo me responde invariablemente "no" —negativa que yo interpreto dirigida contra el hombre.

Sus primeras depresiones coincidieron con la estancia de la paciente en un balneario. Le digo ahora categóricamente que algo debe de haberle ocurrido en ese balneario que dio origen a este "no"; algo que súbitamente le reveló su papel de mujer. Me cuenta entonces que el año anterior había estado en otro balneario, donde había conocido a un joven que le había agradado. Sus relaciones habían llegado a las caricias y besos. "Una noche el joven se precipitó sobre ella como enloquecido, queriendo tocarla impúdicamente. Su reacción fue abandonarlo en el acto". Le hago observar que su huida se produjo en el preciso momento en que el joven quiso empujarla a asumir su papel femenino, y añado que durante este verano ha de haber ocurrido alguna otra aventura parecida. La paciente me contesta que "un veraneante, recién conocido, se había comportado en igual forma que el joven del año anterior, y que ella hizo lo mismo que en la otra ocasión: irse inmediatamente".

Esta *repetición de la misma situación*, nos autoriza a suponer que la paciente ha contribuido no poco a ello, arreglando en ambas ocasiones la combinación a fin de poder romper en el momento preciso. Esta suposición queda confirmada

por la declaración siguiente de la paciente, de que "los besos no la habían molestado en lo más mínimo". Entonces le señalo que ella corresponde hasta el momento en que, a su juicio, entra en juego el papel femenino. Su valor inicial estaba en concordancia con su particular idea de la conquista masculina, con su meta masculina.

Hacia esa fase del tratamiento el insomnio de la paciente desapareció. Me comunica ésta al fin y al cabo notable mejoría, añadiendo con intención desvalorizadora que ahora le gusta dormir ininterrumpidamente, día y noche. A quienes, como yo, por conocer la exacerbada agresividad que la superioridad masculina del médico durante el tratamiento le inspira a la paciente, tienen aguzados sus sentidos para captar la intención del neurótico, les resultará fácil interpretar esta información de la enferma: ella ha reconocido el éxito del tratamiento, pero, no obstante, pretende desvalorizarlo —y de paso también a mí— con un ligero añadido. En forma indirecta quiere echarme en cara que lo único que hice fue sacarla de Escila para hundirla en Caribdis.

Interrogada detalladamente, la paciente responde que durante las noches de sus cuatro semanas de insomnio había estado meditando constantemente sobre la inutilidad de esta vida. Nosotros entendemos que no sólo ha "meditado" sino que ha *trabajado* en ese sentido. Al enfrentar ahora al enemigo masculino en la persona del médico, que al poner en evidencia el sentido de su tendencia aseguradora socava su aseguramiento del insomnio, y que pretende reconciliarla con la vida, la paciente trata de disminuirle mediante un exceso de sueño.

El insomnio neurótico[2] es un intento simbólico de sustraerse a un estado de indefensión (y el sueño es, precisamente, uno de esos estados) y de buscar aseguramientos contra una posible derrota. Estar en guardia es la actitud más razonable del luchador. El soñar constituye otra forma de este intento, una suerte de compromiso, ya que así, por medio de la protesta viril, el individuo reacciona contra la indefensión del dormir y, al mismo tiempo, contra el senimiento de inferioridad en general. Según todas mis observaciones, al soñar el individuo trata de asegurarse y de pensar en forma anticipada. Como es natural, a este fin se vale de

[2] Véase: Adler, "Insomnio neurótico" en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

sus experiencias, y a ello se debe que en el contenido y en las ideas del sueño se encuentren aquellos productos de las experiencias que indujeron a Freud a elaborar su teoría de los sueños —sin duda muy ingeniosa, pero, por lo demás, incompleta y unilateral. De todas las restantes teorías sobre los sueños ulteriores a la de Freud, la de Maeder es la única que se acerca a la mía.

Tras prolongada vacilación, y habiéndole llamado ya la atención sobre el carácter denegatorio de esta vacilación, días más tarde la paciente nos refiere el sueño siguiente:

"Me encuentro delante del Steinhof (el gran manicomio de Viena). Pero me escurro de allí corriendo, pues veo en el interior una figura sombría."

Con el propósito de evitar toda arficiosa influencia sobre los pacientes, en especial en lo que hace a la interpretación de un sueño, en mi práctica omito toda explicación acerca de mi teoría sobre los sueños, constriñéndome a señalarle solamente que el sueño reproduce asociaciones de ideas que demuestran cómo el paciente intenta asegurarse mediante una anticipación intelectual contra el estado de indefensión del dormir que le recuerda su impotencia frente a la vida. En casos como el presente, en los que debe encararse el temor al papel femenino, el sueño puede ser percibido como voluntad de participar en la vida social, indispensable para la colaboración.

La expresión "yacer en brazos de Morfeo", las frecuentes sensaciones de estar paralizado o apretado, el análisis de las pesadillas, etc.; la presencia, por mí demostrada, de líneas femeninas en todos los sueños, punto de partida de la protesta viril onírica (hecho que Freud en una observación crítica interpreta curiosamente como bisexualidad en el sueño) y la asociación afectiva que el individuo hace entre sueño paralizante y entrega, todo ello, prueba de manera incontestable que en cada sueño se da una progresión desde la línea femenina hacia la masculina. Desde luego, no todo sueño sirve para convencer al principiante de mi teoría, pues a veces en el sueño sólo se representa una parte (sólo el punto de partida o sólo el punto final) del rumbo general hacia el final victorioso; además, dado que el sueño es sólo un bosquejo, a menudo es preciso completar el sentido y el significado de ciertos vestigios de ideas e interpretar las alusiones, cosa no difícil para el experto. De ahí que yo recomiende

a la paciente que se comporte frente al sueño como si estuviera frente al boceto de un cuadro, a cuyos detalles debe darle el acabado según las impresiones que dichos detalles le inspiren.

Dadas estas explicaciones, la enferma, persona muy inteligente, dice:

"Steinhof significa loco. La idea completa significa, pues: estoy a punto de volverme loca. Pero me escabullo corriendo. Se me ocurre que usted me está repitiendo constantemente que huyo de mi papel femenino. Según ello el 'volverse loco' sería, pues, lo mismo que 'papel femenino'."

A continuación la invito a que relacione ambas ideas, utilizando la por mí bien conocida rivalidad de la paciente que es estimulada siempre que se le presentan dificultades, diciéndole: "Eso podría significar algo".

La paciente. — "¿Que sería un desatino representar un papel femenino?"

Yo. — "Eso sería una contestación a una pregunta. ¿Pero cuál habría sido la pregunta?"

La paciente. — "Ayer me dijo usted que no debo sentirme aterrorizada por mi papel femenino."

Yo. — "Se trata, pues, de una contestación dirigida a mí: es decir, según nuestras conversaciones, una lucha contra una modificación de sus métodos. ¿Y la figura sombría?"

La paciente. — "¿Sería la muerte?"

Yo. — "Trate ahora de introducir también la muerte en el conjunto."

La paciente lo logró con grandes dificultades, a pesar de que está claro que sólo para motivar su fuga de la femineidad puede exagerar el temor a la muerte [3]. La relación entre sexualidad y muerte es tema frecuente en la filosofía y en la poesía. Los análisis de neuróticos revelan a menudo esta conexión como un arreglo efectuado con vistas a un reforzamiento afectivo.

El sueño señala, pues, la disposición anímica de la paciente, cuyas fantasías hacen comprensibles, y que ahora dirige contra el médico. Sería una locura someterse a un hombre —equivaldría a la muerte. Pero estima que esta sumisión ya está consumada, pues desde que está en tratamiento ha vuelto a conciliar el sueño. Este sueño significa,

[3] Nótese cómo el sueño inventa tendenciosamente sus argumentos.

pues, una protesta contra el hecho de no padecer ya de insomnio —tendencia que se manifiesta también en su acotación depreciadora de que ahora desea dormir día y noche; es decir: huir nuevamente de la vida en comunidad que le exige asumir su papel femenino. De esta manera se reveló la oposición neurótica de la paciente contra la posibilidad de que un hombre pudiera influir sobre ella, resultando que actuaba y soñaba como si conociera su meta directriz [4].

Esta disposición fundamental de la enferma, su tendencia a la depresión, su anhelo de imperar victoriosa sobre los hombres, así como su neurótica tendencia aseguradora que la amenaza con los horrores de la muerte y de la locura, todos estos factores, intensificados con la finalidad de reforzar el aseguramiento, han sido la causa del estallido de la neurosis. Debido a su violenta oposición al papel femenino, la paciente pierde su capacidad vital. El modo de apercepción neurótica que, como por arte de magia, combina amor, locura y muerte, exhibe rosadas reminiscencias poéticas. Su primer relato: el joven se precipitó sobre mí como "enloquecido", testimonia la honda raigambre que este modo de apercibir tiene en la enferma.

En los antecedentes de los neuróticos masculinos, a menudo se encuentra la influencia de una mujer fuerte, que puede ser la madre, una institutriz, una hermana. A pesar de su papel femenino, o junto con él, esta mujer asumió otro masculino, situándose por tanto, "arriba". Las personas de su medio solían decirle que, "en realidad, era un macho". También ello puede contribuir a reforzar la inseguridad de un joven predispuesto a la neurosis que, con la mira de convencerse de su masculinidad, intenta develar el secreto de las diferencias sexuales. A tales niños les resulta ya insuficiente el cariño que les prodiga la madre. La curiosidad sexual —que no es sino un caso especial de la tendencia a utilizar el saber como medio de aseguramiento— los acicatea, una y otra vez, a verificar su superioridad sexual mediante inspecciones oculares. Tal necesidad se halla muy próxima de la línea directriz masculina, pues también ella está tomada de la preparación para el futuro, facilitando la adquisición

[4] La intuición de Ricardo Wagner en el aria de Erda es verdaderamente genial: "Mein Schlaf ist Träumen Sinnen, mein Sinnen Walten des Wissens" [Al dormir sueño, al soñar medito, y en mi meditación obra mi sabiduría (T.)].

de abundantes y firmes conocimientos acerca del cuerpo de la mujer.

La inseguridad neurótica, como pretexto y motivo del temor a la mujer, acompaña característicamente al neurótico, a veces hasta después de contraer matrimonio. Por ello, no es raro oír decir a hombres que el cuerpo femenino, el estado de virginidad, la legitimidad de los hijos y la paternidad, son tan misteriosos como la mujer misma. En los niños predispuestos a la satisfacción de mirar el cuerpo femenino se une a veces el sentimiento inquietante de un peligro, como si les asaltasen vagas ideas de que su vida futura, su victoria o derrota, dependiesen de la solución hallada al problema sexual. Por otra parte, el niño sólo puede realizar esa inspección cuando la mujer se halla erguida ante él —insignificante circunstancia que, como he demostrado varias veces, también se encuentra en las fantasías de los neuróticos atemorizados por la mujer como representación simbólica de la superioridad femenina. Hablando de su infancia, Ganghofer y Stendhal describen parecidamente esta vivencia aterrorizante que, según ellos mismos, dejó en sus espíritus profundas huellas para el resto de su vida. El susto no fue, sin duda, otra cosa que un aseguramiento del lesionado prestigio masculino, y la escena excitante quedó en la memoria como memento simbólico destinado a recordar al individuo que debe estar alerta contra el poder de la mujer.

Es común que en el momento en que amenaza la superioridad de la mujer, entre en acción la tendencia depreciadora, imponiendo una confrontación de las ventajas y defectos entre ambos sexos. A menudo la representación simbólica de la inferioridad de la mujer se sirve, como modo de expresión, tanto en los sueños y en las fantasías como en el chiste y en la ciencia, de miembros perdidos o de mayor número de cavidades. Uno de mis pacientes, que padecía de vértigos, luego que su esposa le hizo una violenta escena, tuvo el sueño siguiente, en el cual, de una manera sumaria y fundamental, se llevó a cabo la humillación de su esposa, que le era superior:

"Surgió la imagen de un tronco de abedul. En un cierto punto aparecía el orificio de bordes hinchados, allí donde antes hubo una rama. Me causó la sensación de un genital femenino."

Sueños análogos ya han sido relatados tanto por mí como

por otros autores. Sin embargo, en mi opinión, estos sueños revelan una respuesta infantil a una pregunta simbólica acerca de las diferencias sexuales: "la niña es un niño que perdió su masculinidad". El sueño que acabamos de referir se adapta a la situación anímica del soñador; es como si éste hubiera querido decir: Soy un hombre que ha perdido su masculinidad; soy débil y enfermo, y me encuentro en peligro de descender "abajo", de "caer". Ahora encuentra su base de operaciones, se ve disminuido, cobra aliento para reconquistar su superioridad. En estado de vigilia empiezan a actuar, como expresión de la protesta viril, el afán de dominio, los arrebatos de ira, los actos de infidelidad. El sueño no expresó, pues, más que el punto de partida: el sentimiento de ser femenino.

Deseo mencionar aún que muchos neuróticos refieren cómo, en momentos de peligro personal o en que se ven amenazados por una derrota, sienten una retracción y contracción de su órgano genital, y en ocasiones inclusive una sensación dolorosa que les obliga con tremenda fuerza a salir de esa situación [5]. Este fenómeno se observa con particular frecuencia en la angustia a las alturas, en el temor a caer. La retracción del órgano genital que se produce al bañarse, generalmente provoca en los neuróticos accesos de mal humor, a veces acompañado de dolores de cabeza.

Ya hemos mencionado antes que la homosexualidad, como tendencia y como actividad, es originada por el temor a la pareja del sexo opuesto. Queremos agregar ahora que en su mayor estimación de la pareja del mismo sexo el neurótico invertido siente elevarse su autoestima. La homosexualidad neurótica, aun en los casos en que se pone en práctica, no pasa de ser un símbolo por el cual se busca ubicar la propia superioridad más allá de toda duda. Este mecanismo se parece al de la manía religiosa, en la cual el individuo sólo procura aproximarse a Dios para elevarse a sí mismo.

[5] Este "sentimiento de presión" suele ascender hasta el abdomen y las regiones torácica y cardíaca, y localizarse en esas zonas exclusivamente. También se observan consiguientes poluciones o erecciones como reacción simbólica de la meta final masculina. El "tipo genital" reacciona al miedo y al susto preferentemente con excitaciones genitales; el "tipo vesical" reacciona con excitaciones de la vejiga, y el "tipo intestinal" con excitaciones del aparato digestivo. El tipo genital muy acusado es susceptible de experimentar un matiz sexual, en toda excitación, de manera que la "base sexual" fácilmente se constituye para ellos en un dogma.

La sifilofobia es uno de los disfraces favoritos del temor a la mujer. El razonamiento de personas de esta clase (véase Adler, "Sifilofobia", en *Práctica y Teoría*) es por lo general el siguiente: a causa de este o aquel sentimiento de inferioridad —para cuya justificación siempre tienen preparadas toda clase de razones, a veces también sin conciencia— temen no poder asumir un papel dominante frente a la mujer, y reaccionan a este temor con una progresiva depreciación de la mujer, hasta elaborar ideas de desconfianza, con las que tratan de asegurarse contra toda relación amorosa: "la mujer es un enigma", "un ser criminal", "siempre está pensando en trapos y en derroches", "es de una avidez insaciable", etc. Se sospecha que la joven de turno "sólo pretende que se la mantenga", "lo único que quiere es cazar al hombre", "es astuta y marrullera", "de instintos malos", etc. Estos razonamientos son universales y de todos los tiempos. Han sido fuente de inspiración de toda clase de producciones artísticas, sublimes y vulgares, y están presentes, por igual, creando una mentalidad individual y social desconfiada y prevenida, a fin de no perder nunca de vista al enemigo y rechazar a tiempo sus "pérfidas tácticas". Sería erróneo suponer que sólo el hombre desconfía de su pareja sexual. Estos mismos rasgos se encuentran también en la mujer, a veces menos pronunciados, pero bien acentuados cuando sobreviene el sentimiento de humillación. Esta postura se denuncia particularmente en la falta de espíritu de compañerismo y de sentimiento de unión con los demás.

En las disputas de los píos sabios de la Edad Media se dilucidaban cuestiones tales como la de si la mujer tiene o no un alma, de si se la puede considerar o no como un ser humano. La misma idea inspiró en los siglos siguientes la quema de brujas, en las que participaron gobierno, Iglesia y pueblo. Todas estas depreciaciones malévolas de la mujer, así como también las más leves que se reencuentran en las costumbres y fórmulas de las religiones judía, cristiana y mahometana, son manifestaciones del indómito temor y de la inseguridad de la psique masculina, e impregnan el pensamiento del neurótico en tal grado que la tendencia a la depreciación de la pareja constituyó el rasgo más característico de la psique neurótica. Una vez establecidos estos puestos de avanzada, destinados a asegurar el sentimiento de personalidad en su aspiración al poder, los rasgos de carácter neuróticos pue-

den desenvolverse en su manera particular. El individuo examina, tantea, trata de someter y de humillar a la pareja, de encontrarle defectos, maniobras para las cuales se ve favorecido por su atención unilateralmente orientada y por su tendencioso interés en no perder el contacto con el enemigo, en prevenir un asalto. Mientras esta tendencia a la depreciación, y sus derivaciones periféricas (desconfianza, temor, celos, negativismo, afán de dominio) perduren, no podrá hablarse de curación de la neurosis. Como ya hemos subrayado, grandes y celebradas creaciones artísticas se deben a esta tendencia. La línea directriz que da la tónica fundamental a la *Sonata a Kreutzer*, de Tolstoi, y que tiende a la humillación de la mujer, fue ya visible en el joven que arrojó a su futura prometida por la ventana, y que todavía ejerció su poder en la fuga del viejo Tolstoi de su casa para morir solitario. La vieja línea directriz que en la Edad Antigua encontró su expresión en el mito de la "niña del filtro envenenado" [6], y en la Edad Media y principios de la Edad Moderna en el temor a brujas, demonios, vampiros y ondinas, a través de una modificación de formas llega a la sifilofobia. Poggio cuenta de un clérigo que violó a una muchacha. Ésta se transformó en diablo y desapareció dejando un olor fétido tras de sí.

Todos estos contenidos se vuelven a encontrar en el sueño y en la psique del neurótico y denuncian al hombre precavido, inseguro de su masculinidad, que trata de asegurarse contra la vida real inventándose melindres que lo asustan, en tanto, por otro lado, encuentra un medio de sustraerse a esa misma vida en la veneración de un ideal inasequible.

Los rasgos de jocosidad que suelen acompañar a tales posturas, no inciden en absoluto sobre nuestra interpretación. Esa jocosidad constituye un mero intento de no ponerse en evidencia con exageraciones, de guardar la forma y protegerse del ridículo mediante el chiste. Es el caso de Gogol, cuyas fuertes tendencias aseguradoras se vislumbran en todas sus obras. En la *Feria de Sorochinsk* hace decir a un personaje: "Bendito Dios, ¿por qué nos castigas tanto a nosotros, pobres pecadores? Ya hay tanta basura... ¿era necesario traer al mundo, además, a las mujeres?" En *Las Almas Muertas*, otra de las obras de este gran autor, que durante toda su vida fue un neurótico, sufrió de masturbación obsesiva y murió en el

[6] Wilhelm Hertz, "Die Sage vom Giftmädchen"; Abh. der bayrischen Akademie der Wissenschaften, 1897.

manicomio, uno de los héroes hace esta reflexión a propósito de una joven:

"¡Una mujercita encantadora! Pero lo mejor en ella es que parece recién salida de un internado o de un pensionado, y que aún no tiene nada específicamente femenino, ninguno de esos rasgos que estropean todo su sexo. Es todavía la niña pura; todo en ella es sencillez y modestia; dice lo que siente y ríe cuando le viene en gana. Todo podría hacerse de ella: un ser maravilloso o una criatura deformada —pero seguramente sucederá esto último, en cuanto tiítas y mamitas se encarguen de educarla. En un año la atiborrarán de tal manera con chismes mujeriles, que ni su propio padre podrá reconocerla. Adoptará una actitud arrogante y afectada, se comportará según las reglas aprendidas de memoria, se exprimirá los sesos con lo que debe decir, con quién y cuándo debe hablar, de qué manera debe mirar a su caballero, etc. Estará temiendo constantemente haber dicho una palabra de más y acabará por no saber qué debe hacer, andando por la vida como una mentira personificada. ¡Qué asco! Por lo demás, ¡me gustaría saber cómo es realmente!"

Capítulo XII

Autorrecriminaciones, Escrúpulos, Penitencia y Ascetismo. Flagelación. Neurosis en Niños y Niñas. Suicidio e Ideas Suicidas.

Entre las formas de comportamiento neurótico dirigidas a asegurar la ficción masculina, se destacan los impulsos a maldecirse, a las autorrecriminaciones, a torturarse con escrúpulos y al suicidio. Estos rasgos no tienen nada de extraño, dado que la neurosis es, en su totalidad, un artificioso atormentarse a sí mismo, tendiente a elevar el sentimiento de personalidad y a presionar sobre el ambiente. Los más tempranos impulsos agresivos contra la propia persona[1] se remontan hasta la infancia, y se los observa funcionar en el niño que pretende provocar el dolor o la atención de los padres mediante la enfermedad, la muerte, la vergüenza y toda clase de defectos. En efecto, este rasgo caracteriza ya al niño predispuesto, que utiliza los recuerdos de sus manifestaciones de inferioridad para elevar su sentimiento de personalidad, para provocar un mayor cariño e interés de los padres, creando así los dispositivos que ulteriormente se perfeccionan en la neurosis desarrollada. En ayuda de este proceso de agravación vienen el carácter alucinatorio, la fuerza anticipadora y la gran sensibilidad del neurótico para crear un estado en el que los accesos y una salud precaria aseguran al paciente la superioridad sobre las personas que lo rodean. Aunque parezca paradójico, el neurótico no encuentra tranquilidad hasta después de un acceso —hecho que ya fue señalado por Janet, y cuya explicación, por mi parte, encuentro en el hecho de que con su dolencia el enfermo logra asegurar su superioridad, aunque sólo sea por un lapso relativamente corto.

También entra aquí en combinación el afán de aventajar

[1] Véase Adler, "Tendencias agresivas", en *Curar y educar*.

a todo el mundo, pues la enfermedad le da al neurótico la sensación de sobrepasar a todos en dolor, en heroísmo. El neurótico necesita esta convicción, pues le sirve de base de operaciones para afirmarse frente a los demás, para rechazar exigencias, sustraerse a una decisión o atacar. De ahí que el paciente anhele los accesos, los dolores o una enfermedad cada vez que la situación lo exija. En ocasiones el acceso es reemplazado por el deseo, la idea o el temor del acceso, si ello resulta suficiente para asustar a las personas que lo rodean; y otras veces, según me confió una paciente, basta una fantasía en la que el neurótico imagina sufrir dolores a causa de otra persona. Esta fantasía provoca en el neurótico un sentimiento de ser sojuzgado y maltratado, activa la tendencia aseguradora y la protesta viril. Así se satisface, al mismo tiempo, la desmesurada vanidad neurótica: todo el mundo, toda la humanidad, las tormentas, todas las catástrofes, todos los hombres, todas las mujeres, no buscan más que amenazar al paciente. Es la misma línea que en la paranoia se destaca aún más nítidamente.

Nos hemos ocupado ya del significado de los sentimientos de culpa, de los escrúpulos de conciencia y de los autorreproches como construcciones de ficciones aseguradoras y de preocupaciones estériles que consumen inútilmente el tiempo.

En la psicología de la masturbación se encuentran a menudo rasgos de penitencia o de intención de causar daño. La penitencia sirve de pretexto mezquino o hipócrita al erotómano solitario; la intención de dañar debe interpretarse como un acto de rebelión contra los padres o contra la vida. El empleo de la penitencia para perjudicar a otra persona (por ejemplo, cuando el individuo se maldice a sí mismo en todos los tonos) es uno de los más astutos ardides del neurótico. El mismo mecanismo funciona en la idea del suicidio, que se destaca particularmente en suicidios a dúo o colectivos. También se encuentran rasgos análogos en la melancolía.

Hacia la época en que un médico trataba la impotencia de uno de mis pacientes por sondas refrigeradoras, le asaltó a éste el deseo de que el médico lo hiriese. Dos años antes intentó suicidarse a causa de cierto quebranto económico, a pesar de que le quedaba todavía una gran fortuna. El móvil de estos erróneos deseos es la avaricia neurótica (Shylock). El análisis de ese enfermo nos ofreció una explicación completa.

Para asegurarse contra los gastos que le pudiera ocasionar el trato con mujeres, se maldice cada vez que debe abonar honorarios al médico, con el sentimiento más o menos consciente de que sus maldiciones no necesitan realizarse al pie de la letra. Maldice su imprudencia —motivo de sus autorrecriminaciones y maldiciones—, en especial si ha desembolsado o debe desembolsar fuertes sumas. Pero se atormenta inclusive a causa del gasto más insignificante, con el propósito de asegurarse contra los mayores gastos que el matrimonio le demandaría. Los ataques de angustia son frecuentes antes de hacer compras.

No debía de darle gran importancia a las maldiciones que se dirigía —acaso esperaba de ellas inclusive el efecto contrario—, según se desprende claramente de los innumerables medios de aseguramiento a que recurrió, entre los cuales las maldiciones constituían sólo una pequeñísima parte: su más eficaz e importante aseguramiento lo constituía la impotencia.

El paciente echa mano de la autoaminoración y de los escrúpulos, con la misma intención con que recurre a la hipocondría: para tener constantemente presente el sentimiento de la propia inferioridad, para poder sentirse indigno, débil, insignificante. Este reforzamiento de sus minusvalías funciona como inhibiciones y ocupa el mismo lugar que la duda, la cual, a su vez, sustituye a un "no" categórico. Semejantemente, en su temor al hombre, en su rechazo del papel femenino, las jóvenes neuróticas cavilan incesantemente sobre su revestimiento piloso y sus lunares, temiendo que sus hijos pudieran heredar esos mismos defectos. Es frecuente que de niñas hayan sido feas o hayan sido postergadas en la preferencia paterna por un hermano predilecto. Una de mis pacientes, que padecía de ideas obsesivas, estaba dominada por el temor de que sus poros cutáneos se agrandasen, lo cual le sirvió para preocuparse y resistirse contra el papel femenino. Otra modalidad del autotormento es la tendencia a la penitencia. Su finalidad aseguradora puede reconocerse fácilmente por el hecho de que estos enfermos —al igual que los que padecen de los similares sentimientos de arrepentimiento— no abrigan la más mínima intención de modificar o de mejorar nada de su vida. Tal como en la neurosis obsesiva, su único objetivo es perder el tiempo, obtener prerrogativas y satisfacer la vanidad. "¡También yo soy noble y piadoso!" Una de mis pacientes femeninas sentía depresiones y se aplicaba una peni-

tencia cada vez que se sentía dichosa y se consideraba superior a los demás. Su disposición a la penitencia le servía para sentir su preeminencia sobre los demás. Otro de mis enfermos, en toda situación agradable evocaba el recuerdo de un amigo muerto hacía ya tiempo, con lo cual lograba provocarse mal humor. El análisis reveló que este amigo pereció en la miseria en una época en que rivalizaba con mi paciente, que salió victorioso de esa competencia. La imagen del amigo muerto, así como la depresión consiguiente, resultaron ser equivalentes de la satisfacción de aquella victoria —satisfacción ahora encubierta con un ropaje más adecuado al sentimiento de comunidad. Los procesos de esta clase son erróneamente definidos en la literatura como "represiones" —evidentemente porque ello no le es en modo alguno grato al psicólogo. Tampoco se comprenden mejor las cosas sustituyendo el término "represión" por el de "libido reprimida", aunque así parezca más científico. Sólo la adecuada comprensión de la actitud del paciente frente a sus problemas vitales nos permite advertir que en ese fenómeno éste se expresa, consciente o inconscientemente, y si bien de una manera distinta a la común y pagando muy alto precio, de tal forma que igualmente logra aumentar su sentimiento de personalidad (también podría decirse *sentimiento del yo*). La causa de ese encubrimiento reside en la acción antagónica de las instancias críticas del sentimiento de comunidad: fuera de la psicosis, al hombre le resulta siempre muy difícil asumir el papel del más dichoso, el más importante, del primero. Por otra parte, debo observar que, aun cuando cada hombre lleva en sí algo de quijotesco, ese hecho ha escapado hasta a los analistas más perspicaces, de suerte que también en ellos ha de haber quedado sumido en el inconsciente. Casos de agorafobia, de abluciones obsesivas y las neurosis de angustia demuestran cómo la angustia y la obsesión se imponen a manera de medio de expresión y de testimonio de singularidad. "¿Cómo se puede exponer a tales peligros y dificultades a una joya como yo?"

El síntoma de la penitencia está claramente relacionado con el porvenir, tanto si se manifiesta como impulso personal, por formas y acciones individuales, o como hecho social, por cumplimientos de orden religioso. Como todas las tendencias aseguradoras, tampoco la penitencia excluye la posibilidad de nuevas acciones o de nuevas ideas malévolas, pues está meramente destinada a servir de advertencia limitadora y de

prueba fehaciente de las óptimas intenciones del individuo. Por otra parte, el impulso hacia la penitencia debe buscarse, más que nada, en la oportunidad que brinda de reflexionar sobre sí y de destacar los propios valores en contraste con los demás. El importante papel de este propósito de singularizarse se trasunta en el fuerte acento de obstinación, vanidad, espíritu combativo y hostil que la penitencia y el arrepentimiento suelen exhibir. Cuando se dan en forma epidémica, los actos de penitencia no carecen casi nunca de una llamativa ostentación, rivalizando los penitentes por superarse uno a otro en gritos, lloros, escrúpulos y compunción.

La posibilidad de procurarse un sentimiento de superioridad mediante actitudes penitentes, tales como el ayuno, el rezo, etc., acicatea a los débiles de inteligencia, susceptibles de confundir piedad con bondad y religiosidad con sublimidad. El ascetismo suministra un sentimiento de elevación, en virtud de que el individuo lo percibe como un triunfo —nosotros lo percibimos como protesta viril. Que se trata de una apreciación arbitraria, inspirada en el propósito de asumir una actitud opuesta a la de personas consideradas como superiores, lo prueba la existencia del ser opuesto al piadoso, del ateo, del librepensador militante y del iconoclasta, que también tratan de testimoniar su superioridad. Bajo esta luz se entiende el hecho observado por Lichtenberg: el magro número de personas que viven conforme a los preceptos de su religión y el alto número de las que luchan y combaten por ella. No es rara la conversión del libre pensador vehemente a la ortodoxia, ni la del sensual al ascetismo. Es que la diferencia entre una y otra postura no es tan grande como podría parecer a primera vista. "Dudar de Dios —decía Pascal— significa creer en Dios."

En la actitud penitente, además de la tendencia aseguradora también la protesta viril desempeña un importante papel. Pero examinemos antes el material de construcción de que se sirve la actitud penitente: las posibilidades psíquicas latentes para utilizar ese medio de expresión. Es evidente que en esta actitud toman parte actos e ideas de sumisión, es decir, elementos masoquistas, valuados como femeninos. Mas a causa de que la sumisión va acompañada de un elemento de elevación, entra en colisión con el sentimiento de comunidad humano, que impone corrección a la dirección de la protesta viril, de lo que resulta el carácter seudomasoquista

del fenómeno. También en este caso, la línea de fuerzas presenta, pues, una dirección ascendente, pues el penitente se siente elevado y purificado, entra en comunicación con su Dios, se encuentra más próximo a la divinidad que los demás. Y lo que le espera es "la felicidad eterna": la realización de su línea directriz.

Tras la muerte de su anciana madre, de 72 años, una de mis pacientes se castigó con insomnio e intensos sentimientos de arrepentimiento por su conducta poco afectuosa. Las relaciones entre ellas habían sido tormentosas y la hija tenía quejas justificadas contra su madre. El arrepentimiento se presentó como ideas y actos compulsivos. El análisis reveló que la enferma pretendía demostrar su superioridad moral frente a una hermana casada. Mi paciente se había sentido tentada a entablar una relación "humillante" con un hombre casado —hecho que, en su opinión, la habría rebajado frente a su hermana. Pero la muerte de la madre le dio una oportunidad a su protesta viril para crearse una situación que la reponía en un plano superior: mostrar un mayor sentimiento y romper su relación amorosa.

Tanto en la historia de la cultura[2] como en la neurosis no es raro que la penitencia degenere en flagelación. Por las *Confesiones* de Rousseau, así como por comunicaciones de personas sanas y neuróticas y por la observación de los niños, sabemos que los azotes suelen provocar excitaciones sexuales. Este momento real, somáticamente comprobable, es el que determina la elección de ese tipo de penitencia por el flagelador. Algunos de mis pacientes me informaron que los azotes en las nalgas les habían sido agradables, aun cuando les resultara horrible el hecho de ser azotado. Al igual que la masturbación y las demás perversidades, la flagelación en la vida ulterior de los neuróticos es una expresión de visible temor a la pareja sexual. Una de mis pacientes femeninas, atacada de fuertes accesos de jaqueca, me relató lo siguiente: Unos años antes de iniciar el tratamiento tenía fantasías en las que se veía azotada por un hombre con el cual estaba casada (pero que no se parecía a su marido), pues la había atrapado cometiendo adulterio. Esta fantasía se continuaba por una tremenda autoflagelación que seguía hasta desplomarse agotada. Esta flagelación originaba intensas emociones

[2] Véase: Asnaourow, *Sadismus in der Kultur*; E. Reihardt, Munich.

sexuales. El análisis reveló que la paciente sentía un odio neurótico contra su marido y que no hubiese vacilado en cometer adulterio para humillarlo. En la actualidad era demasiado vieja para hacerse valer con ese medio, y antes se había visto impedida por su protesta viril. Poco antes de iniciar la flagelación, había empezado por jugar con fantasías de adulterio, no sin asegurarse previamente contra él. El ser descubierta por el hombre, los azotes y la satisfacción autoerótica, tienen su fuente en la tendencia aseguradora que anticipa los hechos. El juego de la fantasía subraya en forma particularmente pronunciada el temor al hombre. La sustitución de su marido por otro hombre resulta de la tendencia a la depreciación y sustituye su deseado adulterio: "Cualquier otro valdría más que él; mi marido se sentirá humillado". Pero a continuación desbarata esta eventualidad cometiendo adulterio contra el otro hombre. Al pasar los años, las flagelaciones cesan, pero entonces la tendencia depreciadora se dirigió con más fuerza aún contra su marido y contra todo el mundo. Cada vez que temía perder su papel dominante frente a cualquier persona sufría jaquecas, lo cual le facilitó, además, un completo retiro de la sociedad. Su dominio en el círculo de la familia a causa de su dolencia, se hizo ilimitado. Asimismo pudo desautorizar a los médicos, pues, pese a todos los remedios que se le prescribían, la jaqueca no cedía. Ni la morfina surtió efecto. También a mi tratamiento le opuso las mayores resistencias posibles. A pesar de todos sus elogios verbales, durante largo tiempo procuró ridiculizarme conservando sus dolores hasta el final mismo del tratamiento. Los pacientes no se curan totalmente hasta que no comprenden que su tendencia a humillar al médico motiva la conservación de su enfermedad.

Debo mencionar de paso que, según mi experiencia, también la manía religiosa, las fantasías y alucinaciones que toman por objeto a Dios, el cielo y los santos, así como el sentimiento de compunción, en pacientes de este tipo, deben interpretarse como un querer expresar ideas infantiles de grandeza y de superioridad frente al ambiente. A menudo se añade un sentimiento hostil contra el ambiente, según lo ilustra el caso de un catatónico que pretende haber recibido de Dios la orden de cachetear a su guardián, de derribar la mesita de noche, o de forzar a sus parientes judíos a bautizarse. La ascensión que experimenta el maniático, los delirios de gran-

deza en la demencia precoz, son fenómenos paralelos que revelan el soterrado sentimiento de humillación que en la manía busca sobrecompensación [3].

En el consultorio médico se ve frecuentemente a niños que han tomado el camino del agravamiento y de la simulación para sustraerse a la opresión de sus padres. Salta a la vista lo mucho que, sin ser idénticos, estos fenómenos se acercan a la mendacidad. En estos casos se observan señales notablemente claras de inferioridad orgánica, de rasgos de carácter neuróticos, de indomabilidad de los instintos y de los impulsos por falta de sentido de comunidad, en suma, a causa de la disposición neurótica. A título de ejemplificación daré a conocer mis observaciones en tres casos de niños neuróticos.

1) Traen a mi consulta una niña de 7 años de edad que padecía accesos de dolores de estómago y de vómitos. Es una niña delicada, de constitución débil, con bocio cístico, vegetaciones adenoideas y amígdalas agrandadas. Su voz es de timbre áspero. La madre dice que la niña sufre frecuentes catarros con tos que perduran bastante tiempo, y que además padece de dispepsias prolongadas. Su actual dolencia data de seis meses atrás, sin que se haya podido comprobar una enfermedad orgánica. Su apetito y deposiciones son siempre normales. La niña es muy golosa. Los dolores de estómago se presentaron desde que empezó a concurrir a la escuela. Su rendimiento escolar es excelente, pero la maestra se había mostrado repetidas veces sorprendida de la extraordinaria ambición de la niña. Es muy sensible a las amonestaciones y siempre se siente postergada a la hermana, tres años y medio menor que ella. Lo que llamó especialmente la atención de la madre fue un notable alargamiento del clítoris —anomalía de los órganos genitales sobre cuya importancia ya he llamado la atención, y que más tarde, e independientemente de mí, subrayaron como característica Bartel y Kyrle, y luego Tandler, Gross y Kretschmer. Su piel tiene gran hipersensibilidad en todo el cuerpo y acusa muy aumentada sensibilidad a las cosquillas. La niña pide a menudo que se le hagan cosquillas: significativa señal de

[3] Paul Bjerre (*Zur Radikalbhandlung der chronischen Paranoia*, Viena y Leipzig, 1912) fue el primero en describir de manera convincente la significación de la protesta viril y de la tendencia aseguradora en la psicosis. Véase también: Adler, "Melancolía y paranoia" en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

irrefrenada apetencia instintual. Su timidez sobrepasa con mucho a lo corriente. Una pronunciada desviación de los dientes incisivos indica una inferioridad del aparato gastrointestinal. El reflejo faríngeo está claramente aumentado.

De estos fenómenos se saca la impresión de que también la actividad refleja del aparato gastrointestinal está aumentada. Efectivamente la niña vomitó con frecuencia en los tres primeros años de su vida. También las frecuentes dispepsias indican inferioridad del aparato gastrointestinal. Hace un año, tras haber padecido la niña un eczema en la terminación de la zona inferior del intestino, acusó una picazón en el ano que le duró varios meses y que el médico de cabecera curó por sugestión con la ayuda de una pomada innocua.

La presión dolorosa en el estómago se reveló como un reflejo psíquico, que se presentaba cada vez que la niña temía una humillación en la escuela o en su casa [4]. El objetivo final de este reflejo, que halló terreno favorable en la inferioridad orgánica, era prevenirse de los castigos y atraerse la atención de la madre, mujer un tanto brusca y que mostraba una clara preferencia por la hija menor. Cuando la niña consiguió una percepción interna de esta exagerada actividad refleja, la intensificó y la fijó con la mira de lograr una adecuada línea directriz que le permitiese acrecentar su sentimiento de personalidad. Al poco tiempo, una vez que hube explicado a la niña los motivos de sus accesos, éstos desaparecieron. Un sueño que tuvo después de uno de los accesos, confirma nuestra opinión. Soñó:

"Mi amiga está abajo. Después jugábamos juntas".

La amiga era su mayor rival en la escuela. Disputaban a menudo, aunque sin llegar a la violencia. Vivía en el piso de arriba y siempre jugaban juntas en casa de la paciente. Pero el modo de expresión en el sueño era bien significativo. Pregunté a la niña, que era muy inteligente, si se dice "la amiga estaba abajo" para decir que jugaban las dos juntas, y en seguida me corrigió: "No, se debe decir: estaba en mi casa". Pero si aceptamos que su modo de expresarse fue correcto, hallamos que el acento cae sobre el "abajo", y que

[4] De mis descripciones se desprende que se trata de una utilización racional, aunque inconsciente, de la excitabilidad de los reflejos de sistemas inferiores de órganos (véase el *Estudio*), o sea, "reflejos que llegaron a ser inteligentes". R. Stern describió fenómenos semejantes a los comentados en este libro como "tensiones preactivas".

encubre la idea de que la rival fue derrotada por nuestra paciente. "La amiga estaba abajo" quiere decir, pues: "Yo estaba arriba" —interpretación que, por lo demás, se corresponde con la actitud general ambiciosa de la paciente. También la palabra "después" señala en la misma dirección. Ese "después" no adquiere sentido si entre las dos imágenes del sueño no se intercala un intervalo temporal, por ejemplo: "Primero tengo que superar a mi amiga, *después* jugaremos juntas".

Nuestra opinión se ve confirmada por los antecedentes del acceso que precedió al sueño. Las dos niñas solían jugar al "papá y la mamá" o al "médico". Ese día, antes de iniciar el primer juego disputaron sobre cuál de ellas desempeñaría el papel de padre, hasta que finalmente intervino el padre de la paciente para reprocharle su obstinación y que siempre pretendiera que fuese la amiga quien debía ceder. Esa vez la amiga hizo el papel de papá en el juego. El ataque sobrevino poco después, al sentarse la familia a la mesa. No comió nada y fue conducida a la cama, por excepción, al dormitorio de los padres, donde de ordinario dormía su otra rival, la hermana menor. El sueño continúa desarrollando la tendencia que motivó el ataque: la paciente se atribuye el papel masculino y nos demuestra que identifica su afán de imponerse con la masculinidad. La representación de lo femenino como lo derrotado mediante la palabra "abajo", confirma de manera inequívoca esta interpretación. Antes de que naciese su hermana, siempre que se sentía indispuesta la paciente dormía en el dormitorio de los padres. Cuando yo le transmití las quejas de su hija, la madre nada dijo en su descargo, pero obró ascertadamente, confinando a ambas niñas de su dormitorio. También en este caso se aprecia cómo los rasgos de carácter de la niña se desarrollan en la dirección de la protesta viril; constituyen puestos muy avanzados que cumplen el cometido de defender a la paciente, con mucha antelación, contra toda experiencia de tipo femenino, contra humillaciones y disminución de su sentimiento de personalidad. El ulterior desarrollo satisfactorio de la niña sólo fue interrumpido una vez por un hurto insignificante de golosinas, del cual hizo víctima a una amiga (una vez más su irrefrenada apetencia instintual). Poco después el padre de la paciente cayó en la manía de creerse postergado por sus hermanos. Quien conoce la vanidad maniá-

tica (aun en sus "períodos sanos") comprenderá que el medio en que vivió la paciente era harto viciado.

Una afección similar —bien conocida por los médicos— son los vómitos en la escuela, al sentarse a comer o poco después de la comida. En su estructura psíquica se asemejan al estado patógeno que acabamos de describir, pues se trata de un artificio consciente, o que se hizo inconsciente, destinado a sustraerse a una humillación inminente, a hacerse valer y a evitar decisiones. Un grado más pronunciado de esta actitud combativa mediante el rechazo del alimento, lo encontramos en la "huelga del hambre" neurótica en jovencitas que luchan por imponerse en su medio como figura principal.

2) Un muchacho de 13 años manifiesta desde hace tres una notable indolencia que, a pesar de su innegable inteligencia, perjudica su rendimiento escolar. Desde hace unos cuantos meses exhibe un carácter llorón, particularmente cuando se lo exhorta en cualquier sentido. El padre y la madre lo trataron desde siempre con severidad excesiva, pero sus amonestaciones se referían a la lentitud que el muchacho tenía para comer y vestirse, y especialmente a su exagerada pasión por la lectura [5]. En los últimos tiempos el chico rompía a llorar cada vez que le recordaban cualquier cosa o lo urgían para que se apurase. La consecuencia de ello fue que los padres procedieron con mayor prudencia, si bien, dada la desmedida indolencia del chico, no creían poder prescindir de las amonestaciones por completo.

Su último acceso de llanto sobrevino cuando sus padres le pidieron que se apurase más para llegar al colegio a tiempo, luego de verle media hora frente al espejo cepillándose con exagerada vanidad sus rebeldes cabellos. El análisis reveló que mediante medidas escrupulosas buscaba asegurarse contra penosas humillaciones. El muchacho se hacía amargos autorreproches a causa de ciertos pueriles excesos sexuales cometidos en compañía de otros chicos y chicas. Temía sobre todo que lo descubriesen sus padres, y su miedo se acentuó enormemente a partir de cierta noche en que, en estado sonambúlico, entró en el cuarto de la servidumbre,

[5] Esta pasión es a menudo señal de inseguridad frente a la escuela, que se expresa más claramente por las "rabonas", dejadez y vagabundeo. Véase Adler, "Wo soll der Kampf gegen die Verwahrlosung einsetzen!", en *Soziale Praxis*, Viena, octubre 1921.

encontrándose a la mañana siguiente, con gran asombro de su parte, en el lecho vacío de la cocinera. Este sonambulismo —como todos los otros casos que pude analizar— fue provocado por la protestaria rebelión contra un sentimiento de humillación. La víspera, en razón de su bajo rendimiento, sus padres lo habían sacado del colegio, y lo habían hecho ingresar en la escuela normal. La impresión de este acto de sonambulismo y el temor de que en el sueño pudiera traicionarse a él y a sus amigos (al igual que todos los sonámbulos, durante el sueño hablaba en voz alta) fueron muy intensos y lo llevó a tomar enérgicas medidas de precaución. Esas medidas consistieron especialmente en nimiedades destinadas a causar buena impresión y en accesos de lágrimas para alejar a sus padres. Así asistimos a los tímidos comienzos de un proceso obsesivo.

Efectivamente, en su tendencia aseguradora el niño desarrolló inclinaciones ascéticas como expresiones de autotortura, y en su comer desganado —relacionado con la idea de "abstinencia"—, buscaba poner freno a sus impulsos sexuales. De constitución ya débil, el chico decayó en tal forma que los padres debieron intervenir para que se alimentase mejor; entonces se puso de manifiesto su tendencia aseguradora, tan penosamente adquirida. Fue así como se estableció la asociación psicomotora entre los reproches paternos y los llantos con los cuales procuraba imponerse sobre su ambiente.

También su pasión por la lectura derivó de su originaria tendencia aseguradora. La inseguridad que enfrentó en la pubertad lo llevó a una afanosa consulta de la enciclopedia, en busca de consuelo, instrucción y garantía contra las enfermedades. Por este camino llegó a reunir una extraordinaria información acerca de los problemas sexuales. Ya en vías de asegurarse por los libros, exageró esta propensión, en primer término porque sus admirados hermanos mayores solían leer mucho; en segundo término porque con esa afición contrariaba a sus padres, sus opresores, y finalmente, porque en la lectura podía satisfacer su original protesta viril identificándose con los héroes literarios, participando en sus empresas y hazañas. En lo que concierne a su sonambulismo, éste fue expresión de su desavenencia con sus padres, a los cuales acusaba de "tratarlo como a una sirviente". Señalaré de paso que he podido observar que cuando los hebefrénicos quieren demostrar su ineptitud para tareas más o menos ele-

vadas, o reaccionar ostentativamente contra un sentimiento de humillación, adoptan voluntariamente una conducta semejante a la de los criados.

3) El tercer caso es el de una tos ferina prolongada de un chico de 11 años todavía neurótico. Era un niño rebelde y colérico, que vivía pendiente de conquistarse al padre, en tanto pintaba a su madrastra como su cruel enemiga. El padre, hombre muy sensible, mostrábase exageradamente preocupado por cada acceso de tos del chico. Una mañana, cuando la madrastra amonestó al chico por haberse orinado otra vez en la cama, éste saltó del lecho riendo y como desquiciado, corriendo desnudo por la habitación. Alarmado, el padre tomó al hijo jadeante en brazos y lo acostó de nuevo en la cama sin ahorrar recriminaciones a su mujer. Un violento acceso de tos, parecido a la ya curada tos ferina, dio punto final a esta escena y promovió una viva discusión entre el matrimonio. Esa noche, al acostarse, el niño volvió a excitarse y se puso a saltar en la cama hasta quedar jadeante. La interpretación de este acceso no era difícil: el muchacho trataba de provocar una vez más las recriminaciones paternas contra la madrastra y de atraerse al padre en su favor. Un tratamiento breve y la revelación de su finalidad puso término a sus accesos, aunque la tos ferina perduró todavía unos seis meses más. Por lo demás, el muchacho quedó, en rigor, sin tratar. Años más tarde me enteré que había cometido un hurto de considerable importancia.

Mecanismos análogos a los descritos forman la base de la idea de suicidio, que no llega a realizarse a causa de que el individuo advierte la interna contradicción implícita en esta forma de protesta viril. En la idea de suicidio el consecuente pensamiento en la muerte, en el no ser, en la humillante perspectiva de transformarse en polvo, de perder por completo la personalidad, produce una reacción psíquica antagónica. Las inhibiciones de carácter religioso, el sentirse impedido por el horror al castigo divino no son, por lo común, más que una argucia encubridora del miedo a transformarse en nada. Hamlet, prototipo del hombre que duda de su masculinidad, del hermafrodita psíquico, anticipándose en el pensamiento, él mismo, conscientemente, introduce los obstáculos que se oponen a su protesta viril, pero se rebela dialécticamente contra su femineidad siguiendo la línea masculina del asesinato. Hamlet se aseguraba contra el suicidio

conjurando aquellas imágenes "que puedan sobrevenir durante el sueño, después de sacudirnos nuestra parte terrenal". Pero en la escena del cementerio, cuando comprueba que el cráneo de Yorik no vale más que las mondas calaveras de los demás, descubre su verdadero horror [6].

Desde hace ya mucho vengo sustentando la opinión de que el suicidio constituye una de las formas más intensas de la protesta viril, un medio de definitivo aseguramiento contra la humillación y un acto de venganza contra la vida. En los casos que yo conocí (en su mayoría intentos de suicidio) siempre se puso en evidencia una estructura psíquica neurótica. Como en todo neurótico, encontré señales de inferioridad orgánica, sentimientos de inseguridad y de inferioridad desde la infancia, sentimiento de tener rasgos demasiado femeninos y, como reacción, una exacerbada protesta viril. El individuo se orienta según un modelo más o menos próximo. El más fuerte punto de apoyo psíquico lo constituyen los comunes pensamientos de muerte que se dan en el niño como expresión de descontento. Estas vivencias suministran la base de una constante disposición al suicidio y actúan de manera preparatoria, pues bajo la presión del ideal de personalidad van formando la fisonomía psíquica del individuo. En los antecedentes de los candidatos al suicidio se encuentran las ya conocidas tendencias a ganar influencia mediante una enfermedad, y la complacencia en fantasías que representan el dolor que su muerte produciría en sus allegados —fantasías que sobrevienen cuando el individuo experimenta una humillación, cuando su amor es rechazado, etc. Más tarde viene la realización de la idea suicida, cuando la vida lo enfrenta con una situación de más pronunciada desvalorización de su personalidad, suficientemente fuerte como para que el individuo pase por alto la contradicción inherente al suicidio (la humillación que para él mismo entraña la muerte). Debemos, pues, dar la razón a aquellos autores que en el suicidio ven un fenómeno semejante a la manía. Con esta

[6] A lo que parece, el sentido de la tragedia de Hamlet ha quedado oculto hasta nuestros días. Como muchos otros dramas de Shakespeare, *Hamlet* representa una búsqueda de la línea limítrofe que en nuestra cultura existe entre el asesinato permisible y el asesinato vedado. A los comentaristas de *Hamlet*, que monótonamente subrayan sólo la indecisión del héroe, desearía preguntarles si la decisión de asesinar a un tío les habría sido a ellos más fácil que a Hamlet.

opinión concuerdan perfectamente mis observaciones y las de Bartel acerca de las inferioridades orgánicas, particularmente del aparato sexual.

Si bien no siempre constituye una barrera para el suicidio, la neurosis ofrece empero contenidos aptos para neutralizarlo. El hecho de que durante años enteros el neurótico se ocupe del suicidio, parece constituir una señal y una de las causas de esa neutralización. Los pensamientos y sueños del neurótico están, en efecto, impregnados de ideas sobre la muerte. Un neurótico al que trataba por tartamudez e impotencia psíquica, tras haber aguardado todo el día en vano una carta de su novia, soñó:

"Tuve la sensación de haber muerto. Mis parientes se agruparon alrededor de mi ataúd, muy consternados."

El paciente recuerda haber tenido en su infancia frecuentes deseos de muerte a causa de la preferencia que sus padres demostraban hacia su hermano menor. Siempre se vio perseguido por la idea de su inferioridad y por el temor de no poder engendrar hijos a causa de un hidrocele y de otras anomalías de sus órganos genitales. Más tarde trató de asegurarse contra las desventuras matrimoniales degradando a las mujeres y desconfiando de ellas. En realidad, se sentía demasiado débil y con miedo a la mujer. A partir del momento en que temió que en el matrimonio su sentimiento de personalidad se viese sometido a test, se sustrajo a toda decisión gracias a una actitud que llegó a expresarse en forma motora: la impotencia, que —como un mero expediente para postergar el matrimonio— se presentó en el momento en que su novia le dio el "sí". El sueño refleja la idea de que su novia pudiera preferir a otro, y a este pensamiento sigue el intento de una solución para monopolizar todo el amor de la muchacha y, al mismo tiempo, evadirse del matrimonio —tal como lo había hecho ya antes mediante su impotencia. Pero sólo llegó a una solución, la que testimonia su propia importancia: la de la desesperación de sus parientes.

Capítulo XIII

Sentimiento de Familia del Neurótico. Terquedad y Obediencia. Mutismo y Locuacidad. Tendencia a la Conversión. Sustitución de Rasgos de Carácter por Aseguramientos, por Medidas de Precaución, por la Profesión y por el Ideal.

En este capítulo me referiré a ciertos rasgos de carácter del neurótico que en el examen psicológico se acusan en primer plano, si bien sólo inciden sobre la fachada exterior de la neurosis. Contribuyen únicamente a construir la fisonomía neurótica, confiriéndole así una especial orientación o determinando el destino del individuo al chocar éste con su ambiente.

Tal es el caso de un pronunciado sentido de familia, bajo el cual subyace el rasgo más profundo del neurótico orgullo de linaje, a menudo incongruente. Al igual que el temor a las enfermedades hereditarias, este orgullo de casta constituye un simple recurso para sustraerse de las obligaciones sociales que imponen el amor y el matrimonio. Este mismo resultado se logra también por el enamoramiento en algún miembro de la familia, o en toda la familia a la vez. Este amor nace, pues, bajo la presión de la ficción directriz, así como de su temor a la decisión en lo que respecta a la pareja sexual. Tal dispositivo se utiliza además para sojuzgar a la familia con el argumento de los "sagrados vínculos familiares". La continuación lógica de esta acentuación del sentimiento de familia del neurótico suele ser la ruptura con la familia, y se produce cuando la tendencia aseguradora, urgida, necesita probar que "ya no se puede confiar ni en los de la propia sangre". La línea directriz de la misantropía y la fuga a la soledad es bastante frecuente, y se destaca más claramente en la psicosis [1]. La vinculación de los neuróticos con la

[1] En general el neurótico está más estrechamente unido a su familia que el hombre normal. Su temor a la comunidad lo hace

familia paterna muchas veces se mantiene aun después de casados. Para ellos "mi casa" no designa su casa conyugal, sino la de los padres. Muchos la añoran e inclusive sueñan con ella en tal forma que denuncian su evidente preferencia y una intencionada puja contra el cónyuge. También el duelo desmesurado, mórbidamente exagerado, por la muerte de un consanguíneo, contiene una intención agresiva similar. Asimismo el mencionado orgullo de casta sirve de arma muy adecuada para la lucha contra el cónyuge.

A veces la vinculación con la familia se mantiene debido a que el paciente no ha liquidado aún su pugna contra los padres y continúa combatiendo por su paridad o su predominio. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el individuo aplica su sentimiento familiar para reducir su radio de acción y excluirse de la comunidad toda vez que se ve amenazado por una reducción de prestigio demasiado dolorosa para él. Conocí a una jovencita sumamente ambiciosa que lograba una máxima vinculación con su familia mediante ideas obsesivas que se sucedían una a otra: la fealdad de sus orejas, de sus dientes, de su cabello; más tarde el temor de pasar por homosexual y, después de ciertas lecturas sobre psicoanálisis, el temor de ser considerada incestuosa. Su ereutofobia y su temor de ser descubierta suprimía todo contacto con otras personas.

La subordinación de los rasgos de carácter a la ficción directriz se percibe con particular claridad en la cupla de opuestos terquedad-obediencia [2], rasgos que solos o combinados contribuyen mucho al colorido del psiquismo neurótico. El examen de estos rasgos —construidos por abstracción de impresiones neutras o reales del período preneurótico, agrupadas según principios neuróticos y elaborados como líneas de orientación— nos instruirá acerca del origen, significado y finalidad del carácter. La teoría del innatismo del carácter carece de toda base, pues el sustrato real del carácter o lo que hubiese de innato, se transforma en la psicogénesis hasta adecuarse a la idea directriz. Terquedad y obediencia no son más que *actitudes* psíquicas que, tal como los otros rasgos de carácter, muestran el salto desde un inseguro pasado hacia

---

retroceder una y otra vez al seno familiar, donde busca la superioridad que no se atreve a buscar en un círculo más vasto. Siempre que encontramos al neurótico en sociedad observaremos su tendencia a retrotraerse al círculo familiar.

[2] Véase Adler, "Terquedad y obediencia", en *Curar y educar*.

un futuro promisorio de seguridad. Desde este punto de vista comprendemos toda "voluntad" como un esfuerzo tendiente a compensar un sentimiento de inferioridad, al que la apercepción "masculino-femenino" inherente al pensamiento humano concibe como viril.

De ahí que en los neuróticos la timidez, como expresión del temor a la decisión, vaya a menudo acompañada de mutismo que, entre otras, cumple la función de una capa aisladora que no ofrece blanco alguno de ataque a los demás. El neurótico silencioso suele exhibir su superioridad y su tendencia depreciadora haciendo de aguafiestas, o bien, mostrándose parco en palabras e ideas procura demostrar a los demás que le son inferiores y, en particular, ineptos para todo amor o matrimonio eventuales. Cuando, por el contrario, adopta una actitud de reforzada locuacidad, debe interpretarse que el neurótico procura testimoniar su incapacidad para guardar cualquier secreto. En el neurótico locuaz la agresividad y desprecio hacia los demás suele expresarse en una impaciente e indiscreta tendencia a cortarle a cada momento la palabra a su interlocutor. Esa intención se hace bien manifiesta en la frecuencia con que inicia sus observaciones con las expresiones "no", "pero", "al contrario", "en cambio". Todos estos casos trasuntan el propósito de aumentar la distancia entre él y los otros.

Un rasgo de carácter, al que la neurosis debe mucho de la agudeza e importancia que la caracteriza, es la tendencia a quererlo todo de otra manera, de quererlo todo diferente, todo al revés. Este rasgo, que jamás falta y que, junto con la terquedad y el negativismo, constituye una de las más intensas expresiones de la protesta viril, se encuentra tanto en las tentativas compensatorias como en la tendencia a valerse de artificios neuróticos. Es inherente al egotismo y a la tendencia depreciadora neurótica, y un arma adecuada en la lucha contra el ambiente. Si bien presenta el cuadro opuesto al conservatismo y a la minuciosidad, tan frecuentes en los neuróticos, no obstante, al igual que ellas le permite al neurótico satisfacer su afán de dominio. Esta tendencia a la variación y a la inversión se halla siempre en el fondo de la protesta viril, siempre que ella esté construida sistemáticamente y con arreglo al antagonismo neurótico. "La voz popular —dice E. Fuchs en su obra *Frau in der Karikatur*— caracteriza así la esencia de la dialéctica femenina: aquello

que quiere las cosas siempre distintas a como son". Algo de esta extravagancia se trasluce siempre, aunque a menudo encubriéndose con pretextos, en la vestimenta, las costumbres, la actitud y los movimientos. Una de mis pacientes se revolvía tanto mientras dormía, que por la mañana despertaba con la cabeza a los pies de la cama. También en estado de vigilia intentaba hacerlo todo al revés. Su expresión predilecta para objetar las opiniones ajenas, era: "al contrario". Los pacientes de este tipo denuncian con suma claridad el deseo de estar arriba, de jinetear, de "llevar los pantalones". Esta tendencia neurótica a la contradicción, equivalente al negativismo de los catatónicos, se mantiene desde el principio hasta el final mismo del tratamiento psicoterapéutico, y se extiende hasta a sus más nimios detalles. Suele manifestarse por el deseo de que no sea él quien visite al médico, sino al revés, así como en la tendencia a alterar constantemente la hora del tratamiento. Frente a este oposicionismo corriente conviene que el psicoterapeuta se abstenga de manifestarle un pronóstico favorable de neurótico, y mucho menos señalarle fecha a la terminación del tratamiento, aun cuando esté completamente seguro de sus previsiones y de sus cálculos, pues, si no procede así, el paciente procurará maniobrar en descrédito del psicoterapeuta.

Los enfermos tratan de transformar el arriba en abajo, la derecha en izquierda, lo anterior en posterior, pues la ficción directriz exige "conversiones", es decir transformar lo femenino en masculino. Le "da vuelta" a las palabras, invierte la escritura (escritura en espejo), la conducta moral, el papel sexual, el sueño (soñar en antagonismos y en orden invertido), y el pensamiento, todo con arreglo a sus fines de agresivo oposicionismo. Este artificioso comportamiento masculino encierra algo de odio destructor.

La utilización de esta "conversión" en la superstición (por ejemplo, burlar el destino esperando lo contrario de lo que se desea —rasgo harto frecuente en el neurótico, que demuestra toda su inseguridad y precaución) nos conduce nuevamente al tema de la precaución neurótica, poniendo en descubierto su enorme importancia y trascendencia en la vida del enfermo [3].

Alrededor de este núcleo cauteloso pueden agruparse

[3] Véase Adler, "Sifilofobia", en *Práctica y Teoría de la Psicología del Individuo.*

—según la tolerancia de la imagen directriz o según las circunstancias— rasgos de veracidad o de mendacidad, que expresan la aspiración a una completa masculinidad, en el primer caso de manera rectilínea, en el segundo mediante atajos y rodeos. Muy ligados a estos rasgos se dan el disimulo y la franqueza. Una tendencia aseguradora pronunciadamente anticipante ostenta el rasgo de ser quejoso y sensible al dolor, destinado a demostrar a los demás, y a sí mismo, que entre las situaciones que ofrece la vida sólo puede elegir las exentas de dolor. Es obvio que la anticipación de los dolores del parto desempeñan un importante papel en la construcción de esta línea directriz. En una paciente en estado crepuscular en una lactopsicosis he podido observar la inequívoca imitación .de los movimientos de parto. Con todo realismo estos movimientos traducían la idea que la paciente venía abrigando desde años atrás: no tener que dar a luz —e iban dirigidos contra el nacimiento de un segundo hijo.

Con la precaución se emparentan los fenómenos —ya tantas veces subrayados en esta obra— de la duda, la vacilación y la indecisión de los neuróticos. Estos rasgos se presentan regularmente al obrar la realidad sobre la ficción directriz, de forma tal que en esta última surgen constantes contradicciones; en otros términos, cuando, por intervención de la realidad, el neurótico se ve amenazado por una derrota o por una pérdida de prestigio. Entonces no le queda sino escoger entre tres posibilidades, dependientes de la fuerza de la meta directriz ficticia, y que determinan el aspecto que desarrollará la neurosis. La primera posibilidad es estabilizar la duda y la vacilación como base de operaciones, elección que realizan los neurasténicos, en la manía de la duda y en la psicastenia, provocando una interrupción total o parcial de toda operación. La segunda posibilidad es construir un sentimiento de veracidad[4] y abandonar la lógica para sustancializar y divinizar la ficción, elección ésta que conduce a la psicosis. La tercera posibilidad es modificar la forma de la ficción, interponiendo una distancia entre el individuo y las exigencias de la vida mediante fenómenos de angustia, debilidad, dolores, etc., es decir, sirviéndose de un rodeo neurótico con medios protestarios femeninos.

La piedra de toque del arte del psicólogo es la compren-

[4] Kanabich ("Zur Pathologie der intelektuellen Emotionen", en *Psychotherapia*, editado por N. Wirubof, Moscú 1911) se acercó a esta opinión sustentada por nosotros.

sión del antagonismo y del sentido social de los fenómenos neuróticos, psicóticos y "normales". En la actitud arrogante de la presunción, el psicólogo debe saber reconocer la extrema vergüenza del débil; en la terquedad y en la crueldad, la reacción contra la obediencia y la blandura; en la masculinidad ostentativa el horror al papel femenino; en el delirio de poder y sus convulsiones, el terror a la derrota. Y todos estos fenómenos el psicólogo deberá examinarlos desde el punto de vista del sentimiento de comunidad: se acercará a la vida anímica del hombre preguntando (según una bella sentencia de Jerusalén), como Joab, "¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?"

Nunca debe esperarse del neurótico que siga la línea: "Tu palabra sea, sí o no; todo lo demás es malo." Tamaña sencillez no cabe dentro del fuerte antagonismo de su pensamiento y de su acción en intensificada lucha por hacerse valer. Según la coyuntura del momento, y sin perturbar la unidad de su voluntad de poder, se pondrá de relieve ora el abajo, ora el arriba. Por otra parte, si así lo exige la unidad de la personalidad, también puede suceder que un rasgo de carácter se vea total o parcialmente relegado al "inconsciente". Pero aun cuando este rasgo sea consciente, es inconsciente desde el punto de vista psicológico, pues, culpable y al mismo tiempo inocente, el paciente cierra sus ojos ante los resultados, ante su consecuente reducción del sentido de comunidad. Por tanto, frecuentemente se tropezará con fenómenos inclasificables dentro del esquema común de los rasgos de carácter, que no revelan su origen más que examinándolos en su conjunto. Si luego de encerrarme en mi casa, de echarle tres candados a la puerta, de haberme pertrechado con armas de fuego, y de hacerme custodiar por perros y policías, afirmo que no siento miedo, tengo y no tengo razón: mi miedo se ha quedado en la puerta fortificada. Hemos visto ya que la depresión, el temor a enfermedades y a la muerte, a los espacios amplios, puede ocultar una enorme presunción; que la predilección por la casa paterna suele encubrir una hostilidad contra el cónyuge; que la elección de la profesión revela determinado rasgo de carácter; que la costumbre de llegar siempre tarde, o la tartamudez, pueden ser la expresión del temor a tomar decisiones... Sólo un iluso podrá pretender encerrar la psique humana en una doctrina científica. La Psicología del Individuo es un arte.

CONCLUSION

Nuestro estudio ha demostrado que los rasgos de carácter, tal como se manifiestan en la vida del hombre, deben ser considerados como líneas directrices para el pensamiento, el sentimiento, la volición y la acción; como artificios de la psique humana que acusan su mayor relieve cuando el individuo intenta salir de su inseguridad y realizar su idea directriz ficticia. El material para la formación de los rasgos de carácter está latente en todas las regiones de la vida psíquica, y las diversidades congénitas se diluyen bajo la acción uniforme de la ficción directriz. El objetivo y la dirección de los rasgos de carácter se reconocen fácilmente en las líneas originarias: rectas, combativas, agresivas. Pero las necesidades y dificultades de la vida imponen modificaciones al carácter, excepto a aquellas construcciones adecuadas a la idea de personalidad. Así se forman los rasgos de precaución y vacilación, que se desvían de la línea recta, aun cuando su dependencia de la ficción directriz se hace patente por la forma en que el enfermo se aferra a ellos.

La neurosis y la psicosis son intentos de compensación, esfuerzos constructivos de la psique que resultan de la idea directriz reforzada y exaltada del niño afectado de alguna inferioridad. Su inseguridad con respecto al futuro y al éxito en la vida le impele a realizar mayores esfuerzos y aseguramientos en su plan de vida ficticio, así como también a desviarse de los problemas vitales. Cuanto más precisa y rígida sea su imagen directriz, su imperativo categórico, tanto más dogmáticamente trazará las líneas directrices de su vida, y cuanto mayor sea su previsión, tanto más lejos en el futuro proyectará sus hilos de pensamiento, instalando en los puntos terminales, allá en la periferia, donde habrá de producirse el choque con el mundo exterior, a manera de alertas centinelas de avanzada, los rasgos de carácter necesarios a sus

disposiciones psíquicas. El rasgo de carácter del neurótico, con su tremenda sensibilidad, se apodera de la realidad para transformarla o someterla a su ideal de personalidad. Cuando se vislumbra la amenaza de una derrota, los dispositivos y síntomas neuróticos entran en acción impidiendo el despliegue de la acción peligrosa.

Buena prueba del insignificante papel que el sustrato congénito desempeña en la formación del carácter, lo da el hecho de que la ficción directriz reúne y agrupa sólo aquellos elementos psíquicos utilizables, sólo aquellas aptitudes y recuerdos que armonizan con el objetivo final. La ficción directriz ejerce una ilimitada influencia sobre la organización neurótica de los elementos psíquicos, eligiéndolos según su grado de utilidad. La ficción obra sobre la psique como si ella fuese un material estático. No podemos calificar a una persona de neurótica hasta que su perspectiva neurótica haya adquirido eficacia, mientras no haya concluido la formación de los rasgos de carácter y dispositivos neuróticos y no se halle asegurado el camino que conduce al ideal directriz. La psique neurótica nos enseña con mayor claridad que la psique normal que: "la gran existencia que nos rodea y nos penetra, es atravesada por un gran futuro que tiende hacia la existencia perfecta". (Hildebrandt.)

Nosotros concebimos el carácter como un "patrón inteligente" que utiliza la imagen directriz y del cual se sirve tanto la tendencia aseguradora como las disposiciones afectivas y las disposiciones neuróticas a la enfermedad. La tarea de la Psicología del Individuo es captar la significación de este patrón, comprenderlo según su psicogénesis analógica, entenderlo como símbolo del plan de vida, como un valor metafórico. Pues si descomponemos el carácter hallaremos concentrados simultáneamente en un solo punto el pasado, el presente, el futuro y el objetivo final.

Siempre se comprobará que los neuróticos se aferran con fuerza a sus moldes de seguridad, a su plan de vida, con mayor energía aún si presienten que, de abandonarlos o de verse forzados a modificarlos, caerían derrotados, abajo, castrados. El tratamiento psicoterapéutico deberá, pues, desbaratar ese prejuicio neurótico, hacer comprender al enfermo que su rígida actitud oposicionista, su postura contra el médico, no es sino producto del viejo molde neurótico: de la exacerbada protesta viril.

Por tanto, podemos afirmar ahora, como nuestra conclu-

sión final, que ilumina también nuestro punto de partida, lo siguiente: *el destino de los órganos inferiores y de los fenómenos neuróticos deben considerarse como símbolos de fuerzas creadoras que tratan de realizar un plan de vida que el enfermo mismo se ha trazado con grandes esfuerzos y artificios.*

Uno de estos destinos es la psiconeurosis, variante antagónica al sentido de comunidad y a la adaptación al ambiente; actitud intransigente que impide el normal desarrollo en la vida. La psiconeurosis es un resultado de la vanidad y su objetivo final es preservar al individuo de la colisión entre su objetivo en la vida y la realidad.

Así queda establecida la base que hace de la neurosis y psicosis una unidad.

Nuestra Psicología del Individuo —que en un sentido más profundo es una *psicología de posiciones*—, ha descubierto toda la fuerza de tentación que para la vida anímica encierra la constitución. Nuestra psicología situacional no podrá ser sustituida por ninguna *psicología de disposiciones*, que ignora —o da por tácitamente sentados— los vínculos que unen la inferioridad orgánica y la vida anímica a través del sentimiento de inferioridad.

APÉNDICE

TIPOLOGIAS ADLERIANAS

A la Psicología adleriana le interesa el individuo, no el tipo. Su técnica de exploración busca en cada hombre lo que tiene de único y de exclusivo: el conocimiento de su personal estilo. De ahí que Adler no haya cultivado la tipología con intención específica ni se la incluya entre los sistemas tipológicos. No obstante, Adler entiende que en la práctica no es posible orientarse en el conocimento del individuo, con sus infinitas variedades, sin suponer algo típico, a título provisional, a manera de hipótesis de trabajo, a sabiendas de la necesidad de establecer luego con la mayor precisión las diferencias del caso individual. Tal la función metodológica y la utilidad instrumental que Adler le atribuye a las tipologías en el campo práxico: suministrar una comprensión previa de lo típico que ilumine el campo para la investigación ulterior; un enfoque de aproximación preliminar al diagnóstico individualizado, a la tarea esencial y más difícil: el hallazgo de lo individual. Éste es el sentido de los varios bocetos tipológicos que Adler ofrece aquí y allá. En efecto, Adler no ha construido un sistema único, rígido y acabado de tipos, sino que ha bocetado varios, en algunos casos apenas delineados, pero, pese a su mayor o menor incompletud, construibles sobre la base de su doctrina, donde ellos encuentran un sólido respaldo. Lo dicho explica los motivos y la índole de la tarea de organización del pensamiento tipológico de Adler que nos hemos propuesto en este capítulo, incorporado en este libro por creerlo su más adecuada residencia.

Podemos señalar las siguientes tipologías, que por derivar de puntos de vista y momentos distintos de un mismo enfoque, están, en rigor, interrelacionadas y son en gran parte complementarias:

- *Tipología infantil*
  - Según la Constelación Fraterna
    - Niño Unico
    - Niño Primogénito
    - Niño Segundo
    - Niño Menor
    - Etc.
  - Según Factores Neuropáticos
    - Niño con inferioridad orgánica
    - Niño Mimado
    - Niño Detestado
  - Según Líneas Neuróticas
    - Activo
    - Pasivo
- *Tipología actitudinal*
  - Tipo Directo
  - Tipo Sinuoso
  - Tipo Moroso
  - Tipo Fugitivo
- *Tipología del hombre en general*
  - Según Animo
    - Optimista
    - Pesimista
  - Según Líneas
    - Acometedor
    - Acometido
- *Tipología de la mujer*
  - La mujer masculina
  - La mujer coqueta
  - La mujer sacrificada

TIPOLOGIA INFANTIL

EL NIÑO SEGÚN LA CONSTELACIÓN FRATERNA

Adler estima que el puesto que el niño ocupa entre sus hermanos constituye uno de los principales factores que intervienen en el moldeo de su personalidad y de su carácter. Este poder de integración y caracterización del individuo deriva de la influencia peculiar y específica que cada una de las posiciones en la serie fraterna ejerce sobre el individuo en sus años formativos, en razón de que cada puesto:

a) instala al individuo en una especial situación vital concreta, lo somete a un régimen de realidad diferente;

b) contribuye a darle al individuo una especial perspectiva experiencial, a través de cuya elaboración, las situaciones generales son vividas de una manera particular.

En otros términos: el puesto en la serie fraterna, por una parte, provee *experiencias específicas*, y por otra, genera una *específica recepción* de las experiencias comunes.

En efecto, las situaciones concretas varían y las experiencias individuales son específicamente elaboradas con arreglo a las múltiples combinaciones de las variables siguientes: 1) *número* de hermanos, 2) *sexo* del niño y de los hermanos, 3) *puesto* del niño en la serie fraterna y 4) *peculiar relación de los padres entre sí y frente al niño*, según las diferencias relativas de edad, experiencia, nivel económico y preferencias y rechazos filiales. Cada combinación entre estos factores configura una situación concreta singular. A continuación examinaremos, entre las innúmeras posibles, sólo las situaciones básicas.

Una de ellas es la *situación unigénita*, la del niño cuya falta de hermanos (en especial si no concurre a un jardín de infantes, y carece de amigos o de familiares de su edad en la vecindad con los cuales entrar en un trato compensatorio de convivencia regular) lo excluye del juego social, de las relaciones del toma y daca, del atacar y defenderse, de la competencia y de la colaboración; en suma, de la realidad humana, pues, con los adultos, en rigor no entra en una relación de genuina comunidad (de paridad), sino de forzosa e invariable dependencia y desigualdad. La *situación plurigénita*, en cambio, por lo general ya desde un comienzo ubica al niño dentro de la dinámica y de la problemática sociales que plantea la convivencia con sus iguales. Por otra parte, como se dijo arriba, aquello que los hechos familiares tengan en común para todos los niños de un mismo hogar (medio físico, clima emocional, comodidades, privaciones, régimen de vida, métodos de educación, etc.) es vivido distintamente por cada uno de ellos según su puesto fraterno, a consecuencia de la reelaboración subjetiva, de la "apercepción tendenciosa" —como gusta decir Adler en este mismo volumen—, que todos estos hechos sufren al cribarse por el tamiz del varón o de la mujer, del mayor o del menor, del preferido o del rechazado. Así, según el caso, ciertos hechos son ora omitidos (pasados por alto), ora distorsionados (exagerados, morigerados, modificados) por la perspectiva individual.

Esta diversidad experiencial influye sobre los dinamismos

de integración de la personalidad (sentimiento autoestimativo, sentimiento de comunidad, afán de superioridad) y a través de todo este proceso, sobre el estilo de vida resultante. Tan profunda y nítida es la huella que la particular situación individual en la constelación fraterna imprime en la personalidad infantil, que según Adler "es posible comprender sin dificultad de qué modo llega el niño a su peculiar manera de ser en virtud de su posición dentro de la serie fraterna". Adler distingue y examina las siguientes situaciones principales: 1. La posición del hijo único; 2. la del primogénito; 3. la del hijo intermedio; 4. la del hijo menor; 5. la del muchacho mayor crecido junto a una hermana; 6. la de la hija o hijo único entre hermanos del otro sexo. A cada una de estas ubicaciones corresponde un tipo, y su colección constituye la galería tipológica más elaborada por Adler, a la que, por otra parte, le ha atribuido un importante papel en su concepción psicogenética.

El hijo único. — Se desarrolla en un marco vital muy diferente del que crece rodeado de hermanos. Este niño nace a un mundo de adultos, y esa ausencia de otros niños en su contorno inmediato configura su peculiar situación. Ello le da a este niño un relieve que Adler destaca muy en especial, y que promovió el estudio ulterior de pediatras, psicopatólogos, psiquíatras y pedagogos (Netter Friedjung, Homburger, Kanner, Christoffel, Stekel, Baudouin, Pototzky, Read, Tramer...). Tal constelación pone al niño a merced de la acometividad adulta, en situación de sujeto exclusivo de la acción y preocupación educacional de los padres, que carecen de otros niños entre los cuales distribuir su tiempo y su afecto, sus ambiciones y sus ansiedades. La situación se agrava cuando, como suele ocurrir, a causa de la edad, enfermedad, dificultades económicas, desarmonía matrimonial, etc., los padres temen no tener ya más niños en adelante, y ansiosos y temerosos de que algo pudiese ocurrirle a ese único hijo, caen sobre él con todo el peso de sus personalidades, de sus fervores, expectativas y preocupaciones. Esta concurrencia de *sobreacción paterna* por un lado y de *ausencia de comunidad infantil* por otro, conforma la especial situación del único, y su tipo especial.

Siempre entre adultos que lo protegen, miman y guían, generalmente con exceso; creciendo entre continuos sobresaltos de padres precavidos y cautelosos, que por temor a perderlo lo cuidan y amparan hasta el absurdo; en suma,

desarrollándose en una casa que gira en torno de él, el astro, este niño va recogiendo impresiones que muy pronto le enseñan a considerarse centro del interés y foco de la atención de todos y a conducirse como algo muy excepcional, como algo "único". Su afán de preeminencia alcanza los más altos niveles. Su fórmula vital es: "Yo soy único, yo debo ser único". Pero, acostumbrado desde un comienzo a que los mayores lo hagan todo por él (a que lo alimenten, vistan, conduzcan, resuelvan todos sus problemas, le hagan sus deberes, le elijan sus amigos, lo orienten, supervisen, reemplacen y protejan en todo) la normal independización de la tutela paterna se ve sobremanera dificultada. Atado a su "cordón umbilical", a "la pollera de su madre", siempre aguarda que alguien lo guíe o ayude y, por lo común, se forma en el sentido de no esperar dificultades de ninguna índole. Vive siempre en una expectativa que podría formularse así: "Ya me sacarán del paso" (véase más adelante el "Niño mimado"). Al mismo tiempo, otra nota contradictoria de su situación objetiva viene a aguzar aún más su sentimiento de inferioridad: él es el más pequeño, el que menos puede, el que menos sabe de su hogar: ello alimenta de continuo un sentimiento de debilidad, de ignorancia, de impotencia. Así se produce un encuentro conflictual de motivaciones: en tanto de un lado su puesto de único moviliza en él un deseo de verse rodeado y agasajado, de ostentar importancia y prestigio, de ser siempre y en todo "único"; por otro, su destacada pequeñez instala un sentimiento de incapacidad y de indefensión, de necesidad de ser protegido, que le hace desear una vida sin fricciones, sin dificultades, agradable, fácil. De ese cruce de tendencias resulta, finalmente, como ideal de vida, un prurito de ocupar el foco de la atención de todos sin tener que realizar esfuerzo alguno de su parte. "Tales individuos, encontrarán siempre dificultades en cualquier actividad independiente, son ineptos para vivir" y fracasan fácilmente.

El hijo primogénito. — El mayor se encuentra en una postura comparativamente favorable para un buen desarrollo de su vida psíquica. En muchas familias, de él se espera que en su hora sustituya al padre, y en los hogares donde el régimen del mayorazgo no rige es, de todos modos, en el nacido en primer término en quien se fía. Tal situación despierta un estado anímico que se expresaría así: "Soy el mayor, el más fuerte, por consiguiente, debo ser más capaz

que todos". Pero el primogénito que durante un cierto tiempo fue único, reinó en la familia desde un puesto privilegiado y adquirió un sentimiento, una actitud y una expectativa de singularidad, de pronto ve llegar otro niño y, súbitamente, se ve desalojado de esa situación excepcional en la que él monopolizaba el afecto, el tiempo y las preocupaciones de sus padres. Ahora se encuentra con que ha sido relegado a una colocación insólita y desagradable —posición que le hace sufrir, tanto más agudamente cuanto mayores ternezas haya recibido y más prolongado haya sido su paradisíaco pasado de único. Esta caída del paraíso, este destronamiento, acucia su afán de superioridad, de "entronizarse" de nuevo, y combate para recuperar su sitial: así se lo ve pugnar abiertamente contra el intruso, compitiendo y tratando de desvalorizar o de desacreditar a su rival, o, como variante, adoptando frente al menor una manera protectora, "paterna", que le permite interponer una defensiva distancia de superioridad. La evolución ulterior del primogénito dependerá en buena medida de que triunfe o caiga derrotado en su lucha por vencer al contrincante y recuperar su prevalencia: si es de tipo enérgico, se hace acometedor, combativo y convierte su existencia en una suerte de "carrera a través de la vida", o bien, en los casos más leves, despliega una indómita manía de dominio. Pero "si no triunfa en la lucha emprendida para alcanzar la supremacía en su universo, propende a tornarse deprimido, quisquilloso, malhumorado, más o menos desesperado, y ulteriormente, al enfrentarse con algún problema de la vida, mostrará su desaliento" [1]. Pero siempre pesará sobre él la impresión de haber sido desplazado, y su protesta contra el "destronamiento" suele manifestarse en su afán autoritario, en una tendencia a valuar en mucho el poder personal, en una inclinación a reconocerlo como justificado y natural y a ponerse, como "guardián del orden", del lado del poder y de la autoridad establecidos en general, a preferir en todo caso la línea conservadora tradicional o, también —siguiendo la variante mencionada arriba—, a tratar indiscriminadamente a los demás como si fueran niños. Siempre buscará el poder y pondrá su amor y su odio a su servicio. Su fórmula es: "Antes cabeza de ratón que cola de león".

[1] Véase Adler, *Characteristics of the First, Second, and Third Children*, 1928.

El hijo segundo. — También este niño crece asimilando impresiones especiales: la de verse precedido por otro, superior en desarrollo y en capacidades, la de sentirse un "segundón" en permanente codicia de igualdad. Así surge en él el sentimiento de rivalidad y la actitud de competencia, tanto más agudos cuando menor sea la diferencia en años que los separe (pues más justificado se siente el afán de igualdad y más enojosas las desigualdades). Su avidez de poder y prioridad lo azuza a contender con el primogénito, y si se cree capaz casi siempre pujará con gran violencia (tanto mayor si su precursor es fuerte), vivirá como "bajo vapor", viendo la vida y haciendo de ella una competencia pedestre en la que debe mantenerse siempre alerta y esforzarse sin descanso por aventajar en el juego y en el trabajo al primogénito o a sus sustitutos. Si en su competencia con el hermano mayor, ya por inferioridad del contrincante, ya por ser él el preferido, sale victorioso desde un principio, el segundo puede evolucionar bien, pero si cae derrotado, se desanima, pierde la esperanza y se vuelve deprimido y malhumorado. Finalmente, ubica tan alto su objetivo de vida que durante toda su existencia padecerá la frustración de una ambición irrealizable que socava la armonía interior y hace que "el individuo pase por alto los hechos verdaderos de la vida a favor de una idea, de una ficción, de una apariencia sin valor", de un espejismo de la imaginación [2]. Casi siempre el segundo está movido por un potente afán de avanzar, por una imperiosa tendencia a destacarse y a alcanzarlo todo con la mayor rapidez. La línea de rivalidad informa su comportamiento; vive acicateado por la presencia de alguien delante suyo. Vive la lucha entre Jacob y Saúl por la primacía. Su fórmula es: "Debo llegar más allá que él".

El hijo menor. — El último hijo es, casi siempre, un tipo particular (aunque si se trata de un "niño tardío" su situación se asemeja mucho a la del único). Se desenvuelve en una situación completamente diferente de la de los demás hermanos: jamás se vio solo ni tiene sucesor, como el primogénito; ni un predecesor único como el segundo, sino a veces una larga serie. Por otra parte, como aquéllos son ya más o menos independientes y desarrollados, y él es el más

[2] Adler: *Conocimiento del hombre,* Espasa Calpe, Madrid, 1940, pág. 147.

necesitado de protección, por lo común vive en un ambiente más blando: sus padres, que comienzan a envejecer, casi siempre lo hacen objeto de preferencias y mimos. (Véase más adelante: "Niño mimado".) Esta constelación incide en su postura frente a la existencia y en la estructura de su personalidad. Se encuentra de ordinario en una circunstancia un tanto contradictoria: de una parte es verdadera "niña de los ojos" de los padres y adquiere el consecuente sentimiento de importancia, pero, de otra, sufre la desagradable posición de ser siempre el más pequeño y el más frágil, de que nunca se lo tome en serio ni se confíe en él, lo cual agrava su sentimiento de menorvalía y habitualmente le hace conducirse como inhibido. Pero esta penosa situación de inferioridad le instiga a empeñarse en "demostrar lo que es capaz", estimula su impulso de valimiento y cada día acusa una más abierta tendencia a superar a los mayores, a rebasar a todos, a vivir como un "corredor en campeonato". A partir de este punto, el menor puede mostrarse como un *corredor animoso,* que si en alguna coyuntura se halla a la vanguardia no soporta que alguien lo aventaje, y que hasta en las menudencias denuncia su "espíritu de rivalidad". Por lo general, será un individuo ávido de lo mejor, afanoso de sobrepujar y de descollar por encima de los demás. La alternativa es el *corredor desalentado:* un menor, con el mismo afán de dominio que el anterior, pero que —a veces, a raíz de una constelación fraterna adversa— no ha desplegado suficiente actividad y confianza en sí mismo como para sobrepasar a sus hermanos, pierde el valor, se acobarda, se cohíbe, se retira y se hace perezoso. A este tipo descorazonado cualquier tarea le parece excesiva y apela siempre a disculpas y justificaciones para eludir sus deberes. No emprende nada, malgasta el tiempo, trata de soslayar la lucha directa por la superioridad y de lograr su objetivo en un plan completamente distinto, en una forma de vida y en una profesión donde no tenga que temer la confrontación fraterna. Su ambición temerosa lo desvía del campo abierto de la vida a fin de escudarse de todo peligro de someter a prueba su capacidad. Ni el "corredor animoso" ni el "corredor desalentado" suelen ser aptos para la convivencia humana: el animoso gusta emprender las cosas en relación de competencia y "sólo podrá conservar el equilibrio a costa de los demás"; el desalentado "padece durante toda su vida bajo el senti-

miento insoportable de su inferioridad y de su falta de adaptación" [3].

HIJO MAYOR JUNTO A UNA HERMANA. — El muchacho mayor que crece junto a una hermana más pequeña a menudo enfrenta una situación difícil. En la rivalidad que se suscita entre ambos, es la niña, favorecida por el desarrollo durante los diecisiete primeros años, quien por lo general progresa física y mentalmente con mayor rapidez. Su sentimiento personal repetidamente amenazado da lugar a la consiguiente defensa del prestigio y del orgullo masculinos; ello expone al sentimiento de comunidad del varón a graves perjuicios y suele hacerle perder el ánimo y conducirle por caminos erróneos.

HIJO MENOR ENTRE MUJERES. — En este hogar domina, desde luego, un clima femenino. El varón se encuentra frente a una "falange cerrada", se siente postergado, y su afán de valimiento tropieza con las mayores dificultades. No se hace perfecto cargo del privilegio de que goza la masculinidad en nuestra cultura y fácilmente puede sentir el papel masculino como el más desvalido. Así pierde su ánimo y confianza, se cohíbe y acobarda, o bien su peculiar situación se constituye en incentivo para acometer las más extraordinarias empresas.

La tipología adleriana de la constelación fraterna constituye uno de los capítulos de la Psicología del Individuo más considerados por los investigadores independientes y que mayor difusión ha alcanzado. Gran parte de los estudios que a su respecto realizaron pediatras, psicólogos, psiquíatras y pedagogos, han girado en torno de la cuestión de las ventajas y desventajas relativas de las diferentes posiciones desde el punto de vista de la higiene mental.

EL NIÑO SEGÚN FACTORES NEUROPÁTICOS

Desde el punto de vista de los principales factores que determinan la neurosis, esto es, que exacerban los sentimientos de inferioridad y el afán de superioridad y que dificultan el adecuado desarrollo del sentimiento de comunidad, Adler distingue tres tipos de niños especialmente propensos a la neurosis: 1) el niño físicamente inferior, 2) el niño mimado y 3) el niño detestado.

[3] Adler: *Conocimiento del hombre*, obr. cit., págs. 145-6.

El niño con inferioridad orgánica. — Deben incluirse aquí los niños con déficit somáticos viscerales, funcionales y estéticos. Los niños dismórficos, con defectos corporales morfológicos ligeros (feos, raros) o graves (lisiados, deformes), o con minusvalías viscerales o funcionales viven dificultades, frustraciones y fracasos que suelen conducirles a trastornos de la personalidad y del carácter. El niño débil, acosado por diversas enfermedades, el niño torpe, con dificultades de movimiento y el dotado de órganos deficientes, desenvuelven toda su vida psíquica influidos por su deficiencia somática, que afecta y se manifiesta en su pensamiento y conducta; en su modo de percepción, sueños, fantasías, recuerdos, ideas sobre su profesión futura, ánimo, aptitudes y rasgos de carácter.

El niño que, por ejemplo, padece un déficit del aparato digestivo, víctima de dolores y privaciones alimentarias, sobrelleva un sentimiento general de menorvalía, de disminución e incertidumbre y concibe un fuerte ideal personal pleno de esperanzas en satisfacciones exuberantes que la realidad jamás podrá proporcionarle. Su interés apunta en todo momento a los problemas y cosas relacionadas con la alimentación. La posibilidad de brindarse o de privarse de una buena presa o de un manjar, que en otros pasaría inadvertida o constituiría una experiencia innocua, provoca en ellos reacciones emocionales y actitudes de una intensidad y dirección insólitas. Toda su vida anímica está impregnada, por así decirlo, de esa preocupación alimentaria. La cocina ocupa un lugar inusitado en sus pensamientos, en sus juegos e ideas sobre la profesión futura y en sus fantasías, aproximándose por todos estos caminos a situaciones imaginarias en las cuales se gratifican plenamente sus deseos frustrados (se figuran, v. gr., ser cocineros o reposteros). Bien pronto y con extraordinaria nitidez advierten el papel del dinero como instrumento de poder y se hacen precozmente avaros y económicos. A menudo comen de una manera estereotipada y minuciosa, ateniéndose rigurosamente a ciertas normas establecidas: así, unos, los ávidos, comienzan por comer la mejor parte, mientras otros, los económicos, la reservan para el final. No es raro que, de acuerdo con su estilo general, exploten —como un medio más de rebeldía, de agresión contra los padres— sus gustos y repulsiones de paladar, ciertas dificultades de masticación, deglución, defecación. Y en el curso ulterior de su neurosis a menudo se encuentran las

perturbaciones funcionales del aparato gastrointestinal desempeñando un importante papel.

El niño oprimido por una constitución inferior, atacado por las penurias e inseguridades que inspiran los órganos minusvalentes, se impone con tanta vehemencia el objetivo final de vencer su sentimiento de disminución, de sobreponerse a las deficiencias y conseguir las más altas realizaciones, y se traza y sigue las líneas de superación con tanto ardor, que sus aspiraciones llegan a gobernar por completo el desarrollo de su personalidad en todas sus manifestaciones, inclusive sus sueños y fantasías. En circunstancias favorables el individuo físicamente menorválido alcanza grandes realizaciones: es el caso de los músicos con dureza de oído, de los pintores de vista defectuosa, etc. Pero si no logra compensar, se ve obsedido por la idea de su desvalidez, y la menor decisión, la más simple prueba a que le somete la vida lo llena de terror. Entonces, el único recurso de que dispone el individuo para mantener su sentimiento personal a cierto nivel, es buscar pretextos, excusas y subterfugios para eludir los problemas y los exámenes de su capacidad. Precisamente, en su misma inferioridad orgánica original, en sus mismos padecimientos sufridos (en los cuales descubrió la naturaleza y utilidad de la enfermedad), a veces exagerándolos o inventando otros nuevos que acaba por sufrir realmente, encuentra esa justificación y defensa para su debilidad.

Entre los rasgos de carácter que desarrolla sobresalen con particular relieve los que suscitan el sentimiento de vivir una situación considerada como insegura y humillante. Así muestra, junto a una constante inculpación que atribuye el origen de su inferioridad a causas exteriores, a la "perfidia de las cosas", a la maldad de la gente, a la inferioridad e ignorancia o egoísmo de los padres, los rasgos propios de una postura agresiva frente a un mundo concebido como adverso: hostilidad, irritabilidad, insociabilidad, egocentrismo, orgullo, sensibilidad y precaución exageradas.

Cuando no confía ya en sí mismo, cuando ha perdido la esperanza de resolver las cuestiones planteadas por la vida y triunfar sobre los otros, se muestra desalentado, angustiado, envidioso, disconforme. La aspiración primitiva hacia la superioridad se trueca en una actitud de indiferencia completa respecto a las tareas de la existencia. Y pasa los días y soporta sus sufrimientos en una atmósfera de abati-

miento, de susceptibilidad extremosa y de inseguridad que le lleva a restringirse cada vez más en la vida a fin de excluirse de personas y situaciones a las que ve como exámenes o peligros de humillarle destacando su defecto. El temor de no hacer buen papel, de encarar las situaciones con desenvoltura, confianza en sí mismo, audacia; el temor a enfrentar sus sentimientos de inferioridad y de inutilidad, de fealdad o torpeza, asfixia y constriñe su vida, que se desenvuelve penosamente sobre una línea morosa o fugitiva. (Ver más adelante la "Tipología actitudinal".)

NIÑO MIMADO. — Otra categoría, la más numerosa, es la de los niños mimados, a la que de ordinario pertenecen el hijo único y el menor, el único varón o la única niña entre hermanos o hermanas. Acaso sea éste el tipo que en el desarrollo final de la Psicología adleriana ha llegado a ocupar un sitio de principal significación, y uno de los que obtuvieron mayor difusión tanto entre los psicólogos como entre los legos. Adler lo ha descrito con particular dedicación.

El mimado es el individuo que se ha acostumbrado a vivir como en "simbiosis", a que todo lo hagan por él, a que se le ahorre cuidadosamente cualquier inconveniente, a que se acojan con cariño sus singularidades, a que se le festejen todas sus ocurrencias y se sobrevaloren todas sus manifestaciones; a conducirse como quiera sin encontrar resistencia apreciable y, en fin, a que todos se desvivan para complacerlo. En este clima tropical, en este ambiente muelle, no se entrena para conectar con las personas, para enfrentar problemas, para hacerse responsable, sino a esperarlo todo de los demás y a desarrollarse en un sentido parasitario de la explotación del prójimo.

Su sentimiento de comunidad, estrangulado por el cariño absorbente de la madre, sólo desemboca en ella, como única persona acreedora de su reacia confianza. Así reducido su interés humano y sustraído del resto del mundo, se aparta con recelo de cuantos no le prometen o demuestran una ternura idéntica a la materna. Por ello tiende a restringir su vida dentro del círculo familiar, a aferrarse fuerte y excluyentemente a quienes lo miman. En cuanto sale de este "sector tropical" anda como si pisase "tierra enemiga".

Su perspectiva, opinión y comprensión de la vida están divorciadas de la realidad. Vive en un mundo de ensueño. Ve a las personas como si fuesen objetos de su pertenencia,

y aunque no lo denuncien sus palabras, lo exterioriza en sus afectos, rasgos de carácter y actos.

Su falta de seguridad y de sentimiento de comunidad lo hace hipersensible, susceptible, celoso, egocéntrico, vengativo, orgulloso, egoísta, miedoso, inconstante, colérico, ávido y avaro. Su conducta asocial perturba el trabajo, la salud y la vida del prójimo. Siempre está descontento y envidiando los éxitos ajenos, sin intentar, no obstante, dirigirse hacia el rendimiento. Al contrario, a causa de su falta de preparación para el esfuerzo, la independencia y la solución de sus problemas, que le ha impedido adquirir un sentimiento genuino de valor personal, teme por encima de todo el fracaso, el descubrir su incapacidad, y esta previsión del peligro, exagerada por su exacerbado afán de valer y de deslumbrar, le conduce a rehuir los deberes y obligaciones mediante excusas de toda laya, con lo cual se acentúa su incapacidad real, su sentimiento de inferioridad y su afán de superioridad. Y el círculo se cierra en torno de él. Asimismo presenta aquella forma del miedo a la soledad que busca alguien que le preste apoyo y que esté de continuo a su disposición. Pero su sentimiento social es muy deficiente; su necesidad de compañía no es sino una tentativa de asegurarse una superioridad mediante alguien que sólo sirve y vale como sostén suyo. Sólo quiere a los demás para aprovecharse de ellos en su propio favor, para procurarse el sentimiento de una situación privilegiada y sustraerse a los requerimientos de la vida.

Así va aprendiendo a satisfacer su desorbitado afán de superioridad mediante un valer ficticio. Sin cesar busca centralizarse en el interés ajeno y poner a todo el mundo a su servicio. Considera como justo y legítimo el agobiar y ser mimado constantemente; recibir siempre sin dar nunca nada. En su hogar no desperdicia oportunidad alguna de ocupar la atención de la madre, y de mil maneras se resiste contra toda alteración de su estado familiar de amparo y privilegio. Si sobreviene algún cambio desagradable, reacciona por agresión o retirada. Así, cuando el mimado debe sufrir el advenimiento de un nuevo hermano que lo despoja de su Edén, en el intruso verá una traba y una limitación a su influencia, y con el fin de recuperar y acaparar el interés y cariño de sus padres, suele valerse de toda clase de procedimientos para sacar ventaja y sobresalir: se pueriliza en el lenguaje, en los hábitos y en la eficiencia en general; desacredita al rival (descubriendo sus defectos, aconsejándolo malintencionada-

mente, etc.) o exhibe un comportamiento ejemplar con la mira de atraer la atención de sus padres.

En suma, el estilo de vida del niño mimado es —define Adler— una manera de vivir "en que uno oprime continuamente a los demás sin ser nunca un verdadero colaborador, y en que ese uno puede esperarlo todo de los demás, sin proporcionarles algo a su vez". Si tal estilo de vida llega a establecerse —y para ello bastará un entrenamiento de dos o tres años en esa dirección—, ejercitándose llegará a considerarse —y a ser realmente— más o menos incapaz para resolver los problemas de la existencia sin socorro ajeno.

En virtud de su opinión de la vida, de su falta de entrenamiento para vencer las dificultades, de su fallida adaptación, el niño mimado queda expuesto a rudos golpes y a continuos conflictos en cuanto sale de la zona tibia en que se ha criado y afronta la vida real, incomparablemente difícil para él. Ya apoyándose sobre los demás, ya en la manía de tiranizar a todo el mundo, bien pronto choca con la resistencia de la vida, que exige esencialmente un grado de comunidad, de solidaridad y colaboración que él no puede satisfacer, y cuyas consecuencias perjudiciales pronto han de sufrir él y quienes lo rodean.

Por ejemplo, cuando este niño, que ha fracasado en la adaptación familiar, falto de preparación para trabajos, juegos y relaciones colectivas, ingresa en la escuela, donde debe enfrentar la prueba de asimilar una situación inusitada, la de permanecer como uno entre muchos, sin mimos ni preferencias, y ajustarse a reglas y normas fijas, sufrirá intensamente. Siempre atareado consigo mismo, no puede prestar atención a los demás ni encontrar amigos. Considera sus deberes escolares como dificultades especiales y, desconfiado y receloso, se mantendrá a la defensiva, lejos de sus compañeros. Nada lo contenta porque no encuentra nada que sustituya el paraíso perdido y cada vez se aparta más de la escuela. Pero su tendencia a ser mimado no se pliega a la nueva situación. No se corrige, ni se ajusta. El mimado sigue buscando en el recinto escolar ocupar un lugar principal, un punto céntrico, a fin de extender a la escuela su grata posición familiar. Tal como en su casa, puede intentarlo mediante uno de estos dos procedimientos: o se esfuerza todo lo posible por mostrarse particularmente formal (niño modelo) o, por el contrario, se hace holgazán y travieso, se conduce de modo chocante (niño terco) para, por lo menos, llamar la

atención del maestro y condiscípulos e incitarlos a ocuparse a menudo de él. (Véanse estos tipos más adelante.)

Los actos erróneos pertenecientes al sector médico (enuresis, pavor nocturno, tos nerviosa, retención de excrementos, tartamudez) revelan su protesta contra el despertar a la independencia y a la colaboración e imponen forzosamente el apoyo y sostén de los demás. Por otra parte, la enuresis, la retención de la defecación, las dificultades de la alimentación sin motivo aparente, sus hábitos de chuparse el dedo, de tragar bocados demasiado grandes y de masturbación, demuestran su peculiar manera de ser: su incapacidad de renunciar a ningún placer o deseo por ínfimo que sea. Todos estos hechos, que se observan única y exclusivamente en individuos mimados, son resultado y expresión de la negativa a colaborar y asimilarse a la comunidad, y del intento de obligar a los demás a someterse a su servicio.

Más tarde, colocado ya ante los problemas de la existencia, no encuentra el camino del interés social. Trata de "explotar en su favor la colaboración de los demás en la amistad, en la profesión y en el amor, no pensando más que en su propio provecho, no teniendo interés sino por su propia gloria, meditando continuamente sobre la ayuda que se podrá proporcionar para la solución de sus problemas, aunque fuera en perjuicio de los demás" [4].

Frente a las tareas, el mimado sufre un shock, padece sus consecuencias tanto somática como psíquicamente, y se bate en retirada antes o después de la derrota. Su falta de valor se pone de manifiesto particularmente en las situaciones poco favorables; entonces se le ve vacilante o detenido a distancia considerable, atribuyéndolo a prudente precaución. (Véase la Tipología actitudinal.) Cambia muy a menudo de amistades y de ambiente, de amor y de profesión, sin arribar a puerto nunca; comienza una tarea con un gran empuje —revelador de su escasa confianza en sí mismo—, y de pronto decae, la deja sin solucionar, o la resuelve sólo en parte, limitando así considerablemente su radio de acción en correspondencia con un sentimiento de inferioridad. Algunos llegan a acariciar un ideal de Robinsón y sueñan con vivir en el desierto. Los que disponen de cierto fondo de actividad, ante una situación difícil suelen desviarse hacia

[4] Adler, *El sentido de la vida.*

el sector de lo socialmente inútil y hasta perjudicial: se convierten en criminales, suicidas, bebedores, pervertidos...

Falto de ánimo, de una razón útil para todos y de una activa capacidad de adaptación, lleno de cobardía, el mimado debe valerse de trucos y de arreglitos, y arguyendo que le han hecho una injusticia persevera siempre en la actitud habitual en él desde su infancia. Se trate de un ratero, de un neurótico angustiado, de un toxicómano o de un pervertido sexual, no mostrará tendencia alguna a cambiar de hábito, actitud o conducta. "Excluyendo todo rendimiento posible en otros sectores y siguiendo el angosto sendero en que se desenvuelve su vida, se pone de manifiesto cada vez de nuevo su cobardía fundamental, su falta de confianza en sí mismo, su complejo de inferioridad, su tendencia a excluir a los demás". Sólo atinará a acusar a los demás sin ver en la vida sino el principio hostil y adverso. En cada caso preguntará: "¿Que sentido tiene la vida? ¿Por qué debo amar a mi prójimo?" Si por fin se somete a una línea activa en comunidad, lo hace nada más que por temor. Sólo logra adaptarse a la existencia el mimado que logró superarse y aprender de sus propios defectos.

Niño detestado. — El niño que ha recibido una "educación dura", severa, sin ternura —con frecuencia, el criado como huérfano, el hijo ilegítimo, el niño feo, el hijastro— no consigue sobreponerse a la frialdad que rodeó a su infancia, se resiste a toda entrega libre y confiada a los demás, no logra vivir en "comunión con sus semejantes".

Su vida se ha desarrollado fuera del marco del sentimiento de comunidad, y ello le incapacita para ver en los otros hombres a sus semejantes. No tiene la impresión de que exista el prójimo y se siente vivir en un mundo lleno de desamor, donde todo lazo afectivo y solidario genuino es a sus ojos imposible. Su conducta corresponde a esta perspectiva de desconocimiento del amor: no hace ninguna tentativa de acercarse a los demás, se siente siempre ajeno e inadaptado. Su sentimiento de inferioridad, exacerbado acaso más que en ningún otro caso, lo hace incrédulo, susceptible, desconfiado. En todo lugar vive receloso, como si habitase "territorio enemigo": siempre con la idea de ser acosado, relegado, despreciado, atajando impactos, en actitud permanentemente prevenida y esquiva. Falto de confianza en sí mismo y en los demás, enfrenta toda tarea con gran inquietud y zozobra,

sufriendo dificultades y contrastes. La bibliografía independiente ulterior viene dedicándole especial consideración a este tipo, bajo la denominación de "niño rechazado".

EL NIÑO SEGÚN LÍNEAS NEURÓTICAS

Niño neurótico o difícilmente educable es el que, conforme a sus tendencias de poderío, instala su objetivo de superioridad en desacuerdo con las instancias de la sociedad, y frente a la tarea de la colaboración no se sitúa como copartícipe, con iguales derechos y deberes, sino en el sector inútil de la vida. Obra así porque en los primeros cuatro o cinco años de su existencia, cuando tuvo lugar la mecanización de su estilo de vida, bajo la presión de factores negativos o elaborados negativamente, construyó su patrón de conducta dirigido por un deficiente sentido de comunidad.

Entre los niños difíciles se encontrarán, pues, los tres tipos infantiles ya mencionados: 1) Los *niños afectados de inferioridad orgánica*, que requieren más tiempo y esfuerzo para adaptarse; 2) Los *niños mimados*, que faltos de independencia, buscan siempre apoyo y sólo quieren recibir sin haber aprendido a dar y, 3) Los *niños detestados*, que viven obsedidos por la idea de ser perseguidos y postergados e ignoran la existencia del sentimiento de solidaridad e interés por los demás. La situación del niño se agrava, claro está, cuando vive a un tiempo la situación de inferioridad orgánica y mimos paternos, o de inferioridad orgánica y rechazo paterno. Además, puede ocurrir, en especial en los casos de matrimonios desavenidos, o de matrimonios completados, que el niño sea mimado por uno de los padres o su sustituto y rechazado por el otro. Estos niños tienen fundamentalmente en común la falta de confianza en sus capacidades, carencia de valor, pesimismo que ve todo como demasiado difícil, el hecho de que no solucionan o solucionan parcialmente sus problemas: descorazonados frente a todas las obligaciones de la vida, unos buscan un camino para excluirse y otros quieren dominarlas rápidamente.

En el cuadro de la neurosis resultante puede discriminarse el *niño de tipo más activo*, que sigue la línea de agresión directa, integrado por los niños ambiciosos de dominio, jactanciosos, ansiosos, excitados, celosos, propensos a la cólera, perturbadores, tercos, malignos, crueles, brutales, feroces,

inclinados a las fugas, rateros, precoces sexuales, etc., y un *niño de tipo más pasivo*, igualmente hostil, que sigue la línea de retirada, al cual pertenecen los niños perezosos, indolentes, sumisos hasta la absoluta dependencia, tímidos, miedosos, mentirosos, torpes, necios, etc.[5].

Otros investigadores han desarrollado esta tipología del neurótico según su grado de actividad, describiendo sus casos especiales. Künkel, por ejemplo, distingue como casos del tipo activo el niño *astro* y el niño *Nerón*, y como casos del pasivo el niño *parásito* y el niño *ostra*. Nosotros distinguiremos aquí estos otros: en la línea activa el *terco* (y sus variedades: el *desobediente, el obstinado* y el *insolente*), y en la línea pasiva el niño *modelo* y el *soñador*, tal como ya lo han hecho la escuela adleriana y autores independientes.

Tipos activos

La característica de esta categoría de niños es el afán de virilidad que busca imponerse por agresión directa. El rasgo distintivo de la conducta correspondiente es la resistencia, en especial a la autoridad, que puede presentar diversas variedades y grados, según la magnitud de afán de poder que se ha activado para compensar el sentimiento de inferioridad.

El desobediente. Desatiende los deseos y requerimientos de los mayores conforme a una actitud relativamente pasiva: no se somete a ellos, pero tampoco opera en contra. Su negativismo es silencioso y reservado; se vale del olvido y la distracción. Sus armas son: "Me olvidé", "No me di cuenta", "Fue sin querer".

El obstinado. Se opone más activamente; a la voluntad ajena opone la propia y se empecina en "salirse con la suya". Porfiado, locuaz y caprichoso, su prurito de dominación goza empeñándose en que todo sea de otro modo y al revés. Inspirado por su tendencia oposicionista replica a menudo con fórmulas provocadoras de contradicción: "Al contrario", "No me parece", "No quiero", "No me da la gana", y se complace en ponerlo todo "patas para arriba", en desquiciarlo, des-

[5] Adler suscribiría sin duda la afirmación de R. C. Challman: "no debe esperarse, sin embargo, que un niño exhiba uno u otro tipo permanentemente; es probable que en un momento muestre una tendencia recesiva y una franca agresión en otro". *"The Adjustement of Individual"*, págs. 715-6.

ordenarlo y enrevesarlo todo, hasta dejar cada cosa fuera de su lugar.

El terco. En este tipo, la compensadora conducta de pugnacidad y discrepancia es más vigorosa y hostil: exige, se subleva, lucha denodadamente contra toda autoridad, utilizando en esa cruzada toda suerte de procedimientos dentro de un repertorio muy variado: travesuras, jugarretas, desvergüenza, malas pasadas, explotación de las debilidades de los mayores, impetuosidad, malignidad deliberada, todo con el propósito intencional de mortificar al adulto. Así, se ensuciará con muy especial fruición si se le ha recomendado limpieza; dejará de comer fingiendo dolores, apelando a los vómitos, o eternizándose en la masticación de un bocado si la madre le pide que se alimente; dará mil vueltas para no vestirse o no ir a la cama si se le ha encomendado que lo haga... Cuando la voluntad del niño terco choca contra la negativa a un deseo o contra una orden que siente como algo que lo subalterniza, busca liberarse del sometimiento humillante con un estallido de rebelión. Hace entrar en juego la explosión de ira, la cólera, el enfurecimiento. He aquí una descripción de un berrinche típico: "grita, golpea, se arroja al suelo, patalea y manotea, se niega a andar, a hablar, a comer, porfía de todas las maneras imaginarias, se ensucia, escupe y gesticula con muecas burlonas, se vuelve agresivo, y tórnase iracundo y violento". Por tozudez deja de comer o dormir o de ir a la escuela; enmudece o tartamudea; cojea, bizquea, moja la cama, sufre pavor nocturno, contrae una enfermedad crónica, padece inapetencia, cólicos o estreñimiento; se hace holgazán, se debilita, tiene calambres y depresiones; atormenta a los animales, maltrata a los más pequeños, comete groserías y actos delictivos, e inclusive, si con ello logra un supremo triunfo de virilidad contra la autoridad, intenta o llega hasta el suicidio. Todo únicamente para apenar, molestar, preocupar, encolerizar, avergonzar y mortificar a sus educadores y darse con ello un testimonio tangible de su propio poder que calme su sentimiento de impotencia y desvalidez.

El educador apela a su vez al repertorio disciplinario (advertencia, exhortación, reniego, amenaza, arrebatos de encono, privaciones, castigos físicos), pero aun entonces el niño logra triunfar sobre el educador, pues disfruta como una victoria el haber conseguido ponerlo fuera de sí, e inclusive las puniciones sufridas le dan pie para vanagloriarse como de

"gloriosas cicatrices de combate". Si agotado y desalentado en esta pugna, el educador acaba por ceder o transigir, entonces el terco ya ha logrado su propósito de imponerse en toda la línea: ha conseguido satisfacer su necesidad protestaria de enseñorearse sobre la autoridad, de tenerla acobardada a su merced: ha conseguido reducirla al papel de escarmentada.

El insolente. Es otra variedad del tipo terco. Su principal afán es poner en jaque a la autoridad, en rebajarla, en degradarla todo lo posible, combatiendo contra ella con todo desenfado y sin restricciones. La tendencia depreciadora del terco funciona en el insolente con toda claridad: emplea la crítica irrespetuosa, el desprecio, la burla, la injuria, la provocación, para darse a sí —y en ocasiones a otros— pruebas visibles de su personal magnitud, de su importancia y valor en cotejo con ella.

El desarrollo ulterior de la línea de terquedad tiene dos posibilidades. Si el educador asume una actitud correcta puede que el terco opte finalmente por ocultar su tozudez y opere contra su autoridad mediante artilugios solapados, pretextando torpeza o aparentando ineptitud. Cuando, en cambio, también el educador se empecina en imponerse, la terquedad del niño crece cada vez más, hasta que necesita especiales refuerzos para su seguridad a fin de proteger su sentimiento de personalidad. En ambos casos el terco acabará por desviarse de la adecuada solución de los problemas de la vida.

Tipos pasivos

Niño modelo. Como contrafigura del terco puede describirse al niño sumiso frente a la autoridad, obediente, cuya variedad más expresiva la da el niño al que suele designarse como "modelo". En el lenguaje de Künkel es el niño que en el deseo infantil de poner al adulto a su favor ("gigante blanco"), y en el temor de tenerlo en contra ("gigante negro"), exhibe una dependencia y una entrega de sí ilimitadas. Su fórmula de vida es: "Hago lo que se me dice; yo no quiero conflictos". El objetivo de este niño es propiciarse a los mayores a fin de sentirse seguro, a salvo, protegido, y para ello se vale de todos los medios a su alcance. Se muestra sugestionable, fascinable y subalterno, frente al padre, al maestro y al adulto en general. En la escuela logra hacerse notar por su plástica adaptación y sometimiento a todas las normas y

requerimientos. Se destaca como alumno correcto, atento, puntual, diligente, fiel, que siempre va al encuentro del maestro, le lleva sus cuadernos, viste pulcramente, cuida el buen orden de sus útiles, "obedece a la mirada" y a la palabra, cumple todo mandato sin réplica ni vacilación, tiene un aire obsequioso y zalamero y durante la enseñanza ejecuta rápida y textualmente cuanto se le encarga (Strauss). En suma: da poco trabajo y se acomoda muy bien a todo. Así se capta la simpatía, el aprecio y confianza del educador, se lo distingue con comisiones especiales y, en fin, se lo ensalza con elogios y alabanzas por su colaboración y eficacia.

No obstante, tal como se ha advertido reiteradamente, el niño modelo está, por supuesto, muy lejos de personificar el tipo normal y mucho menos el ejemplar. En rigor, como observa Künkel, esta conducta puede inclusive considerarse como una variante de la oposición al adulto, como exteriorización de desconfianza a un adulto frente al cual no se cree en otra solución que la renuncia a manifestar su voluntad (su resistencia). El modelo no quiere exponerse a choques y prefiere rehuir todas las dificultades y complicaciones. Por otra parte, también acusa el afán de descollar del terco, sólo que en lugar de competir como éste a brazo partido contra los mayores, busca triunfar sobre sus iguales utilizando al adulto para que lo consagre dechado de virtudes en detrimento de éstos. Su ejemplaridad y exceso de virtud son, pues, medios de elevarse como "el mejor" y de rebajar a los demás; de adquirir importancia granjeándose alabanzas, ventajas y prerrogativas sobre sus hermanos y sus condiscípulos. En efecto, logra que el educador proclame sus cualidades, exhiba su ejemplaridad y perfección, en fin, lo entronice como "niño modelo"; estos hechos dan una prueba más del objetivo que motiva la conducta de este niño: gratificar su necesidad de valer y de triunfar mediante una sumisión que le reditúe importancia, influencia y poder. Como dice Otto Ruhle, "por muy cuidadosamente que pueda encubrirse, se ve que también en este caso el fin es hacerse valer, asegurarse poderío, hacer frente al sentimiento de menorvalía, en eficaz posición de protesta. Lo que la agresión directa intentaba realizar por vía directa y descubierta, por medio de la agresión indirecta se persigue con rodeos y subterfugios, a escondidas". Se trata, pues, de una variante neurótica. En un comienzo, tras la aparente renuncia a los propios deseos en favor del ajeno, acaso su intención final subyacía inconsciente, pero no tarda en

esconder un ardid, un truco deliberado y conocido por el niño, que finge obediencia e ingenuidad para encubrir su íntima rebelión y picardía. La insinceridad es el signo de su estilo de vida: todo su rendimiento no tiene otra finalidad que la de granjearle una alabanza; no hace nada por amor del objeto, sino todo por motivos egocéntricos (Künkel).

Así ocurre que pasan por modelos, niños remolones, chismosos, soplones, zumbones, golosos, raterillos, registra-bolsillos. El día en que se lo sorprende, a las primeras admoniciones y censuras se disculpa con que era inadvertencia, olvido, distracción o error; se muestra compungido, arrepentido, promete corregirse y no reincidir en su falta, todo para librarse de responsabilidad y despistar al educador. Empero una y otra vez se repite todo el cuadro: la falta, la compunción y el propósito de enmienda, hasta que, finalmente, ya decepcionado, el maestro acaba por abandonar todo intento de mejora. En tales casos, los padres, sorprendidos, suelen justificar las faltas como "cosas de niños" o achacarlas a la seducción de "malas compañías". El niño cambia de escuela o de maestro, pero el cuadro se repite (Strauss).

Niño soñador. Otra categoría de niños que buscan esquivar toda molestia y conflicto con los adultos y soslayar toda situación que le demande responsabilidad es el *niño soñador*, el *lector empedernido*. A fin de eludir todo enfrentamiento con las exigencias de la vida que le exijan actividad, decisión, cooperación, este niño se refugia en el mundo de los sueños, de los libros, del arte, de una afición, se distancia cada vez más del mundo circundante, de la verdadera convivencia, de la participación en los sentimientos, juegos, intereses y grupos infantiles, para enclaustrarse en su propio yo y vivir de espaldas a la realidad. Es claro que este niño fugitivo (el *introvertido* de Jung, el *ostra* de Künkel) escapa impulsado por un sentimiento de inferioridad y una carencia de sentimiento de comunidad; es un neurótico cuya hostil visión del mundo no le deja otro camino que el cauto retroceso y la fuga de la realidad (véase Tipología actitudinal). Sus rasgos de carácter adecuados son, pues, la inespontaneidad, la reserva, la apatía; son inhibidos, apocados, tímidos. Pero cómodos también ellos para el adulto, pasan asimismo por modelos de conducta. No obstante, estos niños, que encantan a padres y maestros por su obediencia y sumisión, entrenados para desempeñar en el mundo un papel pasivo y

femenino, bien pronto denuncian su desequilibrio, en su incapacidad para enfrentar situaciones, en sus subitáneas explosiones de rebeldía íntima cuando creen que se ha abusado de su docilidad, y más tarde, cuando deben afrontar los requerimientos de la realidad y de su papel masculino, cuando a cada momento han de encarar situaciones que reclaman iniciativa, decisión, acción, firmeza, agresividad, el fracaso de su esquema de conducta prescindente y escapista se hace patente. Entonces se advierte con inequívoca claridad su ineptitud para la vida y su base neurótica inicial. Se "pegan" a la autoridad; sólo desarrollan tendencias serviles, "y con la misma falta de iniciativa con que primero han dependido de la madre o del padre, dependen luego del cónyuge, del superior o del amigo" (Künkel). Rehúyen toda tarea de responsabilidad y buscan su seguridad haciéndose gobernar por individuos más asertivos. En el amor lo más probable es que se orienten hacia la madre sustituta, hacia una mujer de más edad, que los administre y guíe sin exigirles muchos atributos de masculinidad (Read). Finalmente, a causa de su inadaptabilidad para la vida corriente, advertida por ellos y por los demás, suelen ser objeto de protección, cuando no de explotación. Exhiben el cuadro de la Enredadera trenzada a un Astro o a un Nerón, en el lenguaje de Künkel.

TIPOLOGÍA ACTITUDINAL

Adler ve siempre al hombre frente a un problema que debe resolver. El hombre es un ser de problemas insoslayables, de problemas a los que, bien o mal, con acierto o desacierto, debe dar ineludible solución: el problema del *amor* (sexo, noviazgo, matrimonio, familia, hijos), del *trabajo* (vocación, profesión, estudios, carrera, dinero), de la *sociabilidad* (compañerismo, amistad, camaradería, ciudadanía). Pues bien, en la manera con que los afronta, en la magnitud de la distancia a que se mantiene de ellos, en la forma como los resuelve o se asegura contra el riesgo de afrontarlos, Adler ve los mejores signos para captar la individualidad, el "estilo del hombre". Cada individuo acusa una distancia personal frente a sus problemas, esto es, se halla más o menos cerca de su solución. Sobre este "criterio de las distancias", Adler ha dado materiales para organizar una tipología clara y de suma utilidad, tan práctica como simple y original. Su punto

de partida consiste en representarse, de una parte, el individuo (I), de otra sus problemas (P),





y en captar la imagen dinámica del comportamiento individual.

¿Cómo se comporta el individuo frente al problema? ¿Cómo procede? ¿Cuáles son sus actitudes? ¿Lo resuelve? ¿En qué medida? ¿Lo deja irresuelto? ¿Hasta qué punto? ¿Le da una solución real o se contenta con una ficción? De acuerdo con ello, Adler distingue diversos tipos, cuyo conjunto hemos creído lícito denominar *Tipología actitudinal*, y cuya organización formal ofrecemos como una modesta contribución a la Psicología adleriana.

Pueden considerarse dos grandes tipos de aproximación a los problemas: en avance directo y en retirada. Esta última línea presenta a su vez las siguientes variantes: aproximación sinuosa, aproximación vacilante, aproximación morosa o detenida, y fuga o retirada. En suma, se tienen cuatro tipos actitudinales, el primero activo y los tres restantes crecientemente pasivos:

1) Tipo directo: línea de avance recta.
2) Tipo vacilante: línea de avance sinuosa.
3) Tipo moroso: línea de avance detenida.
4) Tipo fugitivo: línea de retirada.

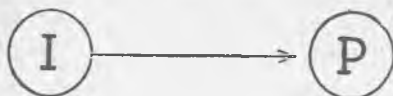
Sobra ya advertir que se trata de arquetipos, de figuras ideales, inexistentes, cuya única vigencia práctica es la de servir de patrones de comparación. El individuo concreto rara vez cae estrictamente en uno de estos esquemas modelos, sino que presenta rasgos de unos y otros. Además, el individuo puede ir cambiando el ritmo y dirección de su marcha y pasar de una línea a otra. Empero —y en ello reside su valor instrumental— cada individuo se acerca en un momento dado preferentemente a uno de estos esquemas, y, por lo demás, los cambios se producen más en el nivel manifiesto que en el interno.

Tipo directo. El que hace un aborde frontal a su problema. Ve el problema, lo ubica, lo reconoce, lo sitúa y va derecho hacia su solución. Dentro de esta línea es preciso discriminar dos variantes.

1) Si el individuo está movilizado por un adecuado sentimiento de confianza en sí mismo y en los demás (sentimiento de comunidad), y un morigerado afán de superioridad, persigue un *objetivo social* (real, útil, cooperativo), y con ánimo valeroso, optimista, insiste, persiste, busca soluciones concretas y ciertas, no se pierde en fantasías ni queda en proyectos: lo guía el sentido común. Adopta un plan de orientación y lo sigue serenamente, pero no se obceca hasta el punto de someterse a él rígidamente contra viento y marea ni se deja llevar por imposibles; su carácter es franco, abierto, tranquilo, bienhumorado. Lo vemos vivir adaptado a la realidad concreta, feliz y rodeado de gente que confía en él. Es el niño que sabe lo que quiere y va en su búsqueda; el escolar que enfrenta sus obligaciones, se lleva bien con sus compañeros pero sabe defender sus derechos; el estudiante que pronto sabe qué carrera quiere seguir, la escoge y la sigue con decisión; el hombre que tiene un trabajo con el que sabe mantenerse y mantener a quienes dependen de él; que se ha enamorado y se ha casado sin grandes vaivenes amorosos, que tiene amigos con los que lleva una adecuada convivencia; es la mujer que va hacia el matrimonio, la maternidad y las obligaciones domésticas con seguridad, sin aprensiones ni nerviosismos. A este tipo corresponde también el sujeto con un fuerte sentimiento de inferioridad, pero con suficiente actividad y ánimo como para reaccionar en forma activa y positiva contra su problema hasta lograr superarlo. Aquí caen todos los casos de sobrecompensación positiva, de los individuos que afectados por alguna inferioridad consiguieron finalmente un buen rendimiento cuando no grandes prestaciones en el mismo campo de su inferioridad o en algún otro. Su fórmula de vida es: "Puedo-debo".

2) Si, en cambio, el individuo está movilizado por un exacerbado sentimiento de inferioridad y afán de poder y un reducido sentimiento de comunidad, pero está dotado de fuerte actividad, también avanza sobre una línea directa, pero orientada hacia un *objetivo asocial* (ficticio, inútil, competitivo). Con gran despliegue de agresión, con intenso afán y vehemencia, este individuo busca sobrepujar a los demás utilizando el ataque directo y la lucha abierta, la obstinación, el

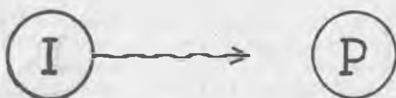
odio, la desconsideración por todos los derechos ajenos. La ansiedad, la excitación, cólera, terquedad, crueldad, brutalidad, ferocidad, son los rasgos característicos de su "personalidad neronística" (Künkel). Es el hijo menor que quiere sobrepasar violentamente a sus hermanos mayores, el niño mayor que quiere mantener su prioridad a toda costa, el niño raterillo, el precoz sexual. El hombre que cae en el robo, en el crimen, en la violación, etc. Su fórmula de vida es: "Yo lo conseguiré, cueste lo que cueste". La línea directriz recta en cualquiera de las dos variantes, se visualiza mentalmente así:



Los tipos siguientes acusan una graduación de creciente sentimiento de inferioridad y afán de poder, con pobre sentimiento de comunidad y actividad. Caen todos ellos en el grupo de las compensaciones negativas y de las líneas de vida pasivas.

Tipo vacilante. Es el que hace un aborde sinuoso, cambiante, de su problema. Su incertidumbre le impide visualizarlo claramente: lo ve muy intrincado, muy complejo, con demasiadas caras. Encuentra y necesita, pues, muchas y muy diversas soluciones, y luego de tortuosas cavilaciones ensaya cautelosamente una, la abandona, ensaya otra, la abandona, retoma una anterior, y así, andando y desandando, vive zigzagueante. Su ánimo es pusilánime, pesimista, se desalienta con facilidad y funciona como por cortocircuitos, con sucesivos amagos de ataque y de retroceso. Tras muchas vueltas suele buscar la salida en soluciones retorcidas, irreales, insensatas, y obcecarse en imposibles, hasta que, ya desalentado, abandona definitivamente. Desde entonces se protegerá con atajos, coartadas, arreglitos y justificativos reforzados. Su carácter es difícil o blando, pero siempre conflictivo, inseguro, indeciso, a menudo mendaz e hipócrita, con invariable malhumor. Lo vemos vivir marginalmente, en los flancos de la realidad concreta, ya de un costado, ya de otro, y rodeado de gente que no sabe nunca a qué atenerse con relación a él y que no puede descansar en él. Es el niño

que no sabe qué juguete, qué paseo, qué alimento quiere: de pronto es uno, de pronto es otro, de pronto ambos a la vez, de pronto ninguno de ellos sino un tercero; es el escolar irregular, con arremetidas y frenadas, que marcha desacompasadamente, pasando fácilmente de períodos y momentos de dedicación y productividad a otros de dejadez e improductividad, que desatiende sus deberes para volcarse en tareas inútiles inventadas por él, en las que desgasta su tiempo lejos de la realidad; es el estudiante que tarda en conocer su vocación, que luego tiene varias, que en cada una de ellas ve ventajas y desventajas, tarda en decidirse y, finalmente elige para luego, acaso demasiado tarde, hallar que erró de carrera; entonces duda entre abandonar o continuar. Es el comerciante que sucesiva o simultáneamente emprende muchos negocios y no tarda en abandonarlos; siempre el penúltimo negocio deja lugar a uno nuevo mejor, pero que nunca es el último, pues antes o después lo abandona por otro "realmente bueno"; la consecuencia de todo ello es que ni sus ingresos ni sus dineros son estables y su mantenimiento y el de los suyos sufren contrastes y pasan por períodos críticos. Es el empleado que nunca conserva su empleo, porque siempre busca otro mejor remunerado, uno más próximo a su casa, con un jefe o patrón de mejor carácter. Es el hombre que ha tenido muchas novias, no sabe por cuál decidirse y, a la postre, una vez resuelto, tarda en casarse: luego duda dónde vivir, etc. Es el amigo voluble que hace, deshace y rehace sus amistades. Es la mujer que duda entre la soltería independiente y el matrimonio dependiente; entre la libertad y los hijos; entre educarlos con afecto o con rigor, etc.; entre vivir para ellos o para ella, etc.; que maneja su casa con ansiedad e inseguridad, con nerviosismo e irresolución. Desde el punto de vista patológico, a este sector pertenecen las neurosis compulsivas: en especial los síntomas de temor de tocar, compulsión de lavarse, minuciosidad morbosa, afán perfeccionista, la indecisión acerca del propio papel sexual (retardar el final, rehacer el camino, permanente insatisfacción que conduce a dejar las cosas indefinidamente inconclusas o a destruir los trabajos ya hechos). El signo de su vida es la duda y la irresolución. "Sí, pero..." Su fórmula de vida es: "¿Qué camino entre todos será el mejor para mí?" Su línea directriz es ondulante, zigzagueante. Este tipo se visualiza así:



Tipo moroso. Es el que se mantiene a sensible distancia del problema. Entre ambos media un muro infranqueable: él aquí, y el problema que le preocupa allá, convenientemente alejado. Acaso comenzó por ser un tipo vacilante, inclusive directo, pero las experiencias de fracaso que se fue elaborando terminaron por llevarle a esa ubicación de alejamiento. El problema es visto como irresoluble, como un Himalaya inaccesible, y apabullado, ha optado por una guarida protectora. A la solución real, a la que ve como imposible, prefiere las soluciones ficticias de su fantasía, irreales, descabelladas, que consagrándole su vida entera jamás podría alcanzar. Su carácter es temeroso, laxo; su ánimo, sombrío. Lo vemos vivir fuera del frente de batalla, en la retaguardia, dejando pasar su vida y sus posibilidades entre planes, proyectos y quimeras que nadie, ni él mismo, acaso, en el fondo, cree realizables. Es el niño que quiere un juguete, un paseo, o un alimento, pero no lo pide, ni lo busca, se queda callado, silencioso, o hace algo que en modo alguno lleva a su objetivo: se enoja, llora, etc. Es el escolar al que no le van bien las cosas, pero que no hace nada para remediarlo; es el estudiante crónico, que ve pasar una tras otra las promociones más jóvenes adelante, mientras a él siempre le falta "sólo un año", "sólo una materia"; es el eterno novio, siempre a prudente distancia del registro civil; es el comerciante que está por instalarse o mudarse o ampliar o liquidar y que nunca acaba de hacerlo; es el empleado que todavía no encontró el empleo adecuado para él; es la mujer que no se decide, trátese del novio, del matrimonio, del divorcio, o de los hijos. Es el padre que algún día intervendrá en el problema de su hijo, y ese día se va aplazando indefinidamente. En el campo de la expresión patológica hallamos: miedo, dolores, insomnio con incapacidad de trabajo, fenómenos compulsivos, desviaciones sexuales (eyaculación precoz, masturbación, perversiones), psicosis histéricas, abulia, mutismo psicógeno, vagancia, anorexia, amnesia. El signo de su vida es el aplazamiento y la espera. Su fórmula vital: "Algún día me decidiré..." Su línea directriz está trunca. Este tipo se visualiza así:



Tipo fugitivo. Este individuo considera su problema radicalmente irresoluble y no ve otra solución que asegurarse alejándose cada vez más de su proximidad. Su actitud es escapista. El problema está en el norte y él va hacia el sur. Está acobardado y es pesimista; su desánimo y falta de valor han caído hasta los más bajos niveles. Ya no cree en ninguna salida, fuera de la de escapar. Su inteligencia trabaja de acuerdo con una lógica privada, en contra de la lógica de la conveniencia humana y del sentido común. Así vive mal conectado con su medio, en conflicto y apartado de todos. Es el niño y el escolar sin amigos, el joven solitario, incomprendido por todos; es el hombre que en cualquier coyuntura en que debe decidirse cooperativamente se ubica en otro campo, en el campo "que no viene al caso". No se mantiene a sí mismo ni nadie puede depender de él. Ha evitado el trabajo, el amor, la sociabilidad, y ha caído en la misantropía, la misoginia y el fracaso profesional. Su vida sexual está tan desviada como su personalidad: es masturbador u homosexual; se refugia en el alcoholismo y, en ocasiones, apela a la fuga suprema del suicidio. La patotipología del fugitivo exhibe además agorafobia grave, desvanecimiento, ataques epilépticos, neurosis compulsivas e histéricas graves, asma psicógena, parálisis histéricas, alucinaciones, psicosis, alcoholismo, morfinismo. El signo de su vida es correr contra la corriente. Su fórmula de vida es: "Yo no tengo nada que ver con eso". Su línea directriz está invertida. Este tipo puede representarse plásticamente así:



OBSERVACIONES TIPOLÓGICAS

En íntima relación con este enfoque primordial, hallamos estas otras distinciones tipológicas menores, que en rigor están incluidas, o resumen las anteriores.

Optimista y pesimista. — Según el ánimo con que encaren los obstáculos de la existencia, puede distinguirse el tipo optimista y el pesimista.

Optimistas. Desenvuelven su carácter en una dirección rectilínea. Afrontan valerosamente las dificultades que la vida les ofrezca; no se dejan amilanar; conservan la confianza en sí mismos. Como no se sienten insuficientes, no exigen demasiado y soportan con mayor facilidad que otros los aspectos dolorosos de la vida. En las situaciones más difíciles permanecen tranquilos, animados por el convencimiento de que siempre podrán salvarlas. Puesto que no son miedosos ni desconfiados, nunca se sienten demasiado incómodos o molestos, trabados o cohibidos, y establecen conexiones y amistades con facilidad. Plásticamente se los podría representar con los brazos abiertos para recibir a los demás.

Pesimistas. Son aquellos que a causa de impedimentos y amarguras han contraído un intenso sentimiento de inferioridad que les muestra la vida erizada de dificultades. Encauzados en esta trayectoria "siempre olfatean peligros"; su mirada se acostumbra a enfocar incesantemente los sectores oscuros y tristes de la existencia. Son especialmente conscientes para las penurias de la vida y se desaniman pronto. Tristes, malhumorados, agobiados por sombrías perspectivas, son incapaces de reír y les molesta la alegría a su alrededor. No intentan proporcionar satisfacciones a los demás, y en todo momento proyectan tendenciosamente el lado sombrío de la vida, "presentan al mundo como un valle de lágrimas", "procediendo siempre como si quisieran apagar todas las luces a su alrededor" (Adler). Buscan apoyo y refugio, y dan pruebas de que no pueden quedar solos. Se escudan tras una actitud cautelosa, tímida, temerosa, premeditada, preocupada, intranquila, inclusive cuando duermen. Plásticamente puede representárselos en postura de guardia permanente, para atajarse mejor de toda acechanza.

Acometedor y acometido.

El acometedor, dominado en el fondo por un fuerte sentimiento de inferioridad, necesita hacer gran despliegue de capacidades y movimientos. A menudo oculta su inseguridad con rasgos de orgullo, petulancia, pretenciosidad, y ahoga sus peligrosos ("femeninos") sentimientos tiernos para mostrarse

rudo, cruel ("viril"). Suele hacer tan exagerado alarde de fuerza que cae en lo chocante. Su acometividad, su constante "actitud de ataque", lo hace incapaz de toda convivencia y armonía con los demás. Su carrera desemboca en continuos conflictos y fracasos, y por último, en el desaliento, que le hace alterar su línea por la de acometido.

El acometido emprende su trayectoria después de haber escarmentado en la anterior, aunque sólo haya sido por poco tiempo. Para superar su sentimiento de debilidad no elige el camino de la agresión sino el de la inquietud, cautela y cobardía. Desconfiado, crítico, temeroso de la vida, se aparta de la realidad y se repliega en el mundo sin obstáculos de su propia fantasía. Plásticamente puede representarse a este tipo con las manos extendidas, en actitud de rechazar y defenderse a un tiempo, con la mirada apartada, como si no quisiera ver de frente el peligro que le amenaza. Vive como la ostra, escondido en su caparazón (Künkel).

Sanguíneo, colérico, melancólico y flemático. — Desde la perspectiva "situativa" de la Psicología del Individuo, los tipos clásicos, sanguíneo, colérico, melancólico y flemático, despojados de todo significado "constitucional", reciben esta descripción: El sanguíneo (tipo directo social) vive con gusto, ninguna situación es demasiado grave ni pesada para él; en todas las cosas procura ver su lado más grato y las dificultades no lo descorazonan. El colérico (tipo directo asocial) dominado por un exacerbado afán de valimiento, realiza siempre "grandes movimientos", se comporta con cierta violencia y acomete en forma directa y agresiva; posee una sensación de fuerza y quiere vivirla y mostrarla además. El melancólico (tipo vacilante y moroso) no se cree capaz de superar las dificultades que le salen al paso y hace su camino con la mayor prudencia, deteniéndose o abandonando antes de arriesgarse; propenso a pensar más que nada en sí mismo y a dudar, sumido en sus propias preocupaciones "dirige siempre su mirada hacia atrás o hacia adentro, procurando al mismo tiempo conmover a otro en la amargura de su destino". El flemático (tipo fugitivo) se siente totalmente ajeno a la existencia; nada lo conmueve ni interesa en especial; vive sin esforzarse ni demostrar poder; no conecta con la realidad; es el más extraño a la vida.

CUADRO DE LOS TIPOS ACTITUDINALES

	DIRECTO		VACILANTE	MOROSO	FUGITIVO
MOTIVACION	***Autoconfianza Sentimiento de comunidad Adecuado afán de superioridad***	Sentimiento de inferioridad exacerbado Sentimiento de comunidad deficiente Afán de superioridad exacerbado			
ACTIVIDAD	Activos *Social*	*Asocial*	Pasivos		
ABORDE	Frontal	Ataque	Sinuoso	Detenido	Escapista
ANIMO	Valeroso	Agresivo	Cambiante	Desalentado	Temeroso
RASGO	Franco	Acometedor	Indeciso	Irresoluto	Acometido
"TEMPERAMENTO" *	Sanguíneo	Colérico	Melancólico		Flemático
DESTINO	Adaptación	Fracaso (*Neurosis - Psicosis*)			
PATOTIPOLOGIA		Terquedad, agresividad, delincuencia. . .	Neurosis, Obsesiones (temor de tocar, compulsión de lavarse. . .)	Miedo, dolores, insomnio con incapacidad de trabajo, compulsiones, desviaciones sexuales, psicosis histéricas, abulia, mutismo psicógeno, vagancia, anorexia, amnesia. . .	Agorafobia, desvanecimientos, ataques epilépticos, neurosis compulsivas e histéricas graves, asma psicógena, parálisis histéricas, alucinaciones, psicosis, alcoholismo, morfinismo, toxicomanía. . .

* "Temperamento" no tiene aquí connotación fisiológica, neuroendocrina. Señala el "ritmo" y la "fuerza" de la actitud, y su significado adleriano es el que tiene en el contexto corriente de "adoptar un temperamento".

TIPOLOGÍA DE LA MUJER PROTESTARIA

La situación minusválica de la mujer en nuestra cultura determina un sentimiento de inferioridad femenino, contra el cual se rebela el afán de poder, adoptando, específicamente, una actitud de protesta contra la inferioridad femenina y de aspiración a la superioridad masculina (*protesta viril*). Esta protesta viril se expresa, por lo común, en una de estas tres formas o tipos:

1) La resignada. — Este tipo de mujer expresa su protesta con un desmedido sometimiento a todos los inconvenientes de su situación. Se muestra constantemente resignada, obediente y humilde, pero, al mismo tiempo, acusa ser merecedora de especial consideración a causa de ser enfermiza y de presentar múltiples síntomas en relación directa con su papel femenino (molestias dismenorreicas, amenorrea, vómitos del embarazo, vaginismo, frigidez, etc.).

2) La "débil". "infantil", "coqueta". — Se pronuncia en favor de la superioridad masculina y de la inferioridad de la mujer, pero al casarse hace caer todo el peso, las responsabilidades y las preocupaciones del hogar, e inclusive de la educación de los hijos, sobre el marido, alegando su incapacidad. Estas mujeres suelen utilizar como táctica protestaria la duplicidad, el disimulo, la simulación, la mentira, falta de independencia y timidez. Con tales recursos caracterológicos logran que se las exima de los deberes y obligaciones de una mujer adulta. A este grupo pertenece la *coqueta*, que exhibe cierto tipo de candidez, puerilidad de expresiones (lenguaje, facilidad de llanto) y de aficiones (juegos, muñecas), incapacidad práctica y falta de sentido común (carencia de objetividad, negativa a razonar).

3) La masculina. — En esta mujer el rechazo del papel femenino es manifiesto. En su vestir, en sus maneras, en sus aficiones, en su repudio de las tareas femeninas y del papel de mujer en general, se ve obrar desembarazadamente el afán de ser todo un hombre en su expresión más franca. En este tipo son comunes las desviaciones sexuales correspondientes a su actitud protestaria: vaginismo, frigidez, homosexualidad, sadismo.

Jaime Bernstein.